

El libro electrónico Proyecto Gutenberg de Madame Bovary, de Gustave Flaubert

Este libro electrónico es para el uso de cualquier persona en cualquier lugar de los Estados Unidos y la mayoría de las otras partes del mundo sin costo alguno y casi sin restricciones de ningún tipo. Puede copiarlo, regalarlo o reutilizarlo según los términos de la Licencia del Proyecto Gutenberg incluida con este libro electrónico o en línea en www.gutenberg.org . Si no se encuentra en los Estados Unidos, deberá consultar las leyes del país donde se encuentra antes de utilizar este libro electrónico.

Título: Madame Bovary

Autor: Gustave Flaubert

Traductora: Eleanor Marx-Aveling

Fecha de lanzamiento: noviembre de 2000 [eBook #2413]
[Actualizado más recientemente: 27 de junio de 2021]

Idioma: inglés

Codificación del conjunto de caracteres: UTF-8

Producida por: Un voluntario anónimo, Noah Adams y David Widger

*** INICIO DEL PROYECTO GUTENBERG EBOOK MADAME BOVARY ***

señora bovary

por Gustave Flaubert

Traducido del francés por Eleanor Marx-Aveling

A
Marie-Antoine-Jules Senard
Miembro del Colegio de Abogados de París, expresidenta de la Asamblea Nacional y
exministra del Interior

Querido e Ilustre Amigo,

Permítame inscribir su nombre al principio de este libro y sobre su dedicatoria; porque es a ti, ante todo, a quien debo su publicación. Leyendo su magnífica defensa, mi trabajo ha adquirido para mí, por así decirlo, una autoridad inesperada.

Acepta, pues, aquí el homenaje de mi gratitud, que, por grande que sea, nunca alcanzará la altura de tu elocuencia y de tu devoción.

Gustavo Flaubert,

París, 12 de abril de 1857

Contenido

PARTE I.

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve

PARTE II.

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo catorce
Capítulo quince

PARTE III.

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo diez
Capítulo Once

SEÑORA BOVARY

Parte I

Capítulo uno

Estábamos en clase cuando entró el director, seguido de un “compañero nuevo”, que no vestía el uniforme escolar, y un sirviente de la escuela que llevaba un escritorio grande. Los que habían estado dormidos se despertaron y todos se levantaron como si acabaran de sorprenderse de su trabajo.

El director nos hizo una seña para que nos sentáramos. Luego, volviéndose hacia el maestro de clase, le dijo en voz baja:

“Señor Roger, aquí hay un alumno que recomiendo a su cuidado; estará en el segundo. Si su trabajo y conducta son satisfactorios, pasará a una de las clases altas, como corresponde a su edad”.

El «chico nuevo», parado en un rincón detrás de la puerta de modo que apenas se le podía ver, era un muchacho de campo de unos quince años y más alto que cualquiera de nosotros. Llevaba el pelo cortado en cuadrado sobre la frente como el de un miembro del coro de pueblo; parecía confiable, pero muy incómodo. Aunque no era ancho de hombros, su chaqueta escolar corta de paño verde con botones negros debía de quedarle ceñida en las sisas y mostrar en la abertura de los puños las muñecas rojas acostumbradas a estar desnudas. Sus piernas, en medias azules, asomaban por debajo de unos pantalones amarillos, ceñidos por tirantes. Calzaba botas gruesas, mal limpias y claveteadas.

Empezamos a repetir la lección. Escuchó con todas sus orejas, tan atento como en un sermón, sin atreverse ni a cruzar las piernas ni a apoyarse en el codo; y cuando a las dos sonó la campana, el maestro se vio obligado a decirle que se pusiera en fila con los demás.

Cuando volvíamos al trabajo, teníamos la costumbre de tirar las gorras al suelo para tener más libres las manos; usábamos desde la puerta para tirarlos debajo de la forma, de modo que golpeaban contra la pared y hacían mucho polvo: era “la cosa”.

Pero, ya sea que no haya notado el truco, o no se haya atrevido a intentarlo, el “nuevo compañero” todavía estaba sosteniendo su gorra sobre sus rodillas incluso después de que terminaron las oraciones. Era uno de esos tocados de orden compuesto, en los que podemos encontrar vestigios de piel de oso, chacó, bizcocho, gorro de piel de foca y gorro de dormir de algodón; una de esas pobres cosas, en fin, cuya tonta fealdad tiene profundidades de expresión, como la cara de un imbécil. Ovalado, reforzado con hueso de ballena, comenzaba con tres protuberancias redondas; luego venían en sucesión rombos de terciopelo y piel de conejo separados por una banda roja; después una especie de bolsa que remataba en un polígono de cartón cubierto con un complicado trenzado, del que colgaban, al final de un cordón largo y delgado, pequeños hilos de oro retorcidos a modo de borlas. La gorra era nueva;

“Levántate”, dijo el maestro.

Él se paró; se le cayó la gorra. Toda la clase se echó a reír. Se agachó para recogerlo. Un vecino lo volvió a derribar con el codo; lo recogió una vez más.

“Deshágase de su casco”, dijo el maestro, que era un poco bromista.

Hubo un estallido de risa de los muchachos, que desconcertó tanto al pobre muchacho que no supo si mantener la gorra en la mano, dejarla en el suelo o ponérsela en la cabeza. Volvió a sentarse y lo colocó sobre su rodilla.

“Levántate”, repitió el maestro, “y dime tu nombre”.

El chico nuevo articuló con voz tartamudeante un nombre ininteligible.

“¡Otra vez!”

Se escuchó el mismo balbuceo de sílabas, ahogado por las risitas de la clase.

“¡Más fuerte!” gritó el maestro; “¡más fuerte!”

El “nuevo compañero” entonces tomó una resolución suprema, abrió una boca desmesuradamente grande y gritó a todo pulmón como si llamara a alguien con la palabra “Charbovari”.

Estalló un alboroto, se elevó in crescendo con estallidos de voces estridentes (gritaban, ladraban, pateaban, repetían “¡Charbovari! ¡Charbovari!”), luego se extinguía en notas sueltas, cada vez más silenciosas con gran dificultad, y de vez en cuando volvían a comenzar repentinamente. la línea de una forma de la que se elevaba aquí y allá, como una galleta húmeda al estallar, una risa ahogada.

Sin embargo, en medio de una lluvia de imposiciones, poco a poco se fue restableciendo el orden en la clase; y habiendo logrado el maestro captar el nombre de “Charles Bovary”, haciéndoselo dictar, deletrear y releer, en seguida mandó al pobre diablo que fuera y se sentara sobre la forma de castigo al pie de la escritorio del maestro. Se levantó, pero antes de irse vaciló.

“¿Qué estás buscando?” preguntó el maestro.

—Mi gorra —dijo tímidamente el «nuevo», lanzando miradas preocupadas a su alrededor.

¡Quinientas líneas para toda la clase! Gritó con voz furiosa detenida, como el *ego de Quos* [1], un nuevo estallido. “¡Silencio!” —continuó indignado el maestro, secándose la frente con el pañuelo que acababa de sacar de la gorra. “En cuanto a ti, ‘chico nuevo’, conjugarás ‘*ridiculus sum*’ [2] veinte veces”.

[1] Una cita de la Eneida que significa una amenaza.

Luego, en un tono más suave, “Ven, encontrarás tu gorra otra vez; no ha sido robado.

Se restableció la tranquilidad. Las cabezas se inclinaban sobre los pupitres, y el “nuevo tipo” permanecía durante dos horas en una actitud ejemplar, aunque de vez en cuando alguna bolita de papel que salía disparada de la punta de un bolígrafo le golpeaba en la cara. Pero se secó la cara con una mano y siguió inmóvil, con los ojos bajos.

Por la noche, durante la preparación, sacó sus bolígrafos de su escritorio, arregló sus pequeñas pertenencias y rayó cuidadosamente su papel. Lo vimos trabajar concienzudamente, buscando cada palabra en el diccionario y esforzándose al máximo. Gracias, sin duda, a la disposición que mostró, no tuvo que bajar a la clase de abajo. Pero aunque conocía las reglas aceptablemente, tenía poco acabado en la composición. Era el cura de su pueblo quien le había enseñado su primer latín; sus padres, por motivos de economía, habiéndolo enviado a la escuela lo más tarde posible.

Su padre, el señor Charles Denis Bartolomé Bovary, ayudante de cirugía mayor retirado, comprometido hacia 1812 en ciertos escándalos de reclutamiento, y obligado en ese momento a dejar el servicio, se había aprovechado de su buena figura para hacerse con una dote de sesenta mil francos que ofrecía en la persona de la hija de un calcetero que se había enamorado de su buena apariencia. Buen hombre, gran conversador, que hacía sonar las espuelas al andar, lucía unas patillas que le llegaban hasta el bigote, los dedos siempre adornados con anillos y vestía colores llamativos, tenía el descaro de un militar con el desenfado de un viajero comercial.

Una vez casado, vivió durante tres o cuatro años de la fortuna de su esposa, cenando bien, levantándose tarde, fumando largas pipas de porcelana, no viniendo de noche hasta después del teatro y frecuentando cafés. Murió el suegro, dejando poco; estaba indignado por esto, "se metió en el negocio", perdió algo de dinero en él, luego se retiró al campo, donde pensó que ganaría dinero.

Pero, como no sabía más de agricultura que el calicó, como montaba sus caballos en lugar de enviarlos a arar, bebía su sidra en botella en lugar de venderla en toneles, comía las mejores aves de su corral y engrasaba sus botas de caza. con la grasa de sus cerdos, no tardó en darse cuenta de que haría mejor en abandonar toda especulación.

Por doscientos francos al año se las arreglaba para vivir en la frontera de las provincias de Caux y Picardía, en una especie de lugar mitad granja, mitad casa particular; y aquí, agrio, devorado por las penas, maldiciendo su suerte, celoso de todos, se encerró a los cuarenta y cinco años, harto de los hombres, decía, y decidido a vivir en paz.

His wife had adored him once on a time; she had bored him with a thousand servilities that had only estranged him the more. Lively once, expansive and affectionate, in growing older she had become (after the fashion of wine that, exposed to air, turns to vinegar) ill-tempered, grumbling, irritable. She had suffered so much without complaint at first, until she had seem him going after all the village drabs, and until a score of bad houses sent him back to her at night, weary, stinking drunk. Then her pride revolted. After that she was silent, burying her anger in a dumb stoicism that she maintained till her death. She was constantly going about looking after business matters. She called on the lawyers, the president, remembered when bills fell due, got them renewed, and at home ironed, sewed, washed, looked after the workmen, paid the accounts, while he, troubling himself about nothing, eternally besotted in sleepy sulkiness, whence he only roused himself to say disagreeable things to her, sat smoking by the fire and spitting into the cinders.

When she had a child, it had to be sent out to nurse. When he came home, the lad was spoilt as if he were a prince. His mother stuffed him with jam; his father let him run about barefoot, and, playing the philosopher, even said he might as well go about quite naked like the young of animals. As opposed to the maternal ideas, he had a certain virile idea of childhood on which he sought to mould his son, wishing him to be brought up hardily, like a Spartan, to give him a strong constitution. He sent him to bed without any fire, taught him to drink off large draughts of rum and to jeer at religious processions. But, peaceable by nature, the lad answered only poorly to his notions. His mother always kept him near her; she cut out cardboard for him, told him tales, entertained him with endless monologues full of melancholy gaiety and charming nonsense. In her life's isolation she centered on the child's head all her shattered, broken little vanities. She dreamed of high station; she already saw him, tall, handsome, clever, settled as an engineer or in the law. She taught him to read, and even, on an old piano, she had taught him two or three little songs. But to all this Monsieur Bovary, caring little for letters, said, “It was not worth while. Would they ever have the means to send him to a public school, to buy him a practice, or start him in business? Besides, with cheek a man always gets on in the world.” Madame Bovary bit her lips, and the child knocked about the village.

He went after the labourers, drove away with clods of earth the ravens that were flying about. He ate blackberries along the hedges, minded the geese with a long switch, went haymaking during harvest, ran about in the woods, played hop-sotch under the church porch on rainy days, and at great fetes begged the beadle to let him toll the bells, that he might hang all his weight on the long rope and feel himself borne upward by it in its swing. Meanwhile he grew like an oak; he was strong on hand, fresh of colour.

Cuando tenía doce años, su madre se salió con la suya; comenzó las lecciones. El cura lo tomó de la mano; pero las lecciones eran tan cortas e irregulares que no podían ser de mucha utilidad. Se daban en los ratos libres en la sacristía, de pie, apresuradamente, entre un bautizo y un entierro; o bien el cura, si no tenía que salir, mandaba a buscar a su alumno después del *Angelus* ^[3]. Subieron a su habitación y se acomodaron; las moscas y las polillas revoloteaban alrededor de la vela. Estuvo cerca, el niño se durmió, y el buen hombre, comenzando a

de armarse con las manos en el vientre, pronto estuvo roncando con la boca bien abierta. En otras ocasiones, cuando Monsieur le Curé, de regreso después de administrar el viático a algún enfermo de la vecindad, veía a Carlos jugando por los campos, lo llamaba, lo sermoneaba durante un cuarto de hora y aprovechaba la ocasión de hacerle conjugar su verbo al pie de un árbol. La lluvia los interrumpió o pasó algún conocido. De todos modos, siempre estuvo complacido con él, e incluso dijo que el "joven" tenía muy buena memoria.

[3] Devoción dicha a la mañana, al mediodía y a la tarde, al son de una campana. Aquí, la oración de la tarde.

Charles no podía seguir así. Madame Bovary dio pasos firmes. Avergonzado, o más bien cansado, el señor Bovary se rindió sin luchar, y esperaron un año más para que el muchacho hiciera la primera comunión.

Pasaron seis meses más, y al año siguiente Charles finalmente fue enviado a la escuela en Rouen, donde su padre lo llevó a fines de octubre, en la época de la feria de St. Romain.

Ahora sería imposible para cualquiera de nosotros recordar algo sobre él. Era un joven de temperamento equilibrado, que jugaba en los recreo, trabajaba en horario escolar, estaba atento en clase, dormía bien en el dormitorio y comía bien en el refectorio. Tenía *in loco parentis* [4] un ferretero mayorista en la Rue Ganterie, que lo sacaba una vez al mes los domingos después de que cerrara su tienda, lo enviaba a dar un paseo por el muelle para mirar los barcos, y luego lo traía de regreso a la universidad a las siete en punto antes cena. Todos los jueves por la noche le escribía a su madre una larga carta con tinta roja y tres hostias; luego repasaba sus cuadernos de historia, o leía un viejo volumen de "Anarchasis" que andaba dando vueltas por el estudio. Cuando salía a pasear hablaba con el sirviente, que, como él, venía del campo.

[4] En lugar de un padre.

A fuerza de trabajo duro se mantuvo siempre en la mitad de la clase; una vez incluso obtuvo un certificado en historia natural. Pero al terminar el tercer año sus padres lo sacaron de la escuela para que estudiara medicina, convencidos de que incluso podría sacarse la carrera por sí mismo.

Su madre eligió una habitación para él en el cuarto piso de una tintorería que conocía, con vista al Eau-de-Robec. Hizo arreglos para su manutención, le consiguió muebles, una mesa y dos sillas, envió a casa por un viejo armazón de cama de cerezo y compró además una pequeña estufa de hierro fundido con la provisión de leña para calentar al pobre niño.

Luego, al cabo de una semana, partió, después de mil mandatos para que se portase bien ahora que iba a quedarse solo.

El plan de estudios que leyó en el tablón de anuncios lo dejó atónito; conferencias sobre anatomía, conferencias sobre patología, conferencias sobre fisiología, conferencias sobre farmacia, conferencias sobre botánica y medicina clínica y terapéutica, sin contar la higiene y la materia médica, nombres todos cuyas etimologías ignoraba, y que eran para él como tantas puertas a santuarios llenos de magníficas tinieblas.

No entendió nada de todo eso; estaba muy bien escuchar; él no siguió. Todavía trabajaba; tenía cuadernos encuadernados, asistía a todos los cursos, nunca se perdía una sola conferencia. Hizo su pequeña tarea diaria como un caballo de molino, que da vueltas y vueltas con los ojos vendados, sin saber qué trabajo está haciendo.

Para ahorrarle gastos, su madre le enviaba todas las semanas por el carguero un trozo de ternera asada al horno, con la que almorzaba cuando volvía del hospital, sentado pateando los pies contra la pared. Después de esto tuvo que salir corriendo a las conferencias, al quirófano, al hospital y regresar a su casa en el otro extremo de la ciudad. Por la noche, después de la pobre cena de su casero, volvió a su habitación y se puso a trabajar de nuevo con su ropa mojada, que humeaba mientras estaba sentado frente a la estufa caliente.

En las hermosas tardes de verano, a la hora en que las calles cerradas están vacías, cuando los criados juegan al volante en las puertas, abría la ventana y se asomaba. El río, que hace de este barrio de Rouen una pequeña Venecia miserable, corría debajo de él, entre los puentes y las rejas, amarillo, violeta o azul. Los trabajadores, arrodillados en las orillas, se lavaban los brazos desnudos en el agua. Sobre postes que sobresalían de los desvanes, se secaban al aire madejas de algodón. Enfrente, más allá de las raíces se extiende el cielo puro con la roja puesta del sol. ¡Qué agradable debe ser en casa! ¡Qué fresco bajo el haya! Y ensanchó sus fosas nasales para aspirar los dulces olores del campo que no le llegaban.

Adelgazó, su figura se hizo más alta, su rostro adquirió una expresión de tristeza que lo hacía casi interesante. Naturalmente, por indiferencia, abandonó todas las resoluciones que había tomado. Una vez se perdió una conferencia; al día siguiente todas las conferencias; y, disfrutando de su ociosidad, poco a poco, abandonó el trabajo por completo. Adquirió el hábito de ir a la taberna y tenía pasión por el dominó. Encerrarse todas las tardes en el sucio salón público, empujar sobre mesas de mármol los huesitos de oveja con puntos negros, le parecía una hermosa prueba de su libertad, que lo elevaba en su propia estima. Empezaba a ver la vida, la dulzura de los placeres robados; y cuando entró, puso la mano en el pomo de la puerta con una alegría casi sensual. Entonces salieron muchas cosas escondidas dentro de él; aprendió coplas de memoria y se las cantó a sus compañeros, se entusiasmó con Béranger, aprendió a hacer ponche y, finalmente, a hacer el amor.

Gracias a estos trabajos preparatorios, fracasó por completo en su examen para obtener un título ordinario. Lo esperaban en casa esa misma noche para celebrar su éxito. Empezó a pie, se detuvo a la entrada del pueblo, mandó llamar a su madre y se lo contó todo. Ella lo excusó, echó la culpa de su fracaso a la injusticia de los examinadores, lo animó un poco y se encargó de arreglar las cosas. Sólo cinco años después Monsieur Bovary supo la verdad; entonces era

viejo, y él lo aceptó. Además, no podía creer que un hombre nacido de él pudiera ser un tonto.

Así que Charles se puso a trabajar de nuevo y se preparó para su examen, aprendiendo incesantemente de memoria todas las viejas preguntas. Pasó bastante bien. ¡Qué feliz día para su madre! Dieron una gran cena.

¿Dónde debería ir a practicar? A Tostes, donde sólo había un viejo médico. Hacía tiempo que madame Bovary acechaba su muerte, y apenas se había despedido al anciano cuando Charles se instaló, frente a su casa, como su sucesor.

Pero no todo era haber criado un hijo, haberle enseñado medicina, y descubierto Tostes, donde pudo practicarla; debe tener una esposa. Le encontró una, la viuda de un alguacil de Dieppe, que tenía cuarenta y cinco años y una renta de mil doscientos francos. Aunque era fea, tan seca como un hueso, con tantos granos en la cara como capullos tiene la primavera, a madame Dubuc no le faltaban pretendientes. Para lograr sus fines, Madame Bovary tuvo que expulsarlos a todos, e incluso logró frustrar muy hábilmente las intrigas de un charcutero respaldado por los sacerdotes.

Charles had seen in marriage the advent of an easier life, thinking he would be more free to do as he liked with himself and his money. But his wife was master; he had to say this and not say that in company, to fast every Friday, dress as she liked, harass at her bidding those patients who did not pay. She opened his letter, watched his comings and goings, and listened at the partition-wall when women came to consult him in his surgery.

She must have her chocolate every morning, attentions without end. She constantly complained of her nerves, her chest, her liver. The noise of footsteps made her ill; when people left her, solitude became odious to her; if they came back, it was doubtless to see her die. When Charles returned in the evening, she stretched forth two long thin arms from beneath the sheets, put them round his neck, and having made him sit down on the edge of the bed, began to talk to him of her troubles: he was neglecting her, he loved another. She had been warned she would be unhappy; and she ended by asking him for a dose of medicine and a little more love.

Chapter Two

One night towards eleven o'clock they were awakened by the noise of a horse pulling up outside their door. The servant opened the garret-window and parleyed for some time with a man in the street below. He came for the doctor, had a letter for him. Natasie came downstairs shivering and undid the bars and bolts one after the other. The man left his horse, and, following the servant, suddenly came in behind her. He pulled out from his wool cap with grey top-knots a letter wrapped up in a rag and presented it gingerly to Charles, who rested on his elbow on the pillow to read it. Natasie, standing near the bed, held the light. Madame in modesty had turned to the wall and showed only her back.

This letter, sealed with a small seal in blue wax, begged Monsieur Bovary to come immediately to the farm of the Bertaux to set a broken leg. Now from Tostes to the Bertaux was a good eighteen miles across country by way of Longueville and Saint-Victor. It was a dark night; Madame Bovary junior was afraid of accidents for her husband. So it was decided the stable-boy should go on first; Charles would start three hours later when the moon rose. A boy was to be sent to meet him, and show him the way to the farm, and open the gates for him.

Towards four o'clock in the morning, Charles, well wrapped up in his cloak, set out for the Bertaux. Still sleepy from the warmth of his bed, he let himself be lulled by the quiet trot of his horse. When it stopped of its own accord in front of those holes surrounded with thorns that are dug on the margin of furrows, Charles awoke with a start, suddenly remembered the broken leg, and tried to call to mind all the fractures he knew. The rain had stopped, day was breaking, and on the branches of the leafless trees birds roosted motionless, their little feathers bristling in the cold morning wind. The flat country stretched as far as eye could see, and the tufts of trees round the farms at long intervals seemed like dark violet stains on the cast grey surface, that on the horizon faded into the gloom of the sky.

Charles from time to time opened his eyes, his mind grew weary, and, sleep coming upon him, he soon fell into a doze wherein, his recent sensations blending with memories, he became conscious of a double self, at once student and married man, lying in his bed as but now, and crossing the operation theatre as of old. The warm smell of poultices mingled in his brain with the fresh odour of dew; he heard the iron rings rattling along the curtain-rods of the bed and saw his wife sleeping. As he passed Vassonville he came upon a boy sitting on the grass at the edge of a ditch.

"Are you the doctor?" asked the child.

And on Charles's answer he took his wooden shoes in his hands and ran on in front of him.

The general practitioner, riding along, gathered from his guide's talk that Monsieur Rouault must be one of the well-to-do farmers.

He had broken his leg the evening before on his way home from a Twelfth-night feast at a neighbour's. His wife had been dead for two years. There was with him only his daughter, who helped him to keep house.

The ruts were becoming deeper; they were approaching the Bertaux.

The little lad, slipping through a hole in the hedge, disappeared; then he came back to the end of a courtyard to open the gate. The horse slipped on the wet grass; Charles had to stoop to pass under the branches. The watchdogs in their kennels barked, dragging at their chains. As he entered the Bertaux, the horse took fright and stumbled.

It was a substantial-looking farm. In the stables, over the top of the open doors, one could see great cart-horses quietly feeding from new racks. Right along the outbuildings extended a large dunghill, from which manure liquid oozed, while amidst fowls and turkeys, five or six peacocks, a luxury in Chauchois farmyards, were foraging on the top of it. The sheepfold was long, the barn high, with walls smooth as your hand. Under the cart-shed were two large carts and four ploughs, with their whips, shafts and harnesses complete, whose fleeces of blue wool were getting soiled by the fine dust that fell from the granaries. The courtyard sloped upwards, planted with trees set out symmetrically, and the chattering noise of a flock of geese was heard near the pond.

A young woman in a blue merino dress with three flounces came to the threshold of the door to receive Monsieur Bovary, whom she led to the kitchen, where a large fire was blazing. The servant's breakfast was boiling beside it in small pots of all sizes. Some damp clothes were drying inside the chimney-corner. The shovel, tongs, and the nozzle of the bellows, all of colossal size, shone like polished steel, while along the walls hung many pots and pans in which the clear flame of the hearth, mingling with the first rays of the sun coming in through the window, was mirrored fitfully.

Charles went up the first floor to see the patient. He found him in his bed, sweating under his bed-clothes, having thrown his cotton nightcap right away from him. He was a fat little man of fifty, with white skin and blue eyes, the forepart of his head bald, and he wore earrings. By his side on a chair stood a large decanter of brandy, whence he poured himself a little from time to time to keep up his spirits; but as soon as he caught sight of the doctor his elation subsided, and instead of swearing, as he had been doing for the last twelve hours, began to groan freely.

The fracture was a simple one, without any kind of complication.

Charles could not have hoped for an easier case. Then calling to mind the devices of his masters at the bedsides of patients, he comforted the sufferer with all sorts of kindly remarks, those caresses of the surgeon that are like the oil they put on bistouries. In order to make some splints a bundle of laths was brought up from the cart-house. Charles selected one, cut it into two pieces and planed it with a fragment of windowpane, while the servant tore up sheets to make bandages, and Mademoiselle Emma tried to sew some pads. As she was a long time before she found her work-case, her father grew impatient; she did not answer, but as she sewed she pricked her fingers, which she then put to her mouth to suck them. Charles was surprised at the whiteness of her nails. They were shiny, delicate at the tips, more polished than the ivory of Dieppe, and almond-shaped. Yet her hand was not beautiful, perhaps not white enough, and a little hard at the knuckles; besides, it was too long, with no soft inflections in the outlines. Her real beauty was in her eyes. Although brown, they seemed black because of the lashes, and her look came at you frankly, with a candid boldness.

The bandaging over, the doctor was invited by Monsieur Rouault himself to "pick a bit" before he left.

Charles went down into the room on the ground floor. Knives and forks and silver goblets were laid for two on a little table at the foot of a huge bed that had a canopy of printed cotton with figures representing Turks. There was an odour of iris-root and damp sheets that escaped from a large oak chest opposite the window. On the floor in corners were sacks of flour stuck upright in rows. These were the overflow from the neighbouring granary, to which three stone steps led. By way of decoration for the apartment, hanging to a nail in the middle of the wall, whose green paint scaled off from the effects of the saltpetre, was a crayon head of Minerva in gold frame, underneath which was written in Gothic letters "To dear Papa."

First they spoke of the patient, then of the weather, of the great cold, of the wolves that infested the fields at night.

Mademoiselle Rouault did not at all like the country, especially now that she had to look after the farm almost alone. As the room was chilly, she shivered as she ate. This showed something of her full lips, that she had a habit of biting when silent.

Her neck stood out from a white turned-down collar. Her hair, whose two black folds seemed each of a single piece, so smooth were they, was parted in the middle by a delicate line that curved slightly with the curve of the head; and, just showing the tip of the ear, it was joined behind in a thick chignon, with a wavy movement at the temples that the country doctor saw now for the first time in his life. The upper part of her cheek was rose-coloured. She had, like a man, thrust in between two buttons of her bodice a tortoise-shell eyeglass.

When Charles, after bidding farewell to old Rouault, returned to the room before leaving, he found her standing, her forehead against the window, looking into the garden, where the bean props had been knocked down by the wind. She turned round. "Are you looking for anything?" she asked.

"My whip, if you please," he answered.

He began rummaging on the bed, behind the doors, under the chairs. It had fallen to the floor, between the sacks and the wall. Mademoiselle Emma saw it, and bent over the flour sacks.

Charles out of politeness made a dash also, and as he stretched out his arm, at the same moment felt his breast brush against the back of the young girl bending beneath him. She drew herself up, scarlet, and looked at him over her shoulder as she handed him his whip.

Instead of returning to the Bertaux in three days as he had promised, he went back the very next day, then regularly twice a week, without counting the visits he paid now and then as if by accident.

Everything, moreover, went well; the patient progressed favourably; and when, at the end of forty-six days, old Rouault was seen trying to walk alone in his "den," Monsieur Bovary began to be looked upon as a man of great capacity. Old Rouault said that he could not have been cured better by the first doctor of Yvetot, or even of Rouen.

As to Charles, he did not stop to ask himself why it was a pleasure to him to go to the Bertaux. Had he done so, he would, no doubt, have attributed his zeal to the importance of the case, or perhaps to the money he hoped to make by it. Was it for this, however, that his visits to the farm formed a delightful exception to the meagre occupations of his life? On these days he rose early, set off at a gallop, urging on his horse, then got down to wipe his boots in the grass and put on black gloves before entering. He liked going into the courtyard, and noticing the gate turn against his shoulder, the cock crow on the wall, the lads run to meet him. He liked the granary and the stables; he liked old Rouault, who pressed his hand and called him his saviour; he liked the small wooden shoes of Mademoiselle Emma on the scoured flags of the kitchen—her high heels made her a little taller; and when she walked in front of him, the wooden soles springing up quickly struck with a sharp sound against the leather of her boots.

She always accompanied him to the first step of the stairs. When his horse had not yet been brought round she stayed there. They had said "Good-bye"; there was no more talking. The open air wrapped her round, playing with the soft down on the back of her neck, or blew to and fro on her hips the apron-strings, that fluttered like streamers. Once, during a thaw the bark of the trees in the yard was oozing, the snow on the roofs of the outbuildings was melting; she stood on the threshold, and went to fetch her sunshade and opened it. The sunshade of silk of the colour of pigeons' breasts, through which the sun shone, lighted up with shifting hues the white skin of her face. She smiled under the tender warmth, and drops of water could be heard falling one by one on the stretched silk.

During the first period of Charles's visits to the Bertaux, Madame Bovary junior never failed to inquire after the invalid, and she had even chosen in the book that she kept on a system of double entry a clean blank page for Monsieur Rouault. But when she heard he had

a daughter, she began to make inquiries, and she learnt the Mademoiselle Rouault, brought up at the Ursuline Convent, had received what is called "a good education"; and so knew dancing, geography, drawing, how to embroider and play the piano. That was the last straw.

"So it is for this," she said to herself, "that his face beams when he goes to see her, and that he puts on his new waistcoat at the risk of spoiling it with the rain. Ah! that woman! That woman!"

And she detested her instinctively. At first she solaced herself by allusions that Charles did not understand, then by casual observations that he let pass for fear of a storm, finally by open apostrophes to which he knew not what to answer. "Why did he go back to the Bertaux now that Monsieur Rouault was cured and that these folks hadn't paid yet? Ah! it was because a young lady was there, some one who know how to talk, to embroider, to be witty. That was what he cared about; he wanted town misses." And she went on—

"The daughter of old Rouault a town miss! Get out! Their grandfather was a shepherd, and they have a cousin who was almost had up at the assizes for a nasty blow in a quarrel. It is not worth while making such a fuss, or showing herself at church on Sundays in a silk gown like a countess. Besides, the poor old chap, if it hadn't been for the colza last year, would have had much ado to pay up his arrears."

For very weariness Charles left off going to the Bertaux. Heloise made him swear, his hand on the prayer-book, that he would go there no more after much sobbing and many kisses, in a great outburst of love. He obeyed then, but the strength of his desire protested against the servility of his conduct; and he thought, with a kind of naive hypocrisy, that his interdict to see her gave him a sort of right to love her. And then the widow was thin; she had long teeth; wore in all weathers a little black shawl, the edge of which hung down between her shoulder-blades; her bony figure was sheathed in her clothes as if they were a scabbard; they were too short, and displayed her ankles with the laces of her large boots crossed over grey stockings.

Charles's mother came to see them from time to time, but after a few days the daughter-in-law seemed to put her own edge on her, and then, like two knives, they scarified him with their reflections and observations. It was wrong of him to eat so much.

Why did he always offer a glass of something to everyone who came? What obstinacy not to wear flannels! In the spring it came about that a notary at Ingouville, the holder of the widow Dubuc's property, one fine day went off, taking with him all the money in his office. Heloise, it is true, still possessed, besides a share in a boat valued at six thousand francs, her house in the Rue St. Francois; and yet, with all this fortune that had been so trumpeted abroad, nothing, excepting perhaps a little furniture and a few clothes, had appeared in the household. The matter had to be gone into. The house at Dieppe was found to be eaten up with mortgages to its foundations; what she had placed with the notary God only knew, and her share in the boat did not exceed one thousand crowns. She had lied, the good lady! In his exasperation, Monsieur Bovary the elder, smashing a chair on the flags, accused his wife of having caused misfortune to the son by harnessing him to such a harridan, whose harness wasn't worth her hide. They came to Tostes. Explanations followed. There were scenes. Heloise in tears, throwing her arms about her husband, implored him to defend her from his parents.

Charles tried to speak up for her. They grew angry and left the house.

But "the blow had struck home." A week after, as she was hanging up some washing in her yard, she was seized with a spitting of blood, and the next day, while Charles had his back turned to her drawing the window-curtain, she said, "O God!" gave a sigh and fainted. She was dead! What a surprise! When all was over at the cemetery Charles went home. He found no one downstairs; he went up to the first floor to their room; saw her dress still hanging at the foot of the alcove; then, leaning against the writing-table, he stayed until the evening, buried in a sorrowful reverie. She had loved him after all!

Chapter Three

One morning old Rouault brought Charles the money for setting his leg—seventy-five francs in forty-sou pieces, and a turkey. He had heard of his loss, and consoled him as well as he could.

“I know what it is,” said he, clapping him on the shoulder; “I’ve been through it. When I lost my dear departed, I went into the fields to be quite alone. I fell at the foot of a tree; I cried; I called on God; I talked nonsense to Him. I wanted to be like the moles that I saw on the branches, their insides swarming with worms, dead, and an end of it. And when I thought that there were others at that very moment with their nice little wives holding them in their embrace, I struck great blows on the earth with my stick. I was pretty well mad with not eating; the very idea of going to a cafe disgusted me—you wouldn’t believe it. Well, quite softly, one day following another, a spring on a winter, and an autumn after a summer, this wore away, piece by piece, crumb by crumb; it passed away, it is gone, I should say it has sunk; for something always remains at the bottom as one would say—a weight here, at one’s heart. But since it is the lot of all of us, one must not give way altogether, and, because others have died, want to die too. You must pull yourself together, Monsieur Bovary. It will pass away. Come to see us; my daughter thinks of you now and again, d’ye know, and she says you are forgetting her. Spring will soon be here. We’ll have some rabbit-shooting in the warrens to amuse you a bit.”

Charles followed his advice. He went back to the Bertaux. He found all as he had left it, that is to say, as it was five months ago. The pear trees were already in blossom, and Farmer Rouault, on his legs again, came and went, making the farm more full of life.

Thinking it his duty to heap the greatest attention upon the doctor because of his sad position, he begged him not to take his hat off, spoke to him in an undertone as if he had been ill, and even pretended to be angry because nothing rather lighter had been prepared for him than for the others, such as a little clotted cream or stewed pears. He told stories. Charles found himself laughing, but the remembrance of his wife suddenly coming back to him depressed him. Coffee was brought in; he thought no more about her.

He thought less of her as he grew accustomed to living alone. The new delight of independence soon made his loneliness bearable. He could now change his meal-times, go in or out without explanation, and when he was very tired stretch himself at full length on his bed. So he nursed and coddled himself and accepted the consolations that were offered him. On the other hand, the death of his wife had not served him ill in his business, since for a month people had been saying, “The poor young man! what a loss!” His name had been talked about, his practice had increased; and moreover, he could go to the Bertaux just as he liked. He had an aimless hope, and was vaguely happy; he thought himself better looking as he brushed his whiskers before the looking-glass.

One day he got there about three o’clock. Everybody was in the fields. He went into the kitchen, but did not at once catch sight of Emma; the outside shutters were closed. Through the chinks of the wood the sun sent across the flooring long fine rays that were broken at the corners of the furniture and trembled along the ceiling. Some flies on the table were crawling up the glasses that had been used, and buzzing as they drowned themselves in the dregs of the cider. The daylight that came in by the chimney made velvet of the soot at the back of the fireplace, and touched with blue the cold cinders. Between the window and the hearth Emma was sewing; she wore no fichu; he could see small drops of perspiration on her bare shoulders.

After the fashion of country folks she asked him to have something to drink. He said no; she insisted, and at last laughingly offered to have a glass of liqueur with him. So she went to fetch a bottle of curacao from the cupboard, reached down two small glasses, filled one to the brim, poured scarcely anything into the other, and, after having clinked glasses, carried hers to her mouth. As it was almost empty she bent back to drink, her head thrown back, her lips pouting, her neck on the strain. She laughed at getting none of it, while with the tip of her tongue passing between her small teeth she licked drop by drop the bottom of her glass.

She sat down again and took up her work, a white cotton stocking she was darning. She worked with her head bent down; she did not speak, nor did Charles. The air coming in under the door blew a little dust over the flags; he watched it drift along, and heard nothing but the throbbing in his head and the faint clucking of a hen that had laid an egg in the yard. Emma from time to time cooled her cheeks with the palms of her hands, and cooled these again on the knobs of the huge fire-dogs.

She complained of suffering since the beginning of the season from giddiness; she asked if sea-baths would do her any good; she began talking of her convent, Charles of his school; words came to them. They went up into her bedroom. She showed him her old music-books, the little prizes she had won, and the oak-leaf crowns, left at the bottom of a cupboard. She spoke to him, too, of her mother, of the country, and even showed him the bed in the garden where, on the first Friday of every month, she gathered flowers to put on her mother’s tomb. But the gardener they had never knew anything about it; servants are so stupid! She would have dearly liked, if only for the winter, to live in town, although the length of the fine days made the country perhaps even more wearisome in the summer. And, according to what she was saying, her voice was clear, sharp, or, on a sudden all languor, drawn out in modulations that ended almost in murmurs as she spoke to herself, now joyous, opening big naive eyes, then with her eyelids half closed, her look full of boredom, her thoughts wandering.

Going home at night, Charles went over her words one by one, trying to recall them, to fill out their sense, that he might piece out the life she had lived before he knew her. But he never saw her in his thoughts other than he had seen her the first time, or as he had just left her. Then he asked himself what would become of her—if she would be married, and to whom! Alas! Old Rouault was rich, and she!—so beautiful! But Emma's face always rose before his eyes, and a monotone, like the humming of a top, sounded in his ears, "If you should marry after all! If you should marry!" At night he could not sleep; his throat was parched; he was athirst. He got up to drink from the water-bottle and opened the window. The night was covered with stars, a warm wind blowing in the distance; the dogs were barking. He turned his head towards the Bertaux.

Thinking that, after all, he should lose nothing, Charles promised himself to ask her in marriage as soon as occasion offered, but each time such occasion did offer the fear of not finding the right words sealed his lips.

Old Rouault would not have been sorry to be rid of his daughter, who was of no use to him in the house. In his heart he excused her, thinking her too clever for farming, a calling under the ban of Heaven, since one never saw a millionaire in it. Far from having made a fortune by it, the good man was losing every year; for if he was good in bargaining, in which he enjoyed the dodges of the trade, on the other hand, agriculture properly so called, and the internal management of the farm, suited him less than most people. He did not willingly take his hands out of his pockets, and did not spare expense in all that concerned himself, liking to eat well, to have good fires, and to sleep well. He liked old cider, underdone legs of mutton, *glorias*^[5] well beaten up. He took his meals in the kitchen alone, opposite the fire, on a little table brought to him all ready laid as on the stage.

[5] A mixture of coffee and spirits.

When, therefore, he perceived that Charles's cheeks grew red if near his daughter, which meant that he would propose for her one of these days, he chewed the cud of the matter beforehand. He certainly thought him a little meagre, and not quite the son-in-law he would have liked, but he was said to be well brought-up, economical, very learned, and no doubt would not make too many difficulties about the dowry. Now, as old Rouault would soon be forced to sell twenty-two acres of "his property," as he owed a good deal to the mason, to the harness-maker, and as the shaft of the cider-press wanted renewing, "If he asks for her," he said to himself, "I'll give her to him."

At Michaelmas Charles went to spend three days at the Bertaux.

The last had passed like the others in procrastinating from hour to hour. Old Rouault was seeing him off; they were walking along the road full of ruts; they were about to part. This was the time. Charles gave himself as far as to the corner of the hedge, and at last, when past it—

"Monsieur Rouault," he murmured, "I should like to say something to you."

They stopped. Charles was silent.

"Well, tell me your story. Don't I know all about it?" said old Rouault, laughing softly.

"Monsieur Rouault—Monsieur Rouault," stammered Charles.

"I ask nothing better", the farmer went on. "Although, no doubt, the little one is of my mind, still we must ask her opinion. So you get off—I'll go back home. If it is 'yes', you needn't return because of all the people about, and besides it would upset her too much. But so that you mayn't be eating your heart, I'll open wide the outer shutter of the window against the wall; you can see it from the back by leaning over the hedge."

And he went off.

Charles fastened his horse to a tree; he ran into the road and waited. Half an hour passed, then he counted nineteen minutes by his watch. Suddenly a noise was heard against the wall; the shutter had been thrown back; the hook was still swinging.

The next day by nine o'clock he was at the farm. Emma blushed as he entered, and she gave a little forced laugh to keep herself in countenance. Old Rouault embraced his future son-in-law. The discussion of money matters was put off; moreover, there was plenty of time before them, as the marriage could not decently take place till Charles was out of mourning, that is to say, about the spring of the next year.

El invierno pasó esperando esto. Mademoiselle Rouault estaba ocupada con su ajuar. Parte de él se encargó en Rouen, y ella misma se hizo camisones y gorros de dormir siguiendo las placas de moda que tomó prestadas. Cuando Charles visitó al granjero, se habló de los preparativos de la boda; se preguntaron en qué habitación deberían cenar; soñaban con la cantidad de platos que se querían y cuáles deberían ser entradas.

Emma hubiera preferido, por el contrario, tener una boda a medianoche con antorchas, pero el viejo Rouault no podía entender tal idea. Así que hubo una boda en la que estuvieron presentes cuarenta y tres personas, en la que permanecieron dieciséis horas en la mesa, comenzó de nuevo al día siguiente, y en cierta medida en los días siguientes.

Capítulo cuatro

Los invitados llegaban temprano en carruajes, en calesas de un caballo, coches de dos ruedas, calesas viejas descubiertas, carretas con capotas de cuero, y los jóvenes de los pueblos más cercanos en carretas, en las que iban de pie en filas, agarrados a las de costado para no caer, yendo al trote y bien revueltos. Algunos venían de una distancia de treinta millas, de Goderville, de Normanville y de Cany.

Se había invitado a todos los parientes de ambas familias, se habían arreglado las peleas entre amigos, se había escrito a los conocidos perdidos de vista hacía mucho tiempo.

De vez en cuando se oía el chasquido de un látigo detrás del seto; luego se abrieron las puertas, entró un carruaje. Galopando hasta el pie de los escalones, se detuvo en seco y vació su carga. Se bajaron de todos lados, frotándose las rodillas y estirando los brazos. Las damas, con cofias, vestían vestidos a la moda de la ciudad, cadenas de reloj de oro, pelerinas con los extremos metidos en cinturones, o fichas de colores sujetos por detrás con un alfiler, y que dejaban al descubierto la nuca. Los muchachos, vestidos como sus papás, parecían incómodos con su ropa nueva (muchos ese día cosieron a mano su primer par de botas), y a sus costados, sin hablar nunca una obra, luciendo el vestido blanco de primera comunión alargado para la ocasión. eran unas niñas grandes de catorce o dieciséis años, primas o hermanas mayores sin duda, rubicundas, desconcertadas, con el pelo grasiento de pomada de rosas, y con mucho miedo de ensuciarse los guantes. Como no había suficientes mozos de cuadra para desenganchar todos los carruajes, los caballeros se arremangaron y se pusieron a ello ellos mismos. De acuerdo con sus diferentes posiciones sociales vestían frac, abrigos, chaquetas de tiro, chaquetones; finos fracs, con olor a respetabilidad familiar, que sólo salían del guardarropa en ocasiones de Estado; abrigos de largas colas ondeando al viento y capas redondas y bolsillos como sacos; chaquetas de tiro de tela basta, generalmente usadas con una gorra con una visera ribeteada en latón; chaquetones muy cortos con dos pequeños botones en la espalda, muy juntos como un par de ojos, y cuyas colas parecían cortadas de una sola pieza por el hacha de un carpintero. Algunos también (pero estos, puede estar seguro, se sentarían al pie de la mesa), vestían sus mejores blusas, es decir, con los cuellos bajados hasta los hombros, la espalda recogida en pequeñas trenzas y la cintura abrochada. muy bajo hacia abajo con un cinturón trabajado.

¡Y las camisas sobresalían de los cofres como corazas! Todo el mundo acababa de cortarse el pelo; las orejas sobresalían de las cabezas; los habían afeitado al ras; algunos, incluso, que habían tenido que levantarse antes del amanecer, y no habían podido ver para afeitarse, tenían cortes diagonales debajo de la nariz o cortes del tamaño de una moneda de tres francos a lo largo de las mandíbulas, que el aire fresco en el camino había dejado. inflamado, de modo que los grandes rostros blancos y radiantes estaban moteados aquí y allá con manchas rojas.

La mairie estaba a una milla y media de la granja, y fueron allí a pie, volviendo por el mismo camino después de la ceremonia en la iglesia. La procesión, unida primero como un largo pañuelo de colores que ondulaba a través de los campos, a lo largo del estrecho sendero que serpenteaba entre el maíz verde, pronto se alargó y se dividió en diferentes grupos que holgazaneaban para hablar. El violinista caminaba al frente con su violín, alegre con cintas en sus clavijas. Luego venía la pareja de casados, los parientes, los amigos, todos siguiendo el tumulto; los niños se quedaron atrás, divirtiéndose arrancando las campanillas de las espigas de avena, o jugando entre ellos sin ser vistos. El vestido de Emma, demasiado largo, se arrastraba un poco por el suelo; de vez en cuando se detenía para levantarlo, y luego delicadamente, con sus manos enguantadas, recogió la hierba áspera y los cardos, mientras Charles, con las manos vacías, esperaba a que ella terminara. El viejo Rouault, con un sombrero de seda nuevo y los puños de su levita negra cubriéndole las manos hasta las uñas, le dio el brazo a la señora Bovary padre. En cuanto al señor Bovary padre, que, despreciando sinceramente a toda esa gente, había acudido simplemente con una levita de corte militar con una hilera de botones, estaba entregando los cumplidos de la barra a un hermoso joven campesino. Ella hizo una reverencia, se sonrojó y no supo qué decir. Los otros invitados a la boda hablaban de sus negocios o jugaban trucos a espaldas de los demás, incitándose unos a otros de antemano para estar alegres. Los que escuchaban siempre podían captar el chirrido del violinista, que seguía tocando por los campos. Cuando vio que los demás estaban muy atrás se detuvo para tomar aliento, rosinó lentamente su arco, para que las cuerdas sonaran más estridentes, y luego volvió a ponerse en marcha, bajando y levantando el cuello por turnos, para marcar mejor el tiempo. El ruido del instrumento ahuyentó a los pajaritos de lejos.

La mesa estaba puesta debajo del cobertizo. Sobre ella había cuatro solomillos, seis pollos en fricasé, estofado de ternera, tres piernas de carnero y en medio un fino cochinillo asado, flanqueado por cuatro chinchulines a la acedera. En las esquinas había licoreras de brandy. Sidra dulce embotellada espumeaba alrededor de los corchos, y todos los vasos habían sido llenados hasta el borde con vino de antemano. Grandes platos de crema amarilla, que temblaban a la menor sacudida de la mesa, tenían dibujadas en su superficie lisa las iniciales de los recién casados en inigualables arabescos. A un pastelero de Yvetot le habían confiado las tartas y los dulces. Como acababa de instalarse en el lugar, se había tomado muchas molestias, y en el postre él mismo trajo un plato fijo que provocó fuertes gritos de asombro. Para empezar, en su base había un cuadrado de cartón azul, que representaba un templo con pórticos, columnatas y estatuillas de estuco alrededor, y en los nichos constelaciones de estrellas de papel dorado; luego, en la segunda etapa, un calabozo de pastel de Saboya,

rodeado de muchas fortificaciones en angélica confitada, almendras, pasas y cuartos de naranja; y finalmente, en la plataforma superior, un campo verde con rocas engastadas en lagos de mermelada, botes de cáscara de nuez y un Cupido pequeño que se balanceaba en un columpio de chocolate cuyos dos montantes terminaban en rosas reales por bolas en la parte superior. luego, en la segunda etapa, un calabozo de pastel de Saboya, rodeado de muchas fortificaciones en angélica confitada, almendras, pasas y cuartos de naranja; y finalmente, en la plataforma superior, un campo verde con rocas engastadas en lagos de mermelada, botes de cáscara de nuez y un Cupido pequeño que se balanceaba en un columpio de chocolate cuyos dos montantes terminaban en rosas reales por bolas en la parte superior. luego, en la segunda etapa, un calabozo de pastel de Saboya, rodeado de muchas fortificaciones en angélica confitada, almendras, pasas y cuartos de naranja; y finalmente, en la plataforma superior, un campo verde con rocas engastadas en lagos de mermelada, botes de cáscara de nuez y un Cupido pequeño que se balanceaba en un columpio de chocolate cuyos dos montantes terminaban en rosas reales por bolas en la parte superior.

Hasta la noche comieron. Cuando alguno de ellos estaba demasiado cansado de estar sentado, salía a dar un paseo por el patio, oa jugar con corchos en el granero, y luego volvía a la mesa. Algunos hacia el final se fueron a dormir y roncaron. Pero con el café todos despertaron. Luego comenzaron canciones, exhibieron trucos, levantaron pesos pesados, realizaron hazañas con los dedos, luego intentaron levantar carros sobre sus hombros, hicieron bromas, besaron a las mujeres. Por la noche, cuando partieron, los caballos, atiborrados de avena hasta la nariz, apenas podían meterse en los pozos; patearon, se encabritaron, rompieron los arneses, sus amos se rieron o maldijeron; y toda la noche, a la luz de la luna, por los caminos rurales, había carros desbocados a todo galope metiéndose en las cunetas,

Those who stayed at the Bertaux spent the night drinking in the kitchen. The children had fallen asleep under the seats.

The bride had begged her father to be spared the usual marriage pleasantries. However, a fishmonger, one of their cousins (who had even brought a pair of soles for his wedding present), began to squirt water from his mouth through the keyhole, when old Rouault came up just in time to stop him, and explain to him that the distinguished position of his son-in-law would not allow of such liberties. The cousin all the same did not give in to these reasons readily. In his heart he accused old Rouault of being proud, and he joined four or five other guests in a corner, who having, through mere chance, been several times running served with the worst helps of meat, also were of opinion they had been badly used, and were whispering about their host, and with covered hints hoping he would ruin himself.

Madame Bovary, senior, had not opened her mouth all day. She had been consulted neither as to the dress of her daughter-in-law nor as to the arrangement of the feast; she went to bed early. Her husband, instead of following her, sent to Saint-Victor for some cigars, and smoked till daybreak, drinking kirsch-punch, a mixture unknown to the company. This added greatly to the consideration in which he was held.

Charles, who was not of a facetious turn, did not shine at the wedding. He answered feebly to the puns, *doubles entendres*,^[6] compliments, and chaff that it was felt a duty to let off at him as soon as the soup appeared.

[6] Double meanings.

The next day, on the other hand, he seemed another man. It was he who might rather have been taken for the virgin of the evening before, whilst the bride gave no sign that revealed anything. The shrewdest did not know what to make of it, and they looked at her when she passed near them with an unbounded concentration of mind. But Charles concealed nothing. He called her "my wife", *tutoyé*d^[7] her, asked for her of everyone, looked for her everywhere, and often he dragged her into the yards, where he could be seen from far between the trees, putting his arm around her waist, and walking half-bending over her, ruffling the chemisette of her bodice with his head.

[7] Used the familiar form of address.

Two days after the wedding the married pair left. Charles, on account of his patients, could not be away longer. Old Rouault had them driven back in his cart, and himself accompanied them as far as Vassonville. Here he embraced his daughter for the last time, got down, and went his way. When he had gone about a hundred paces he stopped, and as he saw the cart disappearing, its wheels turning in the dust, he gave a deep sigh. Then he remembered his wedding, the old times, the first pregnancy of his wife; he, too, had been very happy the day when he had taken her from her father to his home, and had carried her off on a pillion, trotting through the snow, for it was near Christmas-time, and the country was all white. She held him by one arm, her basket hanging from the other; the wind blew the long lace of her Cauchois headdress so that it sometimes flapped across his mouth, and when he turned his head he saw near him, on his shoulder, her little rosy face, smiling silently under the gold bands of her cap. To warm her hands she put them from time to time in his breast. How long ago it all was! Their son would have been thirty by now. Then he looked back and saw nothing on the road. He felt dreary as an empty house; and tender memories mingling with the sad thoughts in his brain, addled by the fumes of the feast, he felt inclined for a moment to take a turn towards the church. As he was afraid, however, that this sight would make him yet more sad, he went right away home.

Monsieur and Madame Charles arrived at Tostes about six o'clock.

The neighbors came to the windows to see their doctor's new wife.

The old servant presented herself, curtsied to her, apologised for not having dinner ready, and suggested that madame, in the meantime, should look over her house.

Chapter Five

The brick front was just in a line with the street, or rather the road. Behind the door hung a cloak with a small collar, a bridle, and a black leather cap, and on the floor, in a corner, were a pair of leggings, still covered with dry mud. On the right was the one apartment, that was both dining and sitting room. A canary yellow paper, relieved at the top by a garland of pale flowers, was puckered everywhere over the badly stretched canvas; white calico curtains with a red border hung crossways at the length of the window; and on the narrow mantelpiece a clock with a head of Hippocrates shone resplendent between two plate candlesticks under oval shades. On the other side of the passage was Charles's consulting room, a little room about six paces wide, with a table, three chairs, and an office chair. Volumes of the "Dictionary of Medical Science," uncut, but the binding rather the worse for the successive sales through which they had gone, occupied almost along the six shelves of a deal bookcase.

The smell of melted butter penetrated through the walls when he saw patients, just as in the kitchen one could hear the people coughing in the consulting room and recounting their histories.

Then, opening on the yard, where the stable was, came a large dilapidated room with a stove, now used as a wood-house, cellar, and pantry, full of old rubbish, of empty casks, agricultural implements past service, and a mass of dusty things whose use it was impossible to guess.

The garden, longer than wide, ran between two mud walls with espaliered apricots, to a hawthorn hedge that separated it from the field. In the middle was a slate sundial on a brick pedestal; four flower beds with eglantines surrounded symmetrically the more useful kitchen garden bed. Right at the bottom, under the spruce bushes, was a cure in plaster reading his breviary.

Emma went upstairs. The first room was not furnished, but in the second, which was their bedroom, was a mahogany bedstead in an alcove with red drapery. A shell box adorned the chest of drawers, and on the secretary near the window a bouquet of orange blossoms tied with white satin ribbons stood in a bottle. It was a bride's bouquet; it was the other one's. She looked at it. Charles noticed it; he took it and carried it up to the attic, while Emma seated in an arm-chair (they were putting her things down around her) thought of her bridal flowers packed up in a bandbox, and wondered, dreaming, what would be done with them if she were to die.

During the first days she occupied herself in thinking about changes in the house. She took the shades off the candlesticks, had new wallpaper put up, the staircase repainted, and seats made in the garden round the sundial; she even inquired how she could get a basin with a jet fountain and fishes. Finally her husband, knowing that she liked to drive out, picked up a second-hand dogcart, which, with new lamps and splashboard in striped leather, looked almost like a tilbury.

He was happy then, and without a care in the world. A meal together, a walk in the evening on the highroad, a gesture of her hands over her hair, the sight of her straw hat hanging from the window-fastener, and many another thing in which Charles had never dreamed of pleasure, now made up the endless round of his happiness. In bed, in the morning, by her side, on the pillow, he watched the sunlight sinking into the down on her fair cheek, half hidden by the lappets of her night-cap. Seen thus closely, her eyes looked to him enlarged, especially when, on waking up, she opened and shut them rapidly many times. Black in the shade, dark blue in broad daylight, they had, as it were, depths of different colours, that, darker in the centre, grew paler towards the surface of the eye. His own eyes lost themselves in these depths; he saw himself in miniature down to the shoulders, with his handkerchief round his head and the top of his shirt open. He rose. She came to the window to see him off, and stayed leaning on the sill between two pots of geranium, clad in her dressing gown hanging loosely about her. Charles, in the street buckled his spurs, his foot on the mounting stone, while she talked to him from above, picking with her mouth some scrap of flower or leaf that she blew out at him. Then this, eddying, floating, described semicircles in the air like a bird, and was caught before it reached the ground in the ill-groomed mane of the old white mare standing motionless at the door. Charles from horseback threw her a kiss; she answered with a nod; she shut the window, and he set off. And then along the highroad, spreading out its long ribbon of dust, along the deep lanes that the trees bent over as in arbour, along paths where the corn reached to the knees, with the sun on his back and the morning air in his nostrils, his heart full of the joys of the past night, his mind at rest, his flesh at ease, he went on, re-chewing his happiness, like those who after dinner taste again the truffles which they are digesting.

Until now what good had he had of his life? His time at school, when he remained shut up within the high walls, alone, in the midst of companions richer than he or cleverer at their work, who laughed at his accent, who jeered at his clothes, and whose mothers came to the school with cakes in their muffins? Later on, when he studied medicine, and never had his purse full enough to treat some little work-girl who would have become his mistress? Afterwards, he had lived fourteen months with the widow, whose feet in bed were cold as icicles. But now he had for life this beautiful woman whom he adored. For him the universe did not extend beyond the circumference of her petticoat, and he reproached himself with not loving her. He wanted to see her again; he turned back quickly, ran up the stairs with a

beating heart. Emma, in her room, was dressing; he came up on tiptoe, kissed her back; she gave a cry.

He could not keep from constantly touching her comb, her ring, her fichu; sometimes he gave her great sounding kisses with all his mouth on her cheeks, or else little kisses in a row all along her bare arm from the tip of her fingers up to her shoulder, and she put him away half-smiling, half-vexed, as you do a child who hangs about you.

Before marriage she thought herself in love; but the happiness that should have followed this love not having come, she must, she thought, have been mistaken. And Emma tried to find out what one meant exactly in life by the words felicity, passion, rapture, that had seemed to her so beautiful in books.

Chapter Six

She had read "Paul and Virginia," and she had dreamed of the little bamboo-house, the nigger Domingo, the dog Fidele, but above all of the sweet friendship of some dear little brother, who seeks red fruit for you on trees taller than steeples, or who runs barefoot over the sand, bringing you a bird's nest.

When she was thirteen, her father himself took her to town to place her in the convent. They stopped at an inn in the St. Gervais quarter, where, at their supper, they used painted plates that set forth the story of Mademoiselle de la Valliere. The explanatory legends, chipped here and there by the scratching of knives, all glorified religion, the tendernesses of the heart, and the pomps of court.

Far from being bored at first at the convent, she took pleasure in the society of the good sisters, who, to amuse her, took her to the chapel, which one entered from the refectory by a long corridor. She played very little during recreation hours, knew her catechism well, and it was she who always answered Monsieur le Vicaire's difficult questions. Living thus, without ever leaving the warm atmosphere of the classrooms, and amid these pale-faced women wearing rosaries with brass crosses, she was softly lulled by the mystic languor exhaled in the perfumes of the altar, the freshness of the holy water, and the lights of the tapers. Instead of attending to mass, she looked at the pious vignettes with their azure borders in her book, and she loved the sick lamb, the sacred heart pierced with sharp arrows, or the poor Jesus sinking beneath the cross he carries. She tried, by way of mortification, to eat nothing a whole day. She puzzled her head to find some vow to fulfil.

When she went to confession, she invented little sins in order that she might stay there longer, kneeling in the shadow, her hands joined, her face against the grating beneath the whispering of the priest. The comparisons of betrothed, husband, celestial lover, and eternal marriage, that recur in sermons, stirred within her soul depths of unexpected sweetness.

In the evening, before prayers, there was some religious reading in the study. On week-nights it was some abstract of sacred history or the Lectures of the Abbe Frayssinous, and on Sundays passages from the "Genie du Christianisme," as a recreation. How she listened at first to the sonorous lamentations of its romantic melancholies reechoing through the world and eternity! If her childhood had been spent in the shop-parlour of some business quarter, she might perhaps have opened her heart to those lyrical invasions of Nature, which usually come to us only through translation in books. But she knew the country too well; she knew the lowing of cattle, the milking, the ploughs.

Accustomed to calm aspects of life, she turned, on the contrary, to those of excitement. She loved the sea only for the sake of its storms, and the green fields only when broken up by ruins.

She wanted to get some personal profit out of things, and she rejected as useless all that did not contribute to the immediate desires of her heart, being of a temperament more sentimental than artistic, looking for emotions, not landscapes.

At the convent there was an old maid who came for a week each month to mend the linen. Patronized by the clergy, because she belonged to an ancient family of noblemen ruined by the Revolution, she dined in the refectory at the table of the good sisters, and after the meal had a bit of chat with them before going back to her work. The girls often slipped out from the study to go and see her. She knew by heart the love songs of the last century, and sang them in a low voice as she stitched away.

She told stories, gave them news, went errands in the town, and on the sly lent the big girls some novel, that she always carried in the pockets of her apron, and of which the good lady herself swallowed long chapters in the intervals of her work. They were all love, lovers, sweethearts, persecuted ladies fainting in lonely pavilions, postilions killed at every stage, horses ridden to death on every page, sombre forests, heartaches, vows, sobs, tears and kisses, little skiffs by moonlight, nightingales in shady groves, "gentlemen" brave as lions, gentle as lambs, virtuous as no one ever was, always well dressed, and weeping like fountains. For six months, then, Emma, at fifteen years of age, made her hands dirty with books from old lending libraries.

Through Walter Scott, later on, she fell in love with historical events, dreamed of old chests, guard-rooms and minstrels. She would have liked to live in some old manor-house, like those long-waisted chatelaines who, in the shade of pointed arches, spent their days leaning on the stone, chin in hand, watching a cavalier with white plume galloping on his black horse from the distant fields. At this time she had a cult for Mary Stuart and enthusiastic veneration for illustrious or unhappy women. Joan of Arc, Heloise, Agnes Sorel, the beautiful Ferroniere, and Clemence Isaure stood out to her like comets in the dark immensity of heaven, where also were seen, lost in shadow, and all unconnected, St. Louis with his oak, the dying Bayard, some cruelties of Louis XI, a little of St. Bartholomew's Day, the plume of the Bearnais, and always the remembrance of the plates painted in honour of Louis XIV.

In the music class, in the ballads she sang, there was nothing but little angels with golden wings, madonnas, lagunes, gondoliers;-mild compositions that allowed her to catch a glimpse athwart the obscurity of style and the weakness of the music of the attractive phantasmagoria of sentimental realities. Some of her companions brought "keepsakes" given them as new year's gifts to the convent. These had to be hidden; it was quite an undertaking; they were

read in the dormitory. Delicately handling the beautiful satin bindings, Emma looked with dazzled eyes at the names of the unknown authors, who had signed their verses for the most part as counts or viscounts.

She trembled as she blew back the tissue paper over the engraving and saw it folded in two and fall gently against the page. Here behind the balustrade of a balcony was a young man in a short cloak, holding in his arms a young girl in a white dress wearing an alms-bag at her belt; or there were nameless portraits of English ladies with fair curls, who looked at you from under their round straw hats with their large clear eyes. Some there were lounging in their carriages, gliding through parks, a greyhound bounding along in front of the equipage driven at a trot by two midget postilions in white breeches. Others, dreaming on sofas with an open letter, gazed at the moon through a slightly open window half draped by a black curtain. The naive ones, a tear on their cheeks, were kissing doves through the bars of a Gothic cage, or, smiling, their heads on one side, were plucking the leaves of a marguerite with their taper fingers, that curved at the tips like peaked shoes. And you, too, were there, Sultans with long pipes reclining beneath arbours in the arms of Bayaderes; Djiaours, Turkish sabres, Greek caps; and you especially, pale landscapes of dithyrambic lands, that often show us at once palm trees and firs, tigers on the right, a lion to the left, Tartar minarets on the horizon; the whole framed by a very neat virgin forest, and with a great perpendicular sunbeam trembling in the water, where, standing out in relief like white excoriations on a steel-grey ground, swans are swimming about.

And the shade of the argand lamp fastened to the wall above Emma's head lighted up all these pictures of the world, that passed before her one by one in the silence of the dormitory, and to the distant noise of some belated carriage rolling over the Boulevards.

When her mother died she cried much the first few days. She had a funeral picture made with the hair of the deceased, and, in a letter sent to the Bertaux full of sad reflections on life, she asked to be buried later on in the same grave. The goodman thought she must be ill, and came to see her. Emma was secretly pleased that she had reached at a first attempt the rare ideal of pale lives, never attained by mediocre hearts. She let herself glide along with Lamartine meanderings, listened to harps on lakes, to all the songs of dying swans, to the falling of the leaves, the pure virgins ascending to heaven, and the voice of the Eternal discoursing down the valleys. She wearied of it, would not confess it, continued from habit, and at last was surprised to feel herself soothed, and with no more sadness at heart than wrinkles on her brow.

The good nuns, who had been so sure of her vocation, perceived with great astonishment that Mademoiselle Rouault seemed to be slipping from them. They had indeed been so lavish to her of prayers, retreats, novenas, and sermons, they had so often preached the respect due to saints and martyrs, and given so much good advice as to the modesty of the body and the salvation of her soul, that she did as tightly reined horses; she pulled up short and the bit slipped from her teeth. This nature, positive in the midst of its enthusiasms, that had loved the church for the sake of the flowers, and music for the words of the songs, and literature for its passional stimulus, rebelled against the mysteries of faith as it grew irritated by discipline, a thing antipathetic to her constitution. When her father took her from school, no one was sorry to see her go. The Lady Superior even thought that she had latterly been somewhat irreverent to the community.

Emma, at home once more, first took pleasure in looking after the servants, then grew disgusted with the country and missed her convent. When Charles came to the Bertaux for the first time, she thought herself quite disillusioned, with nothing more to learn, and nothing more to feel.

But the uneasiness of her new position, or perhaps the disturbance caused by the presence of this man, had sufficed to make her believe that she at last felt that wondrous passion which, till then, like a great bird with rose-coloured wings, hung in the splendour of the skies of poesy; and now she could not think that the calm in which she lived was the happiness she had dreamed.

Chapter Seven

She thought, sometimes, that, after all, this was the happiest time of her life—the honeymoon, as people called it. To taste the full sweetness of it, it would have been necessary doubtless to fly to those lands with sonorous names where the days after marriage are full of laziness most suave. In post chaises behind blue silken curtains to ride slowly up steep road, listening to the song of the postilion re-echoed by the mountains, along with the bells of goats and the muffled sound of a waterfall; at sunset on the shores of gulfs to breathe in the perfume of lemon trees; then in the evening on the villa-terraces above, hand in hand to look at the stars, making plans for the future. It seemed to her that certain places on earth must bring happiness, as a plant peculiar to the soil, and that cannot thrive elsewhere. Why could not she lean over balconies in Swiss chalets, or enshrine her melancholy in a Scotch cottage, with a husband dressed in a black velvet coat with long tails, and thin shoes, a pointed hat and frills? Perhaps she would have liked to confide all these things to someone. But how tell an undefinable uneasiness, variable as the clouds, unstable as the winds? Words failed her—the opportunity, the courage.

If Charles had but wished it, if he had guessed it, if his look had but once met her thought, it seemed to her that a sudden plenty would have gone out from her heart, as the fruit falls from a tree when shaken by a hand. But as the intimacy of their life became deeper, the greater became the gulf that separated her from him.

Charles's conversation was commonplace as a street pavement, and everyone's ideas trooped through it in their everyday garb, without exciting emotion, laughter, or thought. He had never had the curiosity, he said, while he lived at Rouen, to go to the theatre to see the actors from Paris. He could neither swim, nor fence, nor shoot, and one day he could not explain some term of horsemanship to her that she had come across in a novel.

A man, on the contrary, should he not know everything, excel in manifold activities, initiate you into the energies of passion, the refinements of life, all mysteries? But this one taught nothing, knew nothing, wished nothing. He thought her happy; and she resented this easy calm, this serene heaviness, the very happiness she gave him.

Sometimes she would draw; and it was great amusement to Charles to stand there bolt upright and watch her bend over her cardboard, with eyes half-closed the better to see her work, or rolling, between her fingers, little bread-pellets. As to the piano, the more quickly her fingers glided over it the more he wondered. She struck the notes with aplomb, and ran from top to bottom of the keyboard without a break. Thus shaken up, the old instrument, whose strings buzzed, could be heard at the other end of the village when the window was open, and often the bailiff's clerk, passing along the highroad bare-headed and in list slippers, stopped to listen, his sheet of paper in his hand.

Emma, on the other hand, knew how to look after her house. She sent the patients' accounts in well-phrased letters that had no suggestion of a bill. When they had a neighbour to dinner on Sundays, she managed to have some tasty dish—piled up pyramids of greengages on vine leaves, served up preserves turned out into plates—and even spoke of buying finger-glasses for dessert. From all this much consideration was extended to Bovary.

Charles finished by rising in his own esteem for possessing such a wife. He showed with pride in the sitting room two small pencil sketches by her that he had had framed in very large frames, and hung up against the wallpaper by long green cords. People returning from mass saw him at his door in his wool-work slippers.

He came home late—at ten o'clock, at midnight sometimes. Then he asked for something to eat, and as the servant had gone to bed, Emma waited on him. He took off his coat to dine more at his ease. He told her, one after the other, the people he had met, the villages where he had been, the prescriptions he had written, and, well pleased with himself, he finished the remainder of the boiled beef and onions, picked pieces off the cheese, munched an apple, emptied his water-bottle, and then went to bed, and lay on his back and snored.

As he had been for a time accustomed to wear nightcaps, his handkerchief would not keep down over his ears, so that his hair in the morning was all tumbled pell-mell about his face and whitened with the feathers of the pillow, whose strings came untied during the night. He always wore thick boots that had two long creases over the instep running obliquely towards the ankle, while the rest of the upper continued in a straight line as if stretched on a wooden foot. He said that "was quite good enough for the country."

Su madre aprobaba su economía, porque vino a verlo como antes, cuando había habido una pelea violenta en su casa; y, sin embargo, madame Bovary padre parecía tener prejuicios contra su nuera. Ella pensó que "sus formas eran demasiado buenas para su posición"; la leña, el azúcar y las velas desaparecieron como "en un gran establecimiento", y la cantidad de fuego en la cocina habría sido suficiente para veinticinco platos. Puso en orden su ropa blanca en los lagares y le enseñó a vigilar al carnicero cuando traía la carne. Emma soportó estas lecciones. Madame Bovary fue generosa con ellos; y las palabras "hija" y "madre" se intercambiaron durante todo el día, acompañadas de pequeños temblores en los labios, cada uno pronunciando palabras dulces con una voz trémula de ira.

En tiempos de madame Dubuc, la anciana se sentía todavía la favorita; pero ahora el amor de Carlos por Emma le parecía un abandono de su ternura, una usurpación de lo que era suyo, y contemplaba la felicidad de su hijo en triste silencio, como un hombre arruinado que mira a través de las ventanas a la gente que cena en su antigua casa. Ella le recordó como recuerdos

sus penas y sus sacrificios y, comparándolos con la negligencia de Emma, llegó a la conclusión de que no era razonable adorarla tan exclusivamente.

Charles no supo qué responder: respetaba a su madre y amaba infinitamente a su esposa; consideraba infalible el juicio de uno y, sin embargo, consideraba irreprochable la conducta del otro. Cuando la señora Bovary se hubo ido, trató tímidamente y en los mismos términos de aventurar una o dos de las observaciones más anodinas que había escuchado de su mamá. Emma le demostró con una palabra que estaba equivocado y lo envió con sus pacientes.

Y sin embargo, de acuerdo con las teorías que creía correctas, quería enamorarse de él. A la luz de la luna, en el jardín, recitó todas las rimas apasionadas que sabía de memoria y, suspirando, le cantó muchos adagios melancólicos; pero se encontró tan tranquila después como antes, y Charles no parecía más enamorado ni más conmovido.

Cuando hubo golpeado así durante un rato el pedernal en su corazón sin obtener una chispa, incapaz, además, de comprender lo que no experimentaba como de creer algo que no se presentara en formas convencionales, se convenció sin dificultad de que la pasión de Charles no era nada muy exorbitante. Sus arrebatos se hicieron regulares; él la abrazaba en ciertos momentos fijos. Era un hábito entre otros hábitos y, como un postre, esperado después de la monotonía de la cena.

Un guardabosque, curado por el médico de una inflamación de los pulmones, le había regalado a la señora un pequeño galgo italiano; la sacaba a pasear, que a veces salía para estar un momento sola, y no ver ante sus ojos el jardín eterno y el camino polvoriento. Llegó hasta las hayas de Banneville, cerca del pabellón desierto que forma un ángulo del muro del lado del campo. En medio de la vegetación de la zanja hay largos juncos con hojas que te cortan.

Empezó por mirar a su alrededor para ver si nada había cambiado desde la última vez que había estado allí. Volvió a encontrar en los mismos lugares las dedaleras y los alhelíes, los lechos de ortigas que crecían alrededor de las grandes piedras y los parches de líquen a lo largo de las tres ventanas, cuyos postigos, siempre cerrados, se estaban pudriendo sobre sus herrumbrosos barrotes. Sus pensamientos, al principio sin rumbo, vagaban al azar, como su galgo, que corría y daba vueltas por los campos, aullando detrás de las mariposas amarillas, persiguiendo a las musarañas-ratón o mordisqueando las amapolas al borde de un maizal.

Luego, poco a poco, sus ideas tomaron forma y, sentada en la hierba que desenterró con pequeños golpes de su parasol, Emma se repitió a sí misma: “¡Dios mío! ¿Por qué me casé?

Se preguntó si por alguna otra combinación casual no habría sido posible conocer a otro hombre; y trató de imaginar lo que habrían sido estos hechos no realizados, esta vida diferente, este marido desconocido. Todos, seguramente, no podrían ser como éste. Podría haber sido guapo, ingenioso, distinguido, atractivo, como, sin duda, se habían casado sus antiguos compañeros de convento. ¿Qué estaban haciendo ahora? En la ciudad, con el ruido de las calles, el bullicio de los teatros y las luces del salón de baile, vivían vidas en las que el corazón se expande y los sentidos brotan. Pero ella... su vida era fría como un desván cuya buhardilla mira al norte, y el hastío, la araña silenciosa, tejía su tela en la oscuridad en todos los rincones de su corazón.

Recordaba los días de premio, cuando subía a la tarima para recibir sus coronitas, con el pelo recogido en largas trenzas. Con su vestido blanco y sus zapatos abiertos de prunella, tenía un estilo bonito, y cuando volvió a su asiento, los caballeros se inclinaron sobre ella para felicitarla; el patio estaba lleno de carruajes; las despedidas la llamaban a través de sus ventanas; el maestro de música con su estuche de violín inclinado al pasar. ¡Qué lejos todo esto! ¡Qué tan lejos! Llamó a Djali, la tomó entre sus rodillas y alisó la cabeza larga y delicada, diciendo: “Ven, besa a la señora; no tienes problemas.

Entonces, al notar el rostro melancólico del gracioso animal, que bostezaba lentamente, se ablandó, y comparándola consigo misma, le habló en voz alta como a alguien en apuros a quien se está consolando.

De vez en cuando venían ráfagas de viento, brisas del mar que soplaban de un tirón sobre toda la meseta del país de Caux, que traían incluso a estos campos una frescura salada. Los juncos, pegados al suelo, silbaban; las ramas temblaban en un susurro veloz, mientras sus cumbres, balanceándose sin cesar, mantenían un murmullo profundo. Emma se echó el chal sobre los hombros y se levantó.

En la avenida una luz verde atenuada por las hojas iluminaba el musgo corto que crepitaba suavemente bajo sus pies. El sol se ponía; el cielo se mostraba rojo entre las ramas, y los troncos de los árboles, uniformes y plantados en línea recta, parecían una columnata parda que se destacaba sobre un fondo de oro. Un miedo se apoderó de ella; Llamó a Djali y volvió a toda prisa a Tostes por la carretera principal, se arrojó en un sillón y no habló durante el resto de la noche.

Pero hacia fines de septiembre algo extraordinario cayó sobre su vida; fue invitada por el marqués de Andervilliers a Vaubyessard.

Secretario de Estado durante la Restauración, el marqués, deseoso de reincorporarse a la vida política, se puso a preparar su candidatura a la Cámara de Diputados con mucha antelación. En el invierno distribuyó una gran cantidad de madera, y en el Conseil General siempre exigió con entusiasmo nuevos caminos para su distrito. Durante la canícula había sufrido un absceso, que Charles había curado como por milagro con un oportuno toquecito con la lanceta. El mayordomo enviado a Tostes para pagar la operación informó por la tarde que había visto unas magníficas cerezas en el jardincito del médico. Ahora bien, los cerezos no crecían en Vaubyessard; el marqués pidió a Bovary unas tiras; se ocupó de agradecerle personalmente; vio a Emma; pensó que tenía una figura bonita, y que no se inclinó como una campesina; de modo que no pensó que estaba sobrepasando los límites de la condescendencia, ni, por otro lado, cometiendo un error, al invitar a la joven pareja.

On Wednesday at three o'clock, Monsieur and Madame Bovary, seated in their dog-cart, set out for Vaubyessard, with a great trunk strapped on behind and a bonnet-box in front of the apron. Besides these Charles held a bandbox between his knees.

They arrived at nightfall, just as the lamps in the park were being lit to show the way for the carriages.

Chapter Eight

The château, a modern building in Italian style, with two projecting wings and three flights of steps, lay at the foot of an immense green-sward, on which some cows were grazing among groups of large trees set out at regular intervals, while large beds of arbutus, rhododendron, syringas, and guelder roses bulged out their irregular clusters of green along the curve of the gravel path. A river flowed under a bridge; through the mist one could distinguish buildings with thatched roofs scattered over the field bordered by two gently sloping, well timbered hillocks, and in the background amid the trees rose in two parallel lines the coach houses and stables, all that was left of the ruined old château.

Charles's dog-cart pulled up before the middle flight of steps; servants appeared; the Marquis came forward, and, offering his arm to the doctor's wife, conducted her to the vestibule.

It was paved with marble slabs, was very lofty, and the sound of footsteps and that of voices re-echoed through it as in a church.

Opposite rose a straight staircase, and on the left a gallery overlooking the garden led to the billiard room, through whose door one could hear the click of the ivory balls. As she crossed it to go to the drawing room, Emma saw standing round the table men with grave faces, their chins resting on high cravats. They all wore orders, and smiled silently as they made their strokes.

On the dark wainscoting of the walls large gold frames bore at the bottom names written in black letters. She read: "Jean-Antoine d'Andervilliers d'Yvervonville, Count de la Vaubyessard and Baron de la Fresnay, killed at the battle of Coutras on the 20th of October, 1587." And on another: "Jean-Antoine-Henry-Guy d'Andervilliers de la Vaubyessard, Admiral of France and Chevalier of the Order of St. Michael, wounded at the battle of the Hougue-Saint-Vaast on the 29th of May, 1692; died at Vaubyessard on the 23rd of January 1693." One could hardly make out those that followed, for the light of the lamps lowered over the green cloth threw a dim shadow round the room. Burnishing the horizontal pictures, it broke up against these in delicate lines where there were cracks in the varnish, and from all these great black squares framed in with gold stood out here and there some lighter portion of the painting—a pale brow, two eyes that looked at you, perukes flowing over and powdering red-coated shoulders, or the buckle of a garter above a well-rounded calf.

The Marquis opened the drawing room door; one of the ladies (the Marchioness herself) came to meet Emma. She made her sit down by her on an ottoman, and began talking to her as amicably as if she had known her a long time. She was a woman of about forty, with fine shoulders, a hook nose, a drawling voice, and on this evening she wore over her brown hair a simple guipure fichu that fell in a point at the back. A fair young woman sat in a high-backed chair in a corner; and gentlemen with flowers in their buttonholes were talking to ladies round the fire.

At seven dinner was served. The men, who were in the majority, sat down at the first table in the vestibule; the ladies at the second in the dining room with the Marquis and Marchioness.

Emma, on entering, felt herself wrapped round by the warm air, a blending of the perfume of flowers and of the fine linen, of the fumes of the viands, and the odour of the truffles. The silver dish covers reflected the lighted wax candles in the candelabra, the cut crystal covered with light steam reflected from one to the other pale rays; bouquets were placed in a row the whole length of the table; and in the large-bordered plates each napkin, arranged after the fashion of a bishop's mitre, held between its two gaping folds a small oval shaped roll. The red claws of lobsters hung over the dishes; rich fruit in open baskets was piled up on moss; there were quails in their plumage; smoke was rising; and in silk stockings, knee-breeches, white cravat, and frilled shirt, the steward, grave as a judge, offering ready carved dishes between the shoulders of the guests, with a touch of the spoon gave you the piece chosen. On the large stove of porcelain inlaid with copper baguettes the statue of a woman, draped to the chin, gazed motionless on the room full of life.

Madame Bovary noticed that many ladies had not put their gloves in their glasses.

But at the upper end of the table, alone amongst all these women, bent over his full plate, and his napkin tied round his neck like a child, an old man sat eating, letting drops of gravy drip from his mouth. His eyes were bloodshot, and he wore a little queue tied with black ribbon. He was the Marquis's father-in-law, the old Duke de Laverdiere, once on a time favourite of the Count d'Artois, in the days of the Vaudreuil hunting-parties at the Marquis de Conflans', and had been, it was said, the lover of Queen Marie Antoinette, between Monsieur de Coigny and Monsieur de Lauzun. He had lived a life of noisy debauch, full of duels, bets, elopements; he had squandered his fortune and frightened all his family. A servant behind his chair named aloud to him in his ear the dishes that he pointed to stammering, and constantly Emma's eyes turned involuntarily to this old man with hanging lips, as to something extraordinary. He had lived at court and slept in the bed of queens! Iced champagne was poured out. Emma shivered all over as she felt it cold in her mouth. She had never seen pomegranates nor tasted pineapples. The powdered sugar even seemed to her whiter and finer than elsewhere.

The ladies afterwards went to their rooms to prepare for the ball.

Emma made her toilet with the fastidious care of an actress on her debut. She did her hair according to the directions of the hairdresser, and put on the barege dress spread out upon the bed.

Charles's trousers were tight across the belly.

"My trouser-straps will be rather awkward for dancing," he said.

"Dancing?" repeated Emma.

"Yes!"

"Why, you must be mad! They would make fun of you; keep your place. Besides, it is more becoming for a doctor," she added.

Charles was silent. He walked up and down waiting for Emma to finish dressing.

He saw her from behind in the glass between two lights. Her black eyes seemed blacker than ever. Her hair, undulating towards the ears, shone with a blue lustre; a rose in her chignon trembled on its mobile stalk, with artificial dewdrops on the tip of the leaves. She wore a gown of pale saffron trimmed with three bouquets of pompon roses mixed with green.

Charles came and kissed her on her shoulder.

"Let me alone!" she said; "you are tumbling me."

One could hear the flourish of the violin and the notes of a horn. She went downstairs restraining herself from running.

Dancing had begun. Guests were arriving. There was some crushing.

She sat down on a form near the door.

The quadrille over, the floor was occupied by groups of men standing up and talking and servants in livery bearing large trays. Along the line of seated women painted fans were fluttering, bouquets half hid smiling faces, and gold stoppered scent-bottles were turned in partly-closed hands, whose white gloves outlined the nails and tightened on the flesh at the wrists. Lace trimmings, diamond brooches, medallion bracelets trembled on bodices, gleamed on breasts, clinked on bare arms.

The hair, well-smoothed over the temples and knotted at the nape, bore crowns, or bunches, or sprays of myosotis, jasmine, pomegranate blossoms, ears of corn, and corn-flowers. Calmly seated in their places, mothers with forbidding countenances were wearing red turbans.

Emma's heart beat rather faster when, her partner holding her by the tips of the fingers, she took her place in a line with the dancers, and waited for the first note to start. But her emotion soon vanished, and, swaying to the rhythm of the orchestra, she glided forward with slight movements of the neck. A smile rose to her lips at certain delicate phrases of the violin, that sometimes played alone while the other instruments were silent; one could hear the clear clink of the louis d'or that were being thrown down upon the card tables in the next room; then all struck again, the cornet-a-piston uttered its sonorous note, feet marked time, skirts swelled and rustled, hands touched and parted; the same eyes falling before you met yours again.

A few men (some fifteen or so), of twenty-five to forty, scattered here and there among the dancers or talking at the doorways, distinguished themselves from the crowd by a certain air of breeding, whatever their differences in age, dress, or face.

Their clothes, better made, seemed of finer cloth, and their hair, brought forward in curls towards the temples, glossy with more delicate pomades. They had the complexion of wealth—that clear complexion that is heightened by the pallor of porcelain, the shimmer of satin, the veneer of old furniture, and that an ordered regimen of exquisite nurture maintains at its best. Their necks moved easily in their low cravats, their long whiskers fell over their turned-down collars, they wiped their lips upon handkerchiefs with embroidered initials that gave forth a subtle perfume. Those who were beginning to grow old had an air of youth, while there was something mature in the faces of the young. In their unconcerned looks was the calm of passions daily satiated, and through all their gentleness of manner pierced that peculiar brutality, the result of a command of half-easy things, in which force is exercised and vanity amused—the management of thoroughbred horses and the society of loose women.

A few steps from Emma a gentleman in a blue coat was talking of Italy with a pale young woman wearing a parure of pearls.

They were praising the breadth of the columns of St. Peter's, Tivoly, Vesuvius, Castellamare, and Cassines, the roses of Genoa, the Coliseum by moonlight. With her other ear Emma was listening to a conversation full of words she did not understand. A circle gathered round a very young man who the week before had beaten "Miss Arabella" and "Romolus," and won two thousand louis jumping a ditch in England. One complained that his racehorses were growing fat; another of the printers' errors that had disfigured the name of his horse.

The atmosphere of the ball was heavy; the lamps were growing dim.

Guests were flocking to the billiard room. A servant got upon a chair and broke the window-panes. At the crash of the glass Madame Bovary turned her head and saw in the garden the faces of peasants pressed against the window looking in at them. Then the memory of the Bertaux came back to her. She saw the farm again, the muddy pond, her father in a blouse under the apple trees, and she saw herself again as formerly, skimming with her finger the cream off the milk-pans in the dairy. But in the refulgence of the present hour her past life, so distinct until then, faded away completely, and she almost doubted having lived it. She was there; beyond the ball was only shadow overspreading all the rest. She was just eating a maraschino ice that she held with her left hand in a silver-gilt cup, her eyes half-closed, and the spoon between her teeth.

A lady near her dropped her fan. A gentlemen was passing.

“Would you be so good,” said the lady, “as to pick up my fan that has fallen behind the sofa?”

The gentleman bowed, and as he moved to stretch out his arm, Emma saw the hand of a young woman throw something white, folded in a triangle, into his hat. The gentleman, picking up the fan, offered it to the lady respectfully; she thanked him with an inclination of the head, and began smelling her bouquet.

After supper, where were plenty of Spanish and Rhine wines, soups *à la bisque* and *au lait d’amandes*,^[8] puddings *à la Trafalgar*, and all sorts of cold meats with jellies that trembled in the dishes, the carriages one after the other began to drive off. Raising the corners of the muslin curtain, one could see the light of their lanterns glimmering through the darkness. The seats began to empty, some card-players were still left; the musicians were cooling the tips of their fingers on their tongues. Charles was half asleep, his back propped against a door.

[8] With almond milk

At three o’clock the cotillion began. Emma did not know how to waltz. Everyone was waltzing, Mademoiselle d’Andervilliers herself and the Marquis; only the guests staying at the castle were still there, about a dozen persons.

One of the waltzers, however, who was familiarly called Viscount, and whose low cut waistcoat seemed moulded to his chest, came a second time to ask Madame Bovary to dance, assuring her that he would guide her, and that she would get through it very well.

They began slowly, then went more rapidly. They turned; all around them was turning—the lamps, the furniture, the wainscoting, the floor, like a disc on a pivot. On passing near the doors the bottom of Emma’s dress caught against his trousers.

Their legs commingled; he looked down at her; she raised her eyes to his. A torpor seized her; she stopped. They started again, and with a more rapid movement; the Viscount, dragging her along disappeared with her to the end of the gallery, where panting, she almost fell, and for a moment rested her head upon his breast. And then, still turning, but more slowly, he guided her back to her seat. She leaned back against the wall and covered her eyes with her hands.

When she opened them again, in the middle of the drawing room three waltzers were kneeling before a lady sitting on a stool.

She chose the Viscount, and the violin struck up once more.

Everyone looked at them. They passed and re-passed, she with rigid body, her chin bent down, and he always in the same pose, his figure curved, his elbow rounded, his chin thrown forward. That woman knew how to waltz! They kept up a long time, and tired out all the others.

Then they talked a few moments longer, and after the goodnights, or rather good mornings, the guests of the château retired to bed.

Charles dragged himself up by the balusters. His “knees were going up into his body.” He had spent five consecutive hours standing bolt upright at the card tables, watching them play whist, without understanding anything about it, and it was with a deep sigh of relief that he pulled off his boots.

Emma threw a shawl over her shoulders, opened the window, and leant out.

The night was dark; some drops of rain were falling. She breathed in the damp wind that refreshed her eyelids. The music of the ball was still murmuring in her ears. And she tried to keep herself awake in order to prolong the illusion of this luxurious life that she would soon have to give up.

Day began to break. She looked long at the windows of the château, trying to guess which were the rooms of all those she had noticed the evening before. She would fain have known their lives, have penetrated, blended with them. But she was shivering with cold. She undressed, and cowered down between the sheets against Charles, who was asleep.

There were a great many people to luncheon. The repast lasted ten minutes; no liqueurs were served, which astonished the doctor.

Next, Mademoiselle d’Andervilliers collected some pieces of roll in a small basket to take them to the swans on the ornamental waters, and they went to walk in the hot-houses, where strange plants, bristling with hairs, rose in pyramids under hanging vases, whence, as from over-filled nests of serpents, fell long green cords interlacing. The orangery, which was at the other end, led by a covered way to the outhouses of the château. The Marquis, to amuse the young woman, took her to see the stables.

Above the basket-shaped racks porcelain slabs bore the names of the horses in black letters. Each animal in its stall whisked its tail when anyone went near and said “Tchk! tchk!” The boards of the harness room shone like the flooring of a drawing room. The carriage harness was piled up in the middle against two twisted columns, and the bits, the whips, the spurs, the curbs, were ranged in a line all along the wall.

Charles, meanwhile, went to ask a groom to put his horse to. The dog-cart was brought to the foot of the steps, and, all the parcels being crammed in, the Bovarys paid their respects to the Marquis and Marchioness and set out again for Tostes.

Emma watched the turning wheels in silence. Charles, on the extreme edge of the seat, held the reins with his two arms wide apart, and the little horse ambled along in the shafts that were too big for him. The loose reins hanging over his crupper were wet with foam, and the box fastened on behind the chaise gave great regular bumps against it.

They were on the heights of Thibourville when suddenly some horsemen with cigars between their lips passed laughing. Emma thought she recognized the Viscount, turned back,

and caught on the horizon only the movement of the heads rising or falling with the unequal cadence of the trot or gallop.

A mile farther on they had to stop to mend with some string the traces that had broken.

But Charles, giving a last look to the harness, saw something on the ground between his horse's legs, and he picked up a cigar-case with a green silk border and beblazoned in the centre like the door of a carriage.

"There are even two cigars in it," said he; "they'll do for this evening after dinner."

"Why, do you smoke?" she asked.

"Sometimes, when I get a chance."

He put his find in his pocket and whipped up the nag.

When they reached home the dinner was not ready. Madame lost her temper. Nastasie answered rudely.

"Leave the room!" said Emma. "You are forgetting yourself. I give you warning."

For dinner there was onion soup and a piece of veal with sorrel.

Charles, seated opposite Emma, rubbed his hands gleefully.

"How good it is to be at home again!"

Nastasie could be heard crying. He was rather fond of the poor girl. She had formerly, during the wearisome time of his widowhood, kept him company many an evening. She had been his first patient, his oldest acquaintance in the place.

"Have you given her warning for good?" he asked at last.

"Yes. Who is to prevent me?" she replied.

Then they warmed themselves in the kitchen while their room was being made ready. Charles began to smoke. He smoked with lips protruding, spitting every moment, recoiling at every puff.

"You'll make yourself ill," she said scornfully.

He put down his cigar and ran to swallow a glass of cold water at the pump. Emma seizing hold of the cigar case threw it quickly to the back of the cupboard.

The next day was a long one. She walked about her little garden, up and down the same walks, stopping before the beds, before the espalier, before the plaster curate, looking with amazement at all these things of once-on-a-time that she knew so well. How far off the ball seemed already! What was it that thus set so far asunder the morning of the day before yesterday and the evening of to-day? Her journey to Vaubyessard had made a hole in her life, like one of those great crevices that a storm will sometimes make in one night in mountains. Still she was resigned. She devoutly put away in her drawers her beautiful dress, down to the satin shoes whose soles were yellowed with the slippery wax of the dancing floor. Her heart was like these. In its friction against wealth something had come over it that could not be effaced.

The memory of this ball, then, became an occupation for Emma.

Whenever the Wednesday came round she said to herself as she awoke, "Ah! I was there a week—a fortnight—three weeks ago."

And little by little the faces grew confused in her remembrance.

She forgot the tune of the quadrilles; she no longer saw the liveries and appointments so distinctly; some details escaped her, but the regret remained with her.

Chapter Nine

Often when Charles was out she took from the cupboard, between the folds of the linen where she had left it, the green silk cigar case. She looked at it, opened it, and even smelt the odour of the lining—a mixture of verbena and tobacco. Whose was it? The Viscount's? Perhaps it was a present from his mistress. It had been embroidered on some rosewood frame, a pretty little thing, hidden from all eyes, that had occupied many hours, and over which had fallen the soft curls of the pensive worker. A breath of love had passed over the stitches on the canvas; each prick of the needle had fixed there a hope or a memory, and all those interwoven threads of silk were but the continuity of the same silent passion. And then one morning the Viscount had taken it away with him. Of what had they spoken when it lay upon the wide-mantelled chimneys between flower-vases and Pompadour clocks? She was at Tostes; he was at Paris now, far away! What was this Paris like? What a vague name! She repeated it in a low voice, for the mere pleasure of it; it rang in her ears like a great cathedral bell; it shone before her eyes, even on the labels of her pomade-pots.

At night, when the carriers passed under her windows in their carts singing the "Marjolaine," she awoke, and listened to the noise of the iron-bound wheels, which, as they gained the country road, was soon deadened by the soil. "They will be there to-morrow!" she said to herself.

And she followed them in thought up and down the hills, traversing villages, gliding along the highroads by the light of the stars. At the end of some indefinite distance there was always a confused spot, into which her dream died.

She bought a plan of Paris, and with the tip of her finger on the map she walked about the capital. She went up the boulevards, stopping at every turning, between the lines of the streets, in front of the white squares that represented the houses. At last she would close the lids of her weary eyes, and see in the darkness the gas jets flaring in the wind and the steps of carriages lowered with much noise before the peristyles of theatres.

She took in "La Corbeille," a lady's journal, and the "Sylphe des Salons." She devoured, without skipping a word, all the accounts of first nights, races, and soirees, took interest in the debut of a singer, in the opening of a new shop. She knew the latest fashions, the addresses of the best tailors, the days of the Bois and the Opera. In Eugene Sue she studied descriptions of furniture; she read Balzac and George Sand, seeking in them imaginary satisfaction for her own desires. Even at table she had her book by her, and turned over the pages while Charles ate and talked to her. The memory of the Viscount always returned as she read. Between him and the imaginary personages she made comparisons. But the circle of which he was the centre gradually widened round him, and the aureole that he bore, fading from his form, broadened out beyond, lighting up her other dreams.

París, más vaga que el océano, brillaba ante los ojos de Emma en una atmósfera bermellón. Las muchas vidas que se agitaron en medio de este tumulto fueron, sin embargo, divididas en partes, clasificadas como cuadros distintos. Emma percibió sólo dos o tres que le ocultaban todo lo demás, y en sí mismos representaban a toda la humanidad. El mundo de los embajadores se movía sobre suelos pulidos en salones revestidos de espejos, mesas redondas ovaladas cubiertas de terciopelo y manteles con flecos dorados. Había vestidos con colas, profundos misterios, angustias escondidas bajo sonrisas. Luego vino la sociedad de las duquesas; todos estaban pálidos; todos se levantaron a las cuatro; las mujeres, pobres ángeles, llevaban punto inglés en las enaguas; y los hombres, genios poco apreciados bajo una apariencia exterior frívola, montaba caballos hasta la muerte en fiestas de placer, pasaba la temporada de verano en Baden y hacia los años cuarenta se casaba con herederas. En los reservados de los restaurantes, donde se cena después de medianoche a la luz de las velas de cera, reía la abigarrada multitud de literatos y actrices. Eran pródigos como reyes, llenos de frenesí ideal, ambicioso, fantástico. Esta era una existencia fuera de todas las demás, entre el cielo y la tierra, en medio de las tormentas, teniendo algo de sublime. Para el resto del mundo estaba perdido, sin lugar particular y como si no existiera. Además, cuanto más cerca estaban las cosas, más se alejaban sus pensamientos de ellas. Todo su entorno inmediato, el campo fastidioso, los imbéciles burgueses, la mediocridad de la existencia, le parecían excepcionales, una peculiar casualidad que se había apoderado de ella, mientras más allá se extendía, hasta donde alcanzaba la vista, una inmensa tierra de alegrías y pasiones. Confundió en su deseo las sensualidades del lujo con las delicias del corazón, la elegancia de los modales con la delicadeza del sentimiento. ¿No necesitaba el amor, como las plantas indias, un suelo especial, una temperatura particular? Señales a la luz de la luna, largos abrazos, lágrimas corriendo por las manos rendidas, todas las fiebres de la carne y las languideces de la ternura no podían separarse de los balcones de los grandes castillos llenos de indolencia, de los tocadores con cortinas de seda y alfombras gruesas, bien llenos canteros de flores, una cama en un día elevado, ni de los destellos de piedras preciosas y los nudos de los hombros de las libreas. mientras que más allá se extendía, hasta donde alcanzaba la vista, una inmensa tierra de alegrías y pasiones. Confundió en su deseo las sensualidades del lujo con las delicias del corazón, la elegancia de los modales con la delicadeza del sentimiento. ¿No necesitaba el amor, como las plantas indias, un suelo especial, una temperatura particular? Señales a la luz de la luna, largos abrazos, lágrimas corriendo por las manos rendidas, todas las fiebres de la carne y las languideces de la ternura no podían separarse de los balcones de los grandes castillos llenos de indolencia, de los tocadores con cortinas de seda y alfombras gruesas, bien llenos canteros de flores, una cama en un día elevado, ni de los destellos de piedras preciosas

y los nudos de los hombros de las libreas. mientras más allá se extendía, hasta donde alcanzaba la vista, una inmensa tierra de alegrías y pasiones. Confundió en su deseo las sensualidades del lujo con las delicias del corazón, la elegancia de los modales con la delicadeza del sentimiento. ¿No necesitaba el amor, como las plantas indias, un suelo especial, una temperatura particular? Señales a la luz de la luna, largos abrazos, lágrimas corriendo por las manos rendidas, todas las fiebres de la carne y las languideces de la ternura no podían separarse de los balcones de los grandes castillos llenos de indolencia, de los tocadores con cortinas de seda y alfombras gruesas, bien llenos canteros de flores, una cama en un día elevado, ni de los destellos de piedras preciosas y los nudos de los hombros de las libreas. Confundió en su deseo las sensualidades del lujo con las delicias del corazón, la elegancia de los modales con la delicadeza del sentimiento. ¿No necesitaba el amor, como las plantas indias, un suelo especial, una temperatura particular? Señales a la luz de la luna, largos abrazos, lágrimas corriendo por las manos rendidas, todas las fiebres de la carne y las languideces de la ternura no podían separarse de los balcones de los grandes castillos llenos de indolencia, de los tocadores con cortinas de seda y alfombras gruesas, bien llenos canteros de flores, una cama en un día elevado, ni de los destellos de piedras preciosas y los nudos de los hombros de las libreas. Confundió en su deseo las sensualidades del lujo con las delicias del corazón, la elegancia de los modales con la delicadeza del sentimiento. ¿No necesitaba el amor, como las plantas indias, un suelo especial, una temperatura particular? Señales a la luz de la luna, largos abrazos, lágrimas corriendo por las manos rendidas, todas las fiebres de la carne y las languideces de la ternura no podían separarse de los balcones de los grandes castillos llenos de indolencia, de los tocadores con cortinas de seda y alfombras gruesas, bien llenos canteros de flores, una cama en un día elevado, ni de los destellos de piedras preciosas y los nudos de los hombros de las libreas. una temperatura en particular? Señales a la luz de la luna, largos abrazos, lágrimas corriendo por las manos rendidas, todas las fiebres de la carne y las languideces de la ternura no podían separarse de los balcones de los grandes castillos llenos de indolencia, de los tocadores con cortinas de seda y alfombras gruesas, bien llenos canteros de flores, una cama en un día elevado, ni de los destellos de piedras preciosas y los nudos de los hombros de las libreas. una temperatura en particular? Señales a la luz de la luna, largos abrazos, lágrimas corriendo por las manos rendidas, todas las fiebres de la carne y las languideces de la ternura no podían separarse de los balcones de los grandes castillos llenos de indolencia, de los tocadores con cortinas de seda y alfombras gruesas, bien llenos canteros de flores, una cama en un día elevado, ni de los destellos de piedras preciosas y los nudos de los hombros de las libreas.

El mozo de la posta que venía todas las mañanas a cepillar a la yegua pasaba por el corredor con sus pesados herraduras de madera; había agujeros en su blusa; sus pies estaban descalzos en pantuflas de lista. ¡Y éste era el novio con calzoncillos hasta la rodilla con el que tenía que contentarse! Terminado su trabajo, no volvió en todo el día, porque Carlos, a su regreso, montó él mismo su caballo, lo desensilló y le puso el cabestro, mientras la criada traía un fardo de paja y lo arrojaba lo mejor que podía al agua. el pesebre.

En sustitución de Nastasie (que dejó a Tostes derramando lágrimas a raudales) Emma tomó a su servicio a una joven de catorce años, huérfana de rostro dulce. Le prohibió usar gorros de algodón, le enseñó a dirigirse a ella en tercera persona, a traer un vaso de agua en un plato, a tocar antes de entrar en una habitación, a planchar, almidonar y vestirla, quería hacer un vestido de dama. - doncella de ella. El nuevo criado obedeció sin murmurar, para no ser despedido; y como la señora solía dejar la llave en el aparador, Félicité tomaba todas las noches una pequeña provisión de azúcar que comía sola en su cama después de haber rezado sus oraciones.

A veces por la tarde iba a charlar con los postillones.

Madame estaba arriba en su habitación. Llevaba una bata abierta que dejaba ver entre los revestimientos del chal de su corpiño una chamisette plisada con tres botones de oro. Su cinturón era una faja de cordón con grandes borlas, y sus pequeñas pantuflas color granate tenían un gran nudo de cinta que le caía sobre el empeine. Se había comprado un secante, un estuche para escribir, un portalápices y sobres, aunque no tenía a quién escribir; se sacudió el polvo, se miró en el espejo, tomó un libro y luego, soñando entre líneas, lo dejó caer sobre sus rodillas. Ansiaba viajar o volver a su convento. Deseaba al mismo tiempo morir y vivir en París.

Charles, bajo la nieve y la lluvia, trotó por el campo. Comió tortillas en mesas de labranza, metió el brazo en las camas húmedas, recibió el tibio chorro de sangre en la cara, escuchó estertores, examinó palanganas, revolvió mucha ropa sucia; pero todas las noches encontraba un fuego encendido, la cena lista, sillones y una mujer bien vestida, encantadora con un olor a frescor, aunque nadie podía decir de dónde venía el perfume, o si no era su piel la que lo hacía. olorosa su camisola.

Ella lo encantó con numerosas atenciones; ahora era alguna nueva forma de colocar los candelabros de papel para las velas, un volante que alteró en su vestido, o un nombre extraordinario para algún plato muy sencillo que la criada había echado a perder, pero que Charles tragó con placer hasta el último bocado. En Rouen vio a unas señoras que llevaban un montón de amuletos en las cadenas de los relojes; ella compró algunos amuletos. Quería para la repisa de la chimenea dos grandes jarrones de cristal azul, y algún tiempo después un neceser de marfil con un dedal de plata dorada. Cuanto menos entendía Charles estos refinamientos, más lo seducían. Añadían algo al placer de los sentidos ya la comodidad de su hogar. Era como un polvo de oro lijando a lo largo del angosto camino de su vida.

Estaba bien, se veía bien; su reputación estaba firmemente establecida.

La gente del campo lo amaba porque no era orgulloso. Acariciaba a los niños, nunca iba a la taberna y, además, su moral inspiraba confianza. Tuvo especial éxito con catarros y dolencias torácicas. Teniendo mucho miedo de matar a sus pacientes, Charles, de hecho, solo recetaba sedantes, de vez en cuando y eméticos, un baño de pies o sanguijuelas. No es que le

tuvia miedo a la cirugía; sangraba copiosamente a la gente como caballos, y para sacar los dientes tenía la "muñeca del propio diablo".

Finalmente, para mantenerse al día, tomó "La Ruche Medicale", una nueva revista cuyo prospecto le había sido enviado. Lo leyó un poco después de la cena, pero en unos cinco minutos el calor de la habitación sumado al efecto de su cena lo mandó a dormir; y se sentó allí, con la barbilla apoyada en las dos manos y el cabello extendido como una melena hasta el pie de la lámpara. Emma lo miró y se encogió de hombros. ¿Por qué, al menos, su marido no era uno de esos hombres de pasiones taciturnos que trabajan en sus libros toda la noche, y finalmente, cuando alrededor de los sesenta años, llega la edad del reumatismo, llevan una sarta de órdenes en sus mal ajustados pantalones negros? ¿Saco? Hubiera querido que este nombre de Bovary, que era el suyo, hubiera sido ilustre, para verlo expuesto en las librerías, repetido en los periódicos, conocida por toda Francia. Pero Charles no tenía ambición.

Un médico de Yvetot al que había conocido recientemente en consulta lo había humillado un poco junto a la cama del paciente, ante los familiares reunidos. Cuando, por la noche, Charles le contó esta anécdota, Emma increpó en voz alta a su colega. Charles estaba muy conmovido. La besó en la frente con una lágrima en los ojos. Pero ella se enojó con vergüenza; sintió un deseo salvaje de golpearlo; fue a abrir la ventana del pasillo y respiró el aire fresco para calmarse.

"¡Que hombre! ¡Que hombre!" dijo en voz baja, mordiéndose los labios.

Además, estaba cada vez más irritada con él. A medida que envejecía, sus modales se volvían más pesados; en el postre cortó los corchos de las botellas vacías; después de comer se limpiaba los dientes con la lengua; al tomar la sopa hacía un gorgoteo con cada cucharada; y, a medida que engordaba, las mejillas hinchadas parecían empujar los ojos, siempre pequeños, hasta las sienes.

A veces, Emma metía los bordes rojos de la camiseta debajo del chaleco, le arreglaba la corbata y tiraba los guantes sucios que se iba a poner; y esto no era, como él imaginaba, para él mismo; era para ella misma, por una difusión de egoísmo, de irritación nerviosa. A veces, también, le contaba lo que había leído, como un pasaje de una novela, de una nueva obra de teatro, o una anécdota de los "top ten" que había visto en un folletín; porque, después de todo, Charles era algo, un oído siempre abierto y una aprobación siempre dispuesta. Le confió muchas cosas a su galgo. Lo habría hecho con los leños de la chimenea o con el péndulo del reloj.

At the bottom of her heart, however, she was waiting for something to happen. Like shipwrecked sailors, she turned despairing eyes upon the solitude of her life, seeking afar off some white sail in the mists of the horizon. She did not know what this chance would be, what wind would bring it her, towards what shore it would drive her, if it would be a shallop or a three-decker, laden with anguish or full of bliss to the portholes. But each morning, as she awoke, she hoped it would come that day; she listened to every sound, sprang up with a start, wondered that it did not come; then at sunset, always more saddened, she longed for the morrow.

Spring came round. With the first warm weather, when the pear trees began to blossom, she suffered from dyspnoea.

From the beginning of July she counted how many weeks there were to October, thinking that perhaps the Marquis d'Andervilliers would give another ball at Vaubyessard. But all September passed without letters or visits.

After the ennui of this disappointment her heart once more remained empty, and then the same series of days recommenced. So now they would thus follow one another, always the same, immovable, and bringing nothing. Other lives, however flat, had at least the chance of some event. One adventure sometimes brought with it infinite consequences and the scene changed. But nothing happened to her; God had willed it so! The future was a dark corridor, with its door at the end shut fast.

She gave up music. What was the good of playing? Who would hear her? Since she could never, in a velvet gown with short sleeves, striking with her light fingers the ivory keys of an Erard at a concert, feel the murmur of ecstasy envelop her like a breeze, it was not worth while boring herself with practicing. Her drawing cardboard and her embroidery she left in the cupboard. What was the good? What was the good? Sewing irritated her. "I have read everything," she said to herself. And she sat there making the tongs red-hot, or looked at the rain falling.

How sad she was on Sundays when vespers sounded! She listened with dull attention to each stroke of the cracked bell. A cat slowly walking over some roof put up his back in the pale rays of the sun. The wind on the highroad blew up clouds of dust. Afar off a dog sometimes howled; and the bell, keeping time, continued its monotonous ringing that died away over the fields.

But the people came out from church. The women in waxed clogs, the peasants in new blouses, the little bare-headed children skipping along in front of them, all were going home. And till nightfall, five or six men, always the same, stayed playing at corks in front of the large door of the inn.

The winter was severe. The windows every morning were covered with rime, and the light shining through them, dim as through ground-glass, sometimes did not change the whole day long. At four o'clock the lamp had to be lighted.

On fine days she went down into the garden. The dew had left on the cabbages a silver lace with long transparent threads spreading from one to the other. No birds were to be heard; everything seemed asleep, the espalier covered with straw, and the vine, like a great sick serpent under the coping of the wall, along which, on drawing near, one saw the many-footed woodlice crawling. Under the spruce by the hedgerow, the curé in the three-cornered hat

reading his breviary had lost his right foot, and the very plaster, scaling off with the frost, had left white scabs on his face.

Then she went up again, shut her door, put on coals, and fainting with the heat of the hearth, felt her boredom weigh more heavily than ever. She would have liked to go down and talk to the servant, but a sense of shame restrained her.

Every day at the same time the schoolmaster in a black skullcap opened the shutters of his house, and the rural policeman, wearing his sabre over his blouse, passed by. Night and morning the post-horses, three by three, crossed the street to water at the pond. From time to time the bell of a public house door rang, and when it was windy one could hear the little brass basins that served as signs for the hairdresser's shop creaking on their two rods. This shop had as decoration an old engraving of a fashion-plate stuck against a windowpane and the wax bust of a woman with yellow hair. He, too, the hairdresser, lamented his wasted calling, his hopeless future, and dreaming of some shop in a big town—at Rouen, for example, overlooking the harbour, near the theatre—he walked up and down all day from the mairie to the church, sombre and waiting for customers. When Madame Bovary looked up, she always saw him there, like a sentinel on duty, with his skullcap over his ears and his vest of lasting.

Sometimes in the afternoon outside the window of her room, the head of a man appeared, a swarthy head with black whiskers, smiling slowly, with a broad, gentle smile that showed his white teeth. A waltz immediately began and on the organ, in a little drawing room, dancers the size of a finger, women in pink turbans, Tyrolians in jackets, monkeys in frock coats, gentlemen in knee-breeches, turned and turned between the sofas, the consoles, multiplied in the bits of looking glass held together at their corners by a piece of gold paper. The man turned his handle, looking to the right and left, and up at the windows. Now and again, while he shot out a long squirt of brown saliva against the milestone, with his knee raised his instrument, whose hard straps tired his shoulder; and now, doleful and drawling, or gay and hurried, the music escaped from the box, droning through a curtain of pink taffeta under a brass claw in arabesque. They were airs played in other places at the theatres, sung in drawing rooms, danced to at night under lighted lustres, echoes of the world that reached even to Emma. Endless sarabands ran through her head, and, like an Indian dancing girl on the flowers of a carpet, her thoughts leapt with the notes, swung from dream to dream, from sadness to sadness. When the man had caught some coppers in his cap, he drew down an old cover of blue cloth, hitched his organ on to his back, and went off with a heavy tread. She watched him going.

But it was above all the meal-times that were unbearable to her, in this small room on the ground floor, with its smoking stove, its creaking door, the walls that sweated, the damp flags; all the bitterness in life seemed served up on her plate, and with smoke of the boiled beef there rose from her secret soul whiffs of sickness. Charles was a slow eater; she played with a few nuts, or, leaning on her elbow, amused herself with drawing lines along the oilcloth table cover with the point of her knife.

She now let everything in her household take care of itself, and Madame Bovary senior, when she came to spend part of Lent at Tostes, was much surprised at the change. She who was formerly so careful, so dainty, now passed whole days without dressing, wore grey cotton stockings, and burnt tallow candles. She kept saying they must be economical since they were not rich, adding that she was very contented, very happy, that Tostes pleased her very much, with other speeches that closed the mouth of her mother-in-law. Besides, Emma no longer seemed inclined to follow her advice; once even, Madame Bovary having thought fit to maintain that mistresses ought to keep an eye on the religion of their servants, she had answered with so angry a look and so cold a smile that the good woman did not interfere again.

Emma was growing difficult, capricious. She ordered dishes for herself, then she did not touch them; one day drank only pure milk, the next cups of tea by the dozen. Often she persisted in not going out, then, stifling, threw open the windows and put on light dresses. After she had well scolded her servant she gave her presents or sent her out to see neighbours, just as she sometimes threw beggars all the silver in her purse, although she was by no means tender-hearted or easily accessible to the feelings of others, like most country-bred people, who always retain in their souls something of the horny hardness of the paternal hands.

Towards the end of February old Rouault, in memory of his cure, himself brought his son-in-law a superb turkey, and stayed three days at Tostes. Charles being with his patients, Emma kept him company. He smoked in the room, spat on the fire-dogs, talked farming, calves, cows, poultry, and municipal council, so that when he left she closed the door on him with a feeling of satisfaction that surprised even herself. Moreover she no longer concealed her contempt for anything or anybody, and at times she set herself to express singular opinions, finding fault with that which others approved, and approving things perverse and immoral, all of which made her husband open his eyes widely.

Would this misery last for ever? Would she never issue from it? Yet she was as good as all the women who were living happily. She had seen duchesses at Vaubyessard with clumsier waists and commoner ways, and she execrated the injustice of God. She leant her head against the walls to weep; she envied lives of stir; longed for masked balls, for violent pleasures, with all the wildness that she did not know, but that these must surely yield.

She grew pale and suffered from palpitations of the heart.

Charles prescribed valerian and camphor baths. Everything that was tried only seemed to irritate her the more.

On certain days she chatted with feverish rapidity, and this over-excitement was suddenly followed by a state of torpor, in which she remained without speaking, without moving. What then revived her was pouring a bottle of eau-de-cologne over her arms.

As she was constantly complaining about Tostes, Charles fancied that her illness was no doubt due to some local cause, and fixing on this idea, began to think seriously of setting up elsewhere.

From that moment she drank vinegar, contracted a sharp little cough, and completely lost her appetite.

It cost Charles much to give up Tostes after living there four years and “when he was beginning to get on there.” Yet if it must be! He took her to Rouen to see his old master. It was a nervous complaint: change of air was needed.

After looking about him on this side and on that, Charles learnt that in the Neufchâtel arrondissement there was a considerable market town called Yonville-l’Abbaye, whose doctor, a Polish refugee, had decamped a week before. Then he wrote to the chemist of the place to ask the number of the population, the distance from the nearest doctor, what his predecessor had made a year, and so forth; and the answer being satisfactory, he made up his mind to move towards the spring, if Emma’s health did not improve.

One day when, in view of her departure, she was tidying a drawer, something pricked her finger. It was a wire of her wedding bouquet. The orange blossoms were yellow with dust and the silver bordered satin ribbons frayed at the edges. She threw it into the fire. It flared up more quickly than dry straw. Then it was, like a red bush in the cinders, slowly devoured. She watched it burn.

The little pasteboard berries burst, the wire twisted, the gold lace melted; and the shriveled paper corollas, fluttering like black butterflies at the back of the stove, at last flew up the chimney.

When they left Tostes at the month of March, Madame Bovary was pregnant.

Part II

Chapter One

Yonville-l'Abbaye (so called from an old Capuchin abbey of which not even the ruins remain) is a market-town twenty-four miles from Rouen, between the Abbeville and Beauvais roads, at the foot of a valley watered by the Rieule, a little river that runs into the Andelle after turning three water-mills near its mouth, where there are a few trout that the lads amuse themselves by fishing for on Sundays.

We leave the highroad at La Boissiere and keep straight on to the top of the Leux hill, whence the valley is seen. The river that runs through it makes of it, as it were, two regions with distinct physiognomies—all on the left is pasture land, all of the right arable. The meadow stretches under a bulge of low hills to join at the back with the pasture land of the Bray country, while on the eastern side, the plain, gently rising, broadens out, showing as far as eye can follow its blond cornfields. The water, flowing by the grass, divides with a white line the colour of the roads and of the plains, and the country is like a great unfolded mantle with a green velvet cape bordered with a fringe of silver.

Before us, on the verge of the horizon, lie the oaks of the forest of Argueil, with the steep slopes of the Saint-Jean hills scarred from top to bottom with red irregular lines; they are rain tracks, and these brick-tones standing out in narrow streaks against the grey colour of the mountain are due to the quantity of iron springs that flow beyond in the neighboring country.

Here we are on the confines of Normandy, Picardy, and the Ile-de-France, a bastard land whose language is without accent and its landscape is without character. It is there that they make the worst Neufchâtel cheeses of all the arrondissement; and, on the other hand, farming is costly because so much manure is needed to enrich this friable soil full of sand and flints.

Up to 1835 there was no practicable road for getting to Yonville, but about this time a cross-road was made which joins that of Abbeville to that of Amiens, and is occasionally used by the Rouen wagoners on their way to Flanders. Yonville-l'Abbaye has remained stationary in spite of its "new outlet." Instead of improving the soil, they persist in keeping up the pasture lands, however depreciated they may be in value, and the lazy borough, growing away from the plain, has naturally spread riverwards. It is seen from afar sprawling along the banks like a cowherd taking a siesta by the water-side.

At the foot of the hill beyond the bridge begins a roadway, planted with young aspens, that leads in a straight line to the first houses in the place. These, fenced in by hedges, are in the middle of courtyards full of straggling buildings, wine-presses, cart-sheds and distilleries scattered under thick trees, with ladders, poles, or scythes hung on to the branches. The thatched roofs, like fur caps drawn over eyes, reach down over about a third of the low windows, whose coarse convex glasses have knots in the middle like the bottoms of bottles. Against the plaster wall diagonally crossed by black joists, a meagre pear-tree sometimes leans and the ground-floors have at their door a small swing-gate to keep out the chicks that come pilfering crumbs of bread steeped in cider on the threshold. But the courtyards grow narrower, the houses closer together, and the fences disappear; a bundle of ferns swings under a window from the end of a broomstick; there is a blacksmith's forge and then a wheelwright's, with two or three new carts outside that partly block the way. Then across an open space appears a white house beyond a grass mound ornamented by a Cupid, his finger on his lips; two brass vases are at each end of a flight of steps; scutcheons^[9] blaze upon the door. It is the notary's house, and the finest in the place.

[9] The *panonceaux* that have to be hung over the doors of notaries.

The Church is on the other side of the street, twenty paces farther down, at the entrance of the square. The little cemetery that surrounds it, closed in by a wall breast high, is so full of graves that the old stones, level with the ground, form a continuous pavement, on which the grass of itself has marked out regular green squares. The church was rebuilt during the last years of the reign of Charles X. The wooden roof is beginning to rot from the top, and here and there has black hollows in its blue colour. Over the door, where the organ should be, is a loft for the men, with a spiral staircase that reverberates under their wooden shoes.

La luz del día que entra por las ventanas de vidrio liso cae oblicuamente sobre los bancos alineados a lo largo de las paredes, que están adornados aquí y allá con una estera de paja que tiene debajo las palabras en letras grandes: "Sr. El banco de fulano de tal. Más adelante, en un punto donde el edificio se estrecha, el confesionario forma un colgante a una estatuilla de la Virgen, vestida con un manto de raso, tocada con un velo de tul salpicado de estrellas de plata, y con las mejillas rojas, como un ídolo del Sándwich. islas; y, finalmente, una copia de la "Sagrada Familia, entregada por el Ministro del Interior", que asoma al altar mayor, entre cuatro candelabros, cierra en perspectiva. La sillería del coro, de madera de roble, se ha dejado sin pintar.

El mercado, es decir, un techo de tejas sostenido por una veintena de postes, ocupa por sí mismo aproximadamente la mitad de la plaza pública de Yonville. El ayuntamiento, construido "a partir de los diseños de un arquitecto de París", es una especie de templo griego que forma la esquina junto a la farmacia. En la planta baja hay tres columnas jónicas y en el primer piso una galería semicircular, mientras que la cúpula que la corona está ocupada por un gallo galo, apoyando un pie sobre la "Carta" y sosteniendo en el otro la balanza de la Justicia.

Pero lo que más llama la atención está frente a la posada Lion d'Or, la farmacia de Monsieur Homais. Especialmente por la noche, se enciende su lámpara de argand y los frascos rojos y verdes que adornan la fachada de su tienda arrojan a lo lejos a lo largo de la calle sus dos chorros de color; luego, a través de ellos, como en luces de bengala, se ve la sombra del químico inclinado sobre su escritorio. Su casa de arriba a abajo está señalizada con inscripciones escritas con letra grande, letra redonda, letra impresa: "Vichy, Seltzer, aguas Barege, purificadores de sangre, medicina patentada Raspail, racahout árabe, pastillas Darcet, pasta Regnault, trusses, baños, higiene". chocolate", etc. Y el letrero, que ocupa todo el ancho de la tienda, lleva en letras doradas: "Homais, Farmacia". Luego, en la parte trasera de la tienda,

Más allá de esto, no hay nada que ver en Yonville. La calle (la única) de un tiro de largo y flanqueada por algunas tiendas a ambos lados se detiene en seco en el giro de la carretera principal. Si se deja a la derecha y se sigue el pie de las colinas de Saint-Jean, pronto se llega al cementerio.

En la época del cólera, para agrandar esto, se derribó un trozo de muro y se compraron tres acres de tierra a su lado; pero toda la parte nueva está casi sin inquilinos; las tumbas, como hasta ahora, siguen amontonándose hacia la puerta. El guardián, que es a la vez sepulturero y bedel (obteniendo así un doble beneficio de los cadáveres de la parroquia), ha aprovechado el solar baldío para plantar allí patatas. De año en año, sin embargo, su pequeño campo se hace más pequeño, y cuando hay una epidemia, no sabe si alegrarse por las muertes o lamentarse por los entierros.

¡Vives de los muertos, Lestiboudois! le dijo por fin el cura un día. Este sombrío comentario lo hizo reflexionar; lo detuvo durante algún tiempo; pero hasta el día de hoy continúa cultivando sus pequeños tubérculos, e incluso mantiene con firmeza que crecen naturalmente.

Desde los hechos que están a punto de ser narrados, en realidad nada ha cambiado en Yonville. La bandera tricolor de hojalata todavía ondea en lo alto del campanario de la iglesia; las dos serpentinatas de cretona todavía ondean al viento desde la pañería de lino; los fetos del boticario, como terrones de amadou blanco, se pudren cada vez más en su alcohol turbio, y sobre la gran puerta de la posada el viejo león dorado, desteñido por la lluvia, muestra aún a los transeúntes sus crines de caniche.

La noche en que los Bovary iban a llegar a Yonville, la viuda Lefrancois, dueña de esta posada, estaba tan ocupada que sudaba grandes gotas al mover las cacerolas. Mañana era día de mercado. Había que cortar la carne de antemano, sacar las aves, preparar la sopa y el café. Además, tenía que ocuparse de la comida de los huéspedes, del médico, de su mujer y de su sirviente; la sala de billar resonaba con estallidos de risa; tres molineros en un pequeño salón pedían brandy; la leña ardía, la sartén de bronce silbaba, y sobre la larga mesa de la cocina, entre los cuartos de carnero crudo, se elevaban montones de platos que traqueteaban con la sacudida del bloque en el que se cortaban las espinacas.

Desde el gallinero se oía el chillido de las aves que el criado perseguía para retorcerles el pescuezo.

Un hombre levemente picado de viruela, en zapatillas de cuero verde y tocado con un gorro de terciopelo con borla de oro, se calentaba la espalda junto a la chimenea. Su rostro no expresaba más que satisfacción propia, y parecía tomarse la vida con la misma tranquilidad que el jilguero suspendido sobre su cabeza en su jaula de mimbre: éste era el boticario.

"¡Artemisa!" gritó la dueña, "corta leña, llena las botellas de agua, trae un poco de brandy, ¡mira bien! ¡Si supiera qué postre ofrecer a los invitados que esperas! ¡Cielos! Esos mozos de muebles están empezando de nuevo su alboroto en la sala de billar; ¡y su furgoneta se ha quedado delante de la puerta principal! El 'Hirondelle' podría toparse con él cuando se detenga. Llama a Polyte y dile que lo suba. ¡Piénsese, señor Homais, que desde la mañana han tenido unos quince juegos y han bebido ocho tinajas de sidra! Vaya, me rasgarán la ropa—continuó, mirándolos desde la distancia, con el colador en la mano—.

—Eso no sería una gran pérdida—replicó Monsieur Homais—. "Comprarías otro".

¡Otra mesa de billar! exclamó la viuda.

—Puesto que éste se está desmoronando, señora Lefrancois. Te repito que te estás haciendo daño, ¡mucho daño! Y además, los jugadores ahora quieren bolsillos angostos y tacos pesados. Los peligros no se juegan ahora; ¡todo está cambiado! ¡Hay que seguir el ritmo de los tiempos! ¡Mira a Tellier!

La anfitriona enrojeció de irritación. El químico continuó—

"Puedes decir lo que quieras; su mesa es mejor que la tuya; y si uno pensara, por ejemplo, en levantar un fondo patriótico para Polonia o para los que sufrieron las inundaciones de Lyon...

—No son los mendigos como él los que nos asustarán—interrumpió la casera, encogiéndose sus gordos hombros. Venga, venga, señor Homais; mientras exista el 'Lion d'Or' la gente acudirá a él. Hemos emplumado nuestro nido; mientras que uno de estos días encontrarás el 'Café Francais' cerrado con un gran cartel en las persianas. ¡Cambia mi mesa de billar! - prosiguió hablando consigo misma-, ¡la mesa que tan bien viene para doblar la ropa, y en la que, en temporada de caza, he dormido seis visitantes! ¡Pero ese holgazán de Hivert no viene!

"¿Lo estás esperando para tu cena de caballeros?"

"¡Espera por él! ¿Y el señor Binet? Cuando el reloj dé las seis lo verás entrar, porque no tiene igual bajo el sol en puntualidad. Siempre debe tener su asiento en el pequeño salón. Preferiría morir antes que cenar en otro lugar. ¡Y tan aprensivo como es, y tan particular con la sidra! No como Monsieur Léon, a veces llega a las siete, o incluso a las siete y media, y ni siquiera mira lo que come. ¡Qué joven tan agradable! ¡Nunca habla una palabra áspera!"

"Bueno, verás, hay una gran diferencia entre un hombre educado y un viejo carabinero que ahora es recaudador de impuestos".

Sonaron las seis. Binet entró.

He wore a blue frock-coat falling in a straight line round his thin body, and his leather cap, with its lappets knotted over the top of his head with string, showed under the turned-up peak a bald forehead, flattened by the constant wearing of a helmet. He wore a black cloth waistcoat, a hair collar, grey trousers, and, all the year round, well-blackened boots, that had two parallel swellings due to the sticking out of his big-toes. Not a hair stood out from the regular line of fair whiskers, which, encircling his jaws, framed, after the fashion of a garden border, his long, wan face, whose eyes were small and the nose hooked. Clever at all games of cards, a good hunter, and writing a fine hand, he had at home a lathe, and amused himself by turning napkin rings, with which he filled up his house, with the jealousy of an artist and the egotism of a bourgeois.

He went to the small parlour, but the three millers had to be got out first, and during the whole time necessary for laying the cloth, Binet remained silent in his place near the stove. Then he shut the door and took off his cap in his usual way.

“It isn’t with saying civil things that he’ll wear out his tongue,” said the chemist, as soon as he was along with the landlady.

“He never talks more,” she replied. “Last week two travelers in the cloth line were here—such clever chaps who told such jokes in the evening, that I fairly cried with laughing; and he stood there like a dab fish and never said a word.”

“Yes,” observed the chemist; “no imagination, no sallies, nothing that makes the society-man.”

“Yet they say he has parts,” objected the landlady.

“Parts!” replied Monsieur Homais; “he, parts! In his own line it is possible,” he added in a calmer tone. And he went on—

“Ah! That a merchant, who has large connections, a jurisconsult, a doctor, a chemist, should be thus absent-minded, that they should become whimsical or even peevish, I can understand; such cases are cited in history. But at least it is because they are thinking of something. Myself, for example, how often has it happened to me to look on the bureau for my pen to write a label, and to find, after all, that I had put it behind my ear!”

Madame Lefrancois just then went to the door to see if the “Hirondelle” were not coming. She started. A man dressed in black suddenly came into the kitchen. By the last gleam of the twilight one could see that his face was rubicund and his form athletic.

“What can I do for you, Monsieur le Curé?” asked the landlady, as she reached down from the chimney one of the copper candlesticks placed with their candles in a row. “Will you take something? A thimbleful of *Cassis*?^[10] A glass of wine?”

[10] Black currant liqueur.

The priest declined very politely. He had come for his umbrella, that he had forgotten the other day at the Ernemont convent, and after asking Madame Lefrancois to have it sent to him at the presbytery in the evening, he left for the church, from which the Angelus was ringing.

When the chemist no longer heard the noise of his boots along the square, he thought the priest’s behaviour just now very unbecoming. This refusal to take any refreshment seemed to him the most odious hypocrisy; all priests tumbled on the sly, and were trying to bring back the days of the tithe.

The landlady took up the defence of her curé.

“Besides, he could double up four men like you over his knee. Last year he helped our people to bring in the straw; he carried as many as six trusses at once, he is so strong.”

“Bravo!” said the chemist. “Now just send your daughters to confess to fellows which such a temperament! I, if I were the Government, I’d have the priests bled once a month. Yes, Madame Lefrancois, every month—a good phlebotomy, in the interests of the police and morals.”

“Be quiet, Monsieur Homais. You are an infidel; you’ve no religion.”

The chemist answered: “I have a religion, my religion, and I even have more than all these others with their mummeries and their juggling. I adore God, on the contrary. I believe in the Supreme Being, in a Creator, whatever he may be. I care little who has placed us here below to fulfil our duties as citizens and fathers of families; but I don’t need to go to church to kiss silver plates, and fatten, out of my pocket, a lot of good-for-nothings who live better than we do. For one can know Him as well in a wood, in a field, or even contemplating the eternal vault like the ancients. My God! Mine is the God of Socrates, of Franklin, of Voltaire, and of Beranger! I am for the profession of faith of the ‘Savoyard Vicar,’ and the immortal principles of ‘89! And I can’t admit of an old boy of a God who takes walks in his garden with a cane in his hand, who lodges his friends in the belly of whales, dies uttering a cry, and rises again at the end of three days; things absurd in themselves, and completely opposed, moreover, to all physical laws, which prove to us, by the way, that priests have always wallowed in turpid ignorance, in which they would fain engulf the people with them.”

He ceased, looking round for an audience, for in his bubbling over the chemist had for a moment fancied himself in the midst of the town council. But the landlady no longer heeded him; she was listening to a distant rolling. One could distinguish the noise of a carriage mingled with the clattering of loose horseshoes that beat against the ground, and at last the “Hirondelle” stopped at the door.

It was a yellow box on two large wheels, that, reaching to the tilt, prevented travelers from seeing the road and dirtied their shoulders. The small panes of the narrow windows rattled in their sashes when the coach was closed, and retained here and there patches of mud amid the old layers of dust, that not even storms of rain had altogether washed away. It was drawn by

three horses, the first a leader, and when it came down-hill its bottom jolted against the ground.

Some of the inhabitants of Yonville came out into the square; they all spoke at once, asking for news, for explanations, for hampers. Hivert did not know whom to answer. It was he who did the errands of the place in town. He went to the shops and brought back rolls of leather for the shoemaker, old iron for the farrier, a barrel of herrings for his mistress, caps from the milliner's, locks from the hair-dresser's and all along the road on his return journey he distributed his parcels, which he threw, standing upright on his seat and shouting at the top of his voice, over the enclosures of the yards.

An accident had delayed him. Madame Bovary's greyhound had run across the field. They had whistled for him a quarter of an hour; Hivert had even gone back a mile and a half expecting every moment to catch sight of her; but it had been necessary to go on.

Emma had wept, grown angry; she had accused Charles of this misfortune. Monsieur Lheureux, a draper, who happened to be in the coach with her, had tried to console her by a number of examples of lost dogs recognizing their masters at the end of long years. One, he said had been told of, who had come back to Paris from Constantinople. Another had gone one hundred and fifty miles in a straight line, and swum four rivers; and his own father had possessed a poodle, which, after twelve years of absence, had all of a sudden jumped on his back in the street as he was going to dine in town.

Chapter Two

Emma got out first, then Félicité, Monsieur Lheureux, and a nurse, and they had to wake up Charles in his corner, where he had slept soundly since night set in.

Homais introduced himself; he offered his homages to madame and his respects to monsieur; said he was charmed to have been able to render them some slight service, and added with a cordial air that he had ventured to invite himself, his wife being away.

When Madame Bovary was in the kitchen she went up to the chimney.

With the tips of her fingers she caught her dress at the knee, and having thus pulled it up to her ankle, held out her foot in its black boot to the fire above the revolving leg of mutton. The flame lit up the whole of her, penetrating with a crude light the woof of her gowns, the fine pores of her fair skin, and even her eyelids, which she blinked now and again. A great red glow passed over her with the blowing of the wind through the half-open door.

On the other side of the chimney a young man with fair hair watched her silently.

As he was a good deal bored at Yonville, where he was a clerk at the notary's, Monsieur Guillaumin, Monsieur Léon Dupuis (it was he who was the second habitue of the "Lion d'Or") frequently put back his dinner-hour in hope that some traveler might come to the inn, with whom he could chat in the evening. On the days when his work was done early, he had, for want of something else to do, to come punctually, and endure from soup to cheese a *tête-à-tête* with Binet. It was therefore with delight that he accepted the landlady's suggestion that he should dine in company with the newcomers, and they passed into the large parlour where Madame Lefrancois, for the purpose of showing off, had had the table laid for four.

Homais asked to be allowed to keep on his skull-cap, for fear of coryza; then, turning to his neighbour—

"Madame is no doubt a little fatigued; one gets jolted so abominably in our 'Hirondelle.'"

"That is true," replied Emma; "but moving about always amuses me. I like change of place."

"It is so tedious," sighed the clerk, "to be always riveted to the same places."

"If you were like me," said Charles, "constantly obliged to be in the saddle"—

"But," Léon went on, addressing himself to Madame Bovary, "nothing, it seems to me, is more pleasant—when one can," he added.

"Moreover," said the druggist, "the practice of medicine is not very hard work in our part of the world, for the state of our roads allows us the use of gigs, and generally, as the farmers are prosperous, they pay pretty well. We have, medically speaking, besides the ordinary cases of enteritis, bronchitis, bilious affections, etc., now and then a few intermittent fevers at harvest-time; but on the whole, little of a serious nature, nothing special to note, unless it be a great deal of scrofula, due, no doubt, to the deplorable hygienic conditions of our peasant dwellings. Ah! you will find many prejudices to combat, Monsieur Bovary, much obstinacy of routine, with which all the efforts of your science will daily come into collision; for people still have recourse to novenas, to relics, to the priest, rather than come straight to the doctor or the chemist. The climate, however, is not, truth to tell, bad, and we even have a few nonagenarians in our parish. The thermometer (I have made some observations) falls in winter to 4 degrees Centigrade at the outside, which gives us 24 degrees Reaumur as the maximum, or otherwise 54 degrees Fahrenheit (English scale), not more. And, as a matter of fact, we are sheltered from the north winds by the forest of Argueil on the one side, from the west winds by the St. Jean range on the other; and this heat, moreover, which, on account of the aqueous vapours given off by the river and the considerable number of cattle in the fields, which, as you know, exhale much ammonia, that is to say, nitrogen, hydrogen and oxygen (no, nitrogen and hydrogen alone), and which sucking up into itself the humus from the ground, mixing together all those different emanations, unites them into a stack, so to say, and combining with the electricity diffused through the atmosphere, when there is any, might in the long run, as in tropical countries, engender insalubrious miasmata—this heat, I say, finds itself perfectly tempered on the side whence it comes, or rather whence it should come—that is to say, the southern side—by the south-eastern winds, which, having cooled themselves passing over the Seine, reach us sometimes all at once like breezes from Russia."

"At any rate, you have some walks in the neighbourhood?" continued Madame Bovary, speaking to the young man.

"Oh, very few," he answered. "There is a place they call La Pâtur, on the top of the hill, on the edge of the forest. Sometimes, on Sundays, I go and stay there with a book, watching the sunset."

"I think there is nothing so admirable as sunsets," she resumed; "but especially by the side of the sea."

"Oh, I adore the sea!" said Monsieur Léon.

"And then, does it not seem to you," continued Madame Bovary, "that the mind travels more freely on this limitless expanse, the contemplation of which elevates the soul, gives ideas of the infinite, the ideal?"

"It is the same with mountainous landscapes," continued Léon. "A cousin of mine who travelled in Switzerland last year told me that one could not picture to oneself the poetry of the lakes, the charm of the waterfalls, the gigantic effect of the glaciers. One sees pines of incredible size across torrents, cottages suspended over precipices, and, a thousand feet below

one, whole valleys when the clouds open. Such spectacles must stir to enthusiasm, incline to prayer, to ecstasy; and I no longer marvel at that celebrated musician who, the better to inspire his imagination, was in the habit of playing the piano before some imposing site.”

“You play?” she asked.

“No, but I am very fond of music,” he replied.

“¡Ay! no le haga caso, madame Bovary -interrumpió Homais, inclinándose sobre su plato. “Eso es pura modestia. Vaya, mi querido amigo, el otro día en tu habitación estabas cantando 'L'Ange Gardien' maravillosamente. Te escuché desde el laboratorio. Lo diste como un actor”.

Léon, en efecto, se alojó en la farmacia donde tenía una pequeña habitación en el segundo piso, con vista a la Plaza. Se ruborizó ante el cumplido de su posadero, que ya se había vuelto hacia el médico y le enumeraba, uno tras otro, a todos los principales habitantes de Yonville. Estaba contando anécdotas, dando información; no se sabía con exactitud la fortuna del notario, y “ahí estaba la casa Tuvache”, que hacía mucho alarde.

Emma continuó: “¿Y qué música prefieres?”.

“Oh, música alemana; lo que te hace soñar.”

“¿Has estado en la ópera?”

“Aún no; pero iré el próximo año, cuando esté viviendo en París para terminar de leer para el colegio de abogados.

—Como tuve el honor de explicárselo a su marido —dijo el boticario—, con respecto a este pobre Yanoda que se ha escapado, usted se encontrará, gracias a su extravagancia, en posesión de una de las casas más cómodas de Yonville. Su mayor comodidad para un médico es una puerta que da al Paseo, por donde se puede entrar y salir sin ser visto. Además, contiene todo lo que es agradable en una casa: lavandería, cocina con oficinas, sala de estar, cuarto de frutas, etc. Era un perro gay, a quien no le importaba lo que gastaba. Al final del jardín, junto al agua, hizo construir una pérgola sólo para beber cerveza en verano; y si a la señora le gusta la jardinería, podrá...

“A mi esposa no le importa”, dijo Charles; “aunque le han aconsejado que haga ejercicio, ella prefiere estar siempre sentada en su cuarto leyendo”.

“Como yo”, respondió Léon. “Y de hecho, ¿qué es mejor que sentarse junto a la chimenea por la noche con un libro, mientras el viento golpea contra la ventana y la lámpara está encendida?”

“¿Qué, de hecho?” dijo ella, fijando sus grandes ojos negros muy abiertos en él.

“Uno no piensa en nada”, continuó; “Las horas pasan. Inmóviles recorreremos países que nos imaginamos ver, y tu pensamiento, mezclándose con la ficción, jugando con los detalles, sigue el trazo de las aventuras. Se mezcla con los personajes, y parece como si fueras tú mismo palpitando bajo sus disfraces”.

“¡Eso es verdad! ¿Eso es verdad?” ella dijo.

—¿Te ha ocurrido alguna vez —prosiguió Léon— encontrar en un libro una vaga idea propia, una vaga imagen que te viene de lejos y que es la expresión más completa de tu más mínimo sentimiento?

“Lo he experimentado”, respondió ella.

“Por eso”, dijo, “amo especialmente a los poetas. Creo que el verso es más tierno que la prosa, y que conmueve con mucha más facilidad hasta las lágrimas”.

“Todavía a la larga es agotador”, continuó Emma. “Ahora yo, en cambio, adoro las historias que corren sin aliento, que asustan. Detesto los héroes vulgares y los sentimientos moderados, como los que hay en la naturaleza.

“De hecho”, observó el escribiente, “estas obras, al no tocar el corazón, pierden, me parece, el verdadero fin del arte. Es tan dulce, en medio de todos los desencantos de la vida, poder detenerse en el pensamiento sobre caracteres nobles, afectos puros y cuadros de felicidad. Para mí, viviendo aquí lejos del mundo, esta es mi única distracción; pero Yonville ofrece tan pocos recursos”.

—Como Tostes, sin duda —respondió Emma; “y por eso siempre me suscribí a una biblioteca de préstamo”.

“Si la señora me hace el honor de aprovecharlo”, dijo el químico, que acababa de captar las últimas palabras, “tengo a su disposición una biblioteca compuesta por los mejores autores, Voltaire, Rousseau, Delille, Walter Scott, el 'Echo des Feuilletons'; y además recibo varios periódicos, entre ellos el diario 'Fanal de Rouen', teniendo la ventaja de ser su corresponsal para los distritos de Buchy, Forges, Neufchâtel, Yonville y alrededores.”

Hacia dos horas y media que estaban sentados a la mesa; porque la criada Artémis, arrastrando descuidadamente sus viejas zapatillas de listón sobre las banderas, traía un plato tras otro, se olvidaba de todo, y constantemente dejaba entreabierto la puerta de la sala de billar, de modo que golpeaba contra la pared con sus garfios.

Inconscientemente, Léon, mientras hablaba, había puesto su pie en una de las barras de la silla en la que estaba sentada Madame Bovary. Llevaba una pequeña corbata de seda azul, que sostenía como una gorguera un cuello de batista gastada, y con los movimientos de la cabeza la parte inferior de la cara se hundía suavemente en el lino o salía de él. Así, uno al lado del otro, mientras Charles y el químico charlaban, entablaron una de esas vagas conversaciones en las que el azar de todo lo que se dice te devuelve al centro fijo de una simpatía común. Los teatros de París, títulos de novelas, nuevas cuadrillas y el mundo que no conocieron; Tostes, donde ella había vivido, y Yonville, donde estaban; examinaron todo, hablaron de todo hasta el final de la cena.

Cuando se sirvió el café, Félicité se fue a preparar la habitación en la nueva casa, y los invitados pronto levantaron el sitio. Madame Lefrancois dormía cerca de las cenizas, mientras

que el mozo de cuadra, linterna en mano, esperaba para mostrar a Monsieur y Madame Bovary el camino a casa. Pedacitos de paja se le clavaban en el pelo rojo y cojeaba de la pierna izquierda. Cuando hubo tomado en la otra mano el paraguas del cura, se pusieron en marcha.

El pueblo estaba dormido; los pilares del mercado arrojaban grandes sombras; la tierra estaba toda gris como en una noche de verano. Pero como la casa del médico estaba a unos cincuenta pasos de la posada, tuvieron que despedirse casi de inmediato, y la concurrencia se dispersó.

Tan pronto como entró en el pasillo, Emma sintió que el frío del yeso caía sobre sus hombros como lino húmedo. Las paredes eran nuevas y las escaleras de madera crujían. En su dormitorio, en el primer piso, una luz blanquecina entraba por las ventanas sin cortinas.

Podía vislumbrar las copas de los árboles y, más allá, los campos, medio ahogados por la niebla que apestaba a la luz de la luna a lo largo del curso del río. En medio de la habitación, desordenadamente, había cajones esparcidos, botellas, barras de cortinas, postes dorados, colchones en las sillas y palanganas en el suelo; los dos hombres que habían traído los muebles lo habían dejado todo descuidado.

Esta era la cuarta vez que dormía en un lugar extraño.

The first was the day of her going to the convent; the second, of her arrival at Tostes; the third, at Vaubyessard; and this was the fourth. And each one had marked, as it were, the inauguration of a new phase in her life. She did not believe that things could present themselves in the same way in different places, and since the portion of her life lived had been bad, no doubt that which remained to be lived would be better.

Chapter Three

The next day, as she was getting up, she saw the clerk on the Place. She had on a dressing-gown. He looked up and bowed. She nodded quickly and reclosed the window.

Léon waited all day for six o'clock in the evening to come, but on going to the inn, he found no one but Monsieur Binet, already at table. The dinner of the evening before had been a considerable event for him; he had never till then talked for two hours consecutively to a "lady." How then had he been able to explain, and in such language, the number of things that he could not have said so well before? He was usually shy, and maintained that reserve which partakes at once of modesty and dissimulation.

At Yonville he was considered "well-bred." He listened to the arguments of the older people, and did not seem hot about politics—a remarkable thing for a young man. Then he had some accomplishments; he painted in water-colours, could read the key of G, and readily talked literature after dinner when he did not play cards. Monsieur Homais respected him for his education; Madame Homais liked him for his good-nature, for he often took the little Homais into the garden—little brats who were always dirty, very much spoiled, and somewhat lymphatic, like their mother. Besides the servant to look after them, they had Justin, the chemist's apprentice, a second cousin of Monsieur Homais, who had been taken into the house from charity, and who was useful at the same time as a servant.

The druggist proved the best of neighbours. He gave Madame Bovary information as to the trades-people, sent expressly for his own cider merchant, tasted the drink himself, and saw that the casks were properly placed in the cellar; he explained how to set about getting in a supply of butter cheap, and made an arrangement with Lestiboudois, the sacristan, who, besides his sacerdotal and funeral functions, looked after the principal gardens at Yonville by the hour or the year, according to the taste of the customers.

The need of looking after others was not the only thing that urged the chemist to such obsequious cordiality; there was a plan underneath it all.

He had infringed the law of the 19th Ventose, year xi., article I, which forbade all persons not having a diploma to practise medicine; so that, after certain anonymous denunciations, Homais had been summoned to Rouen to see the procurer of the king in his own private room; the magistrate receiving him standing up, ermine on shoulder and cap on head. It was in the morning, before the court opened. In the corridors one heard the heavy boots of the gendarmes walking past, and like a far-off noise great locks that were shut. The druggist's ears tingled as if he were about to have an apoplectic stroke; he saw the depths of dungeons, his family in tears, his shop sold, all the jars dispersed; and he was obliged to enter a cafe and take a glass of rum and seltzer to recover his spirits.

Little by little the memory of this reprimand grew fainter, and he continued, as heretofore, to give anodyne consultations in his back-parlour. But the mayor resented it, his colleagues were jealous, everything was to be feared; gaining over Monsieur Bovary by his attentions was to earn his gratitude, and prevent his speaking out later on, should he notice anything. So every morning Homais brought him "the paper," and often in the afternoon left his shop for a few moments to have a chat with the Doctor.

Charles was dull: patients did not come. He remained seated for hours without speaking, went into his consulting room to sleep, or watched his wife sewing. Then for diversion he employed himself at home as a workman; he even tried to do up the attic with some paint which had been left behind by the painters. But money matters worried him. He had spent so much for repairs at Tostes, for madame's toilette, and for the moving, that the whole dowry, over three thousand crowns, had slipped away in two years.

Then how many things had been spoiled or lost during their carriage from Tostes to Yonville, without counting the plaster cure, who falling out of the coach at an over-severe jolt, had been dashed into a thousand fragments on the pavements of Quincampoix! A pleasanter trouble came to distract him, namely, the pregnancy of his wife. As the time of her confinement approached he cherished her the more. It was another bond of the flesh establishing itself, and, as it were, a continued sentiment of a more complex union. When from afar he saw her languid walk, and her figure without stays turning softly on her hips; when opposite one another he looked at her at his ease, while she took tired poses in her armchair, then his happiness knew no bounds; he got up, embraced her, passed his hands over her face, called her little mamma, wanted to make her dance, and half-laughing, half-crying, uttered all kinds of caressing pleasantries that came into his head. The idea of having begotten a child delighted him. Now he wanted nothing. He knew human life from end to end, and he sat down to it with serenity.

Emma at first felt a great astonishment; then was anxious to be delivered that she might know what it was to be a mother. But not being able to spend as much as she would have liked, to have a swing-bassinette with rose silk curtains, and embroidered caps, in a fit of bitterness she gave up looking after the trousseau, and ordered the whole of it from a village needlewoman, without choosing or discussing anything. Thus she did not amuse herself with those preparations that stimulate the tenderness of mothers, and so her affection was from the very outset, perhaps, to some extent attenuated.

As Charles, however, spoke of the boy at every meal, she soon began to think of him more consecutively.

She hoped for a son; he would be strong and dark; she would call him George; and this idea of having a male child was like an expected revenge for all her impotence in the past. A man, at least, is free; he may travel over passions and over countries, overcome obstacles, taste of the most far-away pleasures. But a woman is always hampered. At once inert and flexible, she has against her the weakness of the flesh and legal dependence. Her will, like the veil of her bonnet, held by a string, flutters in every wind; there is always some desire that draws her, some conventionality that restrains.

She was confined on a Sunday at about six o'clock, as the sun was rising.

"It is a girl!" said Charles.

She turned her head away and fainted.

Madame Homais, as well as Madame Lefrancois of the Lion d'Or, almost immediately came running in to embrace her. The chemist, as man of discretion, only offered a few provincial felicitations through the half-opened door. He wished to see the child and thought it well made.

Whilst she was getting well she occupied herself much in seeking a name for her daughter. First she went over all those that have Italian endings, such as Clara, Louisa, Amanda, Atala; she liked Galsuinde pretty well, and Yseult or Leocadie still better.

Charles wanted the child to be called after her mother; Emma opposed this. They ran over the calendar from end to end, and then consulted outsiders.

"Monsieur Léon," said the chemist, "with whom I was talking about it the other day, wonders you do not chose Madeleine. It is very much in fashion just now."

But Madame Bovary, senior, cried out loudly against this name of a sinner. As to Monsieur Homais, he had a preference for all those that recalled some great man, an illustrious fact, or a generous idea, and it was on this system that he had baptized his four children. Thus Napoleon represented glory and Franklin liberty; Irma was perhaps a concession to romanticism, but Athalie was a homage to the greatest masterpiece of the French stage. For his philosophical convictions did not interfere with his artistic tastes; in him the thinker did not stifle the man of sentiment; he could make distinctions, make allowances for imagination and fanaticism. In this tragedy, for example, he found fault with the ideas, but admired the style; he detested the conception, but applauded all the details, and loathed the characters while he grew enthusiastic over their dialogue. When he read the fine passages he was transported, but when he thought that mummets would get something out of them for their show, he was disconsolate; and in this confusion of sentiments in which he was involved he would have liked at once to crown Racine with both his hands and discuss with him for a good quarter of an hour.

At last Emma remembered that at the château of Vaubyessard she had heard the Marchioness call a young lady Berthe; from that moment this name was chosen; and as old Rouault could not come, Monsieur Homais was requested to stand godfather. His gifts were all products from his establishment, to wit: six boxes of jujubes, a whole jar of racahout, three cakes of marshmallow paste, and six sticks of sugar-candy into the bargain that he had come across in a cupboard. On the evening of the ceremony there was a grand dinner; the cure was present; there was much excitement. Monsieur Homais towards liqueur-time began singing "Le Dieu des bonnes gens." Monsieur Léon sang a barcarolle, and Madame Bovary, senior, who was godmother, a romance of the time of the Empire; finally, M. Bovary, senior, insisted on having the child brought down, and began baptizing it with a glass of champagne that he poured over its head. This mockery of the first of the sacraments made the Abbe Bournisien angry; old Bovary replied by a quotation from "La Guerre des Dieux"; the cure wanted to leave; the ladies implored, Homais interfered; and they succeeded in making the priest sit down again, and he quietly went on with the half-finished coffee in his saucer.

Monsieur Bovary, senior, stayed at Yonville a month, dazzling the natives by a superb policeman's cap with silver tassels that he wore in the morning when he smoked his pipe in the square. Being also in the habit of drinking a good deal of brandy, he often sent the servant to the Lion d'Or to buy him a bottle, which was put down to his son's account, and to perfume his handkerchiefs he used up his daughter-in-law's whole supply of eau-de-cologne.

The latter did not at all dislike his company. He had knocked about the world, he talked about Berlin, Vienna, and Strasbourg, of his soldier times, of the mistresses he had had, the grand luncheons of which he had partaken; then he was amiable, and sometimes even, either on the stairs, or in the garden, would seize hold of her waist, crying, "Charles, look out for yourself."

Then Madame Bovary, senior, became alarmed for her son's happiness, and fearing that her husband might in the long-run have an immoral influence upon the ideas of the young woman, took care to hurry their departure. Perhaps she had more serious reasons for uneasiness. Monsieur Bovary was not the man to respect anything.

One day Emma was suddenly seized with the desire to see her little girl, who had been put to nurse with the carpenter's wife, and, without looking at the calendar to see whether the six weeks of the Virgin were yet passed, she set out for the Rollets' house, situated at the extreme end of the village, between the highroad and the fields.

It was mid-day, the shutters of the houses were closed and the slate roofs that glittered beneath the fierce light of the blue sky seemed to strike sparks from the crest of the gables. A heavy wind was blowing; Emma felt weak as she walked; the stones of the pavement hurt her; she was doubtful whether she would not go home again, or go in somewhere to rest.

At this moment Monsieur Léon came out from a neighbouring door with a bundle of papers under his arm. He came to greet her, and stood in the shade in front of the Lheureux's shop under the projecting grey awning.

Madame Bovary said she was going to see her baby, but that she was beginning to grow tired.

"If—" said Léon, not daring to go on.

"Have you any business to attend to?" she asked.

And on the clerk's answer, she begged him to accompany her. That same evening this was known in Yonville, and Madame Tuvache, the mayor's wife, declared in the presence of her servant that "Madame Bovary was compromising herself."

To get to the nurse's it was necessary to turn to the left on leaving the street, as if making for the cemetery, and to follow between little houses and yards a small path bordered with privet hedges. They were in bloom, and so were the speedwells, eglantines, thistles, and the sweetbriar that sprang up from the thickets. Through openings in the hedges one could see into the huts, some pigs on a dung-heap, or tethered cows rubbing their horns against the trunk of trees. The two, side by side walked slowly, she leaning upon him, and he restraining his pace, which he regulated by hers; in front of them a swarm of midges fluttered, buzzing in the warm air.

They recognized the house by an old walnut-tree which shaded it.

Low and covered with brown tiles, there hung outside it, beneath the dormer-window of the garret, a string of onions. Faggots upright against a thorn fence surrounded a bed of lettuce, a few square feet of lavender, and sweet peas strung on sticks. Dirty water was running here and there on the grass, and all round were several indefinite rags, knitted stockings, a red calico jacket, and a large sheet of coarse linen spread over the hedge. At the noise of the gate the nurse appeared with a baby she was suckling on one arm. With her other hand she was pulling along a poor puny little fellow, his face covered with scrofula, the son of a Rouen hosier, whom his parents, too taken up with their business, left in the country.

"Go in," she said; "your little one is there asleep."

The room on the ground-floor, the only one in the dwelling, had at its farther end, against the wall, a large bed without curtains, while a kneading-trough took up the side by the window, one pane of which was mended with a piece of blue paper. In the corner behind the door, shining hob-nailed shoes stood in a row under the slab of the washstand, near a bottle of oil with a feather stuck in its mouth; a Matthieu Laensberg lay on the dusty mantelpiece amid gunflints, candle-ends, and bits of amadou.

Finally, the last luxury in the apartment was a "Fame" blowing her trumpets, a picture cut out, no doubt, from some perfumer's prospectus and nailed to the wall with six wooden shoe-pegs.

Emma's child was asleep in a wicker-cradle. She took it up in the wrapping that enveloped it and began singing softly as she rocked herself to and fro.

Léon walked up and down the room; it seemed strange to him to see this beautiful woman in her nankeen dress in the midst of all this poverty. Madam Bovary reddened; he turned away, thinking perhaps there had been an impertinent look in his eyes. Then she put back the little girl, who had just been sick over her collar.

The nurse at once came to dry her, protesting that it wouldn't show.

"She gives me other doses," she said: "I am always a-washing of her. If you would have the goodness to order Camus, the grocer, to let me have a little soap, it would really be more convenient for you, as I needn't trouble you then."

"Very well! very well!" said Emma. "Good morning, Madame Rollet," and she went out, wiping her shoes at the door.

The good woman accompanied her to the end of the garden, talking all the time of the trouble she had getting up of nights.

"I'm that worn out sometimes as I drop asleep on my chair. I'm sure you might at least give me just a pound of ground coffee; that'd last me a month, and I'd take it of a morning with some milk."

After having submitted to her thanks, Madam Bovary left. She had gone a little way down the path when, at the sound of wooden shoes, she turned round. It was the nurse.

"What is it?"

Then the peasant woman, taking her aside behind an elm tree, began talking to her of her husband, who with his trade and six francs a year that the captain—

"Oh, be quick!" said Emma.

"Well," the nurse went on, heaving sighs between each word, "I'm afraid he'll be put out seeing me have coffee alone, you know men—"

"But you are to have some," Emma repeated; "I will give you some. You bother me!"

"Oh, dear! my poor, dear lady! you see in consequence of his wounds he has terrible cramps in the chest. He even says that cider weakens him."

"Do make haste, Mere Rollet!"

"Well," the latter continued, making a curtsy, "if it weren't asking too much," and she curtsied once more, "if you would"—and her eyes begged—"a jar of brandy," she said at last, "and I'd rub your little one's feet with it; they're as tender as one's tongue."

Once rid of the nurse, Emma again took Monsieur Léon's arm. She walked fast for some time, then more slowly, and looking straight in front of her, her eyes rested on the shoulder of the young man, whose frock-coat had a black-velvety collar. His brown hair fell over it, straight and carefully arranged. She noticed his nails which were longer than one wore them at Yonville. It was one of the clerk's chief occupations to trim them, and for this purpose he kept a special knife in his writing desk.

They returned to Yonville by the water-side. In the warm season the bank, wider than at other times, showed to their foot the garden walls whence a few steps led to the river. It flowed noiselessly, swift, and cold to the eye; long, thin grasses huddled together in it as the current drove them, and spread themselves upon the limpid water like streaming hair; sometimes at the tip of the reeds or on the leaf of a water-lily an insect with fine legs crawled or rested. The sun pierced with a ray the small blue bubbles of the waves that, breaking, followed each other; branchless old willows mirrored their grey backs in the water; beyond, all around, the meadows seemed empty. It was the dinner-hour at the farms, and the young woman and her companion heard nothing as they walked but the fall of their steps on the earth of the path, the words they spoke, and the sound of Emma's dress rustling round her.

The walls of the gardens with pieces of bottle on their coping were hot as the glass windows of a conservatory. Wallflowers had sprung up between the bricks, and with the tip of her open sunshade Madame Bovary, as she passed, made some of their faded flowers crumble into a yellow dust, or a spray of overhanging honeysuckle and clematis caught in its fringe and dangled for a moment over the silk.

They were talking of a troupe of Spanish dancers who were expected shortly at the Rouen theatre.

"Are you going?" she asked.

"If I can," he answered.

Had they nothing else to say to one another? Yet their eyes were full of more serious speech, and while they forced themselves to find trivial phrases, they felt the same languor stealing over them both. It was the whisper of the soul, deep, continuous, dominating that of their voices. Surprised with wonder at this strange sweetness, they did not think of speaking of the sensation or of seeking its cause. Coming joys, like tropical shores, throw over the immensity before them their inborn softness, an odorous wind, and we are lulled by this intoxication without a thought of the horizon that we do not even know.

In one place the ground had been trodden down by the cattle; they had to step on large green stones put here and there in the mud.

She often stopped a moment to look where to place her foot, and tottering on a stone that shook, her arms outspread, her form bent forward with a look of indecision, she would laugh, afraid of falling into the puddles of water.

When they arrived in front of her garden, Madame Bovary opened the little gate, ran up the steps and disappeared.

Léon returned to his office. His chief was away; he just glanced at the briefs, then cut himself a pen, and at last took up his hat and went out.

He went to La Pâture at the top of the Argueil hills at the beginning of the forest; he threw himself upon the ground under the pines and watched the sky through his fingers.

"How bored I am!" he said to himself, "how bored I am!"

He thought he was to be pitied for living in this village, with Homais for a friend and Monsieru Guillaumin for master. The latter, entirely absorbed by his business, wearing gold-rimmed spectacles and red whiskers over a white cravat, understood nothing of mental refinements, although he affected a stiff English manner, which in the beginning had impressed the clerk.

As to the chemist's spouse, she was the best wife in Normandy, gentle as a sheep, loving her children, her father, her mother, her cousins, weeping for other's woes, letting everything go in her household, and detesting corsets; but so slow of movement, such a bore to listen to, so common in appearance, and of such restricted conversation, that although she was thirty, he only twenty, although they slept in rooms next each other and he spoke to her daily, he never thought that she might be a woman for another, or that she possessed anything else of her sex than the gown.

¿Y qué más había? Binet, algunos tenderos, dos o tres taberneros, el cura y, finalmente, el señor Tuvache, el alcalde, con sus dos hijos, personas ricas, malhumoradas, obtusas, que cultivaban sus propias tierras y hacían fiestas entre ellos, intolerantes por añadidura, y compañeros bastante insoportables.

Pero del fondo general de todos estos rostros humanos, el de Emma se destacaba aislado y, sin embargo, el más lejano; pues entre ella y él parecía ver un vago abismo.

Al principio la había visitado varias veces junto con el farmacéutico. Charles no parecía especialmente ansioso por volver a verlo, y Léon no sabía qué hacer entre su miedo a ser indiscreto y el deseo de una intimidad que parecía casi imposible.

Capítulo cuatro

Cuando llegaron los primeros días de frío, Emma salió de su dormitorio para ir a la sala de estar, un apartamento alargado y de techo bajo, en el que había sobre la repisa de la chimenea un gran ramo de coral extendido contra el espejo. Sentada en su sillón cerca de la ventana, podía ver pasar a los aldeanos por la acera.

Dos veces al día Léon iba de su oficina al Lion d'Or. Emma podía oírlo venir desde lejos; ella se inclinó para escuchar, y el joven se deslizó más allá de la cortina, siempre vestido de la misma manera, y sin volver la cabeza. Pero en el crepúsculo, cuando, con la barbilla apoyada en la mano izquierda, dejaba caer sobre sus rodillas el bordado que había comenzado, a menudo se estremecía ante la aparición de esta sombra que se deslizaba de repente. Se levantaba y ordenaba poner la mesa.

Monsieur Homais llamó a la hora de la cena. Gorro en mano, entró de puntillas, para no molestar a nadie, repitiendo siempre la misma frase: "Buenas noches a todos". Luego, cuando hubo tomado asiento en la mesa entre los dos, preguntó al médico por sus pacientes, y éste consultó al suyo sobre la probabilidad de su pago. Luego hablaron de "lo que había en el periódico".

Homais ya se lo sabía casi de memoria, y lo repetía de cabo a rabo, con las reflexiones de los penny-a-liners, y todas las historias de catástrofes individuales que habían ocurrido en Francia o en el extranjero. Pero agotado el tema, no tardó en lanzar algunas observaciones sobre los platos que tenía delante.

A veces incluso, medio levantado, señalaba con delicadeza a la señora el bocado más tierno, o volviéndose a la criada, le daba algunos consejos sobre el manejo de los guisos y la higiene de los aliños.

Habló de aroma, osmazome, jugos y gelatina de una manera desconcertante. Además, Homais, con la cabeza más llena de recetas que su tienda de tinajas, se destacó en la elaboración de toda clase de conservas, vinagres y licores dulces; conocía también todos los últimos inventos en estufas económicas, junto con el arte de conservar quesos y de curar vinos enfermos.

A las ocho vino Justin a buscarlo para cerrar la tienda.

Entonces monsieur Homais lo miró con picardía, sobre todo si Félicité estaba presente, pues se dio cuenta a medias de que su aprendiz era aficionado a la casa del médico.

"El perrito", dijo, "está empezando a tener ideas, ¡y que me lleve el diablo si no creo que está enamorado de tu sirviente!"

Pero una falta más grave que le reprochaba a Justin era su escucha constante de la conversación. El domingo, por ejemplo, no se le podía sacar del salón, donde la señora Homais le había llamado para que fuera a buscar a los niños, que se dormían en los sillones y arrastraban con el respaldo fundas de percal que eran demasiado grandes.

No mucha gente asistía a estas veladas en la farmacia, ya que sus opiniones políticas y sus escándalos habían alejado de él a varias personas respetables. El empleado nunca dejó de estar allí. Tan pronto como oyó la campana, corrió al encuentro de madame Bovary, tomó su chal y guardó debajo del mostrador de la tienda los gruesos zapatos de listón que se ponía sobre las botas cuando nevaba.

Primero jugaron algunas manos en trente-et-un; luego Monsieur Homais tocó ecarte con Emma; Léon detrás de ella le dio un consejo.

De pie, con las manos en el respaldo de su silla, vio los dientes de su peine que le mordían el moño. Con cada movimiento que hacía para lanzar sus cartas, el lado derecho de su vestido se levantaba. De su cabellera revuelta caía sobre su espalda un color oscuro que, palideciendo poco a poco, se perdía poco a poco en la sombra. Entonces su vestido cayó a ambos lados de su silla, hinchado lleno de pliegues, y llegó al suelo. Cuando Léon sentía de vez en cuando que la suela de su bota se apoyaba en él, retrocedía como si hubiera pisoteado a alguien.

Cuando terminó el juego de cartas, el boticario y el Doctor jugaron al dominó, y Emma, cambiándose de lugar, apoyó el codo en la mesa, hojeando las hojas de "L'Illustration". Ella había traído su diario de damas con ella. Léon se sentó cerca de ella; miraron juntos los grabados y se esperaron al final de las páginas. A menudo le rogaba que le leyera los versos; Léon las declamaba con voz lánguida, a la que cuidadosamente daba una caída moribunda en los pasajes amorosos. Pero el ruido de las fichas de dominó lo molestó. Monsieur Homais era fuerte en el juego; podría vencer a Charles y darle un doble seis. Luego terminaron los trescientos, ambos se acostaron frente al fuego y pronto se durmieron. El fuego se extinguía entre las cenizas;

Emma lo escuchó, girando mecánicamente la pantalla de la lámpara, en cuya gasa estaban pintados payasos en carruajes y danzas en la cuerda floja con sus barras de equilibrio. Léon se detuvo, señalando con un gesto a su audiencia dormida; luego hablaron en voz baja, y su conversación les pareció más dulce porque nadie los oía.

Así se estableció entre ellos una especie de vínculo, un constante comercio de libros y de novelas. Monsieur Bovary, poco dado a los celos, no se preocupó por ello.

El día de su cumpleaños recibió una hermosa cabeza frenológica, toda marcada con figuras hasta el tórax y pintada de azul. Esta fue una atención del secretario. Le mostró muchos otros, hasta hacerle recados en Rouen; y el libro de un novelista que había puesto de moda la manía

de los cactus, Léon compró algunos para madame Bovary, llevándolos de rodillas en la Hírondele, pinchándose los dedos con sus duros pelos.

Ella tenía una tabla con una balastrada pegada a su ventana para sostener las macetas. El escribano también tenía su pequeño jardín colgante; se vieron cuidando sus flores en sus ventanas.

De las ventanas del pueblo había una ocupada aún con más frecuencia; pues los domingos de la mañana a la noche, y todas las mañanas cuando hacía buen tiempo, se podía ver en la buhardilla de la buhardilla el perfil de monsieur Binet inclinado sobre su torno, cuyo monótono tarareo se oía en el León de Oro. .

Una noche, al volver a casa, Léon encontró en su habitación una alfombra de terciopelo y lana con hojas sobre un fondo claro. Llamó a la señora Homais, al señor Homais, a Justin, a los niños, a la cocinera; habló de ello a su jefe; todos querían ver esta alfombra. ¿Por qué la esposa del doctor le dio regalos al empleado? Parecía raro. Decidieron que ella debía ser su amante.

Hizo que esto pareciera probable, tan incesantemente habló de sus encantos y de su ingenio; tanto, que Binet una vez le respondió bruscamente:

“¿Qué me importa si no estoy en su set?”

Se torturaba para saber cómo podía hacerle su declaración, y vacilando siempre entre el miedo de desagradarla y la vergüenza de ser tan cobarde, lloraba de desánimo y de deseo. Entonces tomó enérgicas resoluciones, escribió cartas que rompió, las pospuso para tiempos que volvió a diferir.

A menudo partía con la determinación de desafiarlo todo; pero esta resolución pronto lo abandonó en presencia de Emma, y cuando Charles, llegando, lo invitó a subirse a su carruaje para ir con él a ver a algún paciente en el vecindario, él aceptó de inmediato, hizo una reverencia a la señora y salió. Su esposo, ¿no era él algo que le pertenecía? En cuanto a Emma, no se preguntó si amaba. El amor, pensó, ha de venir de repente, con grandes estallidos y relámpagos, un huracán de los cielos, que cae sobre la vida, la revoluciona, arranca la voluntad como una hoja, y arrastra todo el corazón al abismo. No sabía que en la terraza de las casas se hacen lagos cuando se atragantan las cañerías,

Chapter Five

It was a Sunday in February, an afternoon when the snow was falling.

They had all, Monsieur and Madame Bovary, Homais, and Monsieur Léon, gone to see a yarn-mill that was being built in the valley a mile and a half from Yonville. The druggist had taken Napoleon and Athalie to give them some exercise, and Justin accompanied them, carrying the umbrellas on his shoulder.

Nothing, however, could be less curious than this curiosity. A great piece of waste ground, on which pell-mell, amid a mass of sand and stones, were a few break-wheels, already rusty, surrounded by a quadrangular building pierced by a number of little windows. The building was unfinished; the sky could be seen through the joists of the roofing. Attached to the stop-plank of the gable a bunch of straw mixed with corn-ears fluttered its tricoloured ribbons in the wind.

Homais was talking. He explained to the company the future importance of this establishment, computed the strength of the floorings, the thickness of the walls, and regretted extremely not having a yard-stick such as Monsieur Binet possessed for his own special use.

Emma, who had taken his arm, bent lightly against his shoulder, and she looked at the sun's disc shedding afar through the mist his pale splendour. She turned. Charles was there. His cap was drawn down over his eyebrows, and his two thick lips were trembling, which added a look of stupidity to his face; his very back, his calm back, was irritating to behold, and she saw written upon his coat all the platitude of the bearer.

While she was considering him thus, tasting in her irritation a sort of depraved pleasure, Léon made a step forward. The cold that made him pale seemed to add a more gentle languor to his face; between his cravat and his neck the somewhat loose collar of his shirt showed the skin; the lobe of his ear looked out from beneath a lock of hair, and his large blue eyes, raised to the clouds, seemed to Emma more limpid and more beautiful than those mountain-lakes where the heavens are mirrored.

"Wretched boy!" suddenly cried the chemist.

And he ran to his son, who had just precipitated himself into a heap of lime in order to whiten his boots. At the reproaches with which he was being overwhelmed Napoleon began to roar, while Justin dried his shoes with a wisp of straw. But a knife was wanted; Charles offered his.

"Ah!" she said to herself, "he carried a knife in his pocket like a peasant."

The hoar-frost was falling, and they turned back to Yonville.

In the evening Madame Bovary did not go to her neighbour's, and when Charles had left and she felt herself alone, the comparison re-began with the clearness of a sensation almost actual, and with that lengthening of perspective which memory gives to things. Looking from her bed at the clean fire that was burning, she still saw, as she had down there, Léon standing up with one hand behind his cane, and with the other holding Athalie, who was quietly sucking a piece of ice. She thought him charming; she could not tear herself away from him; she recalled his other attitudes on other days, the words he had spoken, the sound of his voice, his whole person; and she repeated, pouting out her lips as if for a kiss—

"¡Sí, encantador! ¡encantador! ¿No está enamorado? se preguntó a sí misma; ¿pero con quién? ¿Conmigo?"

Todas las pruebas surgieron ante ella a la vez; su corazón saltó. La llama del fuego arrojaba una luz alegre sobre el techo; se volvió boca arriba, estirando los brazos.

Entonces comenzó el eterno lamento: "¡Oh, si el Cielo no lo hubiera querido! ¿Y por qué no? ¿Qué lo impidió?"

Cuando Charles llegó a casa a medianoche, parecía que acababa de despertarse y, mientras él hacía un ruido al desvestirse, ella se quejó de un dolor de cabeza y luego preguntó descuidadamente qué había sucedido esa noche.

—Monsieur Léon —dijo—, se fue temprano a su habitación.

No pudo evitar sonreír y se quedó dormida, con el alma llena de un nuevo deleite.

Al día siguiente, al anochecer, recibió la visita del señor Lherueux, el pañero. Era un hombre de habilidad, era este comerciante. Nacido gascón pero criado en normando, injertó en su volubilidad sureña la astucia de los cauchois. Su cara gorda, flácida, imberbe, parecía teñida por una decocción de regaliz, y sus cabellos blancos hacían aún más vivo el agudo brillo de sus pequeños ojos negros. Nadie sabía lo que había sido antes; un buhonero decían unos, un banquero de Routot según otros. Lo cierto es que hizo complejos cálculos en su cabeza que habrían asustado al mismo Binet. Cortés hasta el servilismo, siempre se mantenía con la espalda encorvada en la posición de quien hace una reverencia o invita.

Después de dejar en la puerta su sombrero rodeado de crespón, puso sobre la mesa una sombrerera verde, y empezó a quejarse a la señora, con muchas cortesías, de que se había quedado hasta aquel día sin ganarse su confianza. Una tienda pobre como la suya no fue hecha para atraer a una "dama de moda"; enfatizó las palabras; sin embargo, ella solo tenía que mandar, y él se encargaría de proporcionarle todo lo que ella deseara, ya sea en mercería o ropa blanca, sombrerería o artículos de lujo, porque él iba a la ciudad regularmente cuatro veces al mes. Estaba conectado con las mejores casas. Se podría hablar de él en el "Trois Freres", en el "Barbe d'Or", o en el "Grand Sauvage"; todos estos caballeros lo conocían tan

bien como el interior de sus bolsillos. Hoy, entonces, había venido a mostrarle a la señora, de pasada, varios artículos que tenía, gracias a la oportunidad más rara. Y sacó media docena de collares bordados de la caja.

Madame Bovary los examinó. “No necesito nada”, dijo.

Luego Monsieur Lheureux exhibió con delicadeza tres bufandas argelinas, varios paquetes de agujas inglesas, un par de zapatillas de paja y, por último, cuatro hueveras de madera de coco, talladas a calado por presidiarios. Entonces, con ambas manos sobre la mesa, el cuello estirado, la figura inclinada hacia delante, boquiabierto, miraba la mirada de Emma, que paseaba indecisa entre aquellos bienes. De vez en cuando, como para quitar un poco de polvo, punteaba con la uña la seda de los pañuelos extendidos en toda su longitud, y susurraban con un ruidito, haciendo en la verde penumbra las lentejuelas doradas de su tejido centellear como pequeños estrellas.

“¿Cuántos son?”

“Una mera nada”, respondió, “una mera nada. Pero no hay prisa; siempre que sea conveniente. No somos judíos”.

Reflexionó unos instantes y acabó por rechazar de nuevo la oferta de Monsieur Lheureux. Respondió bastante despreocupado:

“Muy bien. Nos entenderemos poco a poco. Siempre me he llevado bien con las damas, ¡si no con la mía!”

Emma sonrió.

—Quería decirte —prosiguió con buen humor, después de su broma— que no es por el dinero por lo que debo preocuparme. Bueno, podría darte un poco, si es necesario.

Ella hizo un gesto de sorpresa.

“¡Ah!” dijo él rápidamente y en voz baja, “No debería tener que ir muy lejos para encontrarte algo, confía en eso”.

Y empezó a preguntar por Pere Tellier, el propietario del “Café Français”, a quien entonces atendía Monsieur Bovary.

¿Qué le pasa al padre Tellier? Tose tanto que sacude toda su casa, y me temo que pronto querrá una cubierta de tela en lugar de un chaleco de franela. ¡Era un libertino de joven! Esa clase de gente, señora, no tiene la menor regularidad; se ha quemado con brandy. Todavía es triste, de todos modos, ver a un conocido irse”.

Y mientras abrochaba su caja disertaba sobre los pacientes del médico.

“Es el clima, sin duda”, dijo, mirando al suelo con el ceño fruncido, “lo que causa estas enfermedades. Yo tampoco siento la cosa. Incluso un día de estos tendré que consultar al médico por un dolor que tengo en la espalda. Bueno, adiós, señora Bovary. A su servicio; su muy humilde servidor.” Y cerró la puerta suavemente.

Emma hizo que le sirvieran la cena en su dormitorio en una bandeja junto a la chimenea; estuvo mucho tiempo sobre eso; todo estaba bien con ella.

“¿Qué bueno que estaba!” se dijo a sí misma, pensando en las bufandas.

Oyó unos pasos en las escaleras. Era León. Se levantó y sacó de la cómoda el primer montón de guardapolvos que había que coser. Cuando él entró, ella parecía muy ocupada.

La conversación languideció; Madame Bovary lo abandonaba cada pocos minutos, mientras que él mismo parecía bastante avergonzado. Sentado en una silla baja cerca del fuego, hizo girar entre sus dedos el dedal de marfil. Cosía o, de vez en cuando, doblaba el dobladillo de la tela con la uña. Ella no habló; él estaba en silencio, cautivado por su silencio, como lo habría estado por su discurso.

“¡Pobre compañero!” pensó.

“¿Cómo la he disgustado?” se preguntó a sí mismo.

Por último, sin embargo, León dijo que debería ir uno de estos días a Rouen por un asunto de oficina.

“Tu suscripción de música está agotada; ¿Tengo que renovarlo?”

“No”, respondió ella.

“¿Por qué?”

“Porque-”

Y frunciendo los labios, dibujó lentamente una larga puntada de hilo gris.

Este trabajo irritó a León. Parecía endurecer las puntas de sus dedos. Una frase galante le vino a la cabeza, pero no se arriesgó.

“¿Entonces te estás rindiendo?” continuó.

“¿Qué?” ella preguntó apresuradamente. “¿Música? ¡Ay! ¡sí! ¿No tengo mi casa que cuidar, mi esposo que atender, mil cosas, de hecho, muchos deberes que deben ser considerados primero?”

Ella miró el reloj. Carlos llegó tarde. Entonces, afectó la ansiedad. Dos o tres veces incluso repitió: “¡Es tan bueno!”

El escribiente quería al señor Bovary. Pero esta ternura por su parte lo asombró desagradablemente; sin embargo, retomó sus elogios, que dijo que todos cantaban, especialmente el químico.

“¡Ay! es un buen tipo”, continuó Emma.

“Ciertamente”, respondió el empleado.

Y empezó a hablar de la señora Homais, cuyo aspecto muy desaliñado les hacía reír por lo general.

"¿Que importa?" interrumpió Emma. "Una buena ama de casa no se preocupa por su apariencia".

Luego volvió a sumirse en el silencio.

Fue lo mismo en los días siguientes; sus conversaciones, sus modales, todo cambió. Se interesó por las tareas del hogar, iba a la iglesia con regularidad y cuidaba a su sirvienta con más severidad.

Tomó a Berthe de enfermera. Cuando llamaron los visitantes, Félicité la trajo y Madame Bovary la desvistió para mostrar sus extremidades. Declaró que adoraba a los niños; éste era su consuelo, su alegría, su pasión, y acompañaba sus caricias con un estallido lírico que hubiera recordado a cualquiera menos a la gente de Yonville a Sachette en "Notre Dame de Paris".

Cuando Charles llegó a casa, encontró sus pantuflas calentadas cerca del fuego. Su chaleco ya no necesitaba forro, ni los botones de su camisa, y era todo un placer ver en el armario los gorros de dormir dispuestos en montones de la misma altura. Ya no se quejaba como antes de dar una vuelta por el jardín; lo que proponía siempre se hacía, aunque ella no comprendía los deseos a que se sometía sin murmurar; y cuando Léon lo vio junto a la chimenea después de la cena, con las dos manos en el estómago, los dos pies en el guardabarros, las dos mejillas rojas de comer, los ojos húmedos de felicidad, el niño gateando por la alfombra y esta mujer con el cintura esbelta que se acercó detrás de su sillón para besarle la frente: "¡Qué locura!" se dijo a sí mismo. "¡Y cómo llegar a ella!"

Y así ella le pareció tan virtuosa e inaccesible que perdió toda esperanza, incluso la más mínima. Pero por esta renuncia la colocó en un pináculo extraordinario. Para él ella estaba fuera de esos atributos carnales de los que no tenía nada que obtener, y en su corazón se elevaba para siempre, y se alejaba más de él a la manera magnífica de una apoteosis que está tomando vuelo. Era uno de esos sentimientos puros que no interfieren en la vida, que se cultivan porque son raros, y cuya pérdida afligiría más de lo que alegra su pasión.

Emma se hizo más delgada, sus mejillas más pálidas, su rostro más largo. Con sus cabellos negros, sus ojos grandes, su nariz aguileña, su andar de pájaro, y ahora siempre silencioso, ¿no parecía pasar por la vida apenas tocándola, y llevar en la frente la vaga impresión de algún destino divino? Era tan triste y tan tranquila, a la vez tan dulce y tan reservada, que cerca de ella uno se sentía poseído por un gélido encanto, como nos estremecemos en las iglesias ante el perfume de las flores mezclado con el frío del mármol. Los demás ni siquiera escaparon de esta seducción. El químico dijo—

"Ella es una mujer de grandes cualidades, que no estaría fuera de lugar en una subprefectura".

Las amas de casa admiraban su economía, los pacientes su cortesía, los pobres su caridad.

Pero estaba devorada por los deseos, por la rabia, por el odio. Ese vestido de pliegues estrechos escondía un miedo distraído, de cuyo tormento aquellos labios castos nada decían. Estaba enamorada de Léon y buscaba la soledad para deleitarse con más facilidad en su imagen. La vista de su forma turbaba la voluptuosidad de esta mediación. Emma se emocionó con el sonido de sus pasos; luego, en su presencia, la emoción se calmó, y después sólo quedó para ella un inmenso asombro que terminó en dolor.

Léon no sabía que cuando él la dejó desesperado ella se levantó después de que él había ido a verlo a la calle. Se preocupaba por sus idas y venidas; ella observó su rostro; ella inventó toda una historia para encontrar una excusa para ir a su habitación. La boticaria le parecía feliz de dormir bajo el mismo techo, y sus pensamientos se centraban constantemente en esta casa, como las palomas "León de Oro", que venían allí a mojar sus patas rojas y alas blancas en sus canaletas. Pero cuanto más Emma reconocía su amor, más lo aplastaba, para que no fuera evidente, para que lo hiciera menos. Le hubiera gustado que Léon lo adivinara, e imaginó casualidades, catástrofes que deberían facilitarlos.

Lo que la refrenaba era, sin duda, la ociosidad y el miedo, y también un sentimiento de vergüenza. Pensó que le había dado demasiada repulsión, que el tiempo había pasado, que todo estaba perdido. Entonces, el orgullo y la alegría de poder decirse a sí misma: "soy virtuosa", y mirarse en el espejo en poses resignadas, la consolaron un poco del sacrificio que creía hacer.

Entonces las concupiscencias de la carne, el anhelo de dinero y la melancolía de la pasión se mezclaron en un solo sufrimiento, y en lugar de apartar sus pensamientos de él, se aferró más a él, instándose al dolor y buscando por todas partes ocasión para eso. Le irritaba un plato mal servido o una puerta entreabierta; lamentó los terciopelos que no tenía, la felicidad que había perdido, sus sueños demasiado exaltados, su hogar estrecho.

Lo que la exasperaba era que Charles no parecía darse cuenta de su angustia. Su convicción de que la hacía feliz le parecía un insulto imbécil, y su seguridad en este punto, una ingratitud. ¿Por el bien de quién, entonces, fue ella virtuosa? ¿No fue por él, el obstáculo para toda felicidad, la causa de toda miseria y, por así decirlo, el fuerte cierre de esa compleja correa que la oprimía por todos lados?

Sólo en él, pues, concentraba todos los diversos odios que resultaban de su aburrimiento, y todos los esfuerzos por disminuirlos no hacían más que aumentarlos; porque esta molestia inútil se añadió a las otras razones de desesperación, y contribuyó aún más a la separación entre ellas. Su propia amabilidad hacia sí misma la hizo rebelarse contra él. La mediocridad doméstica la llevó a las fantasías lascivas, la ternura matrimonial a los deseos adúlteros. Le hubiera gustado que Charles la golpeará, para tener más derecho a odiarlo, a vengarse de él. A veces se sorprendía de las atroces conjeturas que se le venían a la cabeza, y tenía que seguir sonriendo, de oírle repetir a todas horas que era feliz, de fingir ser feliz, de dejarse creer.

Sin embargo, detestaba esta hipocresía. Se apoderó de ella la tentación de huir a algún lugar con Léon para probar una nueva vida; pero de inmediato un vago abismo lleno de

oscuridad se abrió dentro de su alma.

“Además, ya no me quiere”, pensó. “¿Qué va a ser de mí? ¿Qué ayuda se puede esperar, qué consuelo, qué consuelo?”

Quedó rota, sin aliento, inerte, sollozando en voz baja, con lágrimas en los ojos.

“¿Por qué no le dices al maestro?” el sirviente le preguntó cuándo entraba en estas crisis.

“Son los nervios”, dijo Emma. “No le hables de eso; le preocuparía.”

“¡Ay! sí -prosiguió Félicité-, eres como La Guerine, la hija del padre Guerin, el pescador de Pollet, que conocí en Dieppe antes de venir a ti. Estaba tan triste, tan triste, de verla de pie en el umbral de su casa, que te parecía como una sábana extendida ante la puerta. Su enfermedad, al parecer, era una especie de niebla que tenía en la cabeza, y los médicos no podían hacer nada, ni el cura tampoco. Cuando la tomaban muy mal, se iba completamente sola a la orilla del mar, de modo que el oficial de aduanas, al hacer sus rondas, a menudo la encontraba tendida boca abajo, llorando sobre los guijarros. Luego, después de su matrimonio, se disparó, dicen”.

“Pero conmigo”, respondió Emma, “fue después del matrimonio que comenzó”.

Capítulo Seis

Una tarde, cuando la ventana estaba abierta y ella, sentada junto a ella, observaba a Lestiboudois, el bedel, arreglando la caja, de repente escuchó el repique del Ángelus.

Era el comienzo de abril, cuando las primulas están en flor, y un viento cálido sopla sobre los macizos de flores recién removidos, y los jardines, como mujeres, parecen prepararse para las fiestas de verano. A través de los barrotes del cenador y más allá del río visto en los campos, serpenteando a través de la hierba en curvas errantes. Los vapores vespertinos subían entre los álamos sin hojas, tiñendo sus contornos de un tinte violeta, más pálido y transparente que una sutil gasa atrapada entre sus ramas. A lo lejos se movía el ganado; no se oían sus pasos ni sus mugidos; y la campana, aún repicando en el aire, continuaba su lamento pacífico.

Con este tintineo repetido, los pensamientos de la joven se perdieron en viejos recuerdos de su juventud y sus días escolares. Recordó los grandes candelabros que se alzaban sobre los jarrones llenos de flores en el altar, y el tabernáculo con sus columnitas. Le hubiera gustado perderse una vez más en la larga hilera de velos blancos, delimitados aquí y allá por las capuchas de tela negra de las buenas hermanas inclinadas sobre su reclinatorio. Los domingos en misa, cuando levantaba la vista, veía el rostro manso de la Virgen entre el humo azul del incienso que subía. Entonces ella se conmovió; se sentía débil y completamente desierta, como el plumón de un pájaro arremolinado por la tempestad, y fue inconscientemente que se dirigió hacia la iglesia, entregada a cualquier devoción,

En la Plaza se encontró con Lestivoudois en su camino de regreso, pues, para no acortar su jornada de trabajo, prefería interrumpir su trabajo y luego comenzar de nuevo, de modo que tocaba el Ángelus a su conveniencia. Además, la llamada de un poco antes advertía a los muchachos de la hora del catecismo.

Ya algunos de los que habían llegado jugaban a las canicas en las piedras del cementerio. Otros, a horcajadas sobre el muro, balanceaban las piernas, pateando con sus zuecos las grandes ortigas que crecían entre el pequeño recinto y las tumbas más nuevas. Este era el único punto verde. Todo lo demás no era más que piedras, siempre cubiertas de un polvo fino, a pesar de la sacristía-escoba.

Los niños con zapatos de lona corrían por allí como si fuera un recinto hecho para ellos. Los gritos de sus voces se escuchaban a través del zumbido de la campana. Este fue disminuyendo cada vez más con el vaivén de la gran cuerda que, colgada de lo alto del campanario, arrastraba su extremo por el suelo. Las golondrinas revoloteaban de un lado a otro emitiendo pequeños gritos, cortaban el aire con el borde de sus alas y volvían veloces a sus nidos amarillos bajo las tejas del alero. Al final de la iglesia ardía una lámpara, colgaba la mecha de una vela en un vaso. Su luz desde la distancia parecía una mancha blanca temblando en el aceite. Un largo rayo de sol caía sobre la nave y parecía oscurecer los bajos y las esquinas.

"¿Dónde está la cura?" —preguntó madame Bovary a uno de los muchachos, que se entretenía moviendo un eslabón giratorio en un agujero demasiado grande para él.

"Ya viene", respondió.

Y en efecto rechinó la puerta del presbiterio; Apareció el abate Bournisien; los niños, atropelladamente, huyeron a la iglesia.

"¡Estos jóvenes bribones!" —murmuró el cura— ¡siempre lo mismo!

Luego, recogiendo un catecismo en harapos que había golpeado con su pie, "¡No respetan nada!" Pero tan pronto como vio a Madame Bovary, "Disculpe", dijo; "No te reconocí."

Metió el catecismo en su bolsillo y se detuvo en seco, balanceando la pesada llave de la sacristía entre sus dos dedos.

La luz del sol poniente que caía de lleno sobre su rostro palidecía la horma de su sotana, brillante en los codos, deshilachada en el dobladillo. Manchas de grasa y tabaco seguían a lo largo de su amplio pecho las líneas de los botones, y se hacían más numerosas cuanto más se alejaban de su corbata, en la que descansaban los macizos pliegues de su barbilla roja; éste estaba salpicado de manchas amarillas, que desaparecían bajo el áspero pelo de su barba grisácea. Acababa de cenar y respiraba ruidosamente.

"¿Cómo estás?" añadió.

"No muy bien", respondió Emma; "Estoy enfermo."

"Bueno, y yo también", respondió el sacerdote. Estos primeros días cálidos debilitan a uno notablemente, ¿no? Pero, al fin y al cabo, nacemos para sufrir, como dice San Pablo. Pero ¿qué piensa monsieur Bovary de esto?

"¡Él!" dijo ella con un gesto de desprecio.

"¡Qué!" respondió el buen muchacho, bastante asombrado, "¿no te receta algo?"

"¡Ah!" dijo Emma, "no es un remedio terrenal lo que necesito".

Pero el cura de vez en cuando miraba hacia la iglesia, donde los muchachos arrodillados se empujaban unos a otros y caían como barajas de cartas.

Me gustaría saber... —continuó—.

—Cuidado, Riboudet —gritó el sacerdote con voz enfadada—. "¡Te calentaré los oídos, diablillo!" Luego, volviéndose hacia Emma, "Él es Boudet, el hijo del carpintero; sus padres están bien y lo dejan hacer lo que le plazca. Sin embargo, podría aprender rápidamente si

quisiera, porque es muy inteligente. Y así, a veces, en broma, lo llamo Riboudet (como el camino que se toma para ir a Maromme) y hasta digo 'Mon Riboudet'. ¡Decir ah! ¡Decir ah! El monte Riboudet. El otro día le repetí eso solo a Monseñor, y se rió de eso; condescendió a reírse de ello. ¿Y cómo está el señor Bovary?

Ella pareció no escucharlo. Y siguió—

“Siempre muy ocupado, sin duda; porque él y yo somos ciertamente las personas más ocupadas de la parroquia. Pero él es médico del cuerpo —añadió con una risa espesa— y yo del alma.

Fijó sus ojos suplicantes en el sacerdote. “Sí”, dijo ella, “tú consuelas todas las penas”.

“¡Ay! no me hable de eso, señora Bovary. Esta mañana tuve que ir a Bas-Diauville por una vaca que estaba enferma; pensaron que estaba bajo un hechizo. Todas sus vacas, no sé cómo es—¡Pero perdóneme! Longuemarre y Boudet! ¡Bendíceme! ¿Te vas a ir?

Y de un salto corrió hacia la iglesia.

En ese momento los muchachos se apiñaban alrededor del gran escritorio, se subían al escabel del chanfre y abrían el misal; y otros de puntillas estaban a punto de aventurarse en el confesionario. Pero el sacerdote de repente distribuyó una lluvia de puños entre ellos. Agarrándolos por los cuellos de sus túnicas, los levantó del suelo y los depositó de rodillas sobre las piedras del coro, con firmeza, como si quisiera plantarlos allí.

—Sí —dijo él, cuando volvió junto a Emma, desdoblando su gran pañuelo de algodón, del cual se puso una punta entre los dientes—, los granjeros son muy dignos de lástima.

“Otros también”, respondió ella.

“Ciertamente. Los trabajadores de la ciudad, por ejemplo.

“No son ellos—”

“¡Perdón! Allí he conocido a pobres madres de familia, mujeres virtuosas, os lo aseguro, verdaderas santas, que querían hasta el pan.

—Pero esos —respondió Emma, y las comisuras de su boca se torcieron mientras hablaba—, esos, Monsieur le Cure, que tienen pan y no tienen...

“Fuego en el invierno”, dijo el sacerdote.

“Oh, ¿qué importa eso?”

“¡Qué! ¿Que importa? Me parece que cuando uno tiene fuego y comida... porque, después de todo...

“¡Dios mío! ¡Dios mío!” ella suspiró.

“Es una indigestión, ¿no hay duda? Debe volver a casa, señora Bovary; bebe un poco de té, que te fortalecerá, o bien un vaso de agua fresca con un poco de azúcar mojada.

“¿Por qué?” Y ella parecía alguien despertando de un sueño.

“Bueno, verás, te estabas poniendo la mano en la frente. Pensé que te sentías débil. Luego, pensando en sí mismo, “¿Pero me estabas preguntando algo? ¿Qué era? Realmente no recuerdo.

“¿I? ¡Nada! ¡nada!” repitió Emma.

Y la mirada que lanzó a su alrededor cayó lentamente sobre el anciano de la sotana. Se miraron cara a cara sin hablar.

—Entonces, madame Bovary —dijo por fin—, discúlpeme, pero el deber ante todo, ¿sabe? Debo cuidar de mis buenos para nada. La primera comunión pronto estará sobre nosotros, y me temo que nos retrasaremos después de todo. Así que después del Día de la Ascensión los mantengo *rectos* ^[1] una hora extra todos los miércoles. ¡Niños pobres! No se les puede conducir demasiado pronto por el camino del Señor, como, además, Él mismo nos ha recomendado que hagamos por boca de su Divino Hijo. Buena salud para usted, señora; Mis respetos a su marido.

[1] Por el camino recto y angosto.

Y entró en la iglesia haciendo una genuflexión nada más llegar a la puerta.

Emma lo vio desaparecer entre la doble fila de formas, caminando con paso pesado, la cabeza un poco inclinada sobre el hombro y las dos manos entreabiertas detrás de él.

Luego giró sobre sus talones toda de una pieza, como una estatua sobre un pivote, y se fue a casa. Pero la voz fuerte del sacerdote, las voces claras de los niños todavía llegaban a sus oídos y seguían detrás de ella.

“¿Eres cristiano?”

“Sí, soy cristiano”.

“¿Qué es un cristiano?”

“El que siendo bautizado-bautizado-bautizado...”

Subió los peldaños de la escalera agarrándose del pasamanos, y cuando estuvo en su habitación se arrojó en un sillón.

La luz blanquecina de los cristales caía con suaves ondulaciones.

Los muebles en su lugar parecían haberse vuelto más inmóviles y perderse en la sombra como en un océano de oscuridad. El fuego estaba apagado, el reloj seguía corriendo, y Emma se maravilló vagamente por esta calma de todas las cosas mientras que dentro de ella había tanto tumulto. Pero la pequeña Berthe estaba allí, entre la ventana y la mesa de trabajo, tambaleándose sobre sus zapatos de punto y tratando de acercarse a su madre para agarrar los extremos de los cordones de su delantal.

—Déjame en paz —dijo esta última, alejándola de ella con la mano.

La niña pronto se acercó a sus rodillas, y apoyándose en ellas con los brazos, miró hacia arriba con sus grandes ojos azules, mientras un pequeño hilo de pura saliva escurría de sus labios al delantal de seda.

—Déjame en paz —repitió la joven bastante irritada—.

Su rostro asustó al niño, que comenzó a gritar.

"¿Me dejarás en paz?" dijo ella, empujándola con su codo.

Berthe cayó al pie de los cajones contra la manija de latón, cortándose la mejilla, que comenzó a sangrar, contra ella. Madame Bovary saltó para levantarla, rompió la cuerda de la campanilla, llamó al sirviente con todas sus fuerzas y estaba a punto de maldecirse cuando apareció Charles. Era la hora de la cena; había llegado a casa.

"¡Mira, querida!" dijo Emma, con voz tranquila, "la pequeña se cayó mientras jugaba y se lastimó".

Charles la tranquilizó; el caso no era grave, y fue a por un poco de esparadrapo.

Madame Bovary no bajó al comedor; ella deseaba quedarse sola para cuidar al niño. Luego, viéndola dormir, la pequeña ansiedad que sentía se desvaneció gradualmente, y le pareció muy estúpida a sí misma, y muy bien haber estado tan preocupada en este momento por tan poco. Berthe, en efecto, ya no sollozaba.

Su respiración ahora levantó imperceptiblemente la cubierta de algodón. Grandes lágrimas yacían en la comisura de los párpados entrecerrados, a través de cuyas pestañas se veían dos pupilas pálidas y hundidas; el yeso pegado a su mejilla tiraba oblicuamente de la piel.

"Es muy extraño", pensó Emma, "¿qué feo es este niño!".

Cuando a las once Charles volvió de la farmacia, adonde había ido después de la cena para devolver el resto del yeso, encontró a su mujer junto a la cuna.

"Te aseguro que no es nada", dijo, besándola en la frente. "No te preocupes, mi pobre querida; te enfermarás.

Se había quedado mucho tiempo en la farmacia. Aunque no parecía muy conmovido, Homais, sin embargo, se había esforzado por animarlo, por "mantener el ánimo". Luego habían hablado de los diversos peligros que amenazan la infancia, de los descuidos de los sirvientes. Madame Homais sabía algo de ello, teniendo todavía en su pecho las marcas dejadas por una palangana llena de sopa que un cocinero había dejado caer en su delantal, y sus buenos padres se tomaron muchas molestias por ella. Los cuchillos no estaban afilados, ni los pisos encerados; había rejas de hierro en las ventanas y fuertes barrotes en la chimenea; los pequeños Homais, a pesar de su espíritu, no podían moverse sin que alguien los vigilara; al menor resfriado su padre los rellenaba de pectorales; y hasta que cumplieron los cuatro años, todos, sin piedad, tuvieron que usar protectores de cabeza acolchados. Esto, es cierto, fue una fantasía de madame Homais; su marido estaba interiormente afligido por ello. Temiendo las posibles consecuencias de tal compresión a los órganos intelectuales. Incluso llegó a decirle: "¿Quieres hacer caribes o botocudos de ellos?".

Charles, sin embargo, había intentado varias veces interrumpir la conversación. —Me gustaría hablar con usted —había susurrado al oído del empleado, que subió delante de él.

"¿Puede sospechar algo?" se preguntó León. Su corazón latía y se devanaba los sesos con conjeturas.

Por fin, Carlos, habiendo cerrado la puerta, le pidió que viera por sí mismo cuál sería el precio en Rouen de unos hermosos daguerrotipos. Era una sorpresa sentimental lo que tenía pensado para su mujer, una atención delicada: su retrato en levita. Pero primero quería saber "cuánto sería". Las pesquisas no desanimarían al señor León, ya que iba a la ciudad casi todas las semanas.

¿Por qué? Monsieur Homais sospechaba que en el fondo había algún «asunto de joven», una intriga. Pero estaba equivocado. León no buscaba hacer el amor. Estaba más triste que nunca, como vio madame Lefrancois por la cantidad de comida que dejó en el plato. Para saber más al respecto interrogó al recaudador de impuestos. Binet respondió bruscamente que "la policía no le pagó".

De todos modos, su compañero le parecía muy extraño, porque León se echaba a menudo hacia atrás en su silla y, estirando los brazos, se quejaba vagamente de la vida.

"Es porque no te diviertes lo suficiente", dijo el coleccionista.

"¿Qué recreación?"

"Si yo fuera tú, tendría un torno".

"Pero no sé cómo girar", respondió el empleado.

"¡Ay! eso es cierto —dijo el otro, frotándose la barbilla con un aire de desprecio y satisfacción mezclados.

León estaba cansado de amar sin ningún resultado; además comenzaba a sentir esa depresión que produce la repetición del mismo tipo de vida, cuando ningún interés inspira y ninguna esperanza la sostiene. Estaba tan aburrido de Yonville y sus habitantes, que la vista de ciertas personas, de ciertas casas, lo irritaba más allá de lo soportable; y el químico, por buen tipo que fuera, se le estaba volviendo absolutamente insoportable. Sin embargo, la perspectiva de una nueva condición de vida lo asustó tanto como lo sedujo.

Esta aprensión pronto se transformó en impaciencia, y entonces París desde lejos hizo sonar su fanfarria de bailes de máscaras con la risa de las grisettes. Como iba a terminar de leer allí, ¿por qué no partir de inmediato? ¿Qué se lo impidió? Y comenzó a hacer preparaciones caseras; arregló sus ocupaciones de antemano. Amueblaba en su cabeza un apartamento. ¡El llevaría una vida de artista allí! ¡Tomaría lecciones de guitarra! ¡Tendría una bata, un gorro vasco, unas zapatillas de terciopelo azul! Incluso ya estaba admirando dos floretes cruzados sobre su chimenea, con una calavera en la guitarra encima de ellos.

La dificultad fue el consentimiento de su madre; nada, sin embargo, parecía más razonable. Incluso su empleador le aconsejó que fuera a otras cámaras donde pudiera avanzar más rápidamente. Entonces, tomando un camino intermedio, Léon buscó algún lugar como segundo empleado en Rouen; no encontró ninguno, y finalmente escribió a su madre una larga carta llena de detalles, en la que expuso las razones para ir a vivir a París inmediatamente. Ella consintió.

No se apresuró. Todos los días durante un mes, Hivert llevó cajas, maletas, paquetes para él de Yonville a Rouen y de Rouen a Yonville; y cuando Léon hubo empacado su guardarropa, hecho volver a llenar sus tres sillones, comprado un stock de corbatas, en una palabra, hecho más preparativos que para un viaje alrededor del mundo, lo aplazó semana tras semana, hasta que recibió una segunda carta de su madre instándolo a irse, ya que quería aprobar su examen antes de las vacaciones.

Cuando llegó el momento de las despedidas, la señora Homais lloró, Justin sollozó; Homais, como hombre valiente, ocultó su emoción; quería llevar él mismo el abrigo de su amigo hasta la puerta del notario, que llevaba a Léon a Rouen en su carruaje.

Este último tuvo el tiempo justo de despedirse del señor Bovary.

Cuando llegó al final de las escaleras, se detuvo, estaba tan sin aliento. Al entrar, Madame Bovary se levantó apresuradamente.

"¡Soy yo otra vez!" dijo León.

"¡Estaba seguro de eso!"

Se mordió los labios y un torrente de sangre que fluía bajo su piel la enrojeció desde la raíz del cabello hasta la parte superior del cuello. Permaneció de pie, apoyada con el hombro en el friso.

"¿El médico no está aquí?" continuó.

"Está fuera." Ella repitió: "Está fuera".

Luego se hizo el silencio. Se miraron y sus pensamientos, confundidos en la misma agonía, se juntaron como dos pechos palpitantes.

-Me gustaría besar a Berthe -dijo León.

Emma bajó unos escalones y llamó a Félicité.

Lanzó una larga mirada a su alrededor que abarcó las paredes, los adornos, la chimenea, como para penetrar todo, llevárselo todo. Pero ella regresó, y el sirviente trajo a Berthe, que estaba balanceando hacia abajo el techo de un molino de viento al final de una cuerda. Léon la besó varias veces en el cuello.

"¡Adiós, pobre niña! ¡Adiós, querida pequeña! ¡adiós!" Y se la devolvió a su madre.

"Llévatela", dijo ella.

Quedaron solos: la señora Bovary, de espaldas, con el rostro pegado al cristal de una ventana; Léon sostuvo su gorra en su mano, golpeándola suavemente contra su muslo.

"Va a llover", dijo Emma.

"Tengo una capa", respondió.

"¡Ah!"

Se dio la vuelta, con la barbilla baja, la frente inclinada hacia delante.

La luz caía sobre él como sobre un trozo de mármol, hasta la curva de las cejas, sin que se pudiera adivinar lo que Emma veía en el horizonte ni lo que pensaba dentro de sí misma.

"Bueno, adiós", suspiró.

Ella levantó la cabeza con un rápido movimiento.

"¡Sí, adiós, vete!"

Avanzaron uno hacia el otro; extendió la mano; ella vaciló.

—Al estilo inglés, entonces —dijo ella, dándole su propia mano por completo y forzando una risa.

Léon lo sintió entre sus dedos, y la esencia misma de todo su ser pareció pasar a esa palma húmeda. Entonces abrió su mano; sus ojos se encontraron de nuevo, y él desapareció.

Cuando llegó a la plaza del mercado, se detuvo y se escondió detrás de una columna para mirar por última vez a esta casa blanca con las cuatro persianas verdes. Le pareció ver una sombra detrás de la ventana de la habitación; pero la cortina, deslizándose a lo largo del poste como si nadie la tocara, abrió lentamente sus largos pliegues oblicuos que se desplegaban con un solo movimiento, y así quedó recta e inmóvil como una pared de yeso. León echó a correr.

De lejos vio la calesa de su patrón en el camino, y junto a ella a un hombre con un tosco delantal que sujetaba el caballo. Homais y Monsieur Guillaumin estaban hablando. Lo estaban esperando.

"Abrazame", dijo el boticario con lágrimas en los ojos. "Aquí está tu abrigo, mi buen amigo. Cuidado con el frío; Cuídate; Cuídate."

"Ven, Léon, salta", dijo el notario.

Homais se inclinó sobre el salpicadero y con la voz entrecortada por los sollozos pronunció estas tres tristes palabras:

"¡Un viaje agradable!"

Buenas noches dijo monsieur Guillaumin. "Dale la cabeza". Partieron y Homais volvió.

Madame Bovary había abierto su ventana que daba al jardín y miraba las nubes. Se reunieron alrededor de la puesta del sol en el lado de Rouen y luego rápidamente hicieron retroceder sus columnas negras, detrás de las cuales los grandes rayos del sol se asomaban como las flechas doradas de un trofeo suspendido, mientras que el resto de los cielos vacíos

eran blancos como la porcelana. Pero una ráfaga de viento inclinó los álamos, y de repente cayó la lluvia; repiqueteaba contra las hojas verdes.

Luego reapareció el sol, las gallinas cloquearon, los gorriones agitaron sus alas en los matorrales húmedos, y los charcos de agua en la grava se llevaron las flores rosadas de una acacia mientras se alejaban.

“¡Ay! ¡Qué lejos debe estar ya! pensó.

Monsieur Homais, como de costumbre, llegó a las seis y media durante la cena.

“Bueno”, dijo él, “¡así que hemos despedido a nuestro joven amigo!”

“Eso parece”, respondió el médico. Luego girando su silla; “¿Alguna noticia en casa?”

“Poco. Solo mi esposa estaba un poco conmovida esta tarde. Ya conoces a las mujeres, nada les molesta, especialmente a mi esposa. Y nos equivocáramos al oponernos a eso, ya que su organización nerviosa es mucho más maleable que la nuestra”.

“¡Pobre León!” dijo Carlos. “¿Cómo vivirá en París? ¿Se acostumbrará?”

Madame Bovary suspiró.

“¡Llevarse bien!” dijo el químico, chasqueando los labios. “Las salidas a restaurantes, los bailes de máscaras, el champán, todo eso será bastante divertido, se lo aseguro”.

“No creo que se equivoque”, objetó Bovary.

—Yo tampoco —dijo monsieur Homais rápidamente; aunque tendrá que hacer como los demás por miedo a pasar por jesuita. Y no sabes qué vida llevan esos perros en el barrio latino con las actrices. Además, en París se piensa mucho en los estudiantes. Siempre que tengan algunos logros, son recibidos en la mejor sociedad; incluso hay damas del Faubourg Saint-Germain que se enamoran de ellos, lo que posteriormente les brinda oportunidades para hacer muy buenos matrimonios”.

“Pero”, dijo el doctor, “temo por él que allá abajo...”

“Tienes razón”, interrumpió el químico; “Ese es el reverso de la medalla. Y uno está constantemente obligado a mantener allí la mano en el bolsillo. Así, supondremos que estás en un jardín público. Se presenta un individuo, bien vestido, incluso con una orden, y que se tomaría por un diplomático. Se te acerca, se insinúa; te ofrece una pizca de rapé, o te recoge el sombrero. Entonces te vuelves más íntimo; te lleva a un café, te invita a su quinta, te presenta, entre dos copas, a todo tipo de gente; y las tres cuartas partes del tiempo es sólo para saquear tu reloj o llevarte a dar algún paso pernicioso.

“Eso es cierto”, dijo Charles; pero yo pensaba sobre todo en las enfermedades, en la fiebre tifoidea, por ejemplo, que ataca a los estudiantes de provincias.

Emma se estremeció.

-Por el cambio de régimen -prosiguió el químico- y por la perturbación que de ello resulta en todo el sistema. Y luego el agua en París, ¿no lo sabes? Los platos de los restaurantes, toda la comida especiada, acaban calentando la sangre, y no valen, digan lo que digan de ellos, una buena sopa. Por mi parte, siempre he preferido la vida sencilla; es más saludable. Entonces, cuando estaba estudiando farmacia en Rouen, me alojé en una pensión; Cené con los profesores.

Y así siguió, exponiendo sus opiniones en general y sus gustos personales, hasta que Justin vino a buscarlo para un huevo caliente que se necesitaba.

“¡Ni un momento de paz!” gritó; “siempre en ello! ¡No puedo salir ni un minuto! Como un caballo de arado, siempre tengo que estar afanándome y afanándome. ¡Qué monotonía! Luego, cuando estaba en la puerta, "Por cierto, ¿sabes las noticias?"

"¿Qué noticias?"

—Que es muy probable —prosiguió Homais enarcando las cejas y adoptando una de sus expresiones más serias— que la reunión agrícola del Sena Inferior se celebre este año en Yonville-l'Abbaye. El rumor, en todo caso, está dando vueltas. Esta mañana el periódico aludía a ello. Sería de suma importancia para nuestro distrito. Pero lo hablaremos más adelante. Puedo ver, gracias; Justin tiene la linterna.

Capítulo Siete

El día siguiente fue triste para Emma. Todo le parecía envuelto en una atmósfera negra que flotaba confusa sobre el exterior de las cosas, y la pena se tragaba dentro de su alma con suaves chillidos como los que hace el viento invernal en los castillos en ruinas. Era ese ensueño que damos a las cosas que no volverán, el cansancio que se apodera de ti después de todo hecho; ese dolor, en fin, que produce la interrupción de todo movimiento acostumbrado, el cese repentino de toda vibración prolongada.

Como al regreso de Vaubyessard, cuando las contradanzas le revoloteaban en la cabeza, estaba llena de una melancolía sombría, de una desesperación entumecida. Léon reapareció, más alto, más guapo, más encantador, más vago. Aunque separado de ella, no la había dejado; él estaba allí, y las paredes de la casa parecían contener su sombra.

No podía apartar la mirada de la alfombra por donde él había caminado, de aquellas sillas vacías donde se había sentado. El río seguía fluyendo y lentamente conducía sus ondas a lo largo de las resbaladizas orillas.

A menudo habían caminado allí con el murmullo de las olas sobre los guijarros cubiertos de musgo. ¡Qué brillante había sido el sol! ¡Qué tardes felices habían visto solos a la sombra del fondo del jardín! Leía en voz alta, con la cabeza descubierta, sentado en un escabel de palos secos; el viento fresco del prado hacía temblar las hojas del libro y las capuchinas de la pérgola. ¡Ay! él se había ido, el único encanto de su vida, la única esperanza posible de alegría. ¿Por qué no había aprovechado esta felicidad cuando se trataba de ella? ¿Por qué no haberla agarrado con ambas manos, con ambas rodillas, cuando estaba a punto de huir de ella? Y se maldijo por no haber amado a Léon. Tenía sed de sus labios. Se apoderó de ella el deseo de correr tras él y reunirse con él, arrojarse a sus brazos y decirle: "Soy yo; Soy todo tuyo." Pero Emma retrocedió de antemano ante las dificultades de la empresa, y sus deseos, aumentados por el pesar, se agudizaron.

En adelante, el recuerdo de Léon fue el centro de su aburrimiento; ardía allí más intensamente que el fuego que los viajeros han dejado sobre la nieve de una estepa rusa. Saltó hacia él, se apretó contra él, revolvió con cuidado las brasas agonizantes, buscó a su alrededor todo lo que pudiera revivirlas; y las más lejanas reminiscencias, como las más inmediatas ocasiones, tanto lo vivido como lo imaginado, sus voluptuosos deseos insatisfechos, sus proyectos de felicidad que crepitaban al viento como ramas muertas, su virtud estéril, sus esperanzas perdidas, el *tête-à-tête* doméstico : todo lo recogió, tomó todo y todo lo hizo servir de combustible para su melancolía.

Las llamas, sin embargo, disminuyeron, ya sea porque el suministro se había agotado o porque se había acumulado demasiado. El amor, poco a poco, fue sofocado por la ausencia; arrepentimiento sofocado bajo el hábito; y esta luz incendiaria que había teñido de púrpura su cielo pálido se cubrió y se desvaneció gradualmente. En el letargo de su conciencia llevó hasta la repugnancia hacia su marido por aspiraciones hacia su amante, el ardor del odio por el calor de la ternura; pero como la tempestad seguía rugiendo, y como la pasión se consumía hasta las cenizas mismas, y no llegaba ayuda, no salía el sol, había noche por todos lados, y ella se perdía en el terrible frío que la atravesaba.

Entonces comenzaron de nuevo los malos días de Tostes. Ahora se creía mucho más infeliz; pues ella tuvo la experiencia del dolor, con la certeza de que no terminaría.

Una mujer que se había impuesto tales sacrificios bien podía permitirse ciertos caprichos. Compró un reclinatorio gótico y en un mes gastó catorce francos en limones para pintarse las uñas; le escribió a Rouen pidiendo un vestido azul de cachemira; eligió uno de los mejores pañuelos de Lheureux y se lo anudó a la cintura sobre la bata; y, con las persianas cerradas y un libro en la mano, yacía tendida en un lecho con este atuendo.

A menudo cambiaba de peinado; se peinó a la china, en rizos sueltos, en bucles trenzados; se separó por un lado y lo enrolló hacia abajo como el de un hombre.

Quería aprender italiano; compró diccionarios, una gramática y una provisión de papel blanco. Intentó lectura seria, historia y filosofía. A veces, durante la noche, Charles se despertaba sobresaltado, pensando que lo llamaban para atender a un paciente. "Ya voy", tartamudeó; y era el ruido de una cerilla que Emma había encendido para volver a encender la lámpara. Pero su lectura fue como su pieza de bordado, todo lo cual, recién comenzado, llenó su armario; lo tomó, lo dejó, pasó a otros libros.

Tenía ataques en los que fácilmente podría haber sido impulsada a cometer cualquier locura. Ella sostuvo un día, en contra de su marido, que podía beber un gran vaso de brandy y, como Charles fue lo suficientemente estúpido como para desafiarla, se tragó el brandy hasta la última gota.

A pesar de sus aires vaporosos (como los llamaban las amas de casa de Yonville), Emma, de todos modos, nunca parecía alegre, y solía tener en las comisuras de los labios esa contracción inmóvil que frunce las caras de las solteronas, y las de hombres cuya ambición ha fracasado. Estaba pálida por todas partes, blanca como una sábana; la piel de su nariz estaba tirada en las fosas nasales, sus ojos te miraban vagamente. Después de descubrir tres canas en sus sienes, habló mucho de su vejez.

A menudo se desmayaba. Un día, incluso escupió sangre y, mientras Charles la revolvía mostrando su ansiedad...

"¡Bah!" ella respondió, "¿qué importa?"

Charles huyó a su estudio y lloró allí, con los codos sobre la mesa, sentado en un sillón de su escritorio bajo la cabeza frenológica.

Luego le escribió a su madre rogándole que viniera, y tuvieron muchas y largas consultas juntos sobre el tema de Emma.

¿Qué deberían decidir? ¿Qué se debía hacer ya que ella rechazó todo tratamiento médico? “¿Sabes lo que quiere tu esposa?” respondió Madame Bovary padre.

Quiere que la obliguen a ocuparse de algún trabajo manual. Si estuviera obligada, como tantos otros, a ganarse la vida, no tendría estos vapores, que le vienen de un montón de ideas que se mete en la cabeza, y de la ociosidad en que vive.”

“Sin embargo, ella siempre está ocupada”, dijo Charles.

“¡Ay! siempre ocupado en que? Leyendo novelas, libros malos, obras contra la religión, y en las que se burlan de los sacerdotes en discursos tomados de Voltaire. Pero todo eso te lleva por el mal camino, pobre niña mía. Cualquiera que no tiene religión siempre termina saliendo mal”.

Entonces se decidió que Emma dejara de leer novelas. La empresa no parecía fácil. La buena señora se hizo cargo. Debía, cuando pasara por Rouen, ir ella misma a la biblioteca de préstamo y declarar que Emma había cancelado su suscripción. ¿No tendrían derecho a acudir a la policía si el bibliotecario persistiera de todos modos en su venenoso oficio? Las despedidas de suegra y nuera fueron frías. Durante las tres semanas que llevaban juntos no habían intercambiado media docena de palabras aparte de las preguntas y frases cuando se reunían a la mesa y por la noche antes de acostarse.

Madame Bovary partió un miércoles, día de mercado en Yonville.

El lugar estaba bloqueado desde la mañana por una fila de carretas que, de punta y con los ejes al aire, se extendían a lo largo de la hilera de casas desde la iglesia hasta la posada. Al otro lado había puestos de lona, donde se vendían cuadros de algodón, mantas y medias de lana, junto con arneses para caballos y paquetes de cintas azules, cuyos extremos ondeaban al viento. La tosca ferretería se extendía por el suelo entre pirámides de huevos y canastos de quesos, de los que sobresalía la paja pegajosa.

Cerca de las máquinas de maíz, las gallinas cacareaban y pasaban el cuello por los barrotes de las jaulas planas. La gente, amontonada en el mismo lugar y sin querer moverse de allí, a veces amenazaba con destrozar la fachada de la tienda de la farmacia. Los miércoles su tienda nunca estaba vacía, y la gente entraba menos para comprar droga que para consultas. Tan grande era la reputación de Homais en los pueblos vecinos. Su robusto aplomo había fascinado a los rústicos. Lo consideraban un médico más grande que todos los médicos.

Emma estaba asomada a la ventana; ella estaba allí a menudo. La ventana de provincias reemplaza al teatro y al paseo, se estaba divirtiendo mirando la multitud de patanes cuando vio a un señor con un abrigo de terciopelo verde. Llevaba guantes amarillos, aunque calzaba gruesas polainas; venía hacia la casa del médico, seguido de un campesino que caminaba con la cabeza inclinada y aire bastante pensativo.

“¿Puedo ver al médico?” —le preguntó a Justino, que estaba hablando en los umbrales con Félicité, y tomándolo por un criado de la casa—: Dile que está aquí el señor Rodolphe Boulanger de La Huchette.

No fue por vanidad territorial que el recién llegado añadió “de La Huchette” a su nombre, sino para hacerse más conocido.

La Huchette, en efecto, era una finca cerca de Yonville, donde acababa de comprar el château y dos granjas que él mismo cultivaba, pero sin preocuparse demasiado por ellas. Vivía soltero y se suponía que tenía “al menos quince mil francos al año”.

Carlos entró en la habitación. Monsieur Boulanger presentó a su hombre, que quería que lo sangraran porque sentía “un hormigueo por todas partes”.

“Eso me purgará”, instó como una objeción a todo razonamiento.

Así que Bovary ordenó un vendaje y una palangana, y le pidió a Justin que los sostuviera. Luego, dirigiéndose al campesino, que ya estaba pálido:

“No tengas miedo, muchacho”.

“No, no, señor”, dijo el otro; “subirse.”

Y con aire de bravuconería extendió su gran brazo. Al pinchazo de la lanceta, la sangre salió a borbotones, salpicando el espejo.

“Sostén la palangana más cerca”, exclamó Charles.

“¡Señor!” dijo el campesino, uno juraría que era una pequeña fuente que fluía. ¡Qué roja es mi sangre! Esa es una buena señal, ¿no?

“A veces”, respondió el médico, “al principio uno no siente nada, y luego viene el síncope, y más especialmente en personas de constitución fuerte como este hombre”.

A estas palabras, el rústico soltó el estuche de lancetas que estaba retorciendo entre sus dedos. Un estremecimiento de sus hombros hizo crujir el respaldo de la silla. Su sombrero se cayó.

“Eso pensé”, dijo Bovary, presionando su dedo en la vena.

La palangana comenzaba a temblar en las manos de Justin; sus rodillas temblaron, se puso pálido.

“¡Ema! ¡Ema! llamado Carlos.

De un salto bajó la escalera.

“Un poco de vinagre”, gritó. “¡O querido! dos a la vez!

Y en su emoción apenas podía ponerse la compresa.

—No es nada —dijo monsieur Boulanger en voz baja, tomando a Justin en sus brazos—. Lo sentó en la mesa con la espalda apoyada contra la pared.

Madame Bovary empezó a quitarle la corbata. Los hilos de su camisa se habían anudado, y durante unos minutos estuvo moviendo sus ligeros dedos por el cuello del joven. Luego echó un poco de vinagre en su pañuelo de batista; le humedeció las sienes con pequeños toques y luego las sopló suavemente. El labrador revivió, pero el síncope de Justin todavía duró, y sus globos oculares desaparecieron en la pálida esclerótica como flores azules en la leche.

“Debemos ocultarle esto”, dijo Charles.

Madame Bovary tomó la palangana para ponerla debajo de la mesa. Con el movimiento que hizo al agacharse, su vestido (era un vestido de verano con cuatro volantes, amarillo, largo en la cintura y ancho en la falda) se desplegó a su alrededor sobre las losas del salón; y como Emma se agachó, se tambaleó un poco al estirar los brazos.

Las cosas aquí y allá cedieron con las inflexiones de su busto.

Luego fue a buscar una botella de agua y estaba derritiendo unos pedazos de azúcar cuando llegó el químico. El sirviente había ido a buscarlo en medio del tumulto. Al ver los ojos fijos de su alumno, respiró hondo; luego, rodeándolo, lo miró de pies a cabeza.

“¡Tonto!” dijo, “¡realmente un pequeño tonto! ¡Un tonto en cuatro letras! Una flebotomía es un gran asunto, ¿no es así? Y un tipo que no tiene miedo de nada; una especie de ardilla, como quien sube a alturas vertiginosas para sacudir nueces. ¡Oh si! solo habla conmigo, jactate de ti! He aquí un buen estado físico para ejercer la farmacia más adelante; porque en circunstancias graves puedes ser llamado ante los tribunales para iluminar las mentes de los magistrados, y entonces tendrías que mantener la cabeza, razonar, mostrarte un hombre o pasar por un imbécil.

Justino no respondió. El químico continuó—

“¿Quién te pidió que vinieras? Siempre estás molestando al doctor ya la señora. El miércoles, además, tu presencia me es indispensable. Ahora hay veinte personas en la tienda. Dejé todo por el interés que tengo en ti. ¡Ven, llévate bien! ¡Afilado! Espérame y vigila los frascos.

Cuando Justin, que se estaba arreglando el vestido, se hubo ido, hablaron un rato de desmayos. Madame Bovary nunca se había desmayado.

-Eso es extraordinario para una dama -dijo monsieur Boulanger-; “Pero algunas personas son muy susceptibles. Así, en un duelo, he visto a un segundo perder el conocimiento con el mero sonido de la carga de las pistolas”.

“Por mi parte”, dijo el químico, “la vista de la sangre de otras personas no me afecta en absoluto, pero el mero pensamiento de mi propia sangre me haría desmayar si reflexionaba demasiado sobre ello”.

Monsieur Boulanger, sin embargo, despidió a su criado, aconsejándole que se calmara, ya que su fantasía había terminado.

“Me proporcionó la ventaja de conocerte”, agregó, y miró a Emma mientras decía esto. Luego puso tres francos en la esquina de la mesa, hizo una reverencia negligente y salió.

Pronto estuvo al otro lado del río (era su camino de regreso a La Huchette), y Emma lo vio en el prado, caminando bajo los álamos, aflojando el paso de vez en cuando como quien reflexiona.

“Es muy bonita”, se dijo a sí mismo; Es muy bonita la mujer de este médico. Dientes finos, ojos negros, un pie delicado, una figura como la de una parisina. ¿De dónde diablos sale ella? ¿Dónde la recogió ese gordo?

Monsieur Rodolphe Boulanger tenía treinta y cuatro años; era de temperamento brutal y perspicacia inteligente, además de haber tenido mucho que ver con las mujeres y conocerlas bien. Éste le había parecido bonito; por lo que estaba pensando en ella y su marido.

“Creo que es muy estúpido. Ella está cansada de él, sin duda. Tiene las uñas sucias y no se ha afeitado en tres días. Mientras él trota detrás de sus pacientes, ella se sienta allí estropeando calcetines. ¡Y ella se aburre! Le gustaría vivir en la ciudad y bailar polkas todas las noches. ¡Pobre mujercita! Está boquiabierta tras el amor como una carpa tras el agua en la mesa de la cocina. Con tres palabras de galantería adoraría una, estoy seguro. Sería tierna, encantadora. Sí; pero ¿cómo deshacerse de ella después?

Entonces, las dificultades de hacer el amor vistas a lo lejos le hicieron pensar en cambio en su amante. Ella era actriz en Rouen, a quien él mantuvo; y cuando hubo meditado sobre esta imagen, con la cual, incluso en el recuerdo, estaba saciado:

“¡Ay! Madame Bovary -pensó- es mucho más bonita, sobre todo más fresca. Virginie está decididamente empezando a engordar. Ella es tan meticulosa con sus placeres; y, además, tiene manía por las gambas.

Los campos estaban vacíos, ya su alrededor Rodolphe sólo oía el batir regular de la hierba golpeando contra sus botas, con el grito del saltamontes escondido a lo lejos entre la avena. Volvió a ver a Emma en su habitación, vestida como la había visto, y la desnudó.

“Oh, la tendré”, gritó, golpeando con su bastón un terrón frente a él. Y de inmediato comenzó a considerar la parte política de la empresa. Se preguntó a sí mismo—

“¿Dónde nos reunimos? ¿Por qué medios? Siempre estaremos con el mocoso en nuestras manos, y el sirviente, los vecinos y el esposo, todo tipo de preocupaciones. ¡Bah! uno perdería demasiado tiempo con eso”.

Luego prosiguió: “Ella realmente tiene ojos que atraviesan el corazón de uno como una barrena. ¡Y esa tez pálida! ¡Adoro a las mujeres pálidas!

Cuando llegó a la cima de los cerros de Argueil ya había tomado una decisión. “Es sólo encontrar las oportunidades. Bueno, llamaré de vez en cuando. Les enviaré venado, aves; Me

haré sangrar, si es necesario. Nos haremos amigos; Los invitaré a mi casa. ¡Por Júpiter! agregó, “ahí viene el espectáculo agrícola. Ella estará allí. la veré Comenzaremos audazmente, porque ese es el camino más seguro”.

Capítulo Ocho

Por fin llegó, la famosa feria agrícola. En la mañana de la solemnidad todos los habitantes en sus puertas charlaban sobre los preparativos. El frontón del ayuntamiento había sido adornado con guirnaldas de hiedra; se había levantado una tienda en un prado para el banquete; y en medio de la plaza, frente a la iglesia, una especie de bombardeo anunciaba la llegada del prefecto y los nombres de los labradores triunfadores que habían obtenido premios. La Guardia Nacional de Buchy (no había ninguna en Yonville) había llegado para unirse al cuerpo de bomberos, del que Binet era capitán. Ese día llevaba un cuello aún más alto de lo habitual; y, bien abotonado en su túnica, su figura estaba tan rígida e inmóvil que toda la parte vital de su persona parecía haber descendido a sus piernas, que se elevó en una cadencia de pasos fijos con un solo movimiento. Como había cierta rivalidad entre el recaudador de impuestos y el coronel, ambos, para hacer gala de sus talentos, instruían a sus hombres por separado. Se veían pasar y volver a pasar alternativamente las charreteras rojas y los petos negros; no tenía fin, y constantemente comenzaba de nuevo. Nunca había habido tal despliegue de pompa. Varios ciudadanos habían registrado sus casas la noche anterior; banderas tricolores colgadas de ventanas entreabiertas; todas las tabernas estaban llenas; y con el buen tiempo los gorros almidonados, las cruces de oro y los pañuelos de colores parecían al más blancos que la nieve, resplandecían al sol y realzaban con los colores abigarrados la sombría monotonía de las levitas y las batas azules. Las esposas de los granjeros vecinos, cuando se apearon de los caballos, arrancaron los largos alfileres que les sujetaban los vestidos, vueltos hacia arriba por miedo al barro; y los maridos, por su parte, para guardar sus sombreros, guardaban sus pañuelos alrededor de ellos, teniendo una punta entre los dientes.

La multitud llegó a la calle principal desde ambos extremos del pueblo. La gente llegaba a raudales desde las callejuelas, los callejones, las casas; y de vez en cuando se oían golpes de aldabas contra puertas que se cerraban detrás de mujeres con sus guantes, que salían a ver la fiesta. Lo que más se admiró fueron dos largos candelabros cubiertos con farolillos, que flanqueaban una plataforma en la que se iban a sentar las autoridades. Además de esto, había contra las cuatro columnas del ayuntamiento cuatro clases de postes, cada uno con un pequeño estandarte de tela verdosa, adornado con inscripciones en letras de oro.

En uno estaba escrito, "Al Comercio"; por el otro, "A la Agricultura"; en el tercero, "A la Industria"; y en el cuarto, "A las Bellas Artes".

Pero el júbilo que iluminaba todos los rostros pareció ensombrecer el de la señora Lefrancois, la posadera. De pie en los escalones de la cocina, murmuró para sí misma: "¡Qué basura! ¡qué basura! Con su stand de lona! ¿Creen que el prefecto estará encantado de cenar allí debajo de una tienda como un gitano? ¡A todo este alboroto le llaman hacer el bien al lugar! ¡Entonces no valía la pena enviar a Neufchâtel al encargado de una tienda de cocina! ¿Y para quién? ¡Para los vaqueros! andrajosos!"

El boticario pasaba. Llevaba levita, pantalones de nanquín, zapatos de castor y, por maravilla, un sombrero de copa baja.

"¡Tu siervo! Disculpe, tengo prisa". Y cuando la viuda gorda le preguntó adónde iba—

Te parece raro, ¿no?, yo que siempre estoy más encerrado en mi laboratorio que la rata del hombre en su queso.

"¿Qué queso?" preguntó la casera.

"¡Oh nada! ¡nada!" Homais continuó. —Solo quería transmitirle, señora Lefrancois, que suelo vivir en casa como un recluso. Hoy, sin embargo, considerando las circunstancias, es necesario...

"¡Oh, vas a bajar!" dijo ella con desdén.

"Sí, voy", respondió el boticario, asombrado. "¿No soy miembro de la comisión consultora?"

Mere Lefrancois lo miró unos instantes y terminó diciendo con una sonrisa:

"¡Ese es otro par de zapatos! Pero, ¿qué te importa la agricultura? ¿Entiendes algo al respecto?"

"Ciertamente lo entiendo, ya que soy un boticario, es decir, un químico. Y siendo el objeto de la química, señora Lefrancois, el conocimiento de la acción recíproca y molecular de todos los cuerpos naturales, se sigue que la agricultura está comprendida dentro de su dominio. Y, en efecto, la composición del estiércol, la fermentación de los líquidos, los análisis de los gases y la influencia de los miasmas, ¿qué es todo esto, os lo pregunto, sino química pura y simple?"

La casera no contestó. Homais continuó:

"¿Tú crees que para ser agricultor es necesario haber labrado la tierra o haber engordado aves? Más bien es necesario conocer la composición de las sustancias en cuestión: los estratos geológicos, las acciones atmosféricas, la calidad del suelo, los minerales, las aguas, la densidad de los diferentes cuerpos, su capilaridad y demás. Y hay que dominar todos los principios de la higiene para dirigir, criticar la construcción de edificios, la alimentación de los animales, la dieta de los domésticos. Y, además, señora Lefrancois, hay que saber botánica, saber distinguir entre las plantas, ¿comprende?, cuáles son las saludables y las nocivas, cuáles las improproductivas y cuáles las nutritivas, si es bueno arrancarlas aquí y volver. -sembrarlos allí, propagar unos, destruir otros; en resumen, hay que seguir el ritmo de la

ciencia por medio de folletos y documentos públicos, estar siempre alerta para descubrir mejoras.”

La dueña no apartó los ojos del “Café François” y el químico prosiguió—

“Ojalá nuestros agricultores fueran químicos, o que al menos prestaran más atención a los consejos de la ciencia. Así, recientemente, yo mismo escribí un tratado considerable, una memoria de más de setenta y dos páginas, titulada “La sidra, su fabricación y sus efectos, junto con algunas nuevas reflexiones sobre el tema”, que envié a la Sociedad Agrícola de Rouen, y lo que incluso me procuró el honor de ser recibido entre sus miembros—Sección, Agricultura; Clase, pomológico. Bueno, si mi trabajo se hubiera dado al público... Pero el boticario se detuvo, madame Lefrancois parecía tan preocupada.

“¡Solo míralos!” ella dijo. “¡Está más allá de la comprensión! ¡Una tienda de cocina como esa! Y con un encogimiento de hombros que extendía sobre su pecho las puntadas de su corpiño de punto, señaló con ambas manos la posada de su rival, de donde se oían salir canciones. “Bueno, no durará mucho”, agregó. “Terminará antes de una semana”.

Homais retrocedió estupefacto. Ella bajó tres escalones y le susurró al oído:

“¡Qué! no lo sabías? Habrá una ejecución la próxima semana. Es Lheureux quien lo está traicionando; lo ha matado con billetes”.

“¡Qué terrible catástrofe!” -exclamó el boticario, que siempre encontraba expresiones en armonía con todas las circunstancias imaginables.

Entonces la dueña comenzó a contarle la historia que había escuchado de Theodore, el sirviente de Monsieur Guillaumin, y aunque detestaba a Tellier, culpaba a Lheureux. Él era “un engatusador, un chivato”.

“¡Ahí!” ella dijo. “¡Míralo! está en el mercado; hace una reverencia a Madame Bovary, que lleva un gorro verde. Vaya, ella está tomando el brazo de Monsieur Boulanger.

—¡Señora Bovary! exclamó Homais. Debo ir de inmediato y presentarle mis respetos. Quizá esté muy contenta de tener un asiento en el recinto bajo el peristilo. Y, sin hacer caso a la señora Lefrancois, que le volvía a llamar para contarle más cosas, el boticario se alejó rápidamente con una sonrisa en los labios, con las rodillas erguidas, inclinándose copiosamente a derecha e izquierda, y ocupando mucho espacio con la gran faldones de su levita que ondeaban detrás de él al viento.

Rodolfo, al verlo de lejos, se apresuró, pero la señora Bovary se quedó sin aliento; así que caminó más despacio y, sonriéndole, dijo con tono áspero:

“Es solo para alejarme de ese tipo gordo, ya sabes, el boticario”. Ella presionó su codo.

“¿Cuál es el significado de eso?” se preguntó a sí mismo. Y él la miró por el rabillo del ojo.

Su perfil era tan tranquilo que uno no podía adivinar nada de él. Destacaba a la luz del óvalo de su sombrero, con cintas pálidas como hojas de malas hierbas. Sus ojos, con sus largas pestañas curvas, miraban directamente delante de ella y, aunque abiertos de par en par, parecían ligeramente fruncidos a la altura de los pómulos, debido a la sangre que latía suavemente bajo la delicada piel. Una línea rosa corría a lo largo de la partición entre sus fosas nasales. Su cabeza estaba inclinada sobre su hombro, y las puntas de perlas de sus dientes blancos se veían entre sus labios.

“¿Se está burlando de mí?” pensó Rodolfo.

El gesto de Emma, sin embargo, solo había sido una advertencia; porque el señor Lheureux los acompañaba y hablaba de vez en cuando como para entrar en la conversación.

“¡Qué magnífico día! ¡Todo el mundo está fuera! ¡El viento es del este!

Y ni la señora Bovary ni Rodolphe le contestaron, mientras que al menor movimiento de ellos se acercó diciendo: «¡Disculpe!». y levantó su sombrero.

Cuando llegaron a la casa del herrador, en lugar de seguir el camino hasta la cerca, Rodolphe de repente torció por un sendero, arrastrando consigo a Madame Bovary. Llamó—

¡Buenas noches, señor Lheureux! Nos vemos de nuevo en este momento.

“¡Cómo te deshiciste de él!” dijo ella, riendo.

“¿Por qué”, prosiguió, “permitir que otros se inmiscuyan en uno mismo? Y como hoy tengo la dicha de estar contigo...”

Emma se sonrojó. No terminó su frase. Luego habló del buen tiempo y del placer de caminar sobre la hierba. Unas cuantas margaritas habían vuelto a brotar.

“Aquí hay unas bonitas margaritas de Pascua”, dijo, “y suficientes para proporcionar oráculos a todas las doncellas amorosas del lugar”.

Añadió: “¿Debería elegir algunos? ¿Qué opinas?”

“¿Estas enamorado?” preguntó, tosiendo un poco.

“¡Hm, hm! ¿quién sabe?” respondió Rodolfo.

El prado comenzaba a llenarse y las amas de casa te empujaban con sus grandes sombrillas, sus cestas y sus bebés. A menudo había que apartarse de una larga fila de campesinos, sirvientes de medias azules, zapatos planos, anillos de plata y que oían a leche, cuando se pasaba cerca de ellos. Caminaron tomados de la mano, y así se extendieron por todo el campo desde la hilera de árboles abiertos hasta la tienda del banquete.

Pero era la hora del examen, y los campesinos entraban uno tras otro en una especie de recinto formado por una larga cuerda sostenida por palos.

Las bestias estaban allí, con el morro hacia la cuerda, y haciendo una línea confusa con sus grupos desiguales. Los cerdos somnolientos cavaban en la tierra con sus hocicos, los terneros balaban, los corderos balaban; las vacas, con las rodillas dobladas, estiraban el vientre sobre la hierba, rumiaban lentamente y parpadeaban con sus pesados párpados ante los mosquitos que zumbaban a su alrededor. Los labradores con los brazos desnudos sujetaban al cabestro a

los sementales encabritados que relinchaban con las fosas nasales dilatadas mirando hacia las yeguas. Estos permanecían en silencio, estirando sus cabezas y melenas sueltas, mientras sus potros descansaban a su sombra, o de vez en cuando venían y los mamaban. Y por encima de la larga ondulación de estos animales amontonados se veían unas melenas blancas que se elevaban en el viento como una ola, o algunos cuernos afilados que sobresalen, y las cabezas de los hombres que corretean. Aparte, fuera del recinto, a cien pasos de distancia, estaba un gran toro negro, con bozal, con un anillo de hierro en las fosas nasales, y que no se movía más que si hubiera estado en bronce. Un niño harapiento lo sujetaba con una cuerda.

Entre las dos filas, los miembros del comité caminaban con pasos pesados, examinaban cada animal y luego se consultaban en voz baja. Uno que parecía de mayor importancia de vez en cuando tomaba notas en un libro mientras caminaba. Este fue el presidente del jurado, Monsieur Derozerays de la Panville. Tan pronto como reconoció a Rodolphe, se adelantó rápidamente y, sonriendo amablemente, dijo:

"¡Qué! Monsieur Boulanger, ¿nos está abandonando?"

Rodolphe protestó diciendo que ya venía. Pero cuando el presidente hubo desaparecido—
" *Ma foi!*" [12] dijo él, "No iré. Tu compañía es mejor que la de él.

[12] ¡Palabra!

Y mientras se burlaba del espectáculo, Rodolfo, para moverse con más facilidad, mostraba al gendarme su tarjeta azul, y hasta se detenía de vez en cuando frente a alguna bella bestia, que la señora Bovary no admiraba en absoluto. Se dio cuenta de esto y comenzó a burlarse de las damas de Yonville y sus vestidos; luego se disculpó por la negligencia de los suyos. Tenía esa incongruencia de vulgar y elegante en que los habitualmente vulgares creen ver la revelación de una existencia excéntrica, de las perturbaciones del sentimiento, de las tiranías del arte, y siempre de un cierto desprecio por las convenciones sociales, que los seduce o los exaspera. Así su camisa de batista con puños trenzados se la llevó el viento en la abertura de su chaleco de tictac gris,

Estos estaban tan pulidos que reflejaban la hierba. Pisoteaba con ellos el estiércol de los caballos, con una mano en el bolsillo de la chaqueta y el sombrero de paja a un lado.

-Además -añadió-, cuando uno vive en el campo...

"Es una pérdida de tiempo", dijo Emma.

"Eso es cierto", respondió Rodolfo. "¡Pensar que ninguna de estas personas es capaz de entender ni siquiera el corte de un abrigo!"

Luego hablaron de la mediocridad provinciana, de las vidas que aplastaba, de las ilusiones allí perdidas.

"Y yo también", dijo Rodolphe, "estoy cayendo en la depresión".

"¡Tú!" dijo con asombro; "Pensé que eras muy alegre".

"¡Ay! si. Lo parezco, porque en medio del mundo sé poner en mi rostro la máscara de un escarnecedor; y, sin embargo, ¡cuántas veces al ver un cementerio a la luz de la luna no me he preguntado si no sería mejor unirme a los que allí duermen!

"¡Oh! ¿y tus amigos?" ella dijo. "No piensas en ellos".

"¡Mis amigos! ¿Que amigos? ¿Tengo alguno? ¿Quién se preocupa por mí? Y acompañó las últimas palabras con una especie de silbido de labios.

Pero se vieron obligados a separarse a causa de una gran pila de sillas que un hombre cargaba detrás de ellos. Estaba tan cargado con ellos que solo se veían las puntas de sus zapatos de madera y los extremos de sus dos brazos extendidos. Era Lestiboudois, el sepulturero, que llevaba las sillas de la iglesia entre la gente. Atento a todo lo que se refería a sus intereses, había dado con este medio de aprovechar el espectáculo; y su idea estaba teniendo éxito, porque ya no sabía qué camino tomar. En efecto, los lugareños, que tenían calor, se peleaban por estos asientos, cuya paja olía a incienso, y se apoyaban en los gruesos respaldos, manchados con la cera de las velas, con cierta veneración.

Madame Bovary tomó de nuevo el brazo de Rodolphe; prosiguió como si hablara consigo mismo—

"Sí, me he perdido tantas cosas. ¡Siempre solo! ¡Ay! si tuviera algún objetivo en la vida, si hubiera encontrado algún amor, si hubiera encontrado a alguien! ¡Oh, cómo habría gastado toda la energía de la que soy capaz, superado todo, superado todo!"

"Sin embargo, me parece", dijo Emma, "que no eres digno de lástima".

"¡Ay! ¿Tú crees?" dijo Rodolfo.

—Pues, después de todo —prosiguió—, eres libre... —vaciló—, rico...

"No te burles de mí", respondió.

Y ella protestó que no se burlaba de él, cuando resonó el estampido de un cañón. Inmediatamente todos comenzaron a empujarse unos a otros hacia el pueblo.

It was a false alarm. The prefect seemed not to be coming, and the members of the jury felt much embarrassed, not knowing if they ought to begin the meeting or still wait.

At last at the end of the Place a large hired landau appeared, drawn by two thin horses, which a coachman in a white hat was whipping lustily. Binet had only just time to shout, "Present arms!" and the colonel to imitate him. All ran towards the enclosure; everyone pushed forward. A few even forgot their collars; but the equipage of the prefect seemed to anticipate the crowd, and the two yoked jades, trapesing in their harness, came up at a little trot in front of the peristyle of the town hall at the very moment when the National Guard and firemen deployed, beating drums and marking time.

"Present!" shouted Binet.

“Halt!” shouted the colonel. “Left about, march.”

Y después de la presentación de armas, durante la cual el estruendo de la banda, soltándose, resonó como una tetera de latón rodando por las escaleras, todos los cañones se bajaron. Entonces se vio bajar del carruaje a un caballero de levita corta con galones de plata, de frente calva y con un mechón de pelo en la nuca, de tez cetrina y de la más benigna apariencia. Sus ojos, muy grandes y cubiertos por pesados párpados, estaban entrecerrados para mirar a la multitud, mientras al mismo tiempo levantaba su afilada nariz, y forzaba una sonrisa en su hundida boca. Reconoció al alcalde por su bufanda y le explicó que el prefecto no podía venir. Él mismo era consejero de la prefectura; luego agregó algunas disculpas. Monsieur Tuvache les respondió con cumplidos; el otro se confesó nervioso; y quedaron así, frente a frente, casi tocándose las frentes, con los miembros del jurado alrededor, el consejo municipal, los personajes ilustres, la Guardia Nacional y la multitud. El consejero apretando su sombrero de tres picos contra su pecho repetía las reverencias, mientras Tuvache, inclinado como un arco, también sonreía, tartamudeaba, trataba de decir algo, protestaba por su devoción a la monarquía y el honor que se le hacía a Yonville.

Hippolyte, el mozo de cuadra de la posada, tomó la cabeza de los caballos de manos del cochero y, cojeando con su pie zambo, los condujo hasta la puerta del “Lion d'Or”, donde se reunieron varios campesinos para mirar. en el carruaje Sonó el tambor, tronó el obús y los caballeros subieron uno a uno a la plataforma, donde se sentaron en sillones de terciopelo rojo utrecht que habían sido prestados por Madame Tuvache.

Todas estas personas se parecían. Sus caras rubias y fofas, algo bronceadas por el sol, eran del color de la sidra dulce, y sus patillas hinchadas asomaban de cuellos rígidos, sostenidos por corbatas blancas con amplios lazos. Todos los chalecos eran de terciopelo, cruzados; todos los relojes tenían, al final de una larga cinta, un sello ovalado de cornalina; todos apoyaban las dos manos en los muslos, estirando cuidadosamente la zancada de los pantalones, cuya tela lustrosa sin esponja brillaba más que el cuero de sus pesadas botas.

Las damas de la compañía estaban al fondo, bajo el vestíbulo entre los pilares, mientras que el rebaño común estaba enfrente, de pie o sentado en sillas. De hecho, Lestiboudois había traído allí a todos los que había sacado del campo, e incluso corría cada minuto para traer a otros de la iglesia. Causó tal confusión con este asunto que uno tenía gran dificultad para llegar a los pequeños escalones de la plataforma.

-Creo -dijo el señor Lheureux al boticario, que pasaba a su sitio- que debían haber puesto dos mástiles venecianos con algo más bien austero y rico por adorno; Hubiera sido un efecto muy bonito.

-Desde luego -respondió Homais-; ¿pero que puedes esperar? El alcalde cargó todo sobre sus propios hombros. No tiene mucho gusto. ¡Pobre Tuvache! e incluso está completamente desprovisto de lo que se llama el genio del arte.”

Rodolfo, mientras tanto, con madame Bovary, había subido al primer piso del ayuntamiento, a la "sala de juntas", y como estaba vacía, declaró que allí disfrutarían más cómodamente de la vista. Cogió tres taburetes de la mesa redonda bajo el busto del monarca y, llevándolos a una de las ventanas, se sentaron uno al lado del otro.

Hubo conmoción en la plataforma, largos susurros, mucho parlamentar. Por fin se levantó el consejero. Ahora sabían que su nombre era Lieuvain, y en la multitud el nombre pasaba de uno a otro. Después de compaginar unas cuantas páginas y de inclinarse sobre ellas para ver mejor, comenzó:

"¡Caballeros! Permítanme ante todo (antes de dirigirme a ustedes sobre el objeto de nuestra reunión de hoy, y estoy seguro de que todos ustedes compartirán este sentimiento), permítanme, digo, rendir homenaje a la administración superior, al gobierno al monarca, señores, soberano nuestro, a ese amado rey, a quien ninguna rama de la prosperidad pública o privada le es indiferente, y que dirige con mano a la vez tan firme y sabia la carro del estado en medio de los peligros incesantes de un mar embravecido, sabiendo, además, cómo hacer respetar la paz, así como la guerra, la industria, el comercio, la agricultura y las bellas artes?

—Debería —dijo Rodolphe— retroceder un poco más.

"¿Por qué?" dijo Emma.

Pero en ese momento la voz del consejero se elevó a un tono extraordinario. Él declamó—

“Ya no es el tiempo, señores, en que la discordia civil ensangrentaba nuestros lugares públicos, en que el terrateniente, el negociante, el mismo obrero, adormeciéndose de noche, tendidos en un sueño apacible, temblaban de ser despertados. de repente por el ruido de toques incendiarios, cuando las doctrinas más subversivas minaban audazmente los cimientos.”

“Bueno, alguien allí abajo podría verme”, prosiguió Rodolphe, “entonces tendría que inventar excusas durante quince días; y con mi mala fama...”

“Oh, te estás calumniando a ti mismo”, dijo Emma.

"¡No! Es espantoso, te lo aseguro.

—Pero, señores —prosiguió el consejero—, si desterrando de mi memoria el recuerdo de estos tristes cuadros, vuelvo la mirada a la situación actual de nuestro querido país, ¿qué veo allí? Por todas partes florecen el comercio y las artes; por doquier nuevos medios de comunicación, como tantas nuevas arterias en el cuerpo del Estado, establecen en él nuevas relaciones. Nuestros grandes centros industriales han recobrado toda su actividad; la religión, más consolidada, sonríe en todos los corazones; ¡nuestros puertos están llenos, la confianza renace y Francia respira una vez más!”

“Además”, agregó Rodolphe, “tal vez desde el punto de vista del mundo tengan razón”.

"¿Cómo es eso?" ella preguntó.

"¿Qué!" dijo él. "¿No sabéis que hay almas atormentadas? Necesitan alternativamente soñar y actuar, las pasiones más puras y las alegrías más turbulentas, y así se lanzan a toda suerte de fantasías, de locuras."

Entonces ella lo miró como se mira a un viajero que ha viajado por tierras extrañas, y prosiguió:

"¿Ni siquiera tenemos esta distracción, nosotras, pobres mujeres!"

"Una distracción triste, porque la felicidad no se encuentra en ella".

"Pero, ¿alguna vez se encuentra?" ella preguntó.

"Sí; un día llega", respondió.

"Y esto es lo que habéis entendido", dijo el consejero.

"You, farmers, agricultural labourers! you pacific pioneers of a work that belongs wholly to civilization! you, men of progress and morality, you have understood, I say, that political storms are even more redoubtable than atmospheric disturbances!"

"It comes one day," repeated Rodolphe, "one day suddenly, and when one is despairing of it. Then the horizon expands; it is as if a voice cried, 'It is here!' You feel the need of confiding the whole of your life, of giving everything, sacrificing everything to this being. There is no need for explanations; they understand one another. They have seen each other in dreams!"

(Y él la miró.) "En fin, aquí está, este tesoro tan buscado, aquí delante de ti. Brilla, destella; sin embargo, uno todavía duda, uno no lo cree; uno queda deslumbrado, como si saliera de las tinieblas a la luz."

Y al terminar Rodolfo adecuó la acción a la palabra. Se pasó la mano por la cara, como un hombre presa del vértigo. Luego lo dejó caer sobre el de Emma. Ella se llevó la suya.

"¿Y quién se sorprendería de eso, caballeros? Sólo aquel que está tan ciego, tan sumergido (no temo decirlo), tan sumergido en los prejuicios de otra época como para malinterpretar aún el espíritu de las poblaciones agrícolas. ¿Dónde, en efecto, se encuentra más patriotismo que en el campo, mayor devoción al bienestar público, más inteligencia, en una palabra? Y, señores, no me refiero a esa inteligencia superficial, vano adorno de las mentes ociosas, sino a esa inteligencia profunda y equilibrada que se aplica por encima de todo a los objetos útiles, contribuyendo así al bien de todos, al mejoramiento común y a la sostén del Estado, nacido del respeto a la ley y al ejercicio del deber..."

"¡Ay! ¡otra vez!" dijo Rodolfo. "Siempre 'deber'. Estoy harto de la palabra. Son un montón de viejos estúpidos con chalecos de franela y de viejas con calentadores de pies y rosarios que nos zumban constantemente en los oídos '¡Deber, deber!' ¡Ay! por Júpiter! el deber de uno es sentir lo grande, apreciar lo bello y no aceptar todas las convenciones de la sociedad con la ignominia que nos impone".

—Sin embargo... sin embargo... —objetó madame Bovary.

"¿No no! ¿Por qué clamar contra las pasiones? ¿No son la única cosa bella sobre la tierra, la fuente del heroísmo, del entusiasmo, de la poesía, de la música, de las artes, de todo, en una palabra?"

"Pero uno debe", dijo Emma, "hasta cierto punto inclinarse ante la opinión del mundo y aceptar su código moral".

"¡Ay! pero son dos", respondió. "La pequeña, la convencional, la de los hombres, esa que cambia constantemente, que brama tan fuerte, que hace tanto alboroto aquí abajo, de la tierra terrenal, como la masa de imbéciles que ves allá abajo. Pero el otro, el eterno, que está sobre nosotros y arriba, como el paisaje que nos rodea, y los cielos azules que nos alumbran".

Monsieur Lieuvain acababa de limpiarse la boca con un pañuelo de bolsillo. Él continuó—

"¿Y qué debo hacer aquí señores, indicándoles los usos de la agricultura? ¿Quién suple nuestras necesidades? ¿Quién proporciona nuestros medios de subsistencia? ¿No es el agricultor? El agricultor, señores, que sembrando con laboriosa mano los fértiles surcos de la tierra, saca el grano, que molido se hace polvo con ingeniosa maquinaria, sale de allí con el nombre de harina, y de allí, transportado a nuestras ciudades, pronto es entregado al panadero, quien lo convierte en alimento para pobres y ricos por igual. De nuevo, ¿no es el agricultor quien engorda, para nuestra ropa, sus abundantes rebaños en los pastos? Porque ¿cómo debemos vestirnos, cómo nutrirnos, sin el agricultor? Y caballeros, ¿es necesario ir tan lejos para encontrar ejemplos? ¿Quién no ha reflexionado con frecuencia sobre todas las cosas trascendentales que sacamos de ese modesto animal, el adorno de los gallineros, que nos provee a la vez de una suave almohada para nuestra cama, de suculentas carnes para nuestras mesas y de huevos? Pero no terminaría nunca si tuviera que enumerar uno tras otro los diversos productos que la tierra, bien cultivada, como una madre generosa, prodiga a sus hijos. Aquí está la vid, en otra parte el manzano para la sidra, allí la colza, más allá en los quesos y el lino. Señores, no olvidemos el lino, que tanto ha dado en los últimos años, y sobre el cual llamaré más particularmente vuestra atención. con suculentas carnes para nuestras mesas, y huevos? Pero no terminaría nunca si tuviera que enumerar uno tras otro los diversos productos que la tierra, bien cultivada, como una madre generosa, prodiga a sus hijos. Aquí está la vid, en otra parte el manzano para la sidra, allí la colza, más allá en los quesos y el lino. Señores, no olvidemos el lino, que tanto ha dado en los últimos años, y sobre el cual llamaré más particularmente vuestra atención. con suculentas carnes para nuestras mesas, y huevos? Pero no terminaría nunca si tuviera que enumerar uno tras otro los diversos productos que la tierra, bien cultivada, como una madre generosa, prodiga a sus hijos. Aquí está la vid, en otra parte el manzano para la sidra, allí la colza, más allá en los quesos y el lino. Señores, no olvidemos el lino, que tanto ha dado en los últimos años, y sobre el cual llamaré más particularmente vuestra atención."

No tuvo necesidad de llamarlo, porque todas las bocas de la multitud estaban abiertas de par en par, como para beber en sus palabras. Tuvache a su lado lo escuchaba con ojos fijos. Monsieur Derozerays cerraba de vez en cuando suavemente los párpados, y más allá el boticario, con su hijo Napoleón entre las rodillas, se ponía la mano detrás de la oreja para no perder una sílaba. Las barbillas de los otros miembros del jurado subieron y bajaron lentamente en sus chalecos en señal de aprobación. Los bomberos al pie de la plataforma descansaban sobre sus bayonetas; y Binet, inmóvil, estaba de pie con los codos hacia afuera, la punta de su sable en el aire. Tal vez podía oír, pero ciertamente no podía ver nada, debido a la visera de su casco, que le caía sobre la nariz. Su lugarteniente, el hijo menor del señor Tuvache, tenía una más grande, porque la suya era enorme, y se sacudía en la cabeza, y de ella asomaba un extremo de su pañoleta de algodón. Sonreía debajo de ella con una dulzura perfectamente infantil, y su carita pálida, de la que corrían gotas, tenía una expresión de alegría y sueño.

La plaza hasta las casas estaba atestada de gente. Uno vio gente apoyada en sus codos en todas las ventanas, otros de pie en las puertas, y Justin, frente a la farmacia, parecía bastante paralizado por la vista de lo que estaba mirando. A pesar del silencio, la voz de Monsieur Lieuvain se perdía en el aire. Te llegaba en fragmentos de frases, e interrumpido aquí y allá por el crujido de las sillas en la multitud; luego se oía de pronto el largo bramido de un buey, o bien el balido de los corderos, que se respondían unos a otros en las esquinas de las calles. En efecto, los vaqueros y pastores habían llevado hasta allí sus bestias, y éstas mugían de vez en cuando, mientras con la lengua arrancaban algún trozo de follaje que colgaba sobre sus bocas.

Rodolphe se acercó a Emma y le dijo en voz baja, hablando rápidamente:

“¿No te repugna esta conspiración del mundo? ¿Hay un solo sentimiento que no condena? Los instintos más nobles, las simpatías más puras son perseguidos, calumniados; y si al final dos pobres almas se encuentran, todo está tan organizado que no pueden confundirse. Sin embargo, harán el intento; agitarán sus alas; se llamarán unos a otros. ¡Oh! no importa. Tarde o temprano, en seis meses, diez años, se juntarán, se amarán; porque el destino lo ha decretado, y nacen el uno para el otro.”

Sus brazos estaban cruzados sobre sus rodillas, y así levantando su rostro hacia Emma, cerca de ella, la miró fijamente. Ella notó en sus ojos pequeñas líneas doradas que irradiaban de pupilas negras; incluso olió el perfume de la pomada que le daba brillo al cabello.

Entonces se apoderó de ella un desmayo; recordó al vizconde que había bailado con ella en Vaubyessard, y su barba exhalaba como este aire un olor a vainilla y cidra, y mecánicamente entrecerró los ojos para respirarlo mejor. Pero al hacer este movimiento, mientras se inclinaba recostada en su silla, vio a lo lejos, justo en la línea del horizonte, la vieja diligencia, la “Hirondelle”, que descendía lentamente por la colina de Leux, arrastrando tras sí una larga estela de polvo. Era en este carruaje amarillo en el que Léon había regresado tantas veces a ella, y por esa ruta había ido para siempre. Le pareció verlo enfrente de sus ventanas; luego todo se confundió; las nubes se juntaron; le parecía que giraba de nuevo en el vals a la luz de los lustres del brazo del vizconde, y que Léon no estaba lejos, que venía; y, sin embargo, todo el tiempo fue consciente del olor de la cabeza de Rodolphe a su lado. Esta dulzura de sensación atravesó sus antiguos deseos, y éstos, como granos de arena bajo una ráfaga de viento, se arremolinaron de un lado a otro en el sutil soplo del perfume que inundaba su alma. Abrió mucho la nariz varias veces para beber la frescura de la hiedra que rodeaba los capiteles. Se quitó los guantes, se secó las manos, luego se abanicó la cara con el pañuelo, mientras a través de las sienes palpitantes oía el murmullo de la multitud y la voz del regidor entonando sus frases. Él dijo: “Continúa, perseverar; No escuches las sugerencias de la rutina, ni los consejos demasiado apresurados de un empirismo temerario.

“Aplicaos, sobre todo, al mejoramiento de la tierra, a los buenos abonos, al desarrollo de las razas equina, bovina, ovina y porcina. Que estos espectáculos sean para vosotros arenas pacíficas, donde el vencedor al abandonarlo tenderá la mano al vencido y confraternizará con la esperanza de un mejor éxito. Y vosotros, ancianos servidores, humildes domésticos, cuyo duro trabajo ningún gobierno hasta el día de hoy ha tenido en cuenta, venid aquí para recibir la recompensa de vuestras silenciosas virtudes, y tened la seguridad de que el Estado desde ahora tiene los ojos puestos en vosotros; que os anima, os protege; que accederá a vuestras justas demandas, y aliviará en cuanto en él recaiga el peso de vuestros dolorosos sacrificios.”

Monsieur Lieuvain se sentó entonces; Monsieur Derozerays se levantó y comenzó otro discurso. El suyo no era quizás tan florido como el del consejero, pero se recomendaba por un estilo más directo, es decir, por conocimientos más especiales y consideraciones más elevadas. Así ocupaban menos espacio los elogios al Gobierno; la religión y la agricultura más. Mostró en él las relaciones de estos dos, y cómo siempre habían contribuido a la civilización. Rodolphe con Madame Bovary hablaba de sueños, presentimientos, magnetismo. Remontándose a la cuna de la sociedad, el orador pintó aquellos tiempos feroces en que los hombres vivían de bellotas en el corazón de los bosques. Luego se quitaron las pieles de los animales, se vistieron con telas, labraron la tierra y plantaron la vid. ¿Fue esto bueno, ¿Y en este descubrimiento no hubo más daño que ganancia? Monsieur Derozerays se planteó este problema. Del magnetismo poco a poco Rodolfo había llegado a las afinidades, y mientras el presidente citaba a Cincinnatus y su arado, Diocleciano plantando sus coles, y los emperadores de China inaugurando el año con la siembra de la semilla, el joven explicaba al joven mujer que estas atracciones irresistibles encuentran su causa en algún estado previo de existencia.

“Así nosotros”, dijo, “¿por qué llegamos a conocernos? ¿Qué azar lo quiso? Era porque cruzaba el infinito, como dos arroyos que fluyen pero para unirse; nuestras inclinaciones especiales de la mente nos habían llevado el uno hacia el otro”.

Y él tomó su mano; ella no lo retiró.

"¡Para una buena agricultura en general!" gritó el presidente.

"Justo ahora, por ejemplo, cuando fui a tu casa."

Al señor Bizat de Quincampoix.

"¿Sabía que debería acompañarte?"

Setenta francos.

"Cien veces quise ir; y te seguí, me quedé.

"¡Estiércol!"

¡Y me quedaré esta noche, mañana, todos los demás días, toda mi vida!

"¡Al señor Caron de Argueil, una medalla de oro!"

"Porque nunca en la compañía de ninguna otra persona he encontrado un encanto tan completo".

Al señor Bain de Givry-Saint-Martin.

"Y llevaré conmigo el recuerdo de vosotros".

"¡Para un carnero merino!"

"Pero me olvidarás; Pasaré como una sombra."

"Al señor Belot de Notre-Dame".

"¡Oh no! Seré algo en tu pensamiento, en tu vida, ¿no es así?"

"Raza porcina; ¡Premios iguales a los señores Leherisse y Cullembourg, sesenta francos!"

Rodolphe le estrechaba la mano, y la sentía toda cálida y temblorosa como una paloma cautiva que quiere volar; pero, si ella estaba tratando de quitárselo o si estaba respondiendo a su presión; hizo un movimiento con los dedos. El exclamó-

"¡Ay, te lo agradezco! ¡No me repugnas! ¡Eres bueno! ¡Entiendes que soy tuyo! Déjame mirarte; déjame contemplarte!"

Una ráfaga de viento que entró por la ventana agitó el mantel de la mesa, y en la plaza de abajo todos los grandes gorros de las campesinas fueron levantados por él como alas de mariposas blancas revoloteando.

"Uso de tortas de aceite", continuó el presidente. Se apresuró: "Estiércol flamenco-cultivo de lino-drenaje-arrendamientos a largo plazo-servicio doméstico".

Rodolphe ya no hablaba. Se miraron el uno al otro. Un deseo supremo hizo temblar sus labios secos, y con cansancio, sin esfuerzo, sus dedos se entrelazaron.

¡Catherine Nicaise Elizabeth Leroux, de Sassetot-la-Guerriere, por cincuenta y cuatro años de servicio en la misma granja, una medalla de plata, valorada en veinticinco francos!

¿Dónde está Catalina Leroux? repitió el concejal.

Ella no se presentó, y se podían escuchar voces susurrando—

"¡Subir!"

"¡No tengas miedo!"

"¡Oh, qué estúpida es!"

"Bueno, ¿está ella allí?" gritó Tuvache.

"Sí; aquí esta ella."

"¡Entonces déjala subir!"

Entonces se adelantó en la plataforma una viejecita de porte tímido, que parecía encogerse entre sus pobres ropas. Calzaba pesados zuecos de madera y de sus caderas colgaba un gran delantal azul. Su rostro pálido, enmarcado por una gorra sin bordes, estaba más arrugado que una manzana rojiza marchita. Y de las mangas de su chaqueta roja asomaban dos grandes manos con nudosas articulaciones, el polvo de los graneros, la potasa de lavar la grasa de las lanas las había incrustado, áspero, endurecido de tal manera que parecían sucias, aunque habían sido enjuagadas con agua clara. agua; y a fuerza de mucho servicio quedaron entreabiertos, como para dar humilde testimonio de tanto sufrimiento soportado. Algo de rigidez monástica dignificó su rostro. Nada de tristeza o de emoción debilitó esa pálida mirada. En su convivencia constante con los animales había captado su muda y su calma. Era la primera vez que se encontraba en medio de una multitud tan numerosa, y asustada interiormente por las banderas, los tambores, los caballeros de levita y la orden del regidor, se quedó inmóvil, sin saber si avanzar o huir, ni por qué la multitud la empujaba y el jurado le sonreía.

Así estaba ante estos burgueses radiantes este medio siglo de servidumbre.

"¡Acércate, venerable Catherine Nicaise Elizabeth Leroux!" dijo el regidor, que había tomado la lista de los premiados de manos del presidente; y, mirando alternativamente el papel ya la anciana, repetía con tono paternal: "¡Acérquense! ¡Acercarse!"

"¿Estás sordo?" dijo Tuvache, inquieto en su sillón; y comenzó a gritarle al oído: "Cincuenta y cuatro años de servicio. ¡Una medalla de plata! ¡Veinticinco francos! ¡Para ti!"

Entonces, cuando tuvo su medalla, la miró, y una sonrisa de bienaventuranza se dibujó en su rostro; y mientras se alejaba, podían escucharla murmurar: "¡Se lo daré a nuestro cura en casa, para que diga algunas misas por mí!"

"¡Qué fanatismo!" exclamó el boticario, inclinándose hacia el notario.

Terminó la reunión, se dispersó la multitud, y ya leídos los discursos, cada uno volvió a su sitio, y todo a los viejos ritmos; los amos acosaban a los sirvientes, y éstos golpeaban a los animales, vencedores indolentes, que volvían a los establos, con una corona verde en los cuernos.

La Guardia Nacional, sin embargo, había subido al primer piso del ayuntamiento con bollos ensartados en sus bayonetas, y el tamborilero del batallón cargaba una canasta con

botellas. Madame Bovary tomó el brazo de Rodolphe; la vio en casa; se separaron en su puerta; luego caminó solo por el prado mientras esperaba la hora del banquete.

La fiesta fue larga, ruidosa, mal servida; los invitados estaban tan amontonados que apenas podían mover los codos; y los tabloncillos angostos utilizados para las formas casi se rompieron bajo su peso. Comieron mucho. Cada uno se atiborró por su cuenta. El sudor cubría cada frente y un vapor blanquecino, como el vapor de un arroyo en una mañana de otoño, flotaba sobre la mesa entre las lámparas colgantes. Rodolfo, apoyado en el percal de la tienda, pensaba tan intensamente en Emma que no oía nada. Detrás de él, sobre la hierba, los criados amontonaban los platos sucios, sus vecinos hablaban; no les respondió; llenaron su vaso, y hubo silencio en sus pensamientos a pesar del creciente ruido. Soñaba con lo que ella había dicho, con la línea de sus labios; su cara,

La volvió a ver por la noche durante los fuegos artificiales, pero estaba con su marido, la señora Homais, y el boticario, que estaba preocupado por el peligro de los cohetes perdidos, y a cada momento abandonaba la compañía para ir a darle algún consejo a Binet. .

Las piezas pirotécnicas enviadas a Monsieur Tuvache habían sido, por exceso de precaución, encerradas en su sótano, por lo que la pólvora húmeda no se encendía, y la pieza principal, que representaba un dragón mordiendo la cola, fracasó por completo. De vez en cuando se apagaba una exigua vela romana; luego, la multitud boquiabierta lanzó un grito que se mezcló con el grito de las mujeres, cuyas cinturas estaban siendo apretadas en la oscuridad. Emma se acurrucó en silencio contra el hombro de Charles; luego, levantando la barbilla, miró los rayos luminosos de los cohetes contra el cielo oscuro. Rodolphe la miró a la luz de las lámparas encendidas.

Salieron uno por uno. Las estrellas brillaron. Algunas cosechas de lluvia comenzaron a caer. Se anudó el fichu alrededor de la cabeza descubierta.

En ese momento salió de la posada el carruaje del regidor.

Su cochero, que estaba borracho, se adormeció de repente, y se veía a lo lejos, por encima del capó, entre los dos faroles, la masa de su cuerpo, que se balanceaba de derecha a izquierda al dar las calzadas.

-En verdad -dijo el boticario-, ¡hay que proceder con el mayor rigor contra la embriaguez! Me gustaría ver escritos semanalmente en la puerta del ayuntamiento en un tablero *ad hoc* ^[13] los nombres de todos los que durante la semana se intoxicaron con alcohol. Además, con respecto a las estadísticas, se tendrían, por así decirlo, registros públicos a los que se podría hacer referencia en caso de necesidad. ¡Pero disculpe!

[13] Específicamente para eso.

Y una vez más corrió hacia el capitán. Este último volvía a ver su turno de nuevo.

-Tal vez no harías mal -le dijo Homais- en enviar a uno de tus hombres, o ir tú mismo...

"¡Déjame en paz!" respondió el recaudador de impuestos. "¡Todo está bien!"

"No se inquieten", dijo el boticario, cuando volvió con sus amigos. Monsieur Binet me ha asegurado que se han tomado todas las precauciones. No han caído chispas; las bombas están llenas. Vamos a descansar.

"¡Ma foi! Lo quiero —dijo madame Homais, bostezando ampliamente. "Pero no importa; Hemos tenido un hermoso día para nuestra fiesta.

Rodolfo repitió en voz baja y con una mirada tierna: "¡Oh, sí! ¡muy hermoso!"

Y habiéndose inclinado el uno al otro, se separaron.

Dos días después, en la "Final de Rouen", apareció un largo artículo sobre el programa. Homais lo había compuesto con brío a la mañana siguiente.

"¿Por qué estos festones, estas flores, estas guiraldas? ¿Hacia dónde se precipita esta multitud como las olas de un mar embravecido bajo los torrentes de un sol tropical que derrama su calor sobre nuestras cabezas?

Luego habló de la condición de los campesinos. Ciertamente, el Gobierno estaba haciendo mucho, pero no lo suficiente. "¡Coraje!" le gritó; "mil reformas son indispensables; ¡cumplámoslos!" Luego, al referirse a la entrada del regidor, no olvidó "el aire marcial de nuestra milicia"; ni "nuestras más alegres doncellas del pueblo"; ni los "viejos calvos como patriarcas que allí estaban, y de los cuales algunos, los restos de nuestras falanges, aún sentían latir su corazón al varonil sonido de los tambores". Se citó a sí mismo entre los primeros de los miembros del jurado, e incluso llamó la atención en una nota sobre el hecho de que Monsieur Homais, químico, había enviado una memoria sobre la sidra a la sociedad agrícola.

Cuando llegó a la distribución de los premios, pintó la alegría de los premiados en estrofas ditirámicas. "El padre abrazó al hijo, el hermano al hermano, el marido a su consorte. Más de uno mostró con orgullo su humilde medalla; y sin duda cuando llegó a casa de su buena ama de casa, la colgó llorando en las modestas paredes de su catre.

"Hacia las seis, un banquete preparado en el prado del señor Leigeard reunió a los principales personajes de la fiesta. Aquí reinó la mayor cordialidad. Se propusieron varios brindis: Monsieur Lieuvain, el Rey; el señor Tuvache, prefecto; Monsieur Derozerays, Agricultura; Monsieur Homais, Industria y Bellas Artes, esas hermanas gemelas; Señor Leplichey, Progreso. Por la noche, unos brillantes fuegos artificiales iluminaron repentinamente el aire. Uno lo habría llamado un verdadero caleidoscopio, una verdadera escena operística; y por un momento nuestra pequeña localidad podría haberse creído transportada en medio de un sueño de las 'Mil y Una Noches'. Afirmemos que ningún acontecimiento adverso perturbó esta reunión familiar". Y añadió "Solo se notó la ausencia del clero. Sin duda los sacerdotes entienden el progreso de otra manera. ¡Como gusten, señores seguidores de Loyola!

Capítulo Nueve

Pasaron seis semanas. Rodolfo no volvió. Por fin apareció una noche.

El día después del espectáculo se había dicho a sí mismo: “No debemos volver demasiado pronto; eso sería un error.

Y al cabo de una semana se había ido a cazar. Después de la caza, pensó que era demasiado tarde, y luego razonó así:

“Si desde el primer día me amó, debe de impaciencia por volver a verme amarme más. ¡Sigamos con eso!”

Y supo que su cálculo había sido acertado cuando, al entrar en la habitación, vio que Emma palidecía.

Ella estaba sola. El día se acercaba. La pequeña cortina de muselina a lo largo de las ventanas profundizaba el crepúsculo, y el dorado del barómetro, sobre el que caían los rayos del sol, brillaba en el espejo entre las mallas del coral.

Rodolphe permaneció de pie, y Emma apenas respondió a sus primeras frases convencionales.

“Yo”, dijo, “he estado ocupado. He estado enferma.”

“¿Seriamente?” ella lloró.

—Bueno —dijo Rodolfo, sentándose a su lado en un escabel—, no; fue porque no quería volver”.

“¿Por qué?”

“¿No puedes adivinar?”

Él la miró de nuevo, pero con tanta fuerza que ella bajó la cabeza, sonrojándose. Continuó—
“¡Ema!”

“Señor”, dijo ella, retrocediendo un poco.

“¡Ay! ya ves -respondió con voz melancólica- que hice bien en no volver; ¡Porque este nombre, este nombre que llena mi alma entera, y que se me escapó, me prohibís usar! ¡Señora Bovary! ¡Por qué todo el mundo te llama así! Además, no es tu nombre; es el nombre de otro!”

Repitió, “¡de otro!” Y escondió su rostro entre sus manos.

“Sí, pienso en ti constantemente. Tu recuerdo me desespera. ¡Ay! ¡Perdóname! ¡Te dejare! ¡Despedida! Me iré lejos, tan lejos que nunca más volverás a saber de mí; y sin embargo, hoy, no sé qué fuerza me impulsó hacia ti. Porque uno no lucha contra el Cielo; uno no puede resistir la sonrisa de los ángeles; uno se deja llevar por lo bello, lo encantador, lo adorable”.

Era la primera vez que Emma escuchaba tales palabras dirigidas a sí misma, y su orgullo, como quien reposa bañado en calor, se expandió suave y plenamente ante este lenguaje resplandeciente.

“Pero si no vine”, continuó, “si no pude verte, al menos he mirado mucho tiempo todo lo que te rodea. Por la noche, todas las noches, me levantaba; vine aquí; Observé tu casa, brillando a la luz de la luna, los árboles del jardín balanceándose ante tu ventana, y la pequeña lámpara, un destello que brillaba a través de los cristales de la ventana en la oscuridad. ¡Ay! ¡Nunca supiste que allí, tan cerca de ti, tan lejos de ti, había un pobre desgraciado!

Ella se volvió hacia él con un sollozo.

“¡Oh, eres bueno!” ella dijo.

“¡No, te amo, eso es todo! ¡No lo dudes! ¡Dime, una palabra, sólo una palabra!

Y Rodolfo se deslizó imperceptiblemente desde el escabel hasta el suelo; pero se escuchó un sonido de zapatos de madera en la cocina, y notó que la puerta de la habitación no estaba cerrada.

—Qué amable sería de su parte —prosiguió, poniéndose de pie— si pudiera complacer un capricho mío. Era para revisar su casa; quería saberlo; y madame Bovary, al no ver objeción alguna, ambos se levantaron cuando entró Carlos.

“Buenos días, doctor”, le dijo Rodolfo.

El doctor, halagado por este título inesperado, se lanzó a frases obsequiosas. De esto aprovechó el otro para recomponerse un poco.

“Madame me estaba hablando”, dijo luego, “sobre su salud”.

Charles lo interrumpió; en verdad tenía mil inquietudes; las palpitaciones del corazón de su esposa comenzaban de nuevo. Entonces Rodolphe preguntó si no sería bueno montar a caballo.

“¡Ciertamente! ¡excelente! solo la cosa! ¡Hay una idea! Deberías seguirlo.

Y como ella objetó que no tenía caballo, Monsieur Rodolphe le ofreció uno. Ella rechazó su oferta; no insistió. Luego, para explicar su visita, dijo que su labrador, el hombre de la sangría, todavía sufría de vértigo.

“Voy a llamar”, dijo Bovary.

“¡No no! Te lo enviaré; vendremos; eso será más conveniente para ti.”

“¡Ay! ¡muy bien! Te lo agradezco.”

Y tan pronto como estuvieron solos, "¿Por qué no acepta la amable oferta de Monsieur Boulanger?"

Asumió un aire malhumorado, inventó mil excusas y finalmente declaró que tal vez se vería extraño.

"Bueno, ¿qué diablos me importa eso?" dijo Charles, haciendo una pirueta. "¡La salud ante todo! Está usted equivocado."

"¿Y cómo crees que puedo montar si no tengo un hábito?"

"Tienes que pedir uno", respondió.

El traje de montar la decidió.

Cuando el hábito estuvo listo, Charles escribió a Monsieur Boulanger que su esposa estaba a sus órdenes y que contaban con su bondad.

Al día siguiente, al mediodía, Rodolfo apareció en la puerta de Carlos con dos caballos de silla. Uno tenía rosetas rosadas en las orejas y una montura lateral de piel de venado.

Rodolphe se había puesto unas botas altas y blandas, diciéndose que sin duda nunca había visto nada igual. De hecho, Emma estaba encantada con su apariencia cuando estaba de pie en el descansillo con su gran abrigo de terciopelo y sus pantalones de pana blanca. Ella estaba lista; ella lo estaba esperando.

Justin escapó de la farmacia para verla empezar, y la farmacia también salió. Le estaba dando a Monsieur Boulanger un buen consejo.

"Un accidente sucede tan fácilmente. ¡Ten cuidado! Tus caballos tal vez sean valientes.

Oyó un ruido por encima de ella; era Félicité tamborileando en los cristales de las ventanas para divertir a la pequeña Berthe. El niño le lanzó un beso; su madre respondió con un movimiento de su látigo.

"¡Un paseo agradable!" -exclamó el señor Homais. "¡Prudencia! ¡sobre todo, prudencia!" Y agitó su periódico al verlos desaparecer.

Tan pronto como tocó el suelo, el caballo de Emma partió al galope.

Rodolfo galopaba a su lado. De vez en cuando intercambiaban una palabra. Con la figura ligeramente inclinada, la mano bien levantada y el brazo derecho extendido, se entregó a la cadencia del movimiento que la mecía en la silla. Al pie de la colina, Rodolfo le dio la cabeza a su caballo; comenzaron juntos de un salto, luego, en la cima, los caballos se detuvieron de repente, y su gran velo azul cayó sobre ella.

Era a principios de octubre. Había niebla sobre la tierra. Nubes brumosas flotaban en el horizonte entre los contornos de las colinas; otros, desgarrados, flotaban y desaparecían. A veces, a través de una hendidura en las nubes, bajo un rayo de sol, brillaban a lo lejos las raíces de Yonville, con los jardines a la orilla del agua, los patios, los muros y el campanario de la iglesia. Emma entrecerró los ojos para elegir su casa, y nunca le había parecido tan pequeño este pobre pueblo donde vivía. Desde la altura en que estaban, todo el valle parecía un inmenso lago pálido que despedía sus vapores por el aire. Grupos de árboles aquí y allá se destacaban como rocas negras, y las altas líneas de los álamos que se elevaban sobre la niebla eran como una playa agitada por el viento.

A un lado, sobre el césped entre los pinos, una luz marrón brillaba en la cálida atmósfera. La tierra, rojiza como el polvo del tabaco, amortiguaba el ruido de sus pasos, y con el filo de sus herraduras los caballos al andar pateaban las piñas caídas delante de ellos.

Rodolfo y Emma recorrieron así la falda del bosque. Ella se apartaba de vez en cuando para evitar su mirada, y entonces sólo veía los troncos de pino en hileras, cuya monótona sucesión la mareaba un poco. Los caballos jadeaban; el cuero de las sillas crujió.

Justo cuando estaban entrando en el bosque, salió el sol.

"¡Dios nos protege!" dijo Rodolfo.

"¿Tú crees?" ella dijo.

"¡Hacia adelante! ¡hacia adelante!" él continuó.

Hizo un chasquido con la lengua. Las dos bestias partieron al trote.

Helechos largos al costado del camino atrapados en el estribo de Emma.

Rodolphe se inclinó hacia delante y se los quitó mientras cabalgaban. Otras veces, para desviar las ramas, pasaba cerca de ella y Emma sentía que su rodilla le rozaba la pierna. El cielo ahora era azul, las hojas ya no se movían. Había espacios llenos de brezos en flor, y se alternaban parcelas de violetas con las confusas manchas de los árboles que eran de color gris, leonado o dorado, según la naturaleza de sus hojas. A menudo se oía en la espesura el batir de alas, o bien el graznido ronco y suave de los cuervos que volaban entre los robles.

Desmontaron. Rodolphe ató los caballos. Caminó de frente sobre el musgo entre los caminos. Pero su largo hábito se interpuso en su camino, aunque lo sostuvo por la falda; y Rodolfo, caminando detrás de ella, vio entre la tela negra y el zapato negro la finura de su media blanca, que le parecía como parte de su desnudez.

Ella paró. "Estoy cansada", dijo.

"Ven, inténtalo de nuevo", continuó. "¡Coraje!"

Luego, unos cien pasos más adelante, se detuvo de nuevo, ya través de su velo, que caía de costado desde su sombrero de hombre sobre sus caderas, su rostro apareció en una transparencia azulada como si flotara bajo olas azules.

"¿Pero adónde vamos?"

Él no respondió. Ella estaba respirando irregularmente. Rodolfo miró a su alrededor mordiéndose el bigote. Llegaron a un espacio más grande donde se había cortado el monte bajo. Se sentaron en el tronco de un árbol caído y Rodolfo empezó a hablarle de su amor. No empezó asustándola con cumplidos. Estaba tranquilo, serio, melancólico.

Emma lo escuchó con la cabeza gacha y removió los trozos de madera del suelo con la punta del pie. Pero ante las palabras: “¿No son ahora uno nuestros destinos?”

“¡Oh no!” ella respondió. “Lo sabes bien. ¡Es imposible!” Ella se levantó para irse. Él la agarró por la muñeca. Ella paró. Luego, después de haberlo mirado por unos momentos con una mirada amorosa y húmeda, dijo apresuradamente:

“¡Ay! ¡No vuelvas a hablar de eso! ¿Dónde están los caballos? Regresemos.

Hizo un gesto de enfado y molestia. Ella repitió:

“¿Dónde están los caballos? ¿Dónde están los caballos?”

Luego, con una extraña sonrisa, la pupila fija, los dientes apretados, avanzó con los brazos extendidos. Ella retrocedió temblando. Ella tartamudeó:

“¡Oh, me asustas! ¡Me lastimaste! ¡Déjame ir!”

“Si debe ser así”, continuó, su rostro cambió; y volvió a ser respetuoso, cariñoso, tímido. Ella le dio su brazo. Ellos regresaron. Él dijo-

“¿Qué te pasaba? ¿Por qué? No comprendo. Te equivocaste, sin duda. En mi alma eres como una Virgen sobre un pedestal, en un lugar alto, seguro, inmaculado. ¡Pero te necesito para vivir! ¡Debo tener tus ojos, tu voz, tu pensamiento! ¡Sé mi amiga, mi hermana, mi ángel!

Y él le pasó el brazo por la cintura. Ella trató débilmente de soltarse. Él la sostuvo así mientras caminaban.

Pero oyeron a los dos caballos mordisqueando las hojas.

“¡Oh! ¡un momento!” dijo Rodolfo. “¡No nos dejes ir! ¡Quedarse!”

La condujo más lejos hacia un pequeño estanque donde las lentejas de agua formaban un verdor en el agua. Los nenúfares marchitos yacían inmóviles entre los juncos. Al ruido de sus pasos en la hierba, las ranas saltaron para esconderse.

“¡Estoy equivocado! ¡Estoy equivocado!” ella dijo. “¡Estoy loco por escucharte!”

“¿Por qué? ¡Ema! ¡Ema!

¡Ay, Rodolfo! dijo la joven lentamente, apoyándose en su hombro.

La tela de su hábito se enganchó contra el terciopelo de su abrigo. Echó hacia atrás su cuello blanco, hinchándose con un suspiro, y vacilante, llorando, con un largo estremecimiento y escondiendo su rostro, se entregó a él—

Caían las sombras de la noche; el sol horizontal que pasaba entre las ramas deslumbraba los ojos. Aquí y allá a su alrededor, en las hojas o en el suelo, temblaban manchas luminosas, como si los colibríes que volaban hubieran esparcido sus plumas. El silencio estaba en todas partes; algo dulce parecía salir de los árboles; sintió su corazón, cuyos latidos habían comenzado de nuevo, y la sangre corriendo por su carne como un chorro de leche. Entonces, a lo lejos, más allá del bosque, en los otros cerros, escuchó un grito vago y prolongado, una voz que se demoró, y en silencio la escuchó mezclándose como música con las últimas pulsaciones de sus nervios palpitantes. Rodolfo, con un cigarro entre los labios, remendaba con su cortaplumas una de las dos bridas rotas.

Regresaron a Yonville por el mismo camino. En el lodo volvieron a ver las huellas de sus caballos uno al lado del otro, los mismos matorrales, las mismas piedras a la hierba; nada a su alrededor parecía haber cambiado; y, sin embargo, para ella había sucedido algo más estupendo que si las montañas se hubieran movido en su lugar. Rodolfo se inclinaba de vez en cuando y tomaba su mano para besarla.

Era encantadora a caballo: erguida, con su cintura esbelta, la rodilla doblada sobre las crines de su caballo, la cara un poco enrojecida por el aire fresco en el rojo de la tarde.

Al entrar en Yonville, hizo cabriolas a su caballo en el camino. La gente la miraba desde las ventanas.

En la cena su esposo pensó que se veía bien, pero ella fingió no escucharlo cuando le preguntó por su paseo, y se quedó sentada con el codo a un lado del plato entre las dos velas encendidas.

“¡Ema!” él dijo.

“¿Qué?”

“Bueno, pasé la tarde en casa de Monsieur Alexandre. Tiene una mazorca vieja, todavía muy buena, sólo un poco rota, y eso se podría comprar; Estoy seguro, por cien coronas. Agregó: “Y pensando que podría complacerte, lo he pedido a medida, lo compré. ¿He hecho bien? ¿Dime?”

Ella asintió con la cabeza en señal de asentimiento; luego, un cuarto de hora después—

“¿Vas a salir esta noche?” ella preguntó.

“Sí. ¿Por qué?”

“¡Oh, nada, nada, querida!”

Y tan pronto como se deshizo de Charles, fue y se encerró en su habitación.

Al principio se sintió aturdida; vio los árboles, los caminos, las acequias, a Rodolfo, y volvió a sentir la presión de su brazo, mientras las hojas crujían y las cañas silbaban.

Pero cuando se vio a sí misma en el espejo, se preguntó por su cara. Nunca sus ojos habían sido tan grandes, tan negros, de una profundidad tan profunda. Algo sutil en su ser la transfiguró. Ella repitió: “¡Tengo un amante! ¡un amante!” deleitándose con la idea como si le hubiera llegado una segunda pubertad. ¡Así iba a conocer por fin esas alegrías del amor, esa fiebre de felicidad de la que había desesperado! Estaba entrando en maravillas donde todo sería pasión, éxtasis, delirio. Un infinito azul la envolvía, las alturas del sentimiento centelleaban bajo su pensamiento, y la existencia ordinaria aparecía sólo a lo lejos, abajo en la sombra, a través de los espacios intermedios de estas alturas.

Entonces recordó a las heroínas de los libros que había leído, y la legión lírica de estas mujeres adúlteras empezó a cantar en su memoria con voz de hermanas que la hechizó. Ella misma se convirtió, por así decirlo, en una parte real de estas imaginaciones, y realizó el sueño de amor de su juventud al verse a sí misma en este tipo de mujeres amorosas a las que había envidiado tanto. Además, Emma sintió una satisfacción de venganza. ¿No había sufrido bastante? Pero ahora ella triunfó, y el amor reprimido por tanto tiempo estalló en pleno gozo burbujeante. Lo probó sin remordimientos, sin ansiedad, sin problemas.

El día siguiente pasó con una nueva dulzura. Se hicieron votos el uno al otro. Ella le contó sus penas. Rodolfo la interrumpió con besos; y ella, mirándolo con los ojos entrecerrados, le pidió que la volviera a llamar por su nombre, que le dijera que la amaba. Estaban en el bosque, como ayer, en el galpón de un zapatero. Las paredes eran de paja y el techo era tan bajo que tenían que agacharse. Estaban sentados uno al lado del otro sobre un lecho de hojas secas.

A partir de ese día se escribieron regularmente todas las noches. Emma colocó su carta al final del jardín, junto al río, en una fisura del muro. Rodolfo vino a buscarlo y puso otro allí, que ella siempre criticaba por ser demasiado corto.

Una mañana, cuando Charles había salido antes del amanecer, le asaltó el deseo de ver a Rodolphe en seguida. Iría rápidamente a La Huchette, se quedaría allí una hora y regresaría a Yonville mientras todos aún dormían. Esta idea la hizo jadear de deseo, y pronto se encontró en medio del campo, caminando con pasos rápidos, sin mirar atrás.

Apenas amanecía. Emma desde lejos reconoció la casa de su amado. Sus dos veletas en cola de milano se destacaban negras contra el pálido amanecer.

Más allá del patio de la granja había un edificio separado que ella pensó que debía ser el castillo. Entró, era como si las puertas al acercarse se hubieran abierto de par en par por sí mismas. Una gran escalera recta conducía al pasillo. Emma levantó el pestillo de una puerta, y de repente al final de la habitación vio a un hombre durmiendo. Era Rodolfo. Ella lanzó un grito.

"¿Tu aquí? ¿Tu aquí?" el Repitió. "¿Cómo te las arreglaste para venir? ¡Ay! tu vestido está húmedo.

"Te amo", respondió ella, lanzando sus brazos alrededor de su cuello.

Esta primera audacia tuvo éxito, ahora cada vez que Charles salía temprano, Emma se vestía rápidamente y bajaba de puntillas los escalones que conducían a la orilla del agua.

Pero cuando se levantó la tabla para las vacas, tuvo que pasar por los muros junto al río; la orilla estaba resbaladiza; para no caerse se agarró a los manojos de alhelies marchitos. Luego atravesó campos arados, en los cuales se hundió, tropezando; y obstruyendo sus delgados zapatos. Su bufanda, anudada alrededor de su cabeza, ondeaba al viento en los prados. Tenía miedo de los bueyes; ella echó a correr; llegó sin aliento, con las mejillas sonrosadas, y exhalando de toda su persona un perfume fresco de savia, de verdura, de aire libre. A esta hora Rodolfo aún dormía. Era como una mañana de primavera al entrar en su habitación.

Las cortinas amarillas a lo largo de las ventanas dejan entrar suavemente una luz pesada y blanquecina. Emma palpó, abriendo y cerrando los ojos, mientras las gotas de rocío que colgaban de su cabello formaban como una aureola topacio alrededor de su rostro. Rodolfo, riéndose, la atrajo hacia sí y la apretó contra su pecho.

Luego examinó el apartamento, abrió los cajones de las mesas, se peinó con su peine y se miró en su espejo de afeitarse. A menudo incluso se ponía entre los dientes la gran pipa que estaba sobre la mesa junto a la cama, entre limones y terrones de azúcar cerca de una botella de agua.

Tardaron un buen cuarto de hora en despedirse. Entonces Emma lloró. Hubiera deseado no dejar nunca a Rodolphe. Algo más fuerte que ella misma la obligó a él; tanto es así, que un día, al verla venir de improviso, frunció el ceño como si uno se fuera.

"¿Qué es lo que te pasa?" ella dijo. "¿Estás enfermo? ¡Dígame!"

Por último, declaró con aire serio que sus visitas se estaban volviendo imprudentes, que se estaba comprometiendo.

Capítulo diez

Poco a poco, los temores de Rodolphe se apoderaron de ella. Al principio, el amor la había embriagado; y ella no había pensado en nada más allá. Pero ahora que él era indispensable para su vida, temía perder algo de esto, o incluso que fuera perturbado. Cuando volvió de su casa miró a su alrededor, observando ansiosamente cada forma que pasaba en el horizonte, y cada ventana del pueblo desde donde se la podía ver. Escuchó pasos, gritos, el ruido de los arados, y se detuvo en seco, blanca y temblando más que las hojas de los álamos que se balanceaban sobre su cabeza.

Una mañana, cuando regresaba así, de repente le pareció ver el largo cañón de una carabina que parecía apuntarle. Sobresalía de lado del extremo de una pequeña tina medio enterrada en la hierba al borde de una zanja. Emma, medio desmayada de terror, siguió caminando, y un hombre salió de la bañera como una caja de sorpresas. Tenía las polainas abrochadas hasta las rodillas, la gorra calada sobre los ojos, los labios temblorosos y la nariz roja. Era el capitán Binet al acecho de los patos salvajes.

"¡Deberías haber llamado hace mucho tiempo!" el exclamó; "Cuando uno ve un arma, siempre debe advertir".

El recaudador de impuestos trataba así de disimular el susto que había tenido, ya que una orden prefectoral prohibía la caza de patos excepto en barcas, el señor Binet, a pesar de su respeto por las leyes, las infringía, y por eso esperaba a cada momento ver a la campesina. aparece la guardia. Pero esta ansiedad agudizó su placer y, solo en su tina, se felicitó de su suerte y de su ternura. Al ver a Emma pareció aliviado de un gran peso, y de inmediato entabló conversación.

"No hace calor; está picando.

Emma no respondió nada. Continuó-

"¿Y estás fuera tan temprano?"

"Sí", dijo ella tartamudeando; "Solo vengo de la enfermería donde está mi hijo".

"¡Ay! ¡muy bien! ¡muy bien! Por mi parte, estoy aquí, tal como me ves, desde el amanecer; pero el clima es tan bochornoso, que a menos que uno tenga el pájaro en la boca del arma...

—Buenas noches, señor Binet —lo interrumpió ella, dándose la vuelta—.

—Su sirviente, señora —respondió secamente; y volvió a meterse en su bañera.

Emma se arrepintió de haber dejado tan bruscamente al recaudador de impuestos. Sin duda formaría conjeturas desfavorables. La historia de la enfermera era la peor excusa posible, todos en Yonville sabían que la pequeña Bovary había estado en casa con sus padres durante un año. Además, nadie vivía en esta dirección; este camino conducía sólo a La Huchette. Binet, pues, adivinaría de dónde venía, y no guardaría silencio; hablaría, eso era seguro. Estuvo hasta la noche devanándose los sesos con todos los proyectos mentirosos imaginables, y tuvo constantemente ante sus ojos al imbécil de la bolsa de caza.

Charles después de la cena, al verla melancólica, le propuso, a modo de distracción, llevarla a la farmacia, y la primera persona que vio en la tienda fue otra vez el recaudador de impuestos. Estaba de pie frente al mostrador, iluminado por los destellos de la botella roja, y decía:

"Por favor, dame media onza de vitriolo".

-Justin -gritó el boticario-, tráenos el ácido sulfúrico. Luego a Emma, que subía a la habitación de Madame Homais, "No, quédate aquí; no vale la pena subir; ella está bajando. Mientras tanto, caliéntate en la estufa. Discúlpame. Buenos días, doctor» (pues el químico disfrutaba mucho pronunciando la palabra «doctor», como si al dirigirse a otro reflejase en sí mismo parte de la grandeza que encontraba en ella). "¡Ahora, tenga cuidado de no volcar los morteros! Será mejor que traigas algunas sillas de la pequeña habitación; usted sabe muy bien que los sillones no se sacan del salón.

Y para volver a colocar su sillón en su lugar, se alejaba como una flecha del mostrador, cuando Binet le pidió media onza de ácido de azúcar.

"¡Ácido de azúcar!" dijo el químico con desdén, "no lo sé; ¡Lo ignoro! Pero quizás quieras ácido oxálico. Es ácido oxálico, ¿no?"

Binet explicó que quería un corrosivo para hacerse un poco de agua de cobre con la que quitar el óxido de sus cosas de caza.

Emma se estremeció. El químico comenzó a decir:

De hecho, el tiempo no es propicio a causa de la humedad.

"Sin embargo", respondió el recaudador de impuestos, con una mirada socarrona, "hay gente a la que le gusta".

Ella estaba asfixiante.

"Y dame—"

"¿Él nunca irá?" pensó ella.

"Media onza de resina y aguarrás, cuatro onzas de cera amarilla y tres medias onzas de carbón animal, por favor, para limpiar el cuero barnizado de mis ropas".

El boticario empezaba a cortar la cera cuando apareció madame Homais, Irma en brazos, Napoleón a su lado y Athalie detrás. Ella se sentó en el asiento de terciopelo junto a la ventana, y el muchacho se agachó en un escabel, mientras su hermana mayor rondaba la caja

de azufre cerca de su papá. Este último llenaba embudos y taponaba frascos, pegaba etiquetas, formaba paquetes. A su alrededor todos estaban en silencio; sólo de vez en cuando se oían las pesas tintineando en la balanza, y algunas palabras bajas del químico dando instrucciones a su alumno.

¿Y cómo está la mujercita? preguntó de pronto madame Homais.

"¡Silencio!" exclamó su marido, que estaba anotando unas cifras en su papelera.

"¿Por qué no la trajiste?" ella continuó en voz baja.

"¡Cállate! ¡Cállate!" dijo Emma, señalando con el dedo al farmacéutico.

Pero Binet, bastante absorto en revisar su cuenta, probablemente no había oído nada. Por fin salió. Entonces Emma, aliviada, lanzó un profundo suspiro.

"¿Qué difícil estás respirando!" dijo la señora Homais.

"Bueno, verás, hace bastante calor", respondió ella.

Así que al día siguiente hablaron sobre cómo organizar su cita. Emma quería sobornar a su sirviente con un regalo, pero sería mejor encontrar una casa segura en Yonville. Rodolphe prometió buscar uno.

Durante todo el invierno, tres o cuatro veces por semana, en la oscuridad de la noche venía al jardín. Emma se había llevado a propósito la llave de la puerta, que Charles creía perdida.

Para llamarla, Rodolphe arrojó una pizca de arena a las persianas. Ella saltó con un sobresalto; pero a veces tenía que esperar, porque Charles tenía la manía de charlar junto a la chimenea y no se detenía. Estaba loca de impaciencia; si sus ojos hubieran podido hacerlo, lo habría arrojado por la ventana. Por fin empezaba a desvestirse, luego tomaba un libro y continuaba leyendo muy tranquilamente como si el libro la divirtiera. Pero Charles, que estaba en la cama, la llamó para que viniera también.

"Ven, ahora, Emma", dijo, "es hora".

"Sí, voy", respondió ella.

Luego, mientras las velas lo deslumbraban; se volvió hacia la pared y se durmió. Escapó, sonriente, palpitante, desnuda. Rodolphe tenía una gran capa; la envolvió en él y, rodeándole la cintura con el brazo, la arrastró sin decir palabra hasta el final del jardín.

Fue en la glorieta, en el mismo asiento de viejos palos donde antaño Léon la había mirado tan enamorado en las tardes de verano. Ella nunca pensó en él ahora.

Las estrellas brillaban a través de las ramas de jazmín sin hojas. Detrás de ellos oyeron el fluir del río y, de vez en cuando, en la orilla, el susurro de los juncos secos. Masas de sombra aquí y allá asomaban en la oscuridad y, a veces, vibrando con un solo movimiento, se elevaban y se balanceaban como inmensas olas negras que presionaban para engullirlas. El frío de las noches los hacía estrecharse más; los suspiros de sus labios les parecían más profundos; sus ojos que apenas podían ver, más grandes; y en medio del silencio se pronunciaban palabras bajas que caían sobre sus almas sonoras, cristalinas, y que reverberaban en vibraciones multiplicadas.

Cuando la noche era lluviosa, se refugiaban en el consultorio entre el cobertizo y el establo. Encendió una de las velas de la cocina que había escondido detrás de los libros. Rodolphe se instaló allí como en casa. La vista de la biblioteca, de la cómoda, de todo el apartamento, en fin, excitó su alegría, y no pudo evitar hacer bromas sobre Charles, lo que avergonzó un poco a Emma. Le hubiera gustado verlo más serio, y hasta en ocasiones más dramático; como, por ejemplo, cuando creyó oír un ruido de pasos acercándose en el callejón.

"¡Alguien viene!" ella dijo.

Apagó la luz.

¿Tienes tus pistolas?

"¿Por qué?"

"Pues, para defenderte", respondió Emma.

"¿De su marido? ¡Ay, pobre diablo! Y Rodolphe terminó su oración con un gesto que decía: "Podría aplastarlo con un movimiento de mi dedo".

La asombró su valentía, aunque sintió en ella una especie de indecencia y una ingenua grosería que la escandalizó.

Rodolfo reflexionó mucho sobre el asunto de las pistolas. Si ella había hablado en serio, era muy ridículo, pensó, incluso odioso; porque no tenía por qué odiar al buen Carlos, no siendo lo que se llama devorado por los celos; y sobre este tema Emma había hecho un gran voto de que él no pensaba del mejor gusto.

Besides, she was growing very sentimental. She had insisted on exchanging miniatures; they had cut off handfuls of hair, and now she was asking for a ring—a real wedding-ring, in sign of an eternal union. She often spoke to him of the evening chimes, of the voices of nature. Then she talked to him of her mother—hers! and of his mother—his! Rodolphe had lost his twenty years ago. Emma none the less consoled him with caressing words as one would have done a lost child, and she sometimes even said to him, gazing at the moon—

"I am sure that above there together they approve of our love."

But she was so pretty. He had possessed so few women of such ingenuousness. This love without debauchery was a new experience for him, and, drawing him out of his lazy habits, caressed at once his pride and his sensuality. Emma's enthusiasm, which his bourgeois good sense disdained, seemed to him in his heart of hearts charming, since it was lavished on him. Then, sure of being loved, he no longer kept up appearances, and insensibly his ways changed.

He had no longer, as formerly, words so gentle that they made her cry, nor passionate caresses that made her mad, so that their great love, which engrossed her life, seemed to

lessen beneath her like the water of a stream absorbed into its channel, and she could see the bed of it. She would not believe it; she redoubled in tenderness, and Rodolphe concealed his indifference less and less.

She did not know if she regretted having yielded to him, or whether she did not wish, on the contrary, to enjoy him the more. The humiliation of feeling herself weak was turning to rancour, tempered by their voluptuous pleasures. It was not affection; it was like a continual seduction. He subjugated her; she almost feared him.

Appearances, nevertheless, were calmer than ever, Rodolphe having succeeded in carrying out the adultery after his own fancy; and at the end of six months, when the spring-time came, they were to one another like a married couple, tranquilly keeping up a domestic flame.

It was the time of year when old Rouault sent his turkey in remembrance of the setting of his leg. The present always arrived with a letter. Emma cut the string that tied it to the basket, and read the following lines:—

“Mis queridos hijos, espero que esto los encuentre bien y que este sea tan bueno como los demás. Porque me parece un poco más tierno, si me atrevo a decirlo, y más pesado. Pero la próxima vez, para variar, te daré un pavo, a menos que tengas preferencia por algunos dabs; y devuélveme el cesto, por favor, con los dos viejos. He tenido un accidente con mis cobertizos de carretas, cuya cubierta voló una noche de viento entre los árboles. La cosecha tampoco ha sido demasiado buena. Finalmente, no sé cuándo vendré a verte. Ahora es tan difícil salir de casa porque estoy sola, mi pobre Emma.

Aquí había una ruptura en las líneas, como si el anciano hubiera dejado caer su pluma para soñar un rato.

“Por mi parte estoy muy bien, excepto por un resfriado que me cogió el otro día en la feria de Yvetot, donde había ido a contratar a un pastor, habiendo rechazado el mío porque era demasiado delicado. ¡Cómo debemos compadecernos de tantos ladrones! Además, también era grosero. Me enteré por un vendedor ambulante que, este invierno, mientras viajaba por su parte del país, le sacaron una muela, que Bovary, como de costumbre, estaba trabajando duro. Eso no me sorprende; y me mostró su diente; tomamos un café juntos. Le pregunté si te había visto, y me dijo que no, pero que había visto dos caballos en los establos, de lo que deduzco que el negocio está mejorando. ¡Tanto mejor, mis queridos hijos, y que Dios les envíe todas las felicidades imaginables! Me apena no haber visto todavía a mi querida nieta, Berthe Bovary. He plantado para ella un ciruelo de Orleans en el jardín debajo de tu habitación, y no quiero que lo toquen a menos que sea para que le hagan mermelada, que guardaré en el armario para ella cuando venga. .

“Adiós, mis queridos hijos. Te beso, mi niña, a ti también, a mi yerno, y al pequeño en ambas mejillas. Soy, con los mejores cumplidos, tu amoroso padre.

“Teodoro Rouault”.

Sostuvo el papel grueso en sus dedos durante unos minutos. Las faltas de ortografía estaban entretejidas una con la otra, y Emma siguió el amable pensamiento que cacareaba a través de él como una gallina medio escondida en un seto de espinas. La escritura había sido secada con cenizas del hogar, porque un poco de polvo gris se deslizó de la carta a su vestido, y casi creyó ver a su padre inclinado sobre el hogar para tomar las tenazas. ¡Cuánto tiempo hacía que ella estaba con él, sentada en el escabel del rincón de la chimenea, donde solía quemar la punta de un trozo de madera en la gran llama de las juncias marinas! Recordaba las tardes de verano llenas de sol. Los potros relinchaban cuando pasaba alguien, y galopaban, galopaban. Debajo de su ventana había una colmena, ya veces las abejas que giraban a la luz golpeaban contra su ventana como bolas de oro que rebotaban. ¡Qué alegría había en ese tiempo, qué libertad, qué esperanza! ¡Qué abundancia de ilusiones! Ya no quedaba nada de ellos. Se había deshecho de todos ellos en la vida de su alma, en todas sus sucesivas condiciones de vida, de doncellez, de su matrimonio y de su amor, perdiéndolos así constantemente a lo largo de su vida, como un viajero que deja algo de su riqueza en cada posada. a lo largo de su camino.

Pero entonces, ¿qué la hizo tan infeliz? ¿Cuál era la catástrofe extraordinaria que la había transformado? Y alzó la cabeza, mirando a su alrededor como buscando la causa de lo que la hacía sufrir.

Un rayo de abril bailaba sobre la porcelana de lo que sea; el fuego ardió; bajo sus zapatillas sintió la suavidad de la alfombra; el día era brillante, el aire cálido, y escuchó a su hijo gritar de risa.

De hecho, la niña estaba justo en ese momento rodando por el césped en medio de la hierba que estaba siendo removida. Estaba acostada boca abajo en lo alto de un risco. El sirviente la sujetaba por la falda. Lestiboudois rastrillaba a su lado, y cada vez que él se acercaba, ella se inclinaba hacia adelante, golpeando el aire con ambos brazos.

“Tráemela”, dijo su madre, apresurándose a abrazarla. “¡Cómo te amo, pobre niña mía! ¡Cómo te amo!”

Luego, notando que las puntas de sus orejas estaban un poco sucias, llamó inmediatamente para pedir agua caliente, y la lavó, le cambió la ropa blanca, las medias, los zapatos, hizo mil preguntas sobre su salud, como si regresara de un largo viaje. y finalmente, besándola de nuevo y llorando un poco, se la devolvió a la criada, que se quedó atónita ante este exceso de ternura.

Aquella noche Rodolphe la encontró más seria que de costumbre.

“Eso pasará”, concluyó; “es un capricho:”

Y se perdió tres citas corriendo. Cuando él se corrió, ella se mostró fría y casi desdeñosa.

“¡Ay! ¡Está perdiendo el tiempo, milady!”

Y él fingió no darse cuenta de sus suspiros melancólicos, ni del pañuelo que ella sacó.

Entonces Emma se arrepintió. Incluso se preguntó por qué detestaba a Charles; si no hubiera sido mejor haberlo podido amar? Pero él no le dio oportunidades para tal reavivamiento de sentimientos, de modo que ella estaba muy avergonzada por su deseo de sacrificio, cuando el farmacéutico llegó justo a tiempo para brindarle una oportunidad.

Capítulo Once

Recientemente había leído un elogio sobre un nuevo método para curar el pie zambo y, como era un partidario del progreso, concibió la idea patriótica de que Yonville, para mantenerse a la vanguardia, debería someterse a algunas operaciones de estrefopodia o pie zambo. -pie.

“Pues”, le dijo a Emma, “¿qué riesgo hay? Ved...” (y enumeró con los dedos las ventajas del intento), “éxito, casi seguro alivio y embellecimiento del paciente, celebridad adquirida por el operador. ¿Por qué, por ejemplo, su marido no debería relevar al pobre Hippolyte del 'Lion d'Or'? Nótese que no dejaría de contar su cura a todos los viajeros, y luego” (Homais bajó la voz y miró a su alrededor) “¿quién me impide enviar un breve párrafo sobre el tema al periódico? ¡Eh! ¡Dios mío! se trata un artículo; se habla de; ¡termina haciendo una bola de nieve! ¿Y quien sabe? ¿quién sabe?”

De hecho, Bovary podría tener éxito. Nada le demostró a Emma que no fuera inteligente; ¡y qué satisfacción para ella haberlo impulsado a dar un paso que aumentaría su reputación y su fortuna! Ella sólo deseaba apoyarse en algo más sólido que el amor.

Charles, apremiado por el boticario y por ella, se dejó persuadir. Envió a Rouen por el volumen del Dr. Duval, y todas las noches, sosteniéndose la cabeza entre ambas manos, se sumergía en su lectura.

Mientras estudiaba equinus, varus y valgus, es decir, katastrephopody, endostrephopody y exostrephopody (o mejor, los diversos giros del pie hacia abajo, hacia adentro y hacia afuera, con la hipostrephopody y la anastrephopody), de lo contrario, la torsión hacia abajo y hacia arriba, el señor Homais, con todo tipo de argumentos, exhortaba al mozo de la posada a que se sometiera a la operación.

“Apenas sentirás, probablemente, un ligero dolor; es un simple pinchazo, como una pequeña sangría, menos que la extracción de ciertos callos.”

Hippolyte, reflexionando, puso sus estúpidos ojos en blanco.

“Sin embargo”, continuó el químico, “no me concierne. ¡Es por tu bien, por la pura humanidad! Me gustaría verte, amigo mío, libre de tu espantosa caudicación, junto con ese bamboleo de las regiones lumbares que, digas lo que digas, debe estorbarte considerablemente en el ejercicio de tu vocación.

Entonces Homais le representó cuánto más alegre y enérgico se sentiría después, e incluso le dio a entender que sería más probable que agradara a las mujeres; y el mozo de cuadra empezó a sonreír pesadamente. Entonces lo atacó a través de su vanidad:

“¿No eres un hombre? ¡Colgarlo! ¿Qué hubieras hecho si hubieras tenido que ir al ejército, ir y luchar bajo el estandarte? ¡Ay! ¡Hipólito!

Y Homais se retiró, declarando que no podía comprender esta obstinación, esta ceguera en rechazar los beneficios de la ciencia.

El pobre cedió, porque era como una conspiración. Binet, que nunca se entrometía en los asuntos ajenos, la señora Lefrancois, Artémise, los vecinos, hasta el alcalde, el señor Tuvache, todos lo persuadían, lo sermoneaban, lo avergonzaban; pero lo que finalmente lo decidió fue que no le costaría nada. Bovary incluso se comprometió a proporcionar la máquina para la operación. Esta generosidad fue una idea de Emma, y Charles la consintió, pensando en el fondo de su corazón que su esposa era un ángel.

Así que, por consejo del boticario, y después de tres nuevos comienzos, mandó hacer al carpintero, con la ayuda del cerrajero, una especie de caja que pesaba unas ocho libras, y en la que había hierro, madera, hierro puro, cuero. , tornillos y tuercas no se habían escatimado.

Pero para saber cuál de los tendones de Hippolyte cortar, primero era necesario averiguar qué tipo de pie zambo tenía.

Tenía un pie que formaba casi una línea recta con la pierna, lo que, sin embargo, no impedía que se volviera hacia adentro, de modo que era un equino junto con algo de varo, o bien un ligero varo con una fuerte tendencia al equino. . Pero con este equino, de pies anchos como los cascos de un caballo, con piel rugosa, tendones secos y dedos grandes, en los que las uñas negras parecían de hierro, el pie zambo corría como un ciervo de la mañana a la noche. Se le veía constantemente en la plaza, saltando alrededor de los carros, adelantando su pie cojo. Parecía incluso más fuerte en esa pierna que en la otra. A fuerza de duro servicio había adquirido, por así decirlo, cualidades morales de paciencia y energía; y cuando se le encomendaba algún trabajo pesado, se paraba sobre él con preferencia a su compañero.

Ahora bien, como era un equino, era necesario cortar el tendón de Aquiles, y, si era necesario, se podía ver después el músculo tibial anterior para librarse del varo; porque el médico no se atrevió a arriesgar las dos operaciones a la vez; incluso ya estaba temblando por miedo a lastimarse en alguna región importante que no conocía.

Ni Ambrose Pare, aplicando por primera vez desde Celsus, después de un intervalo de quince siglos, una ligadura a una arteria, ni Dupuytren, a punto de abrir un absceso en el cerebro, ni Gensoul cuando extirpó por primera vez el maxilar superior, tenían corazones que temblaban, manos que temblaban, mentes tan tensas como Monsieur Bovary cuando se acercó a Hippolyte, su tenotomo entre los dedos. Y como en los hospitales, cerca, sobre una mesa, había un montón de pelusa, con hilo encerado, muchas vendas, una pirámide de vendas, todas las vendas que se encuentran en la farmacia. Era el señor Homais quien desde la mañana organizaba todos estos preparativos, tanto para deslumbrar a la multitud como para

mantener sus ilusiones. Charles atravesó la piel; se escuchó un crujido seco. El tendón fue cortado, la operación terminó.

“Venga, cálmese”, dijo el boticario; “más tarde mostrarás tu gratitud a tu benefactor”.

Y bajó a decir el resultado a cinco o seis curiosos que aguardaban en el patio, y que imaginaban que Hippolyte reaparecería andando bien. Entonces Charles, después de haber abrochado a su paciente en la máquina, se fue a casa, donde Emma, toda ansiedad, lo esperaba en la puerta. Ella se arrojó sobre su cuello; se sentaron a la mesa; comió mucho, y de postre hasta quiso tomar una taza de café, lujo que sólo se permitía los domingos cuando había compañía.

La velada fue encantadora, llena de cháchara, de sueños juntos. Hablaron de su futura fortuna, de las mejoras que se harían en su casa; vio crecer la estimación de la gente hacia él, aumentar sus comodidades, su esposa siempre amándolo; y estaba contenta de refrescarse con un sentimiento nuevo, más sano, mejor, de sentir al fin alguna ternura por este pobre hombre que la adoraba. El pensamiento de Rodolphe por un momento pasó por su mente, pero sus ojos se volvieron de nuevo a Charles; incluso notó con sorpresa que no tenía mala dentadura.

Estaban en la cama cuando el señor Homais, a pesar del criado, entró de repente en la habitación, con una hoja de papel recién escrita en la mano. Era el párrafo que pretendía para el “Fanal de Rouen”. Se lo trajo para que lo leyeran.

“Léalo usted mismo”, dijo Bovary.

Él leyó-

“A pesar de los prejuicios que aún revisten una parte del rostro de Europa como una red, la luz sin embargo comienza a penetrar en nuestros lugares del país. Así, el martes, nuestro pequeño pueblo de Yonville se convirtió en el escenario de una operación quirúrgica que es al mismo tiempo un acto de la más alta filantropía. Monsieur Bovary, uno de nuestros practicantes más distinguidos...”

“¡Oh, eso es demasiado! ¡demasiado!” dijo Charles, ahogado por la emoción.

“¡No no! ¡para nada! ¡Qué sigue!”

“—Realicé una operación en un hombre con pie zambo. No he usado el término científico, porque sabes que en un periódico quizás no todo el mundo lo entendería. Las masas deben...”

“Sin duda”, dijo Bovary; “¡seguir!”

“Procedo”, dijo el químico. “Monsieur Bovary, uno de nuestros médicos más distinguidos, operó a un hombre con un pie zambo llamado Hippolyte Tautain, mozo de cuadra durante los últimos veinticinco años en el hotel del “Lion d’Or”, mantenido por la viuda Lefrancois, en la Plaza de Armas. La novedad del intento y el interés que despertaba el asunto habían atraído tal concurrencia de personas que hubo un verdadero estorbo en el umbral del establecimiento. La operación, además, se hizo como por arte de magia, y apenas aparecieron unas gotas de sangre en la piel, como diciendo que el tendón rebelde había cedido al fin bajo los esfuerzos del arte. El paciente, por extraño que parezca —lo afirmamos como testigo presencial— no se quejaba de dolor. Su estado hasta el momento presente no deja nada que desear. Todo tiende a indicar que su convelescencia será breve; y quién sabe si en la próxima fiesta de nuestro pueblo no veremos a nuestro buen Hipólito figurando en la danza báquica en medio de un coro de alegres compañeros, y demostrando así a todos los ojos con su brío y sus cabriolas su completa curación. ¡Honor, pues, a los sabios generosos! ¡Honor a esos espíritus infatigables que consagran sus vigilias al mejoramiento o al alivio de los de su especie! ¡Honor, tres veces honor! ¿No es tiempo de clamar que los ciegos vean, los sordos oigan, los cojos caminen? Pero lo que antes prometía el fanatismo a sus elegidos, la ciencia lo hace ahora para todos los hombres.

Esto no impidió que Mere Lefrancois viniera cinco días después asustada y gritando:

“¡Ayuda! ¡él está muriendo! ¡Me estoy volviendo loco!”

Carlos corrió al “Lion d’Or” y el boticario, que lo vio pasar por la plaza sin sombrero, abandonó su tienda. Él mismo apareció sin aliento, rojo, ansioso, y preguntando a todos los que subían las escaleras—

“¿Por qué, qué le pasa a nuestro interesante estrefópodo?”

El estrefópodo se retorció en horribles convulsiones, de modo que la máquina en la que estaba encerrada su pierna fue golpeada contra la pared lo suficiente como para romperla.

Con muchas precauciones, para no perturbar la posición del miembro, se quitó la caja y se presentó un espectáculo espantoso. Los contornos del pie desaparecían en tal hinchazón que toda la piel parecía a punto de reventar, y estaba cubierta de equimosis, provocada por la famosa máquina. Hippolyte ya se había quejado de padecerlo. No se le había prestado atención; tuvieron que reconocer que no se había equivocado del todo y fue liberado por unas horas. Pero, apenas el edema había disminuido en cierta medida, los dos sabios consideraron conveniente volver a colocar el miembro en el aparato, atándolo con más fuerza para acelerar las cosas. Por fin, tres días después, Hippolyte no pudo soportarlo más, una vez más quitaron la máquina, y se sorprendieron mucho del resultado que vieron. La tumefacción lívida se extendía por la pierna, con ampollas aquí y allá, de donde salía un líquido negro. Las cosas estaban tomando un giro serio. Hippolyte empezó a inquietarse, y Mère Lefrancois lo hizo instalar en el cuartito próximo a la cocina, para que al menos tuviera alguna distracción.

Pero el recaudador de impuestos, que cenaba allí todos los días, se quejó amargamente de tal compañía. Luego llevaron a Hippolyte a la sala de billar. Yacía allí gimiendo bajo sus pesados cobertores, pálido de barba larga, ojos hundidos, y de vez en cuando giraba la cabeza sudorosa sobre la almohada sucia, donde se posaban las moscas. Madame Bovary fue a verlo. Ella le trajo lino para sus cataplasmas; ella lo consoló y lo animó. Además, no le faltaba compañía, especialmente en los días de mercado, cuando los campesinos jugaban a las bolas de billar a su alrededor, hacían esgrima con los tacos, fumaban, bebían, cantaban y peleaban.

"¿Cómo estás?" dijeron, dándole una palmada en el hombro. "¡Ay! parece que no tramas mucho, pero es tu culpa. ¡Usted debe hacer esto! ¡Haz eso!" Y luego le contaron historias de personas que habían sido curadas por otros remedios que el suyo. Luego, a modo de consuelo, agregaron:

"¡Das demasiado! ¡Levantarse! ¡Te mimas como un rey! De todos modos, viejo amigo, ¡no hueles bien!

La gangrena, de hecho, se estaba extendiendo cada vez más. El propio Bovary se enfermó. Venía cada hora, cada momento. Hippolyte lo miró con los ojos llenos de terror, sollozando:

"¿Cuándo me pondré bien? ¡Ay, sálvame! ¡Qué desgraciado soy! ¡Qué desgraciado soy!"

Y el médico se fue, siempre recomendándole que él mismo hiciera dieta.

—No le hagas caso, muchacho —dijo Mere Lefrancois—, ¿no te han torturado ya bastante? Te volverás aún más débil. ¡Aquí! trágate esto.

Y ella le dio un buen té de ternera, una loncha de cordero, un trozo de tocino y, a veces, vasitos de aguardiente, que él no tenía fuerzas para llevarse a los labios.

El abate Bournisien, al enterarse de que estaba empeorando, pidió verlo. Empezó por compadecerse de sus sufrimientos, declarando al mismo tiempo que debía alegrarse de ellos porque era la voluntad del Señor, y aprovechar la ocasión para reconciliarse con el Cielo.

"Porque", dijo el eclesiástico en tono paternal, "más bien descuidaste tus deberes; rara vez se te veía en el culto divino. ¿Cuántos años hace que no te acercaste a la mesa sagrada? Entiendo que tu obra, que el torbellino del mundo te haya impedido preocuparte por tu salvación. Pero ahora es el momento de reflexionar. Sin embargo, no se desespere. He conocido a grandes pecadores, que, a punto de comparecer ante Dios (todavía no estás en este punto, lo sé), habían implorado Su misericordia, y que ciertamente murieron en el mejor estado de ánimo. Esperemos que, como ellos, nos dé un buen ejemplo. Así, por precaución, ¿qué os impide decir por la mañana y por la noche un 'Ave María, llena eres de gracia' y un 'Padre nuestro que estás en los cielos'? Sí, hazlo por mí, para complacerme. Eso no te costará nada.

El pobre diablo prometió. La cura volvía día tras día. Charló con la casera; e incluso contó anécdotas intercaladas con chistes y juegos de palabras que Hippolyte no entendió. Luego, tan pronto como pudo, volvió a caer en cuestiones de religión, poniendo una expresión facial apropiada.

Su celo pareció tener éxito, porque el pie zambo pronto manifestó el deseo de ir en peregrinación a Bon-Secours si se curaba; a lo que Monsieur Bournisien respondió que no veía ninguna objeción; dos precauciones eran mejor que una; de todos modos no era un riesgo.

El boticario se indignó por lo que llamó maniobras del cura; eran perjudiciales, dijo, para la convalecencia de Hippolyte, y no dejaba de repetirle a la señora Lefrancois: «¡Déjalo en paz! ¡déjalo en paz! Perturbas su moral con tu misticismo. Pero la buena mujer ya no lo escuchaba; él era la causa de todo. Por un espíritu de contradicción, colgó cerca de la cama del paciente una palangana llena de agua bendita y una rama de boj.

La religión, sin embargo, no parecía más capaz de socorrerlo que la cirugía, y la gangrena invencible aún se extendía desde las extremidades hacia el estómago. Estaba muy bien variar las pociones y cambiar las cataplasmas; los músculos cada día se pudrían más y más; y finalmente Carlos respondió con un movimiento afirmativo de la cabeza cuando Mere Lefrancois le preguntó si no podía, como una esperanza perdida, enviar a buscar al señor Canivet de Neufchâtel, que era una celebridad.

Doctor en medicina, cincuentón, gozando de un buen cargo y sereno, el colega de Charles no se abstuvo de reír con desdén cuando le hubo descubierto la pierna, mortificada hasta la rodilla. Luego, después de haber declarado rotundamente que había que amputarlo, se fue a la farmacia a despotricar contra los burros que hubieran podido reducir a un pobre hombre a tal estado. Sacudiendo al señor Homais por el botón de su abrigo, gritó en la tienda:

"¡Estos son los inventos de París! ¡Estas son las ideas de la alta burguesía de la capital! Es como el estrabismo, el cloroformo, la litotricia, un montón de monstruosidades que el Gobierno debería prohibir. Pero quieren hacer lo inteligente, y te llenan de remedios, preocupándote por las consecuencias. ¡No somos tan inteligentes, no nosotros! ¡No somos sabios, coxcombs, petimetres! Somos practicantes; curamos a las personas, y no debemos soñar con operar a nadie que esté en perfecto estado de salud. ¡Endereza los pies zambos! ¡Como si uno pudiera enderezar los pies zambos! ¡Es como si uno quisiera, por ejemplo, enderezar un jobado!"

Homais sufrió al escuchar este discurso, y ocultó su malestar bajo una sonrisa de cortesano; porque necesitaba complacer a Monsieur Canivet, cuyas recetas a veces llegaban hasta Yonville. De modo que no asumió la defensa de Bovary; ni siquiera hizo una sola observación y, renunciando a sus principios, sacrificó su dignidad a los intereses más serios de su negocio.

Esta amputación del muslo por parte del Doctor Canivet fue un gran acontecimiento en el pueblo. Ese día todos los habitantes se levantaron más temprano, y la Grande Rue, aunque llena de gente, tenía algo de lúgubre, como si se esperara una ejecución. En la tienda de comestibles hablaron de la enfermedad de Hippolyte; las tiendas no funcionaban y Madame Tuvache, la esposa del alcalde, no se movía de su ventana, tal era su impaciencia por ver llegar al operador.

Llegó en su calesa, que conducía él mismo. Pero cuando los resortes del lado derecho cedieron por fin bajo el peso de su corpulencia, sucedió que el carruaje, al rodar, se inclinó un poco, y en el otro cojín, cerca de él, se vio una gran caja cubierta con ovejas rojas. -cuero, cuyos tres cierres de latón brillaban majestuosamente.

Después de haber entrado como un torbellino en el pórtico del "Lion d'Or", el doctor, gritando muy fuerte, mandó que desengancharan su caballo. Luego fue al establo para ver si ella estaba comiendo bien su avena; pues al llegar a casa de un paciente, lo primero que hacía era cuidar de su yegua y de su calesa. La gente incluso dijo sobre esto—

"¡Ay! ¡Monsieur Canivet es todo un personaje!

Y era más estimado por esta imperturbable frialdad. El universo hasta el último hombre podría haber muerto, y él no habría echado de menos el más pequeño de sus hábitos.

Homais se presentó.

"Cuento contigo", dijo el médico. "¿Estamos listos? ¡Venir también!"

Pero el boticario, enrojándose, confesó que era demasiado sensible para ayudar en tal operación.

"Cuando uno es un simple espectador", dijo, "la imaginación, ya sabes, queda impresionada. ¡Y luego tengo un sistema tan nervioso!"

"¡Bah!" interrumpió Canivet; por el contrario, me parece inclinado a la apoplejía. Además, eso no me asombra, porque ustedes, los boticarios, siempre están hurgando en sus cocinas, lo que debe terminar por estropear sus constituciones. Ahora solo mírame. Me levanto todos los días a las cuatro; Me afeito con agua fría (y nunca tengo frío). No uso franelas y nunca me resfrío; ¡Mi carcasa es lo suficientemente buena! Ahora vivo de una manera, ahora de otra, como un filósofo, tomando comida; por eso no soy quisquilloso como tú, y me es tan indiferente tallar un cristiano como el primer ave que asoma. Entonces, tal vez, dirás, ¡hábito! ¡hábito!"

Entonces, sin ninguna consideración por Hippolyte, que sudaba de dolor entre sus sábanas, estos señores entablaron una conversación, en la que el boticario comparó la frialdad de un cirujano con la de un general; y esta comparación agradó a Canivet, que se lanzó a las exigencias de su arte. Lo consideraba como un oficio sagrado, aunque los practicantes ordinarios lo deshonraban. Por fin, volviendo junto al enfermo, examinó las vendas que le había traído Homais, las mismas que habían aparecido para el pie zambo, y pidió que alguien le sostuviera el miembro. Llamaron a Lestiboudois, y el señor Canivet, remangado, pasó a la sala de billar, mientras el boticario se quedó con Artémise y la patrona, ambas más blancas que sus delantales,

Bovary during this time did not dare to stir from his house.

He kept downstairs in the sitting-room by the side of the fireless chimney, his chin on his breast, his hands clasped, his eyes staring. "What a mishap!" he thought, "what a mishap!" Perhaps, after all, he had made some slip. He thought it over, but could hit upon nothing. But the most famous surgeons also made mistakes; and that is what no one would ever believe! People, on the contrary, would laugh, jeer! It would spread as far as Forges, as Neufchâtel, as Rouen, everywhere! Who could say if his colleagues would not write against him. Polemics would ensue; he would have to answer in the papers. Hippolyte might even prosecute him. He saw himself dishonoured, ruined, lost; and his imagination, assailed by a world of hypotheses, tossed amongst them like an empty cask borne by the sea and floating upon the waves.

Emma, opposite, watched him; she did not share his humiliation; she felt another—that of having supposed such a man was worth anything. As if twenty times already she had not sufficiently perceived his mediocrity.

Charles was walking up and down the room; his boots creaked on the floor.

"Sit down," she said; "you fidget me."

He sat down again.

How was it that she—she, who was so intelligent—could have allowed herself to be deceived again? and through what deplorable madness had she thus ruined her life by continual sacrifices? She recalled all her instincts of luxury, all the privations of her soul, the sordidness of marriage, of the household, her dream sinking into the mire like wounded swallows; all that she had longed for, all that she had denied herself, all that she might have had! And for what? for what?

In the midst of the silence that hung over the village a heart-rending cry rose on the air. Bovary turned white to fainting. She knit her brows with a nervous gesture, then went on. And it was for him, for this creature, for this man, who understood nothing, who felt nothing! For he was there quite quiet, not even suspecting that the ridicule of his name would henceforth sully hers as well as his. She had made efforts to love him, and she had repented with tears for having yielded to another!

"But it was perhaps a valgus!" suddenly exclaimed Bovary, who was meditating.

At the unexpected shock of this phrase falling on her thought like a leaden bullet on a silver plate, Emma, shuddering, raised her head in order to find out what he meant to say; and they looked at the other in silence, almost amazed to see each other, so far sundered were they by their inner thoughts. Charles gazed at her with the dull look of a drunken man, while he listened motionless to the last cries of the sufferer, that followed each other in long-drawn modulations, broken by sharp spasms like the far-off howling of some beast being slaughtered. Emma bit her wan lips, and rolling between her fingers a piece of coral that she had broken, fixed on Charles the burning glance of her eyes like two arrows of fire about to dart forth. Everything in him irritated her now; his face, his dress, what he did not say, his whole person, his existence, in fine. She repented of her past virtue as of a crime, and what still remained of it rumbled away beneath the furious blows of her pride. She revelled in all the evil ironies of triumphant adultery. The memory of her lover came back to her with dazzling attractions; she threw her whole soul into it, borne away towards this image with a fresh enthusiasm; and Charles seemed to her as much removed from her life, as absent

forever, as impossible and annihilated, as if he had been about to die and were passing under her eyes.

There was a sound of steps on the pavement. Charles looked up, and through the lowered blinds he saw at the corner of the market in the broad sunshine Dr. Canivet, who was wiping his brow with his handkerchief. Homais, behind him, was carrying a large red box in his hand, and both were going towards the chemist's.

Then with a feeling of sudden tenderness and discouragement Charles turned to his wife saying to her—

“Oh, kiss me, my own!”

“Leave me!” she said, red with anger.

“What is the matter?” he asked, stupefied. “Be calm; compose yourself. You know well enough that I love you. Come!”

“Enough!” she cried with a terrible look.

And escaping from the room, Emma closed the door so violently that the barometer fell from the wall and smashed on the floor.

Charles sank back into his arm-chair overwhelmed, trying to discover what could be wrong with her, fancying some nervous illness, weeping, and vaguely feeling something fatal and incomprehensible whirling round him.

When Rodolphe came to the garden that evening, he found his mistress waiting for him at the foot of the steps on the lowest stair. They threw their arms round one another, and all their rancour melted like snow beneath the warmth of that kiss.

Chapter Twelve

Empezaron a amarse de nuevo. A menudo, incluso en pleno día, Emma le escribía de repente, luego desde la ventana le hacía una seña a Justin, quien, quitándose el delantal, corría rápidamente hacia La Huchette. Vendría Rodolfo; ella lo había mandado a buscar para decirle que estaba aburrida, que su marido era odioso, que su vida era espantosa.

"¿Pero que puedo hacer?" lloró un día con impaciencia.

"¡Ay! si tú pudieras—"

Estaba sentada en el suelo entre sus rodillas, con el pelo suelto, la mirada perdida.

"¿Por qué Qué?" dijo Rodolfo.

Ella suspiró.

"¡Nos iríamos a vivir a otra parte, a alguna parte!"

"¡Usted está realmente loco!" dijo riendo. "¿Cómo podría ser eso posible?"

Volvió al tema; fingió no entender, y cambió la conversación.

Lo que no entendía era toda esta preocupación por un asunto tan simple como el amor. Tenía un motivo, una razón y, por así decirlo, un pendiente de su afecto.

Su ternura, de hecho, crecía cada día con su repulsión hacia su marido. Cuanto más se entregaba a uno, más odiaba al otro. Charles nunca le había parecido tan desagradable, con dedos tan pesados, modales tan vulgares, tan aburrido como cuando se encontraron juntos después de su encuentro con Rodolphe. Entonces, mientras jugaba a la esposa y a la virtud, se quemaba al pensar en esa cabeza cuyos cabellos negros caían en rizo sobre la frente tostada por el sol, de esa forma a la vez tan fuerte y elegante, de ese hombre, en una palabra, que había tal experiencia en su razonamiento, tal pasión en sus deseos. Era por él que se limaba las uñas con cuidado de cincel, y que nunca le alcanzaba la crema fría para la piel, ni el pachulí para los pañuelos. Se cargó de pulseras, anillos y collares. Cuando él llegó, llenó de rosas los dos grandes jarrones de cristal azul y preparó su habitación y su persona como una cortesana que espera a un príncipe. El sirviente tenía que estar constantemente lavando la ropa, y Félicité no se movía en todo el día de la cocina, donde el pequeño Justin, que a menudo la acompañaba, la observaba trabajar.

Con los codos apoyados en la larga tabla sobre la que ella planchaba, miraba con avidez toda esa ropa de mujer esparcida a su alrededor, las enaguas cochinas, los fichus, los cuellos y los calzoncillos con cordones, anchos en las caderas y cada vez más estrechos por debajo.

"¿Para que es eso?" —preguntó el joven, pasando la mano por la crinolina o los corchetes.

"¿Por qué, nunca has visto nada?" Félicité respondió riendo. "Como si su señora, Madame Homais, no usara lo mismo".

"¡Oh, me atrevo a decir! ¡Señora Homais! Y añadió con aire meditabundo: "¡Como si fuera una dama como madame!"

Pero Félicité se impacientó de verlo rondando a su alrededor. Ella era seis años mayor que él, y Theodore, el sirviente de Monsieur Guillaumin, comenzaba a cortejarla.

"Déjame en paz", dijo, moviendo su olla de almidón. Será mejor que te vayas y tritures almendras; siempre estás pendiente de las mujeres. Antes de entrometerte en esas cosas, chico malo, espera a tener una barba hasta la barbilla.

"¡Oh, no te enfades! Iré a limpiarle las botas.

Y en seguida bajó del estante las botas de Emma, todas empaçadas de barro, el barro de la cita, que se deshacía en polvo bajo sus dedos, y que él miraba elevarse suavemente en un rayo de sol.

"¡Qué miedo tienes de estropearlos!" dijo la sirvienta, que no era tan cuidadosa cuando las limpiaba ella misma, porque en cuanto la tela de las botas ya no estaba fresca, la señora se las entregaba.

Emma tenía un número en su armario que fue despilfarrando uno tras otro, sin que Charles se permitiera la menor observación. Así también pagó trescientos francos por una pata de palo que ella creyó conveniente regalar a Hippolyte. Su parte superior estaba cubierta de corcho y tenía uniones de resorte, un mecanismo complicado, cubierto por un pantalón negro que terminaba en una bota de charol. Pero Hippolyte, que no se atrevía a usar una pierna tan hermosa todos los días, le rogó a Madame Bovary que le consiguiera otra más conveniente. El médico, por supuesto, tuvo que sufragar nuevamente los gastos de esta compra.

Así, poco a poco, el mozo de cuadra reanudó su trabajo. Uno lo vio correr por el pueblo como antes, y cuando Charles escuchó desde lejos el sonido agudo de la pata de madera, inmediatamente se fue en otra dirección.

Era el señor Lheureux, el tendero, quien se había hecho cargo del pedido; esto le proporcionó una excusa para visitar a Emma. Charló con ella sobre los nuevos productos de París, sobre mil bagatelas femeninas, se mostró muy complaciente y nunca le pidió dinero. Emma cedió a este modo perezoso de satisfacer todos sus caprichos. Por lo tanto, quería tener un látigo muy hermoso que estaba en un fabricante de paraguas en Rouen para dárselo a Rodolphe. La semana después de que Monsieur Lheureux lo pusiera sobre su mesa.

Pero al día siguiente la visitó con una factura de doscientos setenta francos, sin contar los céntimos. Emma estaba muy avergonzada; todos los cajones del escritorio estaban vacíos; le debían más de quince días a Lestibouois, dos cuartos al sirviente, por cualquier cantidad de

otras cosas, y Bovary esperaba con impaciencia la cuenta de Monsieur Derozeray, que solía pagar todos los años por el solsticio de verano.

Al principio logró desanimar a Lheureux. Por fin perdió la paciencia; estaba siendo demandado; su capital estaba fuera y, a menos que consiguiera algo, se vería obligado a recuperar todos los bienes que ella había recibido.

“¡Oh, muy bien, tómalos!” dijo Emma.

“Solo estaba bromeando”, respondió; “Lo único que lamento es el látigo. ¡Mi palabra! Le pediré al señor que me lo devuelva.

“¡No no!” ella dijo.

“¡Ay! ¡Te tengo!” pensó Lheureux.

Y, seguro de su descubrimiento, salió repitiéndose en voz baja, y con su habitual silbido bajo:

“¡Bien! ¡veremos! ¡veremos!”

Estaba pensando cómo salir de esto cuando el sirviente que entraba puso sobre la repisa de la chimenea un pequeño rollo de papel azul “de Monsieur Derozeray”. Emma se abalanzó sobre ella y la abrió. Contenía quince napoleones; era la cuenta Oyó a Charles en las escaleras; arrojó el oro al fondo de su cajón y sacó la llave.

Tres días después reapareció Lheureux.

“Tengo un arreglo que sugerirte”, dijo. “Si, en lugar de la suma acordada, tomaras...”

“Aquí está”, dijo ella colocando catorce napoleones en su mano.

El comerciante se quedó estupefacto. Luego, para ocultar su decepción, fue profuso en disculpas y ofrecimientos de servicio, todo lo cual Emma rechazó; luego se quedó unos instantes palpando en el bolsillo de su delantal las dos monedas de cinco francos que él le había dado a cambio. Se prometió a sí misma que economizaría para luego pagar. “¡Bah!” ella pensó, “no volverá a pensar en eso”.

Además del látigo con su mango de plata dorada, Rodolphe había recibido un sello con el lema *Amor nel cor*; [14] además, una bufanda a modo de bufanda, y, por último, una pitillera exactamente igual a la del Vizconde, que Carlos había recogido en otro tiempo en el camino, y que Emma se había quedado. Estos regalos, sin embargo, lo humillaron; rechazó varios; ella insistió, y él terminó por obedecer, considerándola tiránica y sobreexigida.

[14] Un corazón amoroso.

Entonces ella tuvo ideas extrañas.

“Cuando llegue la medianoche”, dijo, “debes pensar en mí”.

Y si le confesaba que no había pensado en ella, había un torrente de reproches que terminaban siempre con la eterna pregunta—

“¿Me amas?”

“Por supuesto que te amo”, respondió.

“¿Mucho?”

“¡Ciertamente!”

“¿No has amado a otros?”

“¿Creías que tenías una virgen?” exclamó riéndose.

Emma lloró, y él trató de consolarla, adornando sus protestas con juegos de palabras.

“Oh”, continuó, “¡Te amo! Te amo tanto que no podría vivir sin ti, ¿ves? Hay momentos en los que anhelo volver a verte, en los que me desgarran toda la ira del amor. Me pregunto, ¿dónde está? Quizá esté hablando con otras mujeres. Ellos le sonríen; él se acerca. Oh no; nadie más te complace. Hay algunas más bonitas, pero te quiero mejor. Sé cómo amar mejor. ¡Soy tu sierva, tu concubina! ¡Eres mi rey, mi ídolo! ¡Eres bueno, eres hermoso, eres inteligente, eres fuerte!”

Tantas veces había oído decir estas cosas que no le parecían originales. Emma era como todas sus amantes; y el encanto de la novedad, cayendo poco a poco como un vestido, desnudaba la eterna monotonía de la pasión, que tiene siempre las mismas formas y el mismo lenguaje. No distinguió, este hombre de tanta experiencia, la diferencia de sentimiento bajo la igualdad de expresión. Porque labios libertinos y venales le habían murmurado tales palabras, él creía poco en el candor de ella; hay que descartar los discursos exagerados que ocultan afectos mediocres; como si la plenitud del alma no se desbordase a veces en las más vacías metáforas, ya que nadie puede jamás dar la medida exacta de sus necesidades, ni de sus concepciones, ni de sus dolores;

Pero con ese juicio crítico superior que es propio de quien, en cualquier circunstancia, se detiene, Rodolfo vio otras delicias que sacar de este amor. Pensó toda la modestia en el camino. Él la trató bastante *sans façon*. [15] Hizo de ella algo flexible y corrupto. La suya era una especie de apego idiota, lleno de admiración por él, de voluptuosidad por ella, una bienaventuranza que la entorpecía; su alma se hundió en esta embriaguez, se encogió, se ahogó en ella, como Clarence en su colilla de malvasía.

[15] A la ligera.

Por el mero efecto de su amor, los modales de madame Bovary cambiaron. Su aspecto se hizo más audaz, su discurso más libre; incluso cometió la impropiedad de salir con Monsieur Rodolphe, un cigarrillo en la boca, “como para desafiar a la gente”. Por fin, los que todavía dudaban, no dudaron más cuando un día la vieron bajar de la “Hirondelle”, la cintura apretada en un chaleco como un hombre; y madame Bovary padre, que, después de una terrible escena con su marido, se había refugiado en casa de su hijo, no se escandalizó en lo más mínimo

entre las mujeres. Muchas otras cosas la desagradaban. En primer lugar, Charles no había prestado atención a su consejo sobre la prohibición de las novelas; luego las “maneras de la casa” la molestaban; ella se permitió hacer algunos comentarios, y hubo peleas,

Madame Bovary padre, la noche anterior, al pasar por el pasillo, la había sorprendido en compañía de un hombre, un hombre con cuello marrón, de unos cuarenta años, que al sonido de sus pasos se había escapado rápidamente por la cocina. Entonces Emma se echó a reír, pero la buena señora se enojó, declarando que, a menos que la moral sea motivo de burla, uno debe cuidar la de sus sirvientes.

“¿Dónde te criaste?” —preguntó la nuera, con una mirada tan impertinente que madame Bovary le preguntó si acaso no estaba defendiendo su propio caso.

“¡Abandonar la habitación!” dijo la joven, saltando de un salto.

“¡Ema! ¡Mamá!” —exclamó Charles, tratando de reconciliarlos.

Pero ambos habían huido en su exasperación. Emma estaba pateando mientras repetía—

“¡Oh! que modales! ¡Qué campesino!

Corrió hacia su madre; ella estaba fuera de sí. ella tartamudeó

¡Es una cosa insolente, atolondrada, o quizás algo peor!

Y ella estaba por irse de una vez si el otro no se disculpaba. Así que Charles volvió a su esposa y le imploró que cediera; se arrodilló ante ella; terminó diciendo—

“¡Muy bien! Iré a ella.

Y en efecto, tendió la mano a su suegra con la dignidad de una marquesa cuando dijo:

“Disculpe, señora”.

Luego, habiendo vuelto a subir a su habitación, se tiró de bruces en la cama y lloró allí como una niña, con el rostro hundido en la almohada.

Ella y Rodolphe habían acordado que, en caso de que ocurriera algo extraordinario, ella debería sujetar un pequeño trozo de papel blanco a la persiana, de modo que si por casualidad él se encontraba en Yonville, pudiera apresurarse hacia el camino detrás de la casa. Emma hizo la señal; había estado esperando tres cuartos de hora cuando de repente vio a Rodolphe en la esquina del mercado. Tuvo la tentación de abrir la ventana y llamarlo, pero él ya había desaparecido. Ella retrocedió desesperada.

Pronto, sin embargo, le pareció que alguien caminaba por la acera. Era él, sin duda. Bajó las escaleras, cruzó el patio. Él estaba allí afuera. Ella se arrojó a sus brazos.

“¡Cuidate!” él dijo.

“¡Ay! ¡si supieras!” ella respondió.

Y se puso a contárselo todo, de prisa, desarticulada, exagerando los hechos, inventando muchos, y tan pródiga de paréntesis que él no entendió nada.

“¡Ven, pobre ángel mío, ánimo! ¡Consuélate! ¡se paciente!”

“Pero he sido paciente; He sufrido durante cuatro años. Un amor como el nuestro debe manifestarse ante el cielo. ¡Me torturan! ¡No puedo soportarlo más! ¡Sálvame!”

Se aferró a Rodolphe. Sus ojos, llenos de lágrimas, brillaban como llamas bajo una ola; su pecho se agitó; nunca la había amado tanto, que perdió la cabeza y dijo: “¿Qué es eso? ¿Qué deseás?”

“¡Llévame!” gritó, “¡llévame! ¡Oh, te lo ruego!

Y ella se arrojó sobre su boca, como para captar allí el consentimiento inesperado si lo exhalaba en un beso.

“Pero—” continuó Rodolphe.

“¿Qué?”

“¡Tu niña!”

Ella reflexionó unos momentos y luego respondió:

“¡La llevaremos! ¡No se puede evitar!”

“¡Qué mujer!” se dijo a sí mismo, observándola mientras se alejaba. Porque ella había corrido hacia el jardín. Alguien la estaba llamando.

En los días siguientes, la señora Bovary padre quedó muy sorprendida por el cambio de su nuera. Emma, en efecto, se estaba mostrando más dócil, y hasta llegó a su deferencia de pedir una receta para encurtir pepinillos.

¿Era mejor engañarlos a ambos? ¿O deseaba por una especie de estoicismo voluptuoso sentir más profundamente la amargura de las cosas que estaba a punto de dejar?

Pero ella no les prestó atención; por el contrario, vivía como perdida en el deleite anticipado de su felicidad venidera.

Era un tema eterno de conversación con Rodolphe. Ella se apoyó en su hombro murmurando—

“¡Ay! cuando estamos en el coche de correo! ¿Piensas en ello? ¿Puede ser? Me parece que en el momento en que sienta que el carruaje se pone en marcha, será como si subiéramos en un globo, como si partiéramos hacia las nubes. ¿Sabes que cuento las horas? ¿Y tú?”

Nunca Madame Bovary había sido tan hermosa como en este período; tenía esa belleza indefinible que resulta de la alegría, del entusiasmo, del éxito, y que es sólo la armonía del temperamento con las circunstancias. Sus deseos, sus penas, la experiencia del placer y sus ilusiones siempre jóvenes, que, como la tierra y la lluvia y los vientos y el sol hacen crecer las flores, la desarrollaron gradualmente, y al fin floreció en toda la plenitud de su vida. naturaleza. Sus párpados parecían cincelados expresamente para sus largas miradas amorosas en las que desaparecía la pupila, mientras una fuerte inspiración dilataba sus delicadas narices y levantaba la carnosa comisura de sus labios, matizados a la luz por un pequeño vello negro.

Uno habría pensado que un artista apto en la concepción había arreglado los rizos de cabello sobre su cuello; cayeron en masa espesa, negligentes, y con las cambiantes casualidades de su adulterio, que los desataba cada día. Su voz tomó ahora infecciones más suaves, su figura también; algo sutil y penetrante escapaba incluso de los pliegues de su vestido y de la línea de su pie. Charles, como cuando recién se casaron, la encontraba deliciosa y absolutamente irresistible.

Cuando llegó a casa en medio de la noche, no se atrevió a despertarla. La lámpara de noche de porcelana lanzaba un resplandor redondo y tembloroso sobre el techo, y las cortinas corridas del pequeño catre formaban como una choza blanca que se destacaba en la sombra, y junto a la cama Charles las miraba. Le pareció escuchar la ligera respiración de su hijo. Ella crecería ahora; cada temporada traería un progreso rápido. Ya la vio venir de la escuela al caer el día, riéndose, con manchas de tinta en la chaqueta y cargando la canasta en el brazo. Entonces tendría que ser enviada al internado; eso costaría mucho; como se iba a hacer? Luego reflexionó. Pensó en alquilar una pequeña granja en el vecindario, que cuidaría todas las mañanas de camino a sus pacientes. Ahorraría lo que trajera; lo depositaría en la caja de ahorros. Luego compraría acciones en algún lugar, sin importar dónde; además, su práctica aumentaría; él contaba con eso, porque quería que Berthe fuera bien educada, que tuviera éxito, que aprendiera a tocar el piano. ¡Ay! qué bonita sería después, a los quince años, cuando, a semejanza de su madre, llevaría, como ella, grandes sombreros de paja en el verano; de lejos las tomarían por dos hermanas. Se la imaginó trabajando por la noche a su lado bajo la luz de la lámpara; ella le bordaba pantuflas; cuidaría de la casa; ella llenaría toda la casa con su encanto y su alegría. Por fin pensarían en su matrimonio; le encontrarían algún buen joven con un negocio estable; él la haría feliz; esto duraría para siempre.

Emma no estaba dormida; fingió serlo; y mientras él dormitaba a su lado ella despertó a otros sueños.

Al galope de cuatro caballos fue llevada durante una semana hacia una nueva tierra, de donde no volverían más. Siguieron y siguieron, con los brazos entrelazados, sin una palabra. A menudo, desde lo alto de una montaña, se vislumbraba de repente alguna ciudad espléndida con cúpulas, puentes, barcos, bosques de limoneros y catedrales de mármol blanco, en cuyos campanarios puntiagudos había nidos de cigüeñas. Iban a paso ligero a causa de las grandes losas, y en el suelo había ramos de flores, ofrecidos por mujeres vestidas con corpiños rojos. Oyeron el repique de las campanas, el relincho de las mulas, junto con el murmullo de las guitarras y el ruido de las fuentes, cuyo rocío ascendente refrescaba montones de frutas dispuestas como una pirámide al pie de estatuas pálidas que sonreían bajo aguas que jugaban. Y luego, una noche llegaron a un pueblo de pescadores, donde las redes marrones se secaban con el viento a lo largo de los acantilados y frente a las cabañas. Allí era donde se quedaban; vivirían en una casa baja, de techo plano, a la sombra de una palmera, en el corazón de un golfo, junto al mar. Remarían en góndolas, se balancearían en hamacas, y su existencia sería fácil y amplia como sus vestidos de seda, cálida y salpicada de estrellas como las noches que contemplarían. Sin embargo, en la inmensidad de este futuro que conjuraba, nada especial se destacaba; los días, todos magníficos, se parecían como olas; y se mecía en el horizonte, infinito, armonizado, azur, y bañado por el sol. Pero el niño empezó a toser en su cuna o Bovary roncaba más fuerte, y Emma no se durmió hasta la mañana, cuando el alba blanqueó las ventanas, y cuando el pequeño Justin ya estaba en la plaza bajando los postigos de la farmacia.

Había mandado llamar al señor Lheureux y le había dicho:

“Quiero una capa, una capa grande forrada con un cuello profundo”.

“¿Te vas de viaje?” preguntó.

“No; pero no importa. Puedo contar contigo, ¿no es así, y rápido?”

Él hizo una reverencia.

Además, necesitare —prosiguió— un baúl, no demasiado pesado, a mano.

“Sí, sí, entiendo. Unos tres pies por pie y medio, como se están haciendo ahora mismo.

Y una bolsa de viaje.

“Decididamente”, pensó Lheureux, “aquí hay una pelea”.

—Y —dijo madame Bovary, sacando el reloj de su cinturón—, tome esto; puedes pagarte a ti mismo con eso”.

Pero el comerciante gritó que estaba equivocada; se conocían; dudaba de ella? ¡Qué infantilismo!

Ella insistió, sin embargo, en que él se llevara al menos la cadena, y Lheureux ya se la había metido en el bolsillo y se iba, cuando ella lo llamó.

“Dejarás todo en tu lugar. En cuanto a la capa —parecía reflexionar—, tampoco la traigas; puedes darme la dirección del fabricante y decirle que me la tenga lista.

Era el próximo mes que iban a huir. Iba a dejar Yonville como si fuera a Rouen por un asunto de negocios. Rodolfo habría reservado los asientos, procurado los pasaportes y hasta habría escrito a París para que les reservaran todo el coche del correo hasta Marsella, donde comprarían un coche y desde allí seguirían sin detenerse hasta Génova. Ella se encargaría de enviar su equipaje a Lheureux, de donde lo llevarían directamente al “Hirondelle”, para que nadie sospechara nada. Y en todo esto nunca hubo alusión alguna al niño. Rodolphe evitaba hablar de ella; tal vez ya no pensaba en ello.

Deseaba tener dos semanas más por delante para arreglar algunos asuntos; luego, al cabo de una semana, quería dos más; luego dijo que estaba enfermo; luego se fue de viaje. Pasó el mes de agosto y, después de todas estas demoras, decidieron que se fijaría irrevocablemente para el 4 de septiembre, un lunes.

Por fin llegó el sábado anterior.

Rodolphe llegó por la noche más temprano que de costumbre.

"¿Todo está listo?" ella le preguntó.

"Sí."

Luego dieron la vuelta a un lecho de jardín y fueron a sentarse cerca de la terraza en el bordillo del muro.

"Estás triste", dijo Emma.

"No; ¿por qué?"

Y, sin embargo, la miró extrañamente con ternura.

"¿Es porque te vas?" Ella continuó; "¿Porque estás dejando lo que es querido para ti, tu vida? ¡Ay! Entiendo. ¡No tengo nada en el mundo! eres todo para mí; así seré yo para ti. seré tu pueblo, tu patria; ¡Te cuidaré, te amaré!"

"¡Que dulce eres!" dijo, agarrándola en sus brazos.

"¡En realidad!" dijo con una risa voluptuosa. "¿Me amas? ¡Júralo entonces!"

"¿Te amo, te amo? Te adoro mi amor."

La luna, llena y de color púrpura, salía de la tierra al final del prado. Se elevó rápidamente entre las ramas de los álamos, que la escondían aquí y allá como una cortina negra agujereada. Entonces apareció deslumbrante de blanca en los cielos vacíos que alumbraba, y ya navegando más despacio, dejó caer sobre el río una gran mancha que se partió en una infinidad de estrellas; y el brillo plateado parecía retorcerse a través de las mismas profundidades como una serpiente despreocupada cubierta de escamas luminosas; también parecía un candelabro monstruoso en el que centelleaban gotas de diamantes corriendo juntas. La suave noche los envolvía; masas de sombra llenaban las ramas. Emma, con los ojos entrecerrados, aspiraba con profundos suspiros el viento fresco que soplabla. No hablaron, perdidos como estaban en la prisa de su ensoñación. La ternura de los viejos tiempos volvía a sus corazones, plena y silenciosa como el río que corre, con la suavidad del perfume de las siringas, y arrojaba sobre sus recuerdos sombras más inmensas y más sombrías que las de los sauces quietos que se alargaban sobre la hierba. A menudo, algún animal nocturno, erizo o comadreja, que salía a cazar, perturbaba a los amantes, oa veces escuchaban caer solo un melocotón maduro de la espaldera. y arrojaban sobre sus recuerdos sombras más inmensas y más sombrías que las de los sauces inmóviles que se alargaban sobre la hierba. A menudo, algún animal nocturno, erizo o comadreja, que salía a cazar, perturbaba a los amantes, oa veces escuchaban caer solo un melocotón maduro de la espaldera. y arrojaban sobre sus recuerdos sombras más inmensas y más sombrías que las de los sauces inmóviles que se alargaban sobre la hierba. A menudo, algún animal nocturno, erizo o comadreja, que salía a cazar, perturbaba a los amantes, oa veces escuchaban caer solo un melocotón maduro de la espaldera.

"¡Ay! ¡Qué hermosa noche!" dijo Rodolfo.

"Tendremos otros", respondió Emma; y, como si hablara consigo misma: "Sin embargo, será bueno viajar. Y sin embargo, ¿por qué mi corazón debería estar tan pesado? ¿Es el miedo a lo desconocido? El efecto de los hábitos a la izquierda? O mejor-? No; es el exceso de felicidad. Qué débil soy, ¿no es así? ¡Perdóname!"

"¡Todavía hay tiempo!" gritó. "¡Reflejar! ¡quizás puedas arrepentirte!"

"¡Nunca!" gritó impetuosamente. Y acercándose a él: "¿Qué mal podría venirme? No hay desierto, ni precipicio, ni océano que no atravesaría contigo. Cuanto más vivamos juntos más será como un abrazo, cada día más cerca, más de corazón a corazón. No habrá nada que nos inquiete, ni preocupaciones, ni obstáculos. Estaremos solos, todos para nosotros eternamente. ¡Ay, habla! ¡Respóndeme!"

A intervalos regulares él respondía: "Sí, sí...". Ella le había pasado las manos por el pelo y repetía con voz infantil, a pesar de las grandes lágrimas que caían: "¡Rodolfo! Rodolfo! ¡Ay! Rodolfo! ¡Querido Rodolphe!"

Llegó la medianoche.

"¡Medianoche!" dijo ella. Vamos, es mañana. ¡Un día más!"

Se levantó para irse; y como si el movimiento que hizo hubiera sido la señal para su vuelo, Emma dijo, adoptando de repente un aire alegre:

¿Tienes los pasaportes?

"Sí."

"¿No estás olvidando nada?"

"No."

"¿Está seguro?"

"Ciertamente."

"Es en el Hotel de Provence, ¿no es así, que me esperará al mediodía?"

El asintió.

"¡Hasta mañana entonces!" dijo Emma en una última caricia; y ella lo vio irse.

No se dio la vuelta. Ella corrió tras él y, asomándose al borde del agua entre los juncos:

"¡Mañana!" ella lloró.

Ya estaba al otro lado del río y caminaba rápido por el prado.

Después de unos momentos, Rodolphe se detuvo; y cuando la vio con su vestido blanco desvanecerse gradualmente en la sombra como un fantasma, le sobrevino tal latido del corazón que se apoyó contra un árbol para no caer.

"¡Qué imbécil soy!" dijo con un juramento temeroso. "¡No importa! ¡Era una hermosa amante!"

E inmediatamente la belleza de Emma, con todos los placeres de su amor, volvió a él. Por un momento se suavizó; luego se rebeló contra ella.

“Porque, después de todo”, exclamó gesticulando, “no puedo exiliarme, tener un hijo en mis manos”.

Decía estas cosas para darse firmeza.

“¡Y además, la preocupación, el gasto! ¡Ay! ¡no no no no! mil veces no! Eso sería demasiado estúpido.

Capítulo Trece

En cuanto Rodolphe estuvo en casa, se sentó rápidamente en su escritorio bajo la cabeza de ciervo que colgaba como trofeo en la pared. Pero cuando tuvo la pluma entre los dedos, no pudo pensar en nada, de modo que, apoyado en los codos, se puso a reflexionar. Le parecía que Emma había retrocedido a un pasado lejano, como si la resolución que había tomado hubiera puesto de repente una distancia entre ellos.

Para recuperar algo de ella, sacó del armario junto a la cama una vieja caja de galletas de Reims, en la que solía guardar las cartas de las mujeres, y de ella salió un olor a polvo seco y rosas marchitas. Primero vio un pañuelo con puntitos pálidos. Era un pañuelo de ella. Una vez, cuando estaban paseando, le había sangrado la nariz; lo había olvidado. Cerca de él, desportillada en todas las esquinas, había una miniatura que le había regalado Emma: su tocador le parecía pretencioso y su mirada lánguida del peor gusto posible. Entonces, al mirar esta imagen y evocar el recuerdo de su original, los rasgos de Emma se fueron confundiendo poco a poco en su recuerdo, como si el rostro vivo y el pintado, frotándose uno contra el otro, se hubieran borrado. Finalmente, leyó algunas de sus cartas; estaban llenos de explicaciones relativas a su viaje, breves, técnicas y urgentes, como notas de negocios. Quería volver a ver los largos, los de antaño. Para encontrarlos en el fondo de la caja, Rodolphe perturbó a todos los demás y mecánicamente se puso a hurgar en medio de esta masa de papeles y cosas, encontrando ramos desordenados, ligas, una máscara negra, horquillas y cabello, ¡cabello! oscuros y claros, algunos incluso, enganchados en las bisagras de la caja, se rompieron cuando se abrió. y mecánicamente se puso a hurgar en medio de esa masa de papeles y cosas, encontrando ramos desordenados, ligas, una máscara negra, alfileres y cabello, ¡cabello! oscuros y claros, algunos incluso, enganchados en las bisagras de la caja, se rompieron cuando se abrió. y mecánicamente se puso a hurgar en medio de esa masa de papeles y cosas, encontrando ramos desordenados, ligas, una máscara negra, alfileres y cabello, ¡cabello! oscuros y claros, algunos incluso, enganchados en las bisagras de la caja, se rompieron cuando se abrió.

Así, jugueteando con sus recuerdos, examinó la escritura y el estilo de las letras, tan variado como su ortografía. Eran tiernos o joviales, bromistas, melancólicos; hubo unos que pidieron amor, otros que pidieron dinero. Una palabra le recordaba rostros, ciertos gestos, el sonido de una voz; a veces, sin embargo, no recordaba nada en absoluto.

De hecho, estas mujeres, precipitándose a la vez en sus pensamientos, se estrechaban y disminuían, como reducidas a un nivel uniforme de amor que las igualaba a todas. Así que tomando puñados de las letras revueltas, se entretuvo por unos momentos en dejarlas caer en cascadas de su mano derecha a su mano izquierda. Por fin, aburrido y cansado, Rodolphe devolvió la caja al armario, diciéndose a sí mismo: "¡Cuánta basura!". Lo que resumía su opinión; porque los placeres, como colegiales en un patio de escuela, habían pisoteado tanto su corazón que nada verde crecía allí, y lo que pasaba por él, más descuidado que los niños, ni siquiera, como ellos, dejaba un nombre grabado en la pared.

"Ven", dijo él, "comencemos".

El escribio-

"¡Ánimo, Emma! ¡coraje! Yo no traería miseria a tu vida."

"Después de todo, eso es cierto", pensó Rodolphe. "Estoy actuando en su interés; Yo soy honesto."

"¿Has sopesado cuidadosamente tu resolución? ¿Sabes a qué abismo te arrastraba, pobre ángel? No, no lo haces, ¿verdad? Venías confiado y sin miedo, creyendo en la felicidad del futuro. ¡Ay! desdichados de lo que somos... ¡insensatos!

Rodolphe se detuvo aquí para pensar en alguna buena excusa.

"¿Si le digo que toda mi fortuna está perdida? ¡No! Además, eso no detendría nada. Todo tendría que empezar de nuevo más tarde. ¡Como si se pudiera hacer entrar en razón a mujeres así! Reflexionó y luego continuó:

"No te olvidaré, oh créelo; y siempre tendré una profunda devoción por ti; pero algún día, tarde o temprano, este ardor (tal es el destino de las cosas humanas) habría disminuido, sin duda. El cansancio nos hubiera venido, y quién sabe si yo no hubiera tenido ni siquiera el dolor atroz de presenciar tu remordimiento, de compartirlo yo mismo, ya que debí haber sido yo su causa. La mera idea del dolor que vendría a ti me tortura, Emma. ¡Olvidame! ¿Por qué te conocí? ¿Por qué eras tan hermosa? ¿Es mi culpa? ¡Oh Dios mío! ¡No no! Acusa sólo al destino.

"Esa es una palabra que siempre habla", se dijo a sí mismo.

"Ah, si hubieras sido una de esas mujeres frívolas que se ven, ciertamente yo podría, por egoísmo, haber intentado un experimento, en ese caso sin peligro para ti. Pero esa deliciosa exaltación, a la vez tu encanto y tu tormento, te ha impedido comprender, mujer adorable que eres, la falsedad de nuestra futura posición. Tampoco había reflexionado sobre esto al principio, y descansé a la sombra de esa felicidad ideal como debajo de la del árbol manchineel, sin prever las consecuencias."

Quizá piense que me estoy rindiendo por avaricia. ¡Ah bueno! tanto peor; ¡Debe ser detenido!"

"El mundo es cruel, Emma. Dondequiera que hubiésemos ido, nos habría perseguido. Hubieras tenido que aguantar preguntas indiscretas, calumnias, desprecios, insultos tal vez.

¡Insulto a ti! ¡Oh! ¡Y yo, que pondría en un trono! ¡Yo que llevo conmigo tu recuerdo como talismán! Porque me voy a castigar con el destierro por todo el mal que os he hecho. me voy Dónde no lo sé. estoy loco ¡Adiós! Sé bueno siempre. Conserva la memoria del desgraciado que te ha perdido. Enseña mi nombre a tu hijo; que lo repita en sus oraciones.”

Las mechas de las velas parpadearon. Rodolfo se levantó, cerró la ventana y cuando se hubo vuelto a sentar...

Creo que está bien. ¡Ay! y esto por temor a que ella venga a buscarme.

“Estaré lejos cuando leas estas tristes líneas, porque he querido huir lo más rápido posible para evitar la tentación de volver a verte. ¡Ninguna debilidad! Regresaré, y tal vez más tarde hablemos muy fríamente de nuestro antiguo amor. ¡Adiós!”

¡Y hubo un último “adieu” dividido en dos palabras! “A Dieu!” lo cual pensó con muy buen gusto.

“Ahora, ¿cómo voy a firmar?” se dijo a sí mismo. “¿Tuyo devotamente? ¡No! ¿Tu amigo? Si eso es.”

"Tu amigo."

Volvió a leer su carta. Lo consideró muy bueno.

“Poor little woman!” he thought with emotion. “She’ll think me harder than a rock. There ought to have been some tears on this; but I can’t cry; it isn’t my fault.” Then, having emptied some water into a glass, Rodolphe dipped his finger into it, and let a big drop fall on the paper, that made a pale stain on the ink. Then looking for a seal, he came upon the one “Amor nel cor.”

“That doesn’t at all fit in with the circumstances. Pshaw! never mind!”

After which he smoked three pipes and went to bed.

The next day when he was up (at about two o’clock—he had slept late), Rodolphe had a basket of apricots picked. He put his letter at the bottom under some vine leaves, and at once ordered Girard, his ploughman, to take it with care to Madame Bovary. He made use of this means for corresponding with her, sending according to the season fruits or game.

“If she asks after me,” he said, “you will tell her that I have gone on a journey. You must give the basket to her herself, into her own hands. Get along and take care!”

Girard put on his new blouse, knotted his handkerchief round the apricots, and walking with great heavy steps in his thick iron-bound galoshes, made his way to Yonville.

Madame Bovary, when he got to her house, was arranging a bundle of linen on the kitchen-table with Félicité.

“Here,” said the ploughboy, “is something for you—from the master.”

She was seized with apprehension, and as she sought in her pocket for some coppers, she looked at the peasant with haggard eyes, while he himself looked at her with amazement, not understanding how such a present could so move anyone. At last he went out. Félicité remained. She could bear it no longer; she ran into the sitting room as if to take the apricots there, overturned the basket, tore away the leaves, found the letter, opened it, and, as if some fearful fire were behind her, Emma flew to her room terrified.

Charles was there; she saw him; he spoke to her; she heard nothing, and she went on quickly up the stairs, breathless, distraught, dumb, and ever holding this horrible piece of paper, that crackled between her fingers like a plate of sheet-iron. On the second floor she stopped before the attic door, which was closed.

Then she tried to calm herself; she recalled the letter; she must finish it; she did not dare to. And where? How? She would be seen! “Ah, no! here,” she thought, “I shall be all right.”

Emma pushed open the door and went in.

The slates threw straight down a heavy heat that gripped her temples, stifled her; she dragged herself to the closed garret-window. She drew back the bolt, and the dazzling light burst in with a leap.

Opposite, beyond the roofs, stretched the open country till it was lost to sight. Down below, underneath her, the village square was empty; the stones of the pavement glittered, the weathercocks on the houses were motionless. At the corner of the street, from a lower storey, rose a kind of humming with strident modulations. It was Binet turning.

She leant against the embrasure of the window, and reread the letter with angry sneers. But the more she fixed her attention upon it, the more confused were her ideas. She saw him again, heard him, encircled him with her arms, and throbs of her heart, that beat against her breast like blows of a sledge-hammer, grew faster and faster, with uneven intervals. She looked about her with the wish that the earth might crumble into pieces. Why not end it all? What restrained her? She was free. She advanced, looking at the paving-stones, saying to herself, “Come! come!”

The luminous ray that came straight up from below drew the weight of her body towards the abyss. It seemed to her that the ground of the oscillating square went up the walls and that the floor dipped on end like a tossing boat. She was right at the edge, almost hanging, surrounded by vast space. The blue of the heavens suffused her, the air was whirling in her hollow head; she had but to yield, to let herself be taken; and the humming of the lathe never ceased, like an angry voice calling her.

“Emma! Emma!” cried Charles.

She stopped.

“Wherever are you? Come!”

The thought that she had just escaped from death almost made her faint with terror. She closed her eyes; then she shivered at the touch of a hand on her sleeve; it was Félicité.

“Master is waiting for you, madame; the soup is on the table.”

And she had to go down to sit at table.

She tried to eat. The food choked her. Then she unfolded her napkin as if to examine the darns, and she really thought of applying herself to this work, counting the threads in the linen. Suddenly the remembrance of the letter returned to her. How had she lost it? Where could she find it? But she felt such weariness of spirit that she could not even invent a pretext for leaving the table. Then she became a coward; she was afraid of Charles; he knew all, that was certain! Indeed he pronounced these words in a strange manner:

“We are not likely to see Monsieur Rodolphe soon again, it seems.”

“Who told you?” she said, shuddering.

“¿Quién me dijo!” respondió él, bastante asombrado por su tono abrupto. “Vaya, Girard, a quien acabo de encontrar en la puerta del Café Français. Se ha ido de viaje, o se va a ir.”

Ella sollozó.

“¿Qué te sorprende en eso? Se ausenta así de vez en cuando para variar, y, ma foi, creo que tiene razón, cuando uno tiene fortuna y es soltero. Además, tiene momentos alegres, tiene nuestro amigo. Es un poco libertino. Monsieur Langlois me dijo...”

Se detuvo por decoro porque entró la criada. Volvió a poner en el cesto los albaricoques esparcidos sobre el aparador. Charles, sin darse cuenta del color de su esposa, hizo que se los trajeran, tomó uno y lo mordió.

“¡Ay! ¡Perfecto!” dijo él; “¡solo prueba!”

Y él le entregó la cesta, que ella apartó con delicadeza.

“¡Solo huele! ¡Qué olor! remarcó, pasándolo por debajo de su nariz varias veces.

“Me estoy ahogando”, gritó, saltando. Pero por un esfuerzo de voluntad pasó el espasmo; luego-

“No es nada”, dijo, “¡no es nada! es nerviosismo Siéntate y sigue comiendo. Porque temía que él comenzara a interrogarla, a atenderla, a que no la dejaran sola.

Charles, para obedecerla, volvió a sentarse, y escupió en sus manos los huesos de los albaricoques, poniéndolos luego en su plato.

De repente, un tilbury azul cruzó la plaza a un trote rápido. Emma lanzó un grito y cayó rígida al suelo.

En efecto, Rodolphe, después de muchas reflexiones, había decidido partir hacia Rouen. Ahora bien, como de La Huchette a Buchy no hay otro camino que por Yonville, tenía que pasar por el pueblo, y Emma lo había reconocido por los rayos de las linternas, que como relámpagos atravesaban el crepúsculo.

El boticario, ante el tumulto que se desató en la casa, corrió hacia allí. La mesa con todos los platos estaba volcada; la salsa, la carne, los cuchillos, el salero y la vinagrera estaban esparcidos por la habitación; Charles estaba pidiendo ayuda; Berthe, asustada, lloraba; y Félicité, cuyas manos temblaban, desataba a su ama, cuyo cuerpo entero se estremecía convulsivamente.

“Iré corriendo a mi laboratorio por un poco de vinagre aromático”, dijo el farmacéutico.

Luego, cuando abrió los ojos al oler la botella—

"Estaba seguro de ello", comentó; ¡Eso despertaría a cualquier muerto por ti!

"Háblenos", dijo Charles; “recógete a ti mismo; es tu Charles, quien te ama. ¿Me conoces? ¡Ver! aquí está tu niña! ¡Ay, bésala!

La niña estiró los brazos hacia su madre para agarrarse a su cuello. Pero girando la cabeza, Emma dijo con voz entrecortada: “¡No, no! ¡Ninguno!”

Ella se desmayó de nuevo. La llevaron a su cama. Yacía allí estirada en toda su longitud, con los labios separados, los párpados cerrados, las manos abiertas, inmóvil y blanca como una imagen de cera. Dos chorros de lágrimas brotaron de sus ojos y cayeron lentamente sobre la almohada.

Charles, de pie, estaba al fondo de la alcoba, y el boticario, a su lado, guardaba ese silencio meditativo que se está haciendo en las ocasiones serias de la vida.

“No te inquietes”, dijo, tocándose el codo; “Creo que el paroxismo ha pasado”.

"Sí, ahora está descansando un poco", respondió Charles, mirándola dormir. "¡Pobre chica! ¡pobre chica! ¡Se había ido ahora!

Entonces Homais preguntó cómo se había producido el accidente. Charles respondió que se había puesto enferma de repente mientras comía unos albaricoques.

"¡Extraordinario!" continuó el químico. Pero puede ser que los albaricoques hayan provocado el síncope. Algunas naturalezas son tan sensibles a ciertos olores; e incluso sería una muy buena cuestión para estudiar tanto en su relación patológica como fisiológica. Los sacerdotes conocen la importancia de ello, ellos que han introducido aromáticas en todas sus ceremonias. Es embrutecer los sentidos y provocar éxtasis, cosa por otra parte muy fácil en las personas del sexo débil, que son más delicadas que las otras. Se citan algunos que se desmayan con el olor a cuerno de ciervo quemado, a pan nuevo...

"Cuídate; ¡La despertarás! dijo Bovary en voz baja.

—Y no sólo —prosiguió el farmacéutico— están sujetos a tales anomalías los seres humanos, sino también los animales. Así no ignoras el efecto singularmente afrodisíaco que produce la Nepeta cataria, vulgarmente llamada hierbabuena, en la raza felina; y, por otra parte, citar un ejemplo de cuya autenticidad puedo responder. Bridaux (uno de mis viejas camaradas, actualmente establecido en la Rue Malpalu) posee un perro que sufre convulsiones en cuanto le tiendes una caja de rapé. A menudo incluso hace el experimento ante sus amigos en su casa de verano en Guillaume Wood. ¿Alguien creería que un simple

ahogo podría producir tales estragos en un organismo cuadrúpedo? Es extremadamente curioso, ¿no?

"Sí", dijo Charles, que no lo escuchaba.

-Esto nos muestra -prosiguió el otro, sonriendo con benigna autosuficiencia- las innumerables irregularidades del sistema nervioso. Con respecto a la señora, siempre me ha parecido, lo confieso, muy susceptible. Y así, de ninguna manera debo recomendarte, mi querido amigo, ninguno de esos llamados remedios que, bajo el pretexto de atacar los síntomas, atacan la constitución. No; ¡No hay fisioterapia inútil! Dieta, eso es todo; sedantes, emolientes, dulcificantes. Entonces, ¿no crees que tal vez debería trabajarse en su imaginación?

"¿En qué manera? ¿Cómo?" dijo Bovary.

"¡Ay! eso es. Tal es en efecto la cuestión. 'Esa es la cuestión', como leí recientemente en un periódico".

Pero Emma, al despertar, gritó:

"¡La carta! ¡la carta!"

Pensaron que estaba delirando; y ella estaba a la medianoche. La fiebre cerebral se había instalado.

Durante cuarenta y tres días Charles no la dejó. Renunció a todos sus pacientes; ya no se fue a la cama; constantemente le tomaba el pulso, le ponía sinapismos y compresas de agua fría. Envío a Justin a Neufchâtel por hielo; el hielo se derritió en el camino; lo envió de regreso. Llamó a consulta al señor Canivet; envió por el Dr. Larivière, su antiguo maestro, de Rouen; estaba desesperado. Lo que más lo alarmó fue la postración de Emma, que no hablaba, no escuchaba, ni siquiera parecía sufrir, como si su cuerpo y su alma descansaran juntos después de tantos problemas.

Hacia mediados de octubre podía sentarse en la cama apoyada en almohadas. Charles lloró cuando la vio comer su primer pan con mermelada. Su fuerza volvió a ella; ella se levantaba algunas horas de la tarde, y un día, cuando se sentía mejor, él trató de llevarla, apoyada en su brazo, a dar un paseo por el jardín. La arena de los caminos desaparecía bajo las hojas muertas; caminaba lentamente, arrastrando sus pantuflas y apoyándose en el hombro de Charles. Ella sonreía todo el tiempo.

Fueron así al fondo del jardín cerca de la terraza. Se incorporó lentamente, protegiéndose los ojos con la mano para mirar. Miró a lo lejos, tan lejos como pudo, pero en el horizonte sólo se veían grandes hogueras de hierba humeante en las colinas.

"¡Te cansarás, mi amor!" dijo Bovary. Y empujándola suavemente para hacerla pasar al cenador, "Siéntate en este asiento; estarás cómodo.

"¡Oh! no; ¡no ahí!" dijo ella con voz entrecortada.

Se apoderó de ella un vértigo, y desde aquella tarde volvió a empezar su enfermedad, con un carácter más incierto, es verdad, y síntomas más complejos. Ahora sufría en el corazón, luego en el pecho, en la cabeza, en los miembros; tenía vómitos, en los que Charles creyó ver los primeros signos de cáncer.

Y además de esto, el pobre hombre estaba preocupado por cuestiones de dinero.

Capítulo catorce

Para empezar, no sabía cómo podría pagarle a Monsieur Homais toda la medicina que le proporcionaba, y aunque, como médico, no estaba obligado a pagarla, se ruborizó un poco ante tal obligación. Entonces los gastos de la casa, ahora que la sirvienta era dueña, se volvieron terribles. Las facturas llovieron sobre la casa; los comerciantes se quejaron; Monsieur Lheureux lo acosaba especialmente. En efecto, en el punto álgido de la enfermedad de Emma, ésta, aprovechando las circunstancias para engrosar su cuenta, se había apresurado a traer la capa, la bolsa de viaje, dos baúles en lugar de uno y muchas cosas más. Estaba muy bien que Charles dijera que no los quería. El comerciante respondió con arrogancia que estos artículos habían sido ordenados, y que no los volvería a tomar; además, molestaría a la señora en su convalecencia; será mejor que el médico lo piense; en resumen, estaba resuelto a demandarlo en lugar de renunciar a sus derechos y recuperar sus bienes. Posteriormente, Charles ordenó que los enviaran de regreso a la tienda. Félicité se olvidó; tenía otras cosas que atender; luego no pensó más en ellos. Monsieur Lheureux volvió a la carga y, a ratos, amenazando y quejándose, se las arregló de tal manera que Bovary terminó por firmar un proyecto de ley a los seis meses. Pero apenas había firmado este billete cuando se le ocurrió una idea audaz: pedir prestado mil francos a Lheureux. Entonces, con aire avergonzado, preguntó si era posible conseguirlos, agregando que sería por un año, al interés que quisiera. Lheureux corrió a su tienda, trajo el dinero y dictó otra letra, por la cual Bovary se comprometía a pagar a su orden el 1 de septiembre próximo la suma de mil setenta francos, que, con los ciento ochenta ya convenidos a, hizo exactamente mil doscientos cincuenta, prestando así al seis por ciento más un cuarto por comisión: y las cosas que le dan un buen tercio por lo menos, esto debería darle en doce meses una ganancia de cien y treinta francos. Esperaba que el negocio no se detuviera ahí; que no se pagarían las facturas; que serían renovados; y que su pobre dinerito, habiendo prosperado en la consulta del médico como en un hospital, volvería a él un día considerablemente más gordo y lo suficientemente gordo como para reventar su bolsa. trajo el dinero y dictó otra letra, por la cual Bovary se comprometía a pagar a su orden el 1 de septiembre siguiente la suma de mil setenta francos, que con los ciento ochenta ya convenidos, hacían exactamente mil doscientos cincuenta, prestando así al seis por ciento más un cuarto de comisión: y las cosas que le dan en un buen tercio por lo menos, esto debe darle en doce meses una ganancia de ciento treinta francos. Esperaba que el negocio no se detuviera ahí; que no se pagarían las facturas; que serían renovados; y que su pobre dinerito, habiendo prosperado en la consulta del médico como en un hospital, volvería a él un día considerablemente más gordo y lo suficientemente gordo como para reventar su bolsa. y dictó otro proyecto de ley, por el cual Bovary se comprometía a pagar a su orden el 1 de septiembre siguiente la suma de mil setenta francos, que con los ciento ochenta ya convenidos, hacía sólo mil doscientos cincuenta, prestándose así a seis por ciento más un cuarto de comisión: y las cosas que le dan en un buen tercio por lo menos, esto debe darle en doce meses una ganancia de ciento treinta francos. Esperaba que el negocio no se detuviera ahí; que no se pagarían las facturas; que serían renovados; y que su pobre dinerito, habiendo prosperado en la consulta del médico como en un hospital, volvería a él un día considerablemente más gordo y lo suficientemente gordo como para reventar su bolsa. y dictó otro proyecto de ley, por el cual Bovary se comprometía a pagar a su orden el 1 de septiembre siguiente la suma de mil setenta francos, que con los ciento ochenta ya acordados, hacían sólo mil doscientos cincuenta, prestando así al seis por ciento además a un cuarto por comisión: y las cosas que le dan en un buen tercio por lo menos, esto debe darle en doce meses una ganancia de ciento treinta francos. Esperaba que el negocio no se detuviera ahí; que no se pagarían las facturas; que serían renovados; y que su pobre dinerito, habiendo prosperado en la consulta del médico como en un hospital, volvería a él un día considerablemente más gordo y lo suficientemente gordo como para reventar su bolsa. por el cual Bovary se comprometía a pagar a su orden el 1 de septiembre siguiente la suma de mil setenta francos, que con los ciento ochenta ya acordados, hacían sólo mil doscientos cincuenta, prestando así al seis por ciento además a un cuarto por comisión: y las cosas que le dan en un buen tercio por lo menos, esto debe darle en doce meses una ganancia de ciento treinta francos. Esperaba que el negocio no se detuviera ahí; que no se pagarían las facturas; que serían renovados; y que su pobre dinerito, habiendo prosperado en la consulta del médico como en un hospital, volvería a él un día considerablemente más gordo y lo suficientemente gordo como para reventar su bolsa. con

los ciento ochenta ya convenidos, hizo sólo mil doscientos cincuenta, prestando así al seis por ciento más un cuarto por comisión; darle una ganancia de ciento treinta francos. Esperaba que el negocio no se detuviera ahí; que no se pagarían las facturas; que serían renovados; y que su pobre dinerito, habiendo prosperado en la consulta del médico como en un hospital, volvería a él un día considerablemente más gordo y lo suficientemente gordo como para reventar su bolsa. con los ciento ochenta ya convenidos, hizo sólo mil doscientos cincuenta, prestando así al seis por ciento más un cuarto por comisión; darle una ganancia de ciento treinta francos. Esperaba que el negocio no se detuviera ahí; que no se pagarían las facturas; que serían renovados; y que su pobre dinerito, habiendo prosperado en la consulta del médico como en un hospital, volvería a él un día considerablemente más gordo y lo suficientemente gordo como para reventar su bolsa. esto debería darle en doce meses una ganancia de ciento treinta francos. Esperaba que el negocio no se detuviera ahí; que no se pagarían las facturas; que serían renovados; y que su pobre dinerito, habiendo prosperado en la consulta del médico como en un hospital, volvería a él un día considerablemente más gordo y lo suficientemente gordo como para reventar su bolsa. Esperaba que el negocio no se detuviera ahí; que no se pagarían las facturas; que serían renovados; y que su pobre dinerito, habiendo prosperado en la consulta del médico como en un hospital, volvería a él un día considerablemente más gordo y lo suficientemente gordo como para reventar su bolsa.

Todo, además, salió bien con él. Fue adjudicatario de un suministro de sidra para el hospital de Neufchâtel; Monsieur Guillaumin le prometió una parte de los pozos de césped de Gaumesnil, y soñó con establecer un nuevo servicio de diligencia entre Arcueil y Rouen, que sin duda no tardaría en arruinar la destartada furgoneta del "Lion d'Or", y que, viajando más rápido, más barato y llevando más equipaje, pondría así en sus manos todo el comercio de Yonville.

Charles se preguntó varias veces de qué manera podría devolver tanto dinero el próximo año. Reflexionó, imaginó expedientes, como presentar una solicitud a su padre o vender algo. Pero su padre sería sordo, y él—él no tenía nada que vender. Entonces previó tales preocupaciones que rápidamente desechó tan desagradable tema de meditación de su mente. Se reprochaba haber olvidado a Emma, como si, al pertenecer todos sus pensamientos a esta mujer, le estuviera robando algo para no estar pensando constantemente en ella.

El invierno fue severo, la convalecencia de Madame Bovary lenta. Cuando hacía buen tiempo, le acercaban el sillón a la ventana que daba a la plaza, porque ahora le tenía antipatía al jardín, y las persianas de ese lado estaban siempre bajadas. Ella deseaba que se vendiera el caballo; lo que antes le gustaba ahora le desagradaba. Todas sus ideas parecían limitarse al cuidado de sí misma. Se quedó en la cama tomando pequeñas comidas, llamó al sirviente para preguntarle por sus gachas o para charlar con ella. La nieve en el techo del mercado arrojaba una luz blanca y quieta a la habitación; luego empezó a llover; y Emma aguardaba a diario con la mente llena de ansias el inevitable retorno de algunos sucesos insignificantes que, sin embargo, no tenían relación con ella. La más importante fue la llegada de la "Hirondelle" por la tarde. Entonces la casera gritó y otras voces respondieron, mientras la linterna de Hippolyte, mientras sacaba las cajas del maletero, era como una estrella en la oscuridad. A mediodía entró Carlos; luego volvió a salir; luego tomó un poco de té de carne, y hacia las cinco, a medida que avanzaba el día, los niños que volvían de la escuela, arrastrando sus zapatos de madera por el pavimento, golpeaban el badajo de las contraventanas con sus reglas uno tras otro.

Fue a esta hora cuando el señor Bournisien vino a verla. Preguntó por su salud, le dio noticias, la exhortó a la religión, en un parloteo halagador que no carecía de encanto. El mero pensamiento de su sotana la consolaba.

Un día, en el colmo de su enfermedad, se había creído morir y había pedido la comunión; y, mientras hacían los preparativos en su cuarto para el sacramento, mientras convertían en altar la mesita de noche cubierta de jarabes, y mientras Félicité esparcía flores de dalia en el suelo, Emma sintió pasar sobre ella un poder que la liberó. de sus dolores, de toda percepción, de todo sentimiento. Su cuerpo, aliviado, ya no pensaba; otra vida comenzaba; le parecía que su ser, ascendiendo hacia Dios, se aniquilaría en ese amor como incienso ardiente que se deshace en vapor. Las sábanas fueron rociadas con agua bendita, el sacerdote sacó de la sagrada píxide la hostia blanca; y fue desmayada de un gozo celestial que adelantó los labios para aceptar el cuerpo del Salvador que se le presentaba. Las cortinas de la alcoba flotaban suavemente a su alrededor como nubes, y los rayos de las dos velas que ardían sobre la mesa de noche parecían brillar como halos deslumbrantes. Entonces dejó caer la cabeza hacia atrás, creyendo oír en el espacio la música de las arpas seráficas, y percibió en un cielo azul, sobre un trono de oro en medio de los santos que sostenían palmas verdes, a Dios Padre, resplandeciente de majestad, que con un señal enviada a la tierra ángeles con alas de fuego para llevarla en sus brazos. y los rayos de los dos cirios que ardían sobre la mesa de noche parecían brillar como halos deslumbrantes. Entonces dejó caer la cabeza hacia atrás, creyendo oír en el espacio la música de las arpas seráficas, y percibió en un cielo azul, sobre un trono de oro en medio de los santos que sostenían palmas verdes, a Dios Padre, resplandeciente de majestad, que con un señal enviada a la tierra ángeles con alas de fuego para llevarla en sus brazos. y los rayos de los dos cirios que ardían sobre la mesa de noche parecían brillar como halos deslumbrantes. Entonces dejó caer la cabeza hacia atrás, creyendo oír en el espacio la música de las arpas seráficas, y percibió en un cielo azul, sobre un trono de oro en medio de los santos que sostenían palmas verdes, a Dios Padre, resplandeciente de majestad, que con un señal enviada a la tierra ángeles con alas de fuego para llevarla en sus brazos.

Esta espléndida visión moraba en su memoria como lo más hermoso que era posible soñar, de modo que ahora se esforzaba por recordar su sensación. Eso todavía duró, sin embargo, pero de una manera menos exclusiva y con una dulzura más profunda. Su alma, torturada por el orgullo, al fin encontró descanso en la humildad cristiana, y, saboreando el gozo de la

debilidad, vio dentro de sí misma la fuerza de su voluntad, que debió dejar una amplia entrada para las incursiones de la gracia celestial. Existían, pues, en lugar de la felicidad, alegrías aún mayores: otro amor más allá de todos los amores, sin pausa y sin fin, ¡uno que crecería eternamente! Vio entre las ilusiones de su esperanza un estado de pureza flotando sobre la tierra mezclándose con el cielo, al que aspiraba. Quería convertirse en santa. Compró coronillas y usó amuletos; deseaba tener en su habitación, al lado de su cama, un relicario engarzado en esmeraldas para poder besarlo todas las noches.

El cura se maravilló de este humor, aunque la religión de Emma, pensó, podría, por su fervor, terminar por rozar la herejía, la extravagancia. Pero como no era muy versado en estas cosas, en cuanto pasaban de cierto límite, escribía al señor Boulard, librero de monseñor, para enviarle "algo bueno para una señora que era muy lista". El librero, con tanta indiferencia como si estuviera enviando ferretería a los negros, empaquetó, alboroto, todo lo que entonces estaba de moda en el piadoso comercio de libros. Había pequeños manuales de preguntas y respuestas, folletos de tono agresivo a la manera de Monsieur de Maistre, y ciertas novelas de encuadernación rosada y de estilo meloso, fabricadas por seminaristas trovadores o medias azules penitentes. Estaban los "Piénsalo; el Hombre de Mundo a los Pies de María, de Monsieur de ***, condecorado con numerosas Órdenes"; "Los errores de Voltaire, para uso de los jóvenes", etc.

La mente de madame Bovary no estaba aún lo bastante clara para dedicarse seriamente a nada; además, comenzó esta lectura con demasiada prisa. Creció irritada por las doctrinas de la religión; la arrogancia de los escritos polémicos la desagradaba por su inveteración en atacar a personas que no conocía; y las historias seculares, realizadas con la religión, le parecían escritas en tal ignorancia del mundo, que insensiblemente la alejaban de las verdades cuya prueba buscaba. Sin embargo, ella perseveró; y cuando el volumen se le escapó de las manos, se imaginó presa de la más fina melancolía católica que un alma etérea pudiera concebir.

As for the memory of Rodolphe, she had thrust it back to the bottom of her heart, and it remained there more solemn and more motionless than a king's mummy in a catacomb. An exhalation escaped from this embalmed love, that, penetrating through everything, perfumed with tenderness the immaculate atmosphere in which she longed to live. When she knelt on her Gothic prie-Dieu, she addressed to the Lord the same suave words that she had murmured formerly to her lover in the outpourings of adultery. It was to make faith come; but no delights descended from the heavens, and she arose with tired limbs and with a vague feeling of a gigantic dupery.

This searching after faith, she thought, was only one merit the more, and in the pride of her devoutness Emma compared herself to those grand ladies of long ago whose glory she had dreamed of over a portrait of La Valliere, and who, trailing with so much majesty the lace-trimmed trains of their long gowns, retired into solitudes to shed at the feet of Christ all the tears of hearts that life had wounded.

Then she gave herself up to excessive charity. She sewed clothes for the poor, she sent wood to women in childbed; and Charles one day, on coming home, found three good-for-nothings in the kitchen seated at the table eating soup. She had her little girl, whom during her illness her husband had sent back to the nurse, brought home. She wanted to teach her to read; even when Berthe cried, she was not vexed. She had made up her mind to resignation, to universal indulgence. Her language about everything was full of ideal expressions. She said to her child, "Is your stomach-ache better, my angel?"

Madame Bovary padre no encontró nada que censurar excepto tal vez esta manía de tejer chaquetas para los huérfanos en lugar de remendar su propia ropa de casa; pero, acosada por querellas domésticas, la buena mujer se complacía en esta casa tranquila, y hasta después de Pascua se quedó en ella para escapar de los sarcasmos del viejo Bovary, que no dejaba de pedir chinchulines el Viernes Santo.

Además de la compañía de su suegra, que la fortalecía un poco con la rectitud de su juicio y sus maneras graves, Emma tenía casi todos los días otros visitantes. Eran madame Langlois, madame Caron, madame Dubreuil, madame Tuvache y, regularmente, de dos a cinco de la tarde, la excelente madame Homais, quien, por su parte, nunca había creído nada de los chismes sobre su vecino. El pequeño Homais también vino a verla; Justin los acompañó. Subió con ellos al dormitorio de ella y permaneció de pie junto a la puerta, inmóvil y mudo. A menudo, incluso Madame Bovary; sin prestarle atención, comenzó su baño. Comenzó por sacar su peine, sacudiendo la cabeza con un movimiento rápido, y cuando vio por primera vez toda esta masa de pelo que le caía hasta las rodillas y se desenrollaba en rizados negros, fue para él, ¡pobre niña! como una entrada repentina en algo nuevo y extraño, cuyo esplendor lo aterrorizaba.

Emma, sin duda, no se percató de sus silenciosas atenciones ni de su timidez. No sospechaba que el amor desaparecido de su vida estaba allí, palpitando a su lado, bajo esa tosca camisa holandesa, en ese corazón juvenil abierto a las emanaciones de su belleza. Además, ahora envolvía todas las cosas con tal indiferencia, tenía palabras tan cariñosas con miradas tan altivas, maneras tan contradictorias, que ya no se podía distinguir el egoísmo de la caridad, ni la corrupción de la virtud. Una noche, por ejemplo, se enfadó con el criado, que le había pedido salir, y tartamudeó buscando algún pretexto. Entonces, de repente—

"¿Así que lo amas?" ella dijo.

Y sin esperar respuesta de Félicité, que se sonrojaba, añadió: "¡Ahí! correr; ¡Diviértete!"

A principios de la primavera hizo arreglar el jardín de punta a punta, a pesar de las protestas de Bovary. Sin embargo, se alegró de verla por fin manifestar un deseo de cualquier tipo. A medida que se fortalecía, mostraba más obstinación. En primer lugar, encontró ocasión de expulsar a Mere Rollet, la nodriza, que durante su convalecencia había contraído la costumbre de ir demasiado a la cocina con sus dos lactantes y su huésped, mejor por los

dientes que un canibal. Luego se deshizo de la familia Homais, despidió sucesivamente a todos los demás visitantes, e incluso frecuentó la iglesia con menos asiduidad, con gran aprobación del boticario, quien le dijo amistosamente:

¡Ibas a entrar un poco por la sotana!

Como antes, Monsieur Bournisien se dejaba caer todos los días cuando salía después de la clase de catecismo. Prefería quedarse al aire libre a tomar el aire “en la arboleda”, como llamaba a la pérgola. Este fue el momento en que Charles llegó a casa. Estaban calientes; Trajeron un poco de sidra dulce y bebieron juntos hasta la restauración completa de madame.

Binet estaba allí; es decir, un poco más abajo contra la pared de la terraza, pescando cangrejos. Bovary lo invitó a tomar un trago, y él entendió a la perfección el descorche de las botellas de piedra.

—Debes —dijo, lanzando una mirada satisfecha a su alrededor, incluso hasta el mismo extremo del paisaje—, sostener la botella perpendicularmente sobre la mesa y, después de cortar los hilos, presionar el corcho con pequeños empujones, suavemente, suavemente, como hacen con el agua mineral en los restaurantes.

Pero durante su demostración, la sidra a menudo les saltaba directamente a la cara, y luego el eclesiástico, con una risa espesa, nunca se perdió esta broma:

“¡Su bondad salta a la vista!”

Era, en efecto, un buen tipo y un día ni siquiera se escandalizó del químico, quien aconsejó a Charles que distrajera a la señora llevándola al teatro de Rouen a escuchar al ilustre tenor Lagardy. Homais, sorprendido por este silencio, quiso saber su opinión, y el cura declaró que consideraba la música menos peligrosa para la moral que la literatura.

Pero el químico tomó la defensa de las letras. El teatro, sostenía, servía para despotricar contra los prejuicios y, bajo una máscara de placer, enseñaba la virtud.

Castigat ridendo mores, [16] ¡ Señor Bournisien! Consideremos así la mayor parte de las tragedias de Voltaire; están hábilmente sembrados de reflexiones filosóficas, que los convirtieron en una vasta escuela de moral y diplomacia para el pueblo”.

[16] Corrige las costumbres a través de la risa.

—Yo —dijo Binet—, vi una vez una pieza llamada El Gamin de Paris, en la que aparecía el personaje de un viejo general que realmente se lleva bien. Presenta a un joven que había seducido a un trabajador. chica, que al final...

-Ciertamente -prosiguió Homais- hay mala literatura como hay mala farmacia, pero condenar de golpe la más importante de las bellas artes me parece una estupidez, una idea gótica, digna de los tiempos abominables que aprisionaron a Galileo. ”

-Sé muy bien -objetó el cura- que hay buenas obras, buenos autores. Sin embargo, si sólo fueran esas personas de diferentes sexos reunidas en un apartamento hechizante, decorado con colorete, esas luces, esas voces afeminadas, todo esto debe, a la larga, engendrar cierto libertinaje mental, dar lugar a pensamientos inmodestos e impuros. tentaciones Tal es, en todo caso, la opinión de todos los Padres. Finalmente —añadió, adoptando de repente un tono místico de voz mientras hacía rodar una pizca de rapé entre sus dedos—, si la Iglesia ha condenado el teatro, debe tener razón; debemos someternos a sus decretos.”

“¿Por qué”, preguntó el farmacéutico, “debería excomulgar a los actores? Porque antes participaban abiertamente en las ceremonias religiosas. Sí, en medio del presbiterio actuaron; realizaron una especie de farsa llamada 'Misterios', que a menudo ofendía las leyes de la decencia”.

El eclesiástico se contentó con lanzar un gemido, y el boticario prosiguió:

“Es como está en la Biblia; hay, ya sabes, más de un detalle picante, ¡asuntos realmente libidinosos!

Y ante un gesto de irritación de monsieur Bournisien...

“¡Ay! admitirás que no es un libro para dejarlo en manos de una joven, y lamentaría que Athalie...”

“Pero son los protestantes, y no nosotros”, exclamó el otro con impaciencia, “quienes recomiendan la Biblia”.

“No importa”, dijo Homais. “Me sorprende que en nuestros días, en este siglo de las luces, se siga insistiendo en proscribir un relajamiento intelectual inofensivo, moralizante y, a veces, incluso higiénico; ¿No es así, doctor?”

—Sin duda —respondió el médico con despreocupación, bien porque compartiendo las mismas ideas no quería ofender a nadie, bien porque no tenía ideas—.

La conversación pareció terminar cuando el químico creyó oportuno disparar una flecha parta.

“He conocido a sacerdotes que se ponen ropa común para ir a ver a los bailarines patear”.

“¡Venir venir!” dijo el cura.

“¡Ay! ¡He conocido a algunos! Y separando las palabras de su frase, Homais repitió: “¡Yo —he— conocido—algunos!”

“Bueno, estaban equivocados”, dijo Bournisien, resignado a cualquier cosa.

“¡Por Júpiter! van por más que eso”, exclamó el boticario.

“¡Señor!” Respondió el eclesiástico, con ojos tan enojados que el boticario se sintió intimidado por ellos.

“Solo quiero decir”, respondió en un tono menos brutal, “que la tolerancia es la forma más segura de atraer a la gente a la religión”.

"¡Eso es verdad! ¡eso es verdad!" asintió el buen muchacho, sentándose de nuevo en su silla. Pero se quedó sólo unos momentos.

Luego, en cuanto se hubo ido, el señor Homais dijo al médico:

Eso es lo que yo llamo una pelea de gallos. ¡Lo vencí, lo viste, de alguna manera! Ahora sigue mi consejo. Lleve a la señora al teatro, aunque solo sea por una vez en su vida, para enfurecer a uno de estos cuervos, ¡al diablo! Si alguien pudiera tomar mi lugar, yo mismo te acompañaría. Sé rápido al respecto. Lagardy solo va a dar una actuación; está comprometido para ir a Inglaterra con un salario alto. Por lo que escuché, es un perro normal; él está rodando en dinero; él está tomando tres amantes y un cocinero junto con él. Todos estos grandes artistas queman la vela por los dos extremos; requieren una vida disoluta, que se adapte a la imaginación hasta cierto punto. Pero mueren en el hospital, porque no tienen el sentido común cuando son jóvenes para descansar. Bueno, una cena agradable! Adiós hasta mañana.

La idea del teatro germinó rápidamente en la cabeza de Bovary, quien de inmediato se la comunicó a su esposa, quien al principio se negó alegando el cansancio, la preocupación, el gasto; pero, por maravilla, Charles no se dio por vencido, tan seguro estaba de que esta recreación sería buena para ella. No vio nada que se lo impidiera: su madre les había enviado trescientos francos que ya no esperaba; las deudas corrientes no eran muy grandes, y la caída de las letras de Lheureux estaba todavía tan lejana que no había necesidad de pensar en ellas. Además, imaginando que ella se negaba por delicadeza, insistió más; de modo que a fuerza de inquietarla se decidió por fin, y al día siguiente a las ocho partieron en el Hirondelle.

El boticario, a quien nada retenía en Yonville, pero que se creía obligado a no dejarlo, suspiró al verlos marchar.

"¡Bueno, un viaje agradable!" les dijo; "¡Felices mortales que sois!"

Luego, dirigiéndose a Emma, que vestía un vestido de seda azul con cuatro volantes:

"Eres tan hermosa como una Venus. Darás la talla en Rouen.

La diligencia se detuvo en la "Croix-Rouge" en la Place Beauvoisine. Era la posada que hay en todo arrabal de provincias, con grandes cuadras y pequeños dormitorios, donde se ven en medio del patio gallinas robando la avena bajo las calesas fangosas de los viajeros de comercio: una buena casa vieja, con balcones carcomidos. que crujen al viento en las noches de invierno, siempre llenas de gente, ruido y comida, cuyas mesas negras están pegajosas de café y brandy, los gruesos ventanales amarillentos por las moscas, las servilletas húmedas manchadas de vino barato, y que siempre huele del pueblo, como labradores vestidos de domingo, tiene un café en la calle, y hacia el campo una huerta. Charles partió de inmediato. Confundió los palcos con la galería, el foso con las cajas; pidió explicaciones, no las entendió; fue enviado desde la taquilla al director interino; Regresé a la posada, volví al teatro y así atravesé varias veces toda la ciudad desde el teatro hasta el bulevar.

Madame Bovary compró un gorro, guantes y un ramo. El médico tenía mucho miedo de perderse el principio y, sin haber tenido tiempo de tragar un plato de sopa, se presentaron a las puertas del teatro, que seguían cerradas.

Capítulo quince

La multitud esperaba contra la pared, simétricamente encerrada entre las balastradas. En la esquina de las calles vecinas, enormes carteles repetían en letras pintorescas “Lucie de Lammermoor-Lagardy-Opera-etc.” Hacía buen tiempo, la gente tenía calor, el sudor corría entre los rizos, y los pañuelos sacados de los bolsillos secaban las frentes enrojecidas; y de vez en cuando un viento cálido que soplaba del río agitaba suavemente el borde de los toldos de garrapatas que colgaban de las puertas de las tabernas. Un poco más abajo, sin embargo, lo refrescaba una corriente de aire helado que olía a sebo, cuero y aceite. Era una exhalación de la Rue des Charrettes, llena de grandes almacenes negros donde hacían toneles.

Por miedo a parecer ridícula, Emma antes de entrar deseaba dar un pequeño paseo por el puerto, y Bovary guardaba prudentemente sus billetes en la mano, en el bolsillo del pantalón, que apretaba contra el estómago.

Su corazón comenzó a latir tan pronto como llegó al vestíbulo. Involuntariamente sonrió con vanidad al ver a la multitud correr hacia la derecha por el otro pasillo mientras ella subía las escaleras hacia los asientos reservados. Estaba tan complacida como una niña empujando con el dedo la gran puerta tapizada. Aspiró con todas sus fuerzas el olor a polvo de los vestíbulos, y cuando estuvo sentada en su palco se inclinó hacia delante con aire de duquesa.

El teatro empezaba a llenarse; se sacaron los prismáticos de sus estuches y los suscriptores, mirándose unos a otros, se inclinaron. Vinieron a buscar relajación en las bellas artes después de las preocupaciones de los negocios; pero no se olvidó el “negocio”; todavía hablaban de algodones, licores de vino o índigo. Se veían cabezas de ancianos, inexpresivos y apacibles, con el cabello y la tez como medallas de plata empañadas por vapores de plomo. Los jóvenes pretendientes se pavoneaban en el foso, mostrando en la abertura de sus chalecos sus corbatas rosas o verde manzana, y madame Bovary los admiraba desde arriba apoyados en sus bastones con pomo de oro en la palma abierta de sus guantes amarillos.

Ahora las luces de la orquesta estaban encendidas, el brillo, bajado del techo, arrojando por el brillo de sus facetas una alegría repentina sobre el teatro; luego los músicos entraron uno tras otro; y primero estaba el alboroto prolongado de los bajos refunfuñando, los violines chirriando, las cornetas tocando la trompeta, las flautas y las chirimías repiqueteando. Pero se escucharon tres golpes en el escenario, comenzó un redoble de tambores, los instrumentos de metal tocaron algunos acordes y, al levantarse el telón, se descubrió una escena campestre.

Era el cruce de caminos de un bosque, con una fuente a la sombra de un roble a la izquierda. Campesinos y señores con mantas sobre los hombros cantaban juntos una canción de caza; luego apareció de repente un capitán, que invocó el espíritu del mal levantando ambos brazos hacia el cielo. Apareció otro; se fueron, y los cazadores comenzaron de nuevo. Se sintió transportada a la lectura de su juventud, en medio de Walter Scott. Le pareció oír a través de la niebla el sonido de las gaitas escocesas resonando sobre los brezos. Luego su recuerdo de la novela ayudándola a comprender el libreto, siguió la historia frase por frase, mientras los vagos pensamientos que volvían a ella se dispersaban de golpe con los estallidos de la música. Se entregó al arrullo de las melodías, y sintió vibrar todo su ser como si los arcos de un violín estuvieran tirados sobre sus nervios. No tenía ojos para mirar el vestuario, la escenografía, los actores, los árboles pintados que se estremecían cuando alguien caminaba, los gorros de terciopelo, los mantos, las espadas, todas esas cosas imaginarias que flotaban en la armonía como en la atmósfera de otro mundo. Pero una mujer joven se adelantó y le arrojó una bolsa a un escudero vestido de verde. Se quedó sola, y la flauta se oía como el murmullo de una fuente o el trinar de los pájaros. Lucie atacó valientemente su cavatina en sol mayor. Ella se quejó de amor; anhelaba alas. También Emma, huyendo de la vida, hubiera querido volar en un abrazo. De repente apareció Edgar-Lagardy. No tenía ojos para mirar el vestuario, la escenografía, los actores, los árboles pintados que se estremecían cuando alguien caminaba, los gorros de terciopelo, los mantos, las espadas, todas esas cosas imaginarias que flotaban en la armonía como en la atmósfera de otro mundo. Pero una mujer joven se adelantó y le arrojó una bolsa a un escudero vestido de verde. Se quedó sola, y la flauta se oía como el murmullo de una fuente o el trinar de los pájaros. Lucie atacó valientemente su cavatina en sol mayor. Ella se quejó de amor; anhelaba alas. También Emma, huyendo de la vida, hubiera querido volar en un abrazo. De repente apareció Edgar-Lagardy. espadas—todas esas cosas imaginarias que flotaban en medio de la armonía como en la atmósfera de otro mundo. Pero una mujer joven se adelantó y le arrojó una bolsa a un escudero vestido de verde. Se quedó sola, y la flauta se oía como el murmullo de una fuente o el trinar de los pájaros. Lucie atacó valientemente su cavatina en sol mayor. Ella se quejó de amor; anhelaba alas. También Emma, huyendo de la vida, hubiera querido volar en un abrazo. De repente apareció Edgar-Lagardy. espadas—todas esas cosas imaginarias que flotaban en medio de la armonía como en la atmósfera de otro mundo. Pero una mujer joven se adelantó y le arrojó una bolsa a un escudero vestido de verde. Se quedó sola, y la flauta se oía como el murmullo de una fuente o el trinar de los pájaros. Lucie atacó

valiente de su cavatina en sol mayor. Ella se quejó de amor; anhelaba alas. También Emma, huyendo de la vida, hubiera querido volar en un abrazo. De repente apareció Edgar-Lagardy. Ella se quejó de amor; anhelaba alas. También Emma, huyendo de la vida, hubiera querido volar en un abrazo. De repente apareció Edgar-Lagardy. Ella se quejó de amor; anhelaba alas. También Emma, huyendo de la vida, hubiera querido volar en un abrazo. De repente apareció Edgar-Lagardy.

Tenía esa palidez espléndida que da algo de la majestuosidad del mármol a las razas ardientes del Sur. Su forma vigorosa estaba bien vestida con un jubón de color marrón; un pequeño puñal cincelado colgaba de su muslo izquierdo y lanzaba miradas risueñas mostrando sus dientes blancos. Decían que una princesa polaca que lo había oído cantar una noche en la playa de Biarritz, donde reparaba barcos, se había enamorado de él. Ella se había arruinado por él. La había abandonado por otras mujeres, y esta celebridad sentimental no dejó de mejorar su reputación artística. El mimo diplomático se cuidaba siempre de deslizarse en sus anuncios alguna frase poética sobre la fascinación de su persona y la susceptibilidad de su alma. Buen órgano, frialdad imperturbable,

Desde la primera escena despertó entusiasmo. Estrechó a Lucy en sus brazos, la dejó, volvió, parecía desesperado; tenía arranques de cólera, luego elegíacos gorgoteos de infinita dulzura, y las notas escapaban de su cuello desnudo llenas de sollozos y besos. Emma se inclinó para verlo, agarrando el terciopelo de la caja con las uñas. Iba llenando su corazón con estos melódicos lamentos que se alargaban al son de los contrabajos, como los gritos de los que se ahogan en el tumulto de una tempestad. Reconoció toda la embriaguez y la angustia que casi la habían matado. Le parecía que la voz de una prima donna no eran más que ecos de su conciencia, y de esta ilusión que la encantaba como algo propio de su propia vida. Pero nadie en la tierra la había amado con tanto amor. No había llorado como Edgar aquella última noche de luna cuando le dijeron: «¡Mañana! ¡mañana!» El teatro resonó con vítores; recomenzaron todo el movimiento; los amantes hablaban de las flores de su tumba, de votos, destierros, hados, esperanzas; y cuando pronunciaron el adieu final, Emma dio un grito agudo que se mezcló con las vibraciones de los últimos acordes.

“Pero, ¿por qué”, preguntó Bovary, “ese señor la persigue?”

“¡No no!” ella respondió; ¡Él es su amante!

“Sin embargo, él jura vengarse de su familia, mientras que el otro que vino antes dijo: ‘¡Amo a Lucie y ella me ama a mí!’ Además, se fue con su padre del brazo. Porque ciertamente es su padre, ¿no es así? El hombrecito feo con una pluma de gallo en el sombrero.

A pesar de las explicaciones de Emma, tan pronto como comenzó el dúo recitativo en el que Gilbert deja al descubierto sus abominables maquinaciones a su maestro Ashton, Charles, al ver el falso anillo de compromiso que engaña a Lucie, pensó que era un regalo de amor enviado por Edgar. Confesó, además, que no entendió la historia por la música, que interfería mucho con las palabras.

“¿Que importa?” dijo Emma. “¡Cállate!”

“Sí, pero ya sabes”, continuó, apoyándose en su hombro, “me gusta entender las cosas”.

“¡Tranquilizarse! ¡tranquilizarse!” gritó con impaciencia.

Lucie avanzó, medio apoyada por sus mujeres, con una corona de azahares en el pelo y más pálida que el satén blanco de su vestido. Emma soñó con el día de su boda; se vio de nuevo en casa entre el maíz en el pequeño sendero mientras caminaban hacia la iglesia. Oh, ¿por qué ella, como esta mujer, no había resistido, implorado? Ella, por el contrario, había estado alegre, sin ver el abismo al que se arrojaba. ¡Ay! si en la frescura de su belleza, antes de la mancha del matrimonio y las desilusiones del adulterio, hubiera podido anclar su vida en algún corazón grande y fuerte, entonces la virtud, la ternura, la voluptuosidad y el deber se mezclaban, nunca habría caído de tal manera. alta una felicidad. Pero esa felicidad, sin duda, era una mentira inventada para la desesperación de todo deseo. Ahora sabía la pequeñez de las pasiones que el arte exageraba. Entonces, esforzándose por desviar sus pensamientos, Emma decidió ahora ver en esta reproducción de sus penas sólo una fantasía plástica, lo suficientemente buena como para agradar a la vista, y hasta sonrió internamente con desdeñosa piedad cuando estaba en el fondo del escenario bajo las colgaduras de terciopelo. apareció un hombre con una capa negra.

Su gran sombrero español cayó a un gesto que hizo, e inmediatamente los instrumentos y los cantores comenzaron el sexteto. Edgar, centelleando de furia, dominó a todos los demás con su voz más clara; Ashton le lanzó provocaciones homicidas en notas profundas; Lucie lanzó su estridente lamento, Arthur a un lado, sus tonos modulados en el registro medio, y el bajo del ministro resonó como un órgano, mientras las voces de las mujeres que repetían sus palabras las recogían a coro deliciosamente. Estaban todos en fila gesticulando, y la ira, la venganza, los celos, el terror y la estupefacción salían a la vez de sus bocas entreabiertas. El amante ultrajado blandió su espada desnuda; su volante de guipur se levantaba con sacudidas al movimiento de su pecho, y caminaba de derecha a izquierda con largas zancadas, haciendo sonar contra las tablas las espuelas de plata dorada de sus suaves botas, ensanchándose a la altura de los tobillos. Él, pensó, debe tener un amor inagotable para prodigarlo a la multitud con tanta efusión. Todos sus pequeños reproches se desvanecieron ante la poesía de la parte que la absorbía; y, atraída hacia este hombre por la ilusión del personaje, trató de imaginarse su vida, esa vida resonante, extraordinaria, espléndida, y que podría haber sido la suya si el destino lo hubiera querido. Se habrían conocido, se habrían amado. Con él, por todos los reinos de Europa habría viajado de capital en capital, compartiendo sus fatigas y su orgullo, recogiendo las flores que le arrojaban, bordando ella misma sus trajes. Entonces cada noche, en el fondo de un palco, detrás del enrejado de oro, habría bebido con avidez las expansiones de esta alma que habría cantado sólo para ella; desde el escenario, incluso mientras actuaba, la habría mirado. Pero se apoderó de ella la loca idea de que él la estaba mirando; era seguro

Ansiaba correr a sus brazos, refugiarse en su fuerza, como en la encarnación del amor mismo, y decirle, gritar: “¡Llévame! llévame contigo! ¡Déjanos ir! ¡Tuyo, tuyo! todo mi ardor y todos mis sueños!” Pero se apoderó de ella la loca idea de que él la estaba mirando; era seguro Ansiaba correr a sus brazos, refugiarse en su fuerza, como en la encarnación del amor mismo, y decirle, gritar: “¡Llévame! llévame contigo! ¡Déjanos ir! ¡Tuyo, tuyo! todo mi ardor y todos mis sueños!” Pero se apoderó de ella la loca idea de que él la estaba mirando; era seguro Ansiaba correr a sus brazos, refugiarse en su fuerza, como en la encarnación del amor mismo, y decirle, gritar: “¡Llévame! llévame contigo! ¡Déjanos ir! ¡Tuyo, tuyo! todo mi ardor y todos mis sueños!”

Cayó el telón.

El olor del gas mezclado con el de los alientos, el vaivén de los ventiladores, hacían el aire más sofocante. Emma quería salir; la multitud llenaba los pasillos y ella se reclinaba en su sillón con palpitaciones que la ahogaban. Charles, temiendo que ella se desmayara, corrió a la sala de refrescos para tomar un vaso de agua de cebada.

Tuvo muchas dificultades para volver a su asiento, porque a cada paso le temblaban los codos a causa del vaso que sostenía en las manos, e incluso derramó las tres cuartas partes sobre los hombros de una señora de Rouen en manga corta, que sintiendo el líquido frío corriendo por sus ingles, lanzó gritos como un pavo real, como si estuviera siendo asesinada. Su marido, que era molinero, increpó al torpe, y mientras ella limpiaba con su pañuelo las manchas de su hermoso vestido de tafetán color cereza, él murmuró con enfado sobre indemnizaciones, gastos, reembolsos. Por fin, Charles llegó hasta su esposa y le dijo, casi sin aliento:

“¡Ma foi! Pensé que debería haber tenido que quedarme allí. Hay tal multitud, ¡TAL multitud!”

añadió—

¡Adivina a quién conocí allí! ¡Señor León!

"¿León?"

"¡Él mismo! Viene a presentar sus respetos. Y acabando estas palabras entró en el palco el ex escribano de Yonville.

Extendió la mano con la facilidad de un caballero; y Madame Bovary extendió la suya, sin duda obedeciendo al atractivo de una voluntad más fuerte. No lo había sentido desde aquella tarde de primavera cuando la lluvia cayó sobre las hojas verdes y se despidieron de pie junto a la ventana. Pero pronto recordó las necesidades de la situación, con un esfuerzo se sacudió el letargo de sus recuerdos y comenzó a balbucear algunas palabras apresuradas.

“¡Ah, buenos días! ¡Qué! ¿tu aquí?”

"¡Silencio!" gritó una voz desde el foso, porque el tercer acto comenzaba.

“¿Así que estás en Rouen?”

"Sí."

“¿Y desde cuándo?”

“¡Echadlos fuera! ¡Apágalos!” La gente los miraba. Ellos estaban en silencio.

Pero a partir de ese momento no escuchó más; y el coro de invitados, la escena entre Ashton y su sirviente, el gran dúo en re mayor, todo era para ella tan lejano como si los instrumentos se hubieran vuelto menos sonoros y los personajes más remotos. Recordó las partidas de cartas en la farmacia, y el camino a la enfermería, la lectura en el cenador, el *tête-à-tête* junto al fuego, todo ese pobre amor, tan tranquilo y tan prolongado, tan discreto, tan tierno, y que ella sin embargo había olvidado. ¿Y por qué había vuelto? ¿Qué combinación de circunstancias lo había traído de vuelta a su vida? Él estaba de pie detrás de ella, apoyado con el hombro contra la pared de la caja; de vez en cuando se sentía estremecerse bajo el aliento caliente de sus fosas nasales que caía sobre su cabello.

“¿Esto te divierte?” dijo él, inclinándose sobre ella tan cerca que la punta de su bigote rozó su mejilla. Ella respondió descuidadamente—

"Oh, Dios mío, no, no mucho".

Entonces propuso que salieran del teatro y fueran a tomar un helado a algún lado.

“Oh, todavía no; quedémonos”, dijo Bovary. “Su cabello está despeinado; esto va a ser trágico”.

Pero la loca escena no le interesó en absoluto a Emma, y la actuación de la cantante le pareció exagerada.

“Ella grita demasiado fuerte”, dijo, volviéndose hacia Charles, que estaba escuchando.

—Sí, un poco —respondió él, indeciso entre la franqueza de su placer y el respeto por la opinión de su mujer.

Luego, con un suspiro, León dijo:

“El calor es—”

"¡Inaguantable! ¡Sí!"

"¿Te sientes mal?" preguntó Bovary.

“Sí, soy sofocante; Déjanos ir."

Monsieur León se puso con cuidado su largo chal de encaje sobre los hombros, y los tres fueron a sentarse al puerto, al aire libre, junto a las ventanas de un café.

Primero hablaron de su enfermedad, aunque Emma interrumpía de vez en cuando a Charles, por miedo, decía, a aburrir a Monsieur León; y éste les dijo que había venido a pasar dos años a Rouen en una gran oficina, para practicar su profesión, que era diferente en Normandía y París. Luego preguntó por Berthe, los Homais, Mere Lefrancois, y como no tenían nada más que decirse en presencia del marido, la conversación pronto terminó.

La gente que salía del teatro pasaba por la acera tarareando o gritando a todo pulmón: “ ¡O belange, ma Lucie! ” [17] Entonces Léon, jugando al diletante, comenzó a hablar de música. Había visto a Tambourini, Rubini, Persiani, Grisi y, comparado con ellos, Lagardy, a pesar de sus grandes arrebatos, no estaba en ninguna parte.

[17] Oh hermoso ángel, mi Lucie.

—Sin embargo —interrumpió Charles, que estaba sorbiendo lentamente su sorbete de ron —, dicen que es bastante admirable en el último acto. Lamento irme antes del final, porque estaba empezando a divertirme”.

“Bueno”, dijo el empleado, “pronto dará otra función”.

Pero Charles respondió que volverían al día siguiente. “A menos”, agregó, volviéndose hacia su esposa, “¿te gustaría quedarte solo, gatita?”

Y cambiando de táctica ante esta inesperada oportunidad que se le presentó a sus esperanzas, el joven cantó las alabanzas de Lagardy en el último número. Fue realmente magnífico, sublime. Entonces Charles insistió—

Volverías el domingo. Ven, decidete. Estás equivocado si sientes que esto te está haciendo el menor bien”.

Las mesas que los rodeaban, sin embargo, se estaban vaciando; un camarero vino y se detuvo discretamente cerca de ellos. Carlos, que comprendió, sacó su monedero; el escribiente retuvo su brazo, y no se olvidó de dejar dos piezas más de plata que hizo repicar sobre el mármol.

—Lo siento mucho —dijo Bovary— por el dinero que está...

El otro hizo un gesto despreocupado lleno de cordialidad, y tomando su sombrero dijo:

Está decidido, ¿no? ¿Mañana a las seis?

Charles explicó una vez más que no podía ausentarse por más tiempo, pero que nada impedía que Emma...

“Pero”, tartamudeó, con una extraña sonrisa, “no estoy segura...”

“Bueno, debes pensarlo bien. Ya veremos. La noche trae consejo. Luego a Léon, que caminaba con ellos, “Ahora que estás en nuestra parte del mundo, espero que vengas y nos invites a cenar de vez en cuando”.

El escribano declaró que no dejaría de hacerlo, viéndose obligado, además, a ir a Yonville por algún asunto de su oficina. Y se separaron ante el Pasaje de Saint-Herbland justo cuando el reloj de la catedral daba las once y media.

Parte III

Capítulo uno

Monsieur Léon, mientras estudiaba derecho, había ido con bastante frecuencia a los salones de baile, donde incluso tuvo un gran éxito entre las grisettes, que pensaban que tenía un aire distinguido. Era el mejor educado de los estudiantes; no llevaba el pelo ni demasiado largo ni demasiado corto, no gastaba todo el dinero de su trimestre el primer día del mes y se llevaba bien con sus profesores. En cuanto a los excesos, siempre se había abstenido de ellos, tanto por cobardía como por refinamiento.

A menudo, cuando se quedaba en su habitación para leer, o cuando se sentaba al anochecer bajo los tilos del Luxemburgo, dejaba caer su Código al suelo y el recuerdo de Emma volvía a él. Pero gradualmente este sentimiento se debilitó, y otros deseos se acumularon sobre él, aunque aún persistía a través de todos ellos. Porque Léon no perdió toda esperanza; había para él, por así decirlo, una vaga promesa flotando en el futuro, como una fruta dorada suspendida de un árbol fantástico.

Entonces, al volver a verla después de tres años de ausencia, se despertó su pasión. Debía, pensó, por fin decidirse a poseerla. Además, su timidez se había desgastado por el contacto con sus alegres compañeros, y volvía a provincias despreciando a todos los que con zapatos barnizados no habían pisado el asfalto de los bulevares. Al lado de una parisina con encajes, en el salón de algún médico ilustre, hombre que conducía su carruaje y vestía muchas condecoraciones, el pobre escribiente habría temblado sin duda como un niño; pero aquí, en Rouen, en el puerto, con la mujer de este pequeño médico se sentía a sus anchas, seguro de antemano que brillaría. El autocontrol depende de su entorno. No hablamos en el primer piso como en el cuarto;

Al dejar a los Bovary la noche anterior, Léon los había seguido a lo lejos por las calles; luego, habiéndolos visto detenerse en la "Croix-Rouge", giró sobre sus talones y pasó la noche meditando un plan.

Así que al día siguiente, como a las cinco, entró en la cocina de la posada, con una sensación de ahogo en la garganta, las mejillas pálidas y esa resolución de los cobardes que no se detienen ante nada.

—El señor no está —respondió un sirviente.

Esto le pareció un buen augurio. Subió las escaleras.

Ella no se molestó por su acercamiento; al contrario, se disculpó por no haberle dicho dónde se hospedaban.

"¡Oh, lo adiviné!" dijo León.

Fingió que había sido guiado hacia ella por casualidad, por instinto. Ella comenzó a sonreír; y en seguida, para reparar su locura, Léon le dijo que había pasado la mañana buscándola en todos los hoteles del pueblo uno tras otro.

"¿Así que has decidido quedarte?" añadió.

"Sí", dijo ella, "y estoy equivocada. Uno no debe acostumbrarse a placeres imposibles cuando hay miles de demandas sobre uno."

"¡Oh, puedo imaginarlo!"

"¡Ay! no; para ti, eres un hombre!"

Pero también los hombres habían tenido sus pruebas, y la conversación derivó en ciertas reflexiones filosóficas. Emma se explayó mucho sobre la miseria de los afectos terrenales y el eterno aislamiento en que permanece sepultado el corazón.

Para alardear, o por una ingenua imitación de esta melancolía que le provocaba, el joven declaraba haber estado terriblemente aburrido durante todo el curso de sus estudios. La ley lo irritaba, otras vocaciones lo atraían y su madre no dejaba de preocuparlo en cada una de sus cartas. A medida que hablaban, explicaban cada vez más los motivos de su tristeza, cultivándose en su confianza progresiva. Pero a veces se detuvieron antes de la exposición completa de su pensamiento, y luego intentaron inventar una frase que pudiera expresarlo de todos modos. No confesó su pasión por otro; no dijo que la había olvidado.

Quizá ya no recordaba sus cenas con muchachas después de los bailes de máscaras; y sin duda no recordaba la cita de antaño cuando corría por los campos por la mañana a la casa de su amante. Los ruidos del pueblo apenas les llegaban, y la habitación parecía pequeña, como si tuviera el propósito de cercar más su soledad. Emma, en bata de color cobarde, apoyó la cabeza en el respaldo del viejo sillón; el empapelado amarillo formaba, por así decirlo, un fondo dorado detrás de ella, y su cabeza desnuda se reflejaba en el espejo con la raya blanca en el medio, y la punta de las orejas asomaba entre los pliegues de su cabello.

"¡Pero perdóname!" ella dijo. "Está mal de mi parte. Te canso con mis eternas quejas.

"¡No, nunca, nunca!"

-Si supieras -prosiguió, levantando al techo sus hermosos ojos, en los que temblaba una lágrima-, ¡todo lo que había soñado!

"¡Y yo! ¡Oh, yo también he sufrido! A menudo salía; Me fui. Me arrastré por los muelles buscando distraerme entre el fragor de la multitud sin poder desterrar la pesadez que me pesaba. En la tienda de un grabador del bulevar hay una estampa italiana de una de las Musas. Está envuelta en una túnica y está mirando a la luna, con nomeolvides en su cabello suelto. Algo me conducía allí continuamente; Me quedé allí horas juntos". Luego, con voz temblorosa, "Ella se parecía un poco a ti".

Madame Bovary volvió la cabeza para que él no viera la sonrisa incontinente que sintió asomarse a sus labios.

"A menudo", prosiguió, "te escribí cartas que rompí".

Ella no respondió. Él continuó-

"A veces me imaginaba que alguna casualidad te traería. Creí reconocerte en las esquinas de las calles y corrí detrás de todos los carruajes por cuyas ventanillas vi ondear un chal, un velo como el tuyo.

Parecía resuelta a dejarlo seguir hablando sin interrupción. Cruzándose de brazos e inclinando la cara, miraba los rosetones de sus zapatillas y, a intervalos, hacía pequeños movimientos dentro del satén con los dedos de los pies.

Por fin suspiró.

Pero lo más desdichado, ¿verdad?, es arrastrar, como hago yo, una existencia inútil. Si nuestros dolores fueran de alguna utilidad para alguien, deberíamos encontrar consuelo en el pensamiento del sacrificio".

Partió en elogio de la virtud, del deber y de la inmolación silenciosa, teniendo él mismo un increíble anhelo de abnegación que no lograba satisfacer.

"Me gustaría mucho", dijo, "ser enfermera en un hospital".

"¡Pobre de mí! los hombres no tienen ninguna de estas misiones sagradas, y no veo en ninguna parte ninguna vocación, excepto tal vez la de un médico".

Con un ligero encogimiento de hombros, Emma lo interrumpió para hablar de su enfermedad, que casi la había matado. ¡Qué lástima! ¡Ella no debería estar sufriendo ahora! Léon envidió de inmediato la calma de la tumba, y una noche incluso había hecho testamento, pidiendo ser enterrado en esa hermosa alfombra con rayas de terciopelo que había recibido de ella. Porque así habrían querido ser, cada uno estableciendo un ideal al que ahora adaptaban su vida pasada. Además, el habla es un molino que siempre diluye el sentimiento.

Pero ante esta invención de la alfombra, ella preguntó: "¿Pero por qué?"

"¿Por qué?" Él dudó. "¡Porque te amaba tanto!" Y felicitándose por haber superado la dificultad, Léon miró su rostro con el raballo del ojo.

Era como el cielo cuando una ráfaga de viento empuja las nubes. La masa de pensamientos tristes que los oscurecían pareció disiparse de sus ojos azules; todo su rostro brillaba. Él esperó. Por fin ella respondió—

"Siempre lo sospeché".

Luego repasaron todos los acontecimientos insignificantes de esa lejana existencia, cuyas alegrías y tristezas acababan de resumir en una palabra. Recordaron el cenador con clemátides, los vestidos que había usado, los muebles de su habitación, toda su casa.

"Y nuestros pobres cactus, ¿dónde están?"

"El frío los mató este invierno".

"¡Ay! cómo los he pensado, ¿sabes? Los volví a ver muchas veces como antaño, cuando en las mañanas de verano el sol caía sobre tus persianas, y veía tus dos brazos desnudos desfilando entre las flores.

"¡Pobre amigo!" dijo, tendiéndole la mano.

Léon rápidamente presionó sus labios contra él. Luego, cuando hubo tomado una respiración profunda—

"En ese momento fuiste para mí no sé qué fuerza incomprensible que tomó cautiva mi vida. Una vez, por ejemplo, fui a verte; pero tú, sin duda, no lo recuerdas.

"Yo sí", dijo ella; "seguir."

"Estabas abajo en la antesala, listo para salir, de pie en el último escalón; llevabas un gorro con florecillas azules; y sin ninguna invitación tuya, a pesar mío, fui contigo. Sin embargo, a cada momento me volvía más y más consciente de mi locura, y seguí caminando junto a ti, sin atreverme a seguirte por completo y sin querer dejarte. Cuando entraste en una tienda, te esperé en la calle y te miré por la ventana quitándote los guantes y contando el cambio en el mostrador. Luego llamaste a Madame Tuvache's; te dejaron entrar y yo me paré como un idiota frente a la gran puerta pesada que se había cerrado detrás de ti.

Madame Bovary, al escucharlo, se maravilló de ser tan vieja. Todas estas cosas que reaparecían ante ella parecían ensanchar su vida; era como una inmensidad sentimental a la que volvía; y de vez en cuando decía en voz baja, con los ojos entrecerrados:

"¡Sí, es cierto, cierto, cierto!"

Oyeron dar las ocho en los diferentes relojes del barrio de Beauvoisine, que está lleno de escuelas, iglesias y grandes hoteles vacíos. Ya no hablaron, pero sintieron al mirarse un zumbido en la cabeza, como si algo sonoro se hubiera escapado de los ojos fijos de cada uno. Ahora estaban de la mano, y el pasado, el futuro, las reminiscencias y los sueños, todo se confundía en la dulzura de este éxtasis. La noche oscurecía sobre las paredes, en las que aún brillaban, medio ocultos en la sombra, los colores toscos de cuatro carteles que representaban cuatro escenas de la "Tour de Nesle", con un lema en español y francés al pie. A través de la ventana de guillotina se veía un trozo de cielo oscuro entre los tejados puntiagudos.

Se levantó para encender dos velas de cera en los cajones y volvió a sentarse.

"¡Bien!" dijo Léon.

"¡Bien!" ella respondió.

Estaba pensando cómo reanudar la conversación interrumpida, cuando ella le dijo—

"¿Cómo es que nadie hasta ahora me ha expresado tales sentimientos?"

El empleado dijo que las naturalezas ideales eran difíciles de entender. Él desde el primer momento la había amado, y se desesperaba al pensar en la felicidad que habrían sido de ellos, si gracias a la fortuna, al conocerla antes, se hubieran unido indisolublemente el uno al otro.

"A veces he pensado en ello", continuó.

"¡Qué sueño!" murmuró León. Y toqueteando suavemente el ribete azul de su larga faja blanca, añadió: "¿Y quién nos impide empezar ahora?"

"No, amigo mío", respondió ella; "Soy demasiado viejo; eres demasiado joven. ¡Olvidame! Otros te amarán; los amarás."

"¡No como tú!" gritó.

"¡Qué niño eres! Vamos, seamos sensatos. Lo deseo."

Ella le mostró la imposibilidad de su amor y que debían permanecer, como antes, en los simples términos de una amistad fraternal.

¿Estaba hablando así en serio? Sin duda, la propia Emma no lo sabía, absorta como estaba en el encanto de la seducción y en la necesidad de defenderse de ella; y contemplando al joven con una mirada conmovida, repelió dulcemente las tímidas caricias que intentaban sus manos temblorosas.

"¡Ay! ¡Perdóname!" gritó, retrocediendo.

Emma se apoderó de un vago temor ante esta timidez, más peligrosa para ella que la audacia de Rodolfo cuando se acercó a ella con los brazos abiertos. Ningún hombre le había parecido jamás tan hermoso. Un candor exquisito emanaba de su ser. Bajó sus largas y finas pestañas, que se curvaban hacia arriba. Su mejilla, con la piel suave enrojecida, pensó, con deseo de su persona, y Emma sintió un anhelo invencible de presionar sus labios contra ella. Luego, inclinándose hacia el reloj como para ver la hora—

"¡Ay! ¡Qué tarde es! ella dijo; ¡Cómo charlamos!"

Comprendió la indirecta y tomó su sombrero.

"Hasta me ha hecho olvidar el teatro. Y el pobre Bovary me ha dejado aquí especialmente para eso. Monsieur Lormeaux, de la Rue Grand-Pont, nos llevaría a mí y a su mujer.

Y la oportunidad se perdió, ya que debía partir al día siguiente.

"¡En realidad!" dijo León.

"Sí."

Pero debo volver a verte —prosiguió—. "Quería decirte—"

"¿Qué?"

"Algo—importante—serio. ¡Oh no! Además, no irás; Es imposible. Si deberías, escúchame. Entonces no me has entendido; no has adivinado..."

"Sin embargo, hablas claramente", dijo Emma.

"¡Ay! puedes bromear. ¡Suficiente! ¡suficiente! Oh, por el amor de Dios, déjame verte una vez, ¡solo una vez!"

"Bueno—" Ella se detuvo; luego, como si lo pensara mejor, "¡Oh, aquí no!"

"Donde estaras."

¿Quieres...? Pareció reflexionar; luego bruscamente: "Mañana a las once en la catedral".

—Allí estaré —gritó, agarrando sus manos, que ella soltó.

Y estando ambos de pie, él detrás de ella y Emma con la cabeza inclinada, se inclinó sobre ella y le dio largos besos en el cuello.

"¡Estás loco! ¡Ay! ¡estás loco!" dijo, con risitas sonoras, mientras los besos se multiplicaban.

Luego, inclinando la cabeza sobre su hombro, pareció rogar el consentimiento de sus ojos. Cayeron sobre él llenos de una dignidad helada.

Léon dio un paso atrás para salir. Se detuvo en el umbral; luego susurró con voz temblorosa: "¡Mañana!"

Ella respondió con un movimiento de cabeza y desapareció como un pájaro en la habitación contigua.

Por la noche, Emma escribió al empleado una carta interminable, en la que cancelaba la cita; todo había terminado; no deben, por el bien de su felicidad, volver a encontrarse. Pero cuando terminó la carta, como no sabía la dirección de León, se quedó perpleja.

—Yo misma se lo daré —dijo ella; "él vendrá."

A la mañana siguiente, en la ventana abierta, y tarareando en su balcón, el propio León barnizó sus zapatos con varias capas. Se puso un pantalón blanco, medias finas, una casaca verde, vació todo el perfume que tenía en su pañuelo, luego habiéndose rizado el cabello, lo desenrolló nuevamente, para darle una elegancia más natural.

"Todavía es muy temprano", pensó, mirando el reloj de cuco de la peluquera, que marcaba las nueve. Leyó un diario de moda, salió, se fumó un cigarro, caminó tres calles, pensó que era la hora y se dirigió lentamente hacia el porche de Notre Dame.

Era una hermosa mañana de verano. La plata plateada centelleaba en los escaparates de la joyería, y la luz que caía oblicuamente sobre la catedral hacía espejos en las esquinas de las piedras grises; una bandada de pájaros revoloteaba en el cielo gris alrededor de los campanarios trilobulados; la plaza, resonante de gritos, estaba fragante con las flores que bordeaban su pavimento, rosas, jazmines, claveles, narcisos y nardos, desigualmente repartidos entre hierbas húmedas, hierba gatera y pamplina para los pájaros; las fuentes gorgoteaban en el centro, y bajo grandes sombrillas, entre melones apilados en montones, mujeres floristas, con la cabeza descubierta, retorcían papel alrededor de ramos de violetas.

El joven tomó uno. Era la primera vez que compraba flores para una mujer, y su pecho, al olerlas, se hinchó de orgullo, como si este homenaje que pretendía para otro hubiera retrocedido sobre sí mismo.

Pero tenía miedo de ser visto; entró resueltamente en la iglesia. El bedel, que en ese momento estaba de pie en el umbral en medio de la puerta izquierda, debajo de la "Mariana Bailarina", con gorro de plumas y el estoque colgando contra sus pantorrillas, entró, más majestuoso que un cardenal, y tan brillante como un santo en una píxide sagrada.

Se acercó a Léon y, con esa sonrisa de benevolencia engatusadora que adoptan los eclesiásticos cuando interrogan a los niños:

¿El señor, sin duda, no pertenece a estas partes? ¿Al señor le gustaría ver las curiosidades de la iglesia?

"¡No!" dijo el otro.

Y primero recorrió los pasillos inferiores. Luego salió a mirar el Lugar. Emma aún no venía. Subió de nuevo al coro.

La nave se reflejó en las fuentes completas con el inicio de los arcos y algunas porciones de las ventanas de vidrio. Pero los reflejos de las pinturas, rotos por el borde de mármol, continuaban más allá sobre las losas de piedra, como una alfombra multicolor. La plena luz del día desde el exterior entraba a raudales en la iglesia en tres enormes rayos desde los tres portales abiertos. De vez en cuando por el extremo superior pasaba un sacristán, haciendo la genuflexión oblicua de los devotos apurados. Los lustres de cristal colgaban inmóviles. En el coro ardía una lámpara de plata, y de las capillas laterales y lugares oscuros de la iglesia salían a veces sonidos como suspiros, con el repiqueteo de una reja al cerrarse, su eco reverberando bajo la alta bóveda.

Léon con pasos solemnes caminó junto a las paredes. La vida nunca le había parecido tan buena. Ella venía directamente, encantadora, agitada, devolviendo las miradas que la seguían, y con su vestido de volantes, sus anteojos de oro, sus zapatos finos, con toda clase de minucias elegantes que él nunca había disfrutado, y con la inefable seducción de dando virtud. La iglesia como un enorme tocador se extendía a su alrededor; los arcos se inclinaron para recoger en la sombra la confesión de su amor; las ventanas brillaban resplandecientes para iluminar su rostro, y los incensarios ardían para que ella apareciera como un ángel entre los vapores de los olores fragantes.

Pero ella no vino. Se sentó en una silla y sus ojos se posaron en una vidriera teñida de azul que representaba a unos barqueros que transportaban cestas. Lo miró largamente, con atención, y contó las escamas de los pescados y los ojales de los jubones, mientras sus pensamientos vagaban hacia Emma.

El bedel, que permanecía apartado, estaba interiormente enojado con este individuo que se tomaba la libertad de admirar la catedral a solas. Le parecía que se estaba comportando de una manera monstruosa, como si le estuviera robando y casi cometiendo un sacrilegio.

Pero un susurro de seda en las banderas, la punta de un sombrero, una capa forrada... ¡era ella! Léon se levantó y corrió a su encuentro.

Emma estaba pálida. Ella caminó rápido.

"¡Leer!" dijo ella, tendiéndole un papel. "¡Oh no!"

Y retiró bruscamente la mano para entrar en la capilla de la Virgen, donde, arrodillada sobre una silla, se puso a rezar.

El joven estaba irritado por esta fantasía fanática; luego, sin embargo, experimentó cierto encanto al verla, en medio de una cita, así perdida en sus devociones, como una marquesa andaluza; luego se aburrió, porque ella parecía nunca llegar a su fin.

Emma rezaba, o más bien se esforzaba por rezar, esperando que alguna resolución repentina le descendiera del cielo; y para atraer la ayuda divina llenó sus ojos con los esplendores del tabernáculo. Aspiró los perfumes de las flores abiertas en los grandes jarrones y escuchó la quietud de la iglesia, que no hizo sino aumentar el tumulto de su corazón.

Ella se levantó y estaban a punto de irse, cuando el bedel se adelantó diciendo apresuradamente:

"Señora, sin duda, ¿no pertenece a estas partes? ¿A la señora le gustaría ver las curiosidades de la iglesia?"

"¡Oh no!" gritó el empleado.

"¿Por qué no?" dijo ella. Porque se aferró con su virtud agonizante a la Virgen, a las esculturas, a las tumbas, a cualquier cosa.

Luego, para proceder "por regla", el bedel los condujo directamente a la entrada cerca de la plaza, donde, señalando con su bastón un gran círculo de bloques de piedra sin inscripción ni talla:

"Esto", dijo majestuosamente, "es la circunferencia de la hermosa campana de Ambroise. Pesaba cuarenta mil libras. No había su igual en toda Europa. El obrero que lo fundió murió de alegría..."

"Sigamos", dijo Léon.

El anciano se puso en marcha de nuevo; luego, llegado de nuevo a la capilla de la Virgen, extendió el brazo con un ademán omnívoto de demostración, y, más orgulloso que un terrateniente mostrándote sus espaldas, prosiguió:

"Esta simple piedra cubre a Pierre de Breze, señor de Varenne y de Brissac, gran mariscal de Poitou y gobernador de Normandía, que murió en la batalla de Montlhery el 16 de julio de 1465".

Léon se mordió los labios, echando humo.

“Y a la derecha, este caballero todo encerrado en hierro, sobre el caballo encabritado, está su nieto, Louis de Breze, señor de Breval y de Montchauvet, Conde de Maulevrier, Barón de Mauny, chambelán del rey, Caballero de la Orden , y también gobernador de Normandía; murió el 23 de julio de 1531—un domingo, como lo especifica la inscripción; y debajo, esta figura, a punto de descender a la tumba, representa a la misma persona. ¿No es posible, verdad, ver una representación más perfecta de la aniquilación?”

Madame Bovary se subió las gafas. León, inmóvil, la miró, sin intentar ya siquiera pronunciar una sola palabra, hacer un gesto, tan desanimado estaba ante esta doble obstinación de chismorreos e indiferencia.

El guía eterno prosiguió—

“Cerca de él, esta mujer arrodillada que llora es su esposa, Diana de Poitiers, condesa de Breze, duquesa de Valentinois, nacida en 1499, muerta en 1566, y a la izquierda, la del niño es la Santísima Virgen. Ahora vuélvete hacia este lado; aquí están las tumbas de Ambroise. Ambos eran cardenales y arzobispos de Rouen. Ese fue ministro bajo Luis XII. Hizo mucho por la catedral. En su testamento dejó treinta mil coronas de oro para los pobres”.

Y sin detenerse, todavía hablando, los empujó a una capilla llena de balaustradas, algunas guardadas, y descubrió una especie de bloque que seguramente alguna vez pudo haber sido una estatua mal hecha.

—Verdaderamente —dijo con un gemido—, adornaba la tumba de Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra y duque de Normandía. Fueron los calvinistas, señor, quienes lo redujeron a esta condición. Lo habían enterrado por despecho en la tierra, bajo la sede episcopal de Monseñor. ¡Ver! esta es la puerta por la que Monseñor pasa a su casa. Pasemos rápido para ver las ventanas de las gárgolas.

Pero León se apresuró a sacar un poco de plata de su bolsillo y agarró el brazo de Emma. El bedel se quedó estupefacto, incapaz de comprender esta munificencia intempestiva cuando todavía había tantas cosas para que el extraño las viera. Así que llamándolo de vuelta, lloró:

"¡Señor! ¡señor! ¡El campanario! el campanario!"

"¡No gracias!" dijo León.

"¡Está equivocado, señor! Tiene cuatrocientos cuarenta pies de altura, nueve menos que la gran pirámide de Egipto. Está todo echado; eso—"

León huía, pues le parecía que su amor, que desde hacía casi dos horas se había petrificado en la iglesia como las piedras, se desvanecería como un vapor por esa especie de embudo truncado, de jaula oblonga, de chimenea abierta que sube tan grotescamente de la catedral como el extravagante intento de algún fantástico brasero.

"¿Pero adónde vamos?" ella dijo.

Sin responder, siguió caminando con paso rápido; y ya estaba madame Bovary, mojando el dedo en el agua bendita, cuando a sus espaldas oyeron una respiración jadeante interrumpida por el sonido regular de un bastón. León se volvió.

"¡Señor!"

"¿Qué es?"

Y reconoció al bedel, que sostenía bajo los brazos y balanceaba contra su estómago una veintena de grandes volúmenes cosidos. Eran obras “que trataban de la catedral”.

"¡Idiota!" gruñó León, saliendo corriendo de la iglesia.

Un muchacho estaba jugando sobre el cierre.

"¡Ve y tráeme un taxi!"

El niño saltó como una pelota por la calle Quatre-Vents; luego estuvieron solos unos minutos, cara a cara, y un poco avergonzados.

"¡Ay! ¡León! Realmente, no sé, si debería —susurró. Luego, con un aire más serio, "¿Sabes?, es muy impropio..."

"¿Cómo es eso?" respondió el empleado. Está hecho en París.

Y eso, como argumento irresistible, la decidió.

Todavía el taxi no vino. León temía que pudiera volver a entrar en la iglesia. Por fin apareció el taxi.

-En todo caso, salid por el pórtico del norte -gritó el bedel, que se quedó solo en el umbral-, para ver la Resurrección, el Juicio Final, el Paraíso, el Rey David y los Condenados en las llamas del Infierno. ”

"¿Adónde, señor?" preguntó el cochero.

—Donde quieras —dijo León, obligando a Emma a subir al taxi.

Y la máquina maderera partió. Bajaba por la Rue Grand-Pont, cruzaba la Place des Arts, el Quai Napoleón, el Pont Neuf y se detenía ante la estatua de Pierre Corneille.

“Adelante”, gritó una voz que venía desde adentro.

El coche volvió a ponerse en marcha y, en cuanto llegó al Carrefour Lafayette, echó a andar colina abajo y entró al galope en la estación.

"¡No, recto!" gritó la misma voz.

El coche salió por la puerta y, poco después de llegar al Cours, trotó tranquilamente bajo los olmos. El cochero se secó la frente, se puso el sombrero de cuero entre las rodillas y condujo su carruaje más allá del callejón lateral junto al prado hasta la orilla de las aguas.

Siguió junto al río, a lo largo del camino de sirga pavimentado con guijarros afilados, y durante un largo rato en dirección a Oyssel, más allá de las islas.

Pero de pronto giró a toda velocidad a través de Quatremares, Sotteville, La Grande-Chaussée, la Rue d'Elbeuf, y se detuvo por tercera vez frente al Jardin des Plantes.

"Súbete, ¿quieres?" gritó la voz con más furia.

Y reanudando inmediatamente su curso, pasó por Saint-Sever, por los Quai'des Curandiers, los Quai aux Meules, una vez más sobre el puente, por la Place du Champ de Mars, y detrás de los jardines del hospital, donde los ancianos en los abrigos negros caminaban al sol por la terraza toda verde de hiedra. Subía por el Boulevard Bouvreuil, a lo largo del Boulevard Cauchoise, luego por todo el Mont-Riboudet hasta las colinas de Deville.

Volvió; y luego, sin ningún plan o dirección fijos, deambuló al azar. El taxi fue visto en Saint-Pol, en Lescure, en Mont Gargan, en La Rougue-Marc y Place du Gaillardbois; en la Rue Maladrerie, Rue Dinanderie, antes de Saint-Romain, Saint-Vivien, Saint-Maclou, Saint-Nicaise, frente a la Aduana, en el "Vieille Tour", los "Trois Pipes" y el Cementerio Monumental. De vez en cuando, el cochero, desde su pescante, echaba miradas desesperadas a las tabernas. No podía entender qué furioso deseo de locomoción impulsaba a estos individuos a no querer detenerse nunca. Intentó hacerlo de vez en cuando, y de inmediato estallaron detrás de él exclamaciones de ira. Luego azotó de nuevo sus jades sudorosos, pero indiferente a sus sacudidas, chocando contra cosas aquí y allá,

Y en el puerto, en medio de los carros y toneles, y en las calles, en las esquinas, la buena gente abría grandes ojos de asombro a esta vista, tan extraordinaria en provincias, un coche con las persianas echadas, y que Aparecía así constantemente cerrado más estrechamente que una tumba, y dando vueltas como un vaso.

Una vez, en medio del día, en pleno campo, justo cuando el sol pegaba con más fiereza sobre los viejos faroles de chapa, una mano desnuda pasó por debajo de las persianas de lona amarilla, y arrojó unos trozos de papel que se desparramaron al viento. , y más lejos iluminadas como mariposas blancas en un campo de trébol rojo en flor.

A eso de las seis, el carruaje se detuvo en una callejuela del Barrio Beauvoisine, y se apeó una mujer que caminaba con el velo echado y sin volver la cabeza.

Capítulo dos

Al llegar a la posada, la señora Bovary se extrañó de no ver la diligencia. Hivert, que la había esperado durante cincuenta y tres minutos, por fin se había puesto en marcha.

Sin embargo, nada la obligó a ir; pero ella había dado su palabra de que volvería esa misma noche. Además, Carlos la esperaba, y en su corazón ya sentía esa docilidad cobarde que es para algunas mujeres a la vez el castigo y la expiación del adulterio.

Empacó su caja rápidamente, pagó su cuenta, tomó un taxi en el patio, apresuró al conductor, apremiándolo, a cada momento preguntando por el tiempo y las millas recorridas. Logró alcanzar al "Hirondelle" cuando se acercaba a las primeras casas de Quincampoix.

Apenas estuvo sentada en su rincón, cerró los ojos y los abrió al pie de la colina, cuando de lejos reconoció a Félicité, que acechaba frente a la herrería. Hivert tiró de sus caballos y el sirviente, subiendo a la ventana, dijo misteriosamente:

—Señora, debe dirigirse de inmediato a ver al señor Homais. Es para algo importante.

El pueblo estaba en silencio como de costumbre. En las esquinas de las calles había pequeños montones rosados que humeaban en el aire, porque era el momento de hacer mermeladas, y todos en Yonville preparaban su suministro el mismo día. Pero frente a la botica se podía admirar un montón mucho más grande, y que superaba a los demás con la superioridad que debe tener un laboratorio sobre las provisiones ordinarias, una necesidad general sobre la fantasía individual.

Entró. El gran sillón estaba volcado, y hasta el "Fanal de Rouen" yacía en el suelo, extendido entre dos manos de mortero. Empujó la puerta del vestíbulo y, en medio de la cocina, entre tarros marrones llenos de grosellas picadas, de azúcar en polvo y de azúcar en terrones, de la balanza sobre la mesa y de las sartenes sobre el fuego, vio a todos los Homais, pequeños y grandes, con delantales hasta la barbilla y con tenedores en las manos. Justin estaba de pie con la cabeza inclinada y el químico gritaba:

"¿Quién te dijo que fueras a buscarlo en Cafarnaúm?"

"¿Qué es? ¿Cuál es el problema?"

"¿Qué es?" respondió el farmacéutico. "Estamos haciendo conservas; están hirviendo a fuego lento; pero estaban a punto de rebosar, porque hay demasiado jugo, y pedí otra cacerola. Entonces él, por indolencia, por pereza, fue y tomó, colgada de su clavo en mi laboratorio, la llave de Cafarnaúm".

Así llamó el boticario a un cuartito bajo los plomos, lleno de los utensilios y los bienes de su oficio. A menudo pasaba largas horas allí solo, etiquetando, decantando y arreglando de nuevo; y no lo consideró como un simple almacén, sino como un verdadero santuario, de donde saldrían luego, elaboradas por sus manos, toda suerte de píldoras, bolos, infusiones, lociones y pociones, que llevarían por todas partes su celebridad. Nadie en el mundo pisaba allí, y él lo respetaba tanto, que él mismo lo barría. Finalmente, si la farmacia, abierta a todos, fue el lugar donde exhibió su orgullo, Cafarnaúm fue el refugio donde, concentrándose egoístamente, Homais se deleitaba en el ejercicio de sus predilecciones,

"¡Sí, de Cafarnaúm! ¡La llave que encierra los ácidos y los álcalis cáusticos! ¡Para ir a buscar una sartén de repuesto! una cacerola con tapa! ¡y que tal vez nunca use! ¡Todo tiene importancia en las delicadas operaciones de nuestro arte! ¡Pero, diablo, tómallo! ¡hay que hacer distinciones, y no emplear para fines casi domésticos lo que está destinado a la industria farmacéutica! Es como si uno fuera a tallar un ave con un bisturí; como si un magistrado..."

-Ahora cálmate -dijo madame Homais.

Y Athalie, tirando de su abrigo, gritó: "¡Papá! ¡papá!"

"No, déjame en paz", prosiguió el boticario, "¡déjame en paz, al diablo! ¡Mi palabra! Uno bien podría establecerse para un tendero. ¡Eso es todo! ¡correr! respetar nada! romper, aplastar, soltar las sanguijuelas, quemar la pasta de malva, encurtir los pepinillos en los tarros de las ventanas, romper las vendas!"

"Pensé que habías..." dijo Emma.

"¡Ahora! ¿Sabes a qué te expusiste? ¿No viste nada en la esquina, a la izquierda, en el tercer estante? Habla, contesta, articula algo."

—Yo... no... sé —tartamudeó el joven.

"¡Ay! tu no sabes! Bueno, entonces, ¡lo sé! Viste una botella de vidrio azul, sellada con cera amarilla, que contiene un polvo blanco, en el que incluso he escrito '¡Peligroso!' ¿Y sabes lo que hay en él? ¡Arsénico! ¡Y vas y lo tocas! ¡Toma una sartén que estaba al lado!"

"¡Junto a él!" —exclamó la señora Homais juntando las manos—. "¡Arsénico! Podrías habernos envenenado a todos."

Y los niños empezaron a aullar como si ya tuvieran dolores espantosos en las entrañas.

"¡O envenenar a un paciente!" continuó el boticario. "¿Quieres verme en el banquillo de los acusados con delincuentes, en un tribunal de justicia? ¿Verme arrastrado al patíbulo? ¿No sabes el cuidado que tengo al manejar las cosas, aunque estoy tan acostumbrado a ello? A menudo me horrorizo cuando pienso en mi responsabilidad; porque el Gobierno nos persigue, y la legislación absurda que nos gobierna es una verdadera espada de Damocles sobre nuestras cabezas."

Emma ya no soñaba con preguntar para qué la querían, y el boticario prosiguió en frases sin aliento:

“¡Ese es tu regreso por toda la amabilidad que te hemos mostrado! ¡Así es como me recompensas por los cuidados realmente paternales que te prodigo! Porque sin mí, ¿dónde estarías? ¿Qué estaría haciendo? ¿Quién os proporciona el alimento, la educación, el vestido y todos los medios para figurar un día con honor en las filas de la sociedad? Pero debes tirar con fuerza del remo si vas a hacer eso, y tendrás, como dice la gente, callosidades en tus manos. *Fabricando fit faber, age quod agis*.” [18]

[18] El trabajador vive de trabajar, haga lo que quiera.

Estaba tan exasperado que citó latín. Habría citado chino o groenlandés si hubiera conocido esos dos idiomas, porque estaba en una de esas crisis en las que el alma entera muestra indistintamente lo que contiene, como el océano que, en la tempestad, se abre de las algas en su orillas hasta las arenas de sus abismos.

Y siguió—

“¡Empiezo a arrepentirme terriblemente de haberte tomado! Ciertamente hubiera hecho mejor en dejarte pudrir en tu pobreza y en la suciedad en la que naciste. ¡Oh, nunca serás apto para nada más que para arrear animales con cuernos! ¡No tienes aptitudes para la ciencia! ¡Apenas sabes cómo pegar una etiqueta! ¡Y ahí estás, morando conmigo cómodo como un párroco, viviendo en trébol, descansando!

Pero Emma, volviéndose hacia Madame Homais, “Me dijeron que viniera aquí...”

“¡Oh, Dios mío!” interrumpió la buena mujer, con aire triste, “¿cómo voy a decírtelo? ¡Es una desgracia!”

No pudo terminar, el farmacéutico tronaba: “¡Vaciarlo! ¡Límpialo! ¡Tomar de nuevo! ¡Ser rápido!”

Y agarrando a Justin por el cuello de su blusa, sacó un libro de su bolsillo. El muchacho se agachó, pero Homais fue más rápido y, habiendo recogido el volumen, lo contempló con los ojos fijos y la boca abierta.

“¡AMOR CONYUGAL!” dijo, separando lentamente las dos palabras. “¡Ay! ¡muy bien! ¡muy bien! ¡muy bonito! ¡Y las ilustraciones! ¡Oh, esto es demasiado!

Madame Homais se adelantó.

“¡No, no lo toques!”

Los niños querían mirar las fotos.

—Salid de la habitación —dijo imperiosamente; y salieron.

Primero caminó arriba y abajo con el volumen abierto en la mano, poniendo los ojos en blanco, atragantándose, tumefacto, apopléjico. Luego se acercó directamente a su alumno y, plantándose frente a él con los brazos cruzados—

Entonces, ¿tienes todos los vicios, pequeño desgraciado? ¡Cuídate! estás en un camino descendente. ¿No pensaste que este infame libro podría caer en manos de mis hijos, encender una chispa en sus mentes, empañar la pureza de Athalie, corromper a Napoleón? Ya está formado como un hombre. ¿Estás completamente seguro, de todos modos, de que no lo han leído? ¿Me puede certificar...?

—Pero en realidad, señor —dijo Emma—, usted deseaba decirme...

“¡Ah, sí! señora. Tu suegro está muerto.

In fact, Monsieur Bovary senior had expired the evening before suddenly from an attack of apoplexy as he got up from table, and by way of greater precaution, on account of Emma's sensibility, Charles had begged Homais to break the horrible news to her gradually. Homais had thought over his speech; he had rounded, polished it, made it rhythmical; it was a masterpiece of prudence and transitions, of subtle turns and delicacy; but anger had got the better of rhetoric.

Emma, giving up all chance of hearing any details, left the pharmacy; for Monsieur Homais had taken up the thread of his vituperations. However, he was growing calmer, and was now grumbling in a paternal tone whilst he fanned himself with his skull-cap.

“No es que desapruebe por completo el trabajo. ¡Su autor era un médico! Hay ciertos puntos científicos en él que no está mal que un hombre los sepa, e incluso me atrevería a decir que un hombre debe saberlos. Pero más tarde, ¡más tarde! En todo caso, no hasta que tú mismo seas hombre y tu temperamento esté formado.

Cuando Emma llamó a la puerta. Charles, que la estaba esperando, se adelantó con los brazos abiertos y le dijo con lágrimas en la voz:

“¡Ay! ¡Mí querido!”

Y se inclinó sobre ella suavemente para besarla. Pero al contacto de sus labios el recuerdo del otro se apoderó de ella, y se pasó la mano por la cara estremeciéndose.

Pero ella respondió: “¡Sí, lo sé, lo sé!”.

Le mostró la carta en la que su madre relataba el hecho sin hipocresía sentimental alguna. Sólo lamentó que su marido no hubiera recibido los consuelos de la religión, pues había muerto en Daudeville, en la calle, en la puerta de un café después de una cena patriótica con unos ex oficiales.

Emma le devolvió la carta; luego, en la cena, por guardar las apariencias, aparentaba cierta repugnancia. Pero cuando él la instó a intentarlo, ella comenzó a comer resueltamente, mientras que Charles, frente a ella, permanecía inmóvil en una actitud abatida.

De vez en cuando levantaba la cabeza y le lanzaba una larga mirada llena de angustia. Una vez suspiró: “¡Me hubiera gustado volver a verlo!”.

Ella se quedó en silencio. Al fin, comprendiendo que debía decir algo, "¿Cuántos años tenía tu padre?" ella preguntó.

"Cincuenta y ocho."

"¡Ah!"

Y eso fue todo.

Un cuarto de hora después añadió: "¡Pobre madre mía! ¿Qué será de ella ahora?"

Ella hizo un gesto que significaba que no sabía. Al verla tan taciturna, Charles la imaginó muy afectada y se obligó a no decir nada, a no despertar ese dolor que lo conmovía. Y, sacudiéndose el suyo propio—

"¿Te divertiste ayer?" preguntó.

"Sí."

Cuando se quitó la tela, Bovary no se levantó, ni tampoco Emma; y mientras lo miraba, la monotonía del espectáculo fue alejando poco a poco de su corazón toda piedad. Le parecía mezquino, débil, una cifra; en una palabra, una cosa pobre en todos los sentidos. ¿Cómo deshacerse de él? ¡Qué velada interminable! Algo estupefaciente como los vapores del opio se apoderó de ella.

Oyeron en el pasillo el ruido agudo de una pata de madera sobre las tablas. Era Hippolyte trayendo el equipaje de Emma. Para dejarlo describió dolorosamente un cuarto de círculo con su muñón.

"Ya ni se acuerda de eso", pensó, mirando al pobre diablo, cuya áspera cabellera rojiza estaba empapada de sudor.

Bovary buscaba en el fondo de su bolsa un céntimo, y sin parecer comprender toda la humillación que había para él en la mera presencia de este hombre, que estaba allí como un reproche personificado a su incurable incapacidad.

"¡Hola! Tienes un bonito ramo —dijo, observando las violetas de León en la chimenea.

"Sí", respondió ella con indiferencia; "Es un ramo que le compré hace un momento a un mendigo".

Charles recogió las flores y refrescando sus ojos, enrojecidos por las lágrimas, contra ellas, las olió delicadamente.

Ella los tomó rápidamente de su mano y los puso en un vaso de agua.

Al día siguiente llegó Madame Bovary padre. Ella y su hijo lloraron mucho. Emma, con el pretexto de dar órdenes, desapareció. Al día siguiente tuvieron una charla sobre el duelo. Fueron y se sentaron con sus cajas de trabajo junto al agua bajo el cenador.

Charles estaba pensando en su padre, y se sorprendió de sentir tanto cariño por este hombre, a quien hasta entonces había creído que le importaba poco. Madame Bovary padre estaba pensando en su marido. Los peores días del pasado le parecían envidiables. Todo estaba olvidado bajo el pesar instintivo de un hábito tan largo, y de vez en cuando, mientras cosía, una gran lágrima rodaba por su nariz y quedaba suspendida allí un momento. Emma pensaba que apenas habían pasado cuarenta y ocho horas desde que habían estado juntos, lejos del mundo, todos en un frenesí de alegría y sin tener ojos suficientes para mirarse. Trató de recordar los más mínimos detalles de ese día pasado. Pero la presencia de su esposo y suegra la preocupaba. Le hubiera gustado no oír nada, no ver nada,

Estaba deshaciendo el forro de un vestido y las tiras estaban esparcidas a su alrededor. Madame Bovary padre manejaba sus tijeras sin levantar la vista, y Charles, con sus pantuflas de listón y su vieja sobrevesta marrón que usaba como bata, estaba sentado con las dos manos en los bolsillos y tampoco hablaba; cerca de ellos, Berthe, con un pequeño delantal blanco, estaba rastrillando arena en los senderos con su pala. De repente vio a Monsieur Lheureux, el tendero, entrar por la puerta.

Llegó a ofrecer sus servicios "en las tristes circunstancias". Emma respondió que pensaba que podía prescindir de ella. El tendero no estaba para ser vencido.

"Disculpe", dijo, "pero me gustaría tener una conversación privada con usted". Luego, en voz baja, "Se trata de ese asunto, ya sabes".

Charles se sonrojó hasta las orejas. "¡Oh sí! ciertamente." Y en su confusión, volviéndose hacia su esposa, "¿No podrías, querida mía?"

Ella pareció comprenderlo, pues se levantó; y Charles le dijo a su madre: "No es nada especial. Sin duda, alguna bagatela casera. No quería que ella supiera la historia de la factura, temiendo sus reproches.

En cuanto estuvieron solos, el señor Lheureux, en términos suficientemente claros, comenzó a felicitar a Emma por la herencia, luego a hablar de cosas indiferentes, de las espalderas, de la cosecha y de su propia salud, que siempre era regular, siempre, teniendo altibajos. De hecho, tuvo que trabajar endiabladamente duro, aunque no ganó lo suficiente, a pesar de todo lo que decía la gente, para encontrar mantequilla para su pan.

Emma lo dejó hablar. Se había aburrido tan prodigiosamente los últimos dos días.

"¿Y entonces estás bastante bien otra vez?" continuó. "¡Ma foi! Vi a su esposo en un estado triste. Es un buen tipo, aunque tuvimos un pequeño malentendido.

Ella preguntó qué malentendido, porque Charles no había dicho nada de la disputa sobre los bienes que se le proporcionaron.

—Pues lo sabes muy bien —exclamó Lheureux—. "Se trataba de tus pequeñas fantasías: los baúles de viaje".

Se había calado el sombrero sobre los ojos y, con las manos a la espalda, sonriendo y silbando, la miraba fijamente de un modo insoportable. ¿Sospechó algo?

Estaba perdida en todo tipo de aprensiones. Por fin, sin embargo, prosiguió:

“We made it up, all the same, and I’ve come again to propose another arrangement.”

This was to renew the bill Bovary had signed. The doctor, of course, would do as he pleased; he was not to trouble himself, especially just now, when he would have a lot of worry. “And he would do better to give it over to someone else—to you, for example. With a power of attorney it could be easily managed, and then we (you and I) would have our little business transactions together.”

She did not understand. He was silent. Then, passing to his trade, Lheureux declared that madame must require something. He would send her a black barege, twelve yards, just enough to make a gown.

“The one you’ve on is good enough for the house, but you want another for calls. I saw that the very moment that I came in. I’ve the eye of an American!”

He did not send the stuff; he brought it. Then he came again to measure it; he came again on other pretexts, always trying to make himself agreeable, useful, “enfeoffing himself,” as Homais would have said, and always dropping some hint to Emma about the power of attorney. He never mentioned the bill; she did not think of it. Charles, at the beginning of her convalescence, had certainly said something about it to her, but so many emotions had passed through her head that she no longer remembered it. Besides, she took care not to talk of any money questions. Madame Bovary seemed surprised at this, and attributed the change in her ways to the religious sentiments she had contracted during her illness.

But as soon as she was gone, Emma greatly astounded Bovary by her practical good sense. It would be necessary to make inquiries, to look into mortgages, and see if there were any occasion for a sale by auction or a liquidation. She quoted technical terms casually, pronounced the grand words of order, the future, foresight, and constantly exaggerated the difficulties of settling his father’s affairs so much, that at last one day she showed him the rough draft of a power of attorney to manage and administer his business, arrange all loans, sign and endorse all bills, pay all sums, etc. She had profited by Lheureux’s lessons. Charles naively asked her where this paper came from.

“Señor Guillaumin”; y con la mayor frialdad agregó: “No confío demasiado en él. Los notarios tienen tan mala reputación. Tal vez deberíamos consultar, solo sabemos, nadie.

“A menos que Léon...” respondió Charles, que estaba reflexionando. Pero era difícil explicar las cosas por carta. Entonces ella se ofreció a hacer el viaje, pero él se lo agradeció. Ella insistió. Fue todo un concurso de consideración mutua. Por fin exclamó con afectada rebeldía:

"¡No, yo iré!"

"¡Que tan bueno sos!" dijo, besando su frente.

A la mañana siguiente partió en el “Hirondelle” para ir a Rouen a consultar al señor Léon, y permaneció allí tres días.

Capítulo tres

Fueron tres días completos, exquisitos, una verdadera luna de miel. Estaban en el Hotel-de-Boulogne, en el puerto; y vivían allí, con las persianas echadas y las puertas cerradas, con flores en el suelo, y les traían jarabes helados de madrugada.

Hacia la tarde tomaron un bote cubierto y fueron a cenar a una de las islas. Era la época en que se oye a la vera del astillero los mazos de calafateo resonando contra el casco de los navíos. El humo de la brea se elevó entre los árboles; había grandes gotas de grasa sobre el agua, onduladas en el color púrpura del sol, como placas flotantes de bronce florentino.

Remaron en medio de botes amarrados, cuyos largos cables oblicuos rozaban levemente el fondo del bote. El fragor del pueblo se fue alejando poco a poco; el rodar de carruajes, el tumulto de voces, los aullidos de perros en las cubiertas de los barcos. Se quitó el sombrero y aterrizaron en su isla.

Se sentaron en la sala de techo bajo de una taberna, en cuya puerta colgaban redes negras. Comieron aperitivos, fritos, crema y cerezas. Se acostaron sobre la hierba; se besaron detrás de los álamos; y desearían, como dos Robinsones, vivir para siempre en este pequeño lugar, que les parecía en su bienaventuranza el más magnífico de la tierra. No era la primera vez que veían árboles, un cielo azul, prados; que habían oído correr el agua y soplar el viento entre las hojas; pero, sin duda, nunca habían admirado todo esto, como si la Naturaleza no hubiera existido antes, o sólo hubiera comenzado a ser bella desde la gratificación de sus deseos.

Por la noche regresaron. El bote se deslizó a lo largo de las costas de las islas. Se sentaron en el fondo, ambos ocultos por la sombra, en silencio. Los remos cuadrados resonaban en las bancadas de hierro y, en la quietud, parecían marcar el tiempo, como el batir de un metrónomo, mientras a popa el timón que iba detrás no cesaba de su suave chapoteo contra el agua.

Una vez que salió la luna; no dejaron de hacer bellas frases, encontrando el orbe melancólico y lleno de poesía. Ella incluso comenzó a cantar—

“Una noche, te acuerdas, estábamos navegando”, etc.

Su voz musical pero débil se apagó con las olas, y los vientos se llevaron los trinos que León escuchó pasar como el batir de alas a su alrededor.

Estaba frente a él, apoyada en el tabique de la chalupa, por una de cuyas persianas levantadas entraba a raudales la luna. Su vestido negro, cuyos drapeados se extendían como un abanico, la hacía parecer más esbelta, más alta. Su cabeza estaba levantada, sus manos entrelazadas, sus ojos vueltos hacia el cielo. A veces la sombra de los sauces la ocultaba por completo; luego reapareció de repente, como una visión a la luz de la luna.

Léon, en el suelo a su lado, encontró bajo su mano una cinta de seda escarlata. El barquero lo miró y por fin dijo:

“Tal vez pertenece a la fiesta que saqué el otro día. Mucha gente alegre, caballeros y damas, con pasteles, champán, cornetas, ¡todo con estilo! ¡Había uno en especial, un hombre alto y guapo con pequeños bigotes, que era así de gracioso! Y todos seguían diciendo: 'Ahora dínos algo, Adolphe, Dolpe', creo”.

Ella se estremeció.

“¿Tienes dolor?” preguntó León, acercándose a ella.

“¡Oh, no es nada! Sin duda, es sólo el aire de la noche.

—Y quién no quiere mujeres, tampoco —añadió suavemente el marinero, pensando que le estaba haciendo un cumplido al extraño.

Luego, escupiéndose en las manos, volvió a tomar los remos.

Sin embargo, tuvieron que separarse. Los adioses fueron tristes. Iba a enviar sus cartas a Mere Rollet, y ella le dio instrucciones tan precisas sobre un doble sobre, que admiró mucho su astucia amorosa.

“¿Entonces puedes asegurarme que todo está bien?” dijo con su último beso.

“Sí, ciertamente”.

“Pero, ¿por qué”, pensó después, mientras regresaba solo por las calles, “está tan ansiosa por obtener este poder notarial?”

Capítulo cuatro

Léon pronto asumió un aire de superioridad ante sus camaradas, evitó su compañía y descuidó por completo su trabajo.

Esperó sus cartas; los releyó; él le escribió a ella. La llamó a su mente con toda la fuerza de sus deseos y de sus recuerdos. En lugar de disminuir con la ausencia, este anhelo de volver a verla creció, de modo que por fin el sábado por la mañana se escapó de su oficina.

Cuando, desde la cumbre del cerro, vio en el valle, debajo, la torre de la iglesia con su bandera de hojalata meciéndose al viento, sintió ese deleite mezclado con la vanidad triunfante y la ternura egoísta que deben experimentar los millonarios cuando regresan a su tierra natal. pueblo.

Paseó por su casa. Una luz estaba encendida en la cocina. Observó su sombra detrás de las cortinas, pero no apareció nada.

Mere Lefrancois, cuando lo vio, profirió muchas exclamaciones. Ella pensó que él “había crecido y estaba más delgado”, mientras que Artémise, por el contrario, lo pensó más grueso y más oscuro.

Comió en el cuartito de antaño, pero solo, sin el recaudador de impuestos; pues Binet, harto de esperar a la Hironnelle, había adelantado definitivamente su comida una hora, y ahora cenaba puntualmente a las cinco, y sin embargo declaraba habitualmente que la vieja y desvincijada preocupación “llegaba tarde”.

Léon, sin embargo, se decidió y llamó a la puerta del médico. Madame estaba en su habitación y no bajó durante un cuarto de hora. El doctor pareció encantado de verlo, pero no se movió esa noche, ni en todo el día siguiente.

La vio sola en la noche, muy tarde, detrás del jardín en el camino; en el carril, como ella tenía el otro! Era una noche tormentosa y hablaban bajo un paraguas a la luz de los relámpagos.

Su separación se estaba volviendo intolerable. “¡Preferiría morir!” dijo Emma. Ella se retorció en sus brazos, llorando. “¡Adiós! ¡adiós! ¿Cuándo te volveré a ver?”

Volvieron a abrazarse una vez más, y fue entonces cuando ella le prometió encontrar pronto, por cualquier medio, una oportunidad regular para verse en libertad al menos una vez por semana. Emma nunca dudó de que debería ser capaz de hacer esto. Además, estaba llena de esperanza. Le estaba llegando algo de dinero.

En virtud de ello compró un par de cortinas amarillas con grandes rayas para su habitación, cuya baratura había elogiado el señor Lheureux; soñaba con conseguir una alfombra, y Lheureux, declarando que no era “beber el mar”, cortésmente se comprometió a proporcionarle una. Ya no podía prescindir de sus servicios. Veinte veces al día ella enviaba por él, y él inmediatamente se ocupaba de su negocio sin un murmullo. La gente tampoco podía entender por qué Mere Rollet desayunaba con ella todos los días, e incluso la visitaba en privado.

Fue por esta época, es decir, al comienzo del invierno, cuando pareció apoderarse de ella un gran fervor musical.

Una noche, cuando Charles la estaba escuchando, ella comenzó la misma pieza cuatro veces, cada vez con mucho disgusto, mientras él, sin notar ninguna diferencia, gritaba:

"¡Bravo! muy bueno Te equivocas al parar. ¡Seguir!"

"Oh no; es execrable! Mis dedos están bastante oxidados”.

Al día siguiente, él le rogó que volviera a tocarle algo.

"Muy bien; ¡para complacerte!"

Y Charles confesó que se había ido un poco. Tocó notas equivocadas y se equivocó; luego, deteniéndose en seco—

“¡Ay! no tiene uso. Debería tomar algunas lecciones; pero... —Se mordió los labios y añadió—: ¡Veinte francos la lección, eso es demasiado caro!”

"Sí, así es, más bien", dijo Charles, riendo estúpidamente. “Pero me parece que uno podría hacerlo por menos; porque hay artistas sin reputación, y que a menudo son mejores que las celebridades”.

"¡Encuétralos!" dijo Emma.

Al día siguiente, cuando llegó a casa, la miró con timidez y al final ya no pudo contener las palabras.

“¡Qué obstinado eres a veces! Fui a Barfucheres hoy. Bueno, madame Liegard me aseguró que sus tres señoritas que están en La Misericordia tienen lecciones a cincuenta sueldos cada una, ¡y eso con una excelente maestra!

Se encogió de hombros y no volvió a abrir el piano. Pero cuando pasó por allí (si Bovary estuviera allí), suspiró—

“¡Ay! ¡Mi pobre piano!

Y cuando alguien venía a verla, no dejaba de informarles que había dejado la música y que no podía empezar de nuevo ahora por razones importantes. Entonces la gente la compadeció

—
"¡Qué lástima! ¡Tenía tanto talento!”

Incluso hablaron con Bovary al respecto. Lo avergonzaron, y especialmente al químico.

"Está usted equivocado. Nunca se debe dejar en barbecho ninguna de las facultades de la naturaleza. Además, piense, mi buen amigo, que induciendo a la señora a estudiar; estás economizando en la posterior educación musical de tu hijo. Por mi parte, creo que las madres deben instruir a sus hijos. Esa es una idea de Rousseau, todavía bastante nueva quizás, pero que terminará triunfando, estoy seguro, como las madres amamantando a sus propios hijos y la vacunación".

Entonces Charles volvió una vez más a esta cuestión del piano. Emma respondió amargamente que sería mejor venderlo. Aquel pobre piano, que tantas satisfacciones le había dado a su vanidad, verlo partir era para Bovary como el indefinible suicidio de una parte de sí misma.

"Si quisiera", dijo, "una lección de vez en cuando, después de todo eso no sería muy ruinoso".

"Pero las lecciones", respondió ella, "solo son útiles cuando se les da seguimiento".

Y así se dispuso a obtener el permiso de su marido para ir al pueblo una vez a la semana a ver a su amado. Al final de un mes, incluso se consideró que había hecho un progreso considerable.

Capítulo cinco

Iba los jueves. Se levantó y se vistió en silencio, para no despertar a Charles, quien habría dicho que se había arreglado demasiado pronto. A continuación caminó de un lado a otro, se acercó a las ventanas y miró hacia el lugar. La madrugada se ensanchaba entre los pilares del mercado, y la farmacia, con los postigos aún cerrados, mostraba en la pálida luz del alba las grandes letras de su letrero.

Cuando el reloj marcaba las siete y cuarto, se dirigió al “Lion d’Or”, cuya puerta abrió Artémise bostezando. La niña entonces preparó las brasas cubiertas por las cenizas y Emma se quedó sola en la cocina. De vez en cuando salía. Hivert enjanzaba tranquilamente sus caballos, escuchando, además, a Mere Lefrançois, que, pasando la cabeza y el gorro de dormir por una reja, le cobraba encargos y le daba explicaciones que habrían confundido a cualquier otro. Emma seguía golpeando las suelas de sus botas contra el pavimento del patio.

Por fin, cuando hubo comido la sopa, se puso la capa, encendió la pipa y empuñó el látigo, se instaló tranquilamente en su asiento.

El “Hirondelle” arrancó a trote lento, y durante cerca de una milla se detuvo aquí y allá para recoger a los pasajeros que lo esperaban, parados al borde de la carretera, frente a las puertas de sus patios.

Aquellos que habían asegurado asientos la noche anterior lo hicieron esperar; algunos incluso estaban todavía en la cama en sus casas. Hivert llamó, gritó, maldijo; luego se bajó de su asiento y fue y llamó con fuerza a las puertas. El viento soplaba a través de las ventanas rotas.

Los cuatro asientos, sin embargo, se llenaron. El carruaje se puso en marcha; hileras de manzanos se sucedían, y el camino entre sus dos largas zanjas, llenas de agua amarilla, se elevaba, estrechándose constantemente hacia el horizonte.

Emma knew it from end to end; she knew that after a meadow there was a sign-post, next an elm, a barn, or the hut of a lime-kiln tender. Sometimes even, in the hope of getting some surprise, she shut her eyes, but she never lost the clear perception of the distance to be traversed.

At last the brick houses began to follow one another more closely, the earth resounded beneath the wheels, the “Hirondelle” glided between the gardens, where through an opening one saw statues, a periwinkle plant, clipped yews, and a swing. Then on a sudden the town appeared. Sloping down like an amphitheatre, and drowned in the fog, it widened out beyond the bridges confusedly. Then the open country spread away with a monotonous movement till it touched in the distance the vague line of the pale sky. Seen thus from above, the whole landscape looked immovable as a picture; the anchored ships were massed in one corner, the river curved round the foot of the green hills, and the isles, oblique in shape, lay on the water, like large, motionless, black fishes. The factory chimneys belched forth immense brown fumes that were blown away at the top. One heard the rumbling of the foundries, together with the clear chimes of the churches that stood out in the mist. The leafless trees on the boulevards made violet thickets in the midst of the houses, and the roofs, all shining with the rain, threw back unequal reflections, according to the height of the quarters in which they were. Sometimes a gust of wind drove the clouds towards the Saint Catherine hills, like aerial waves that broke silently against a cliff.

A giddiness seemed to her to detach itself from this mass of existence, and her heart swelled as if the hundred and twenty thousand souls that palpitated there had all at once sent into it the vapour of the passions she fancied theirs. Her love grew in the presence of this vastness, and expanded with tumult to the vague murmurings that rose towards her. She poured it out upon the square, on the walks, on the streets, and the old Norman city outspread before her eyes as an enormous capital, as a Babylon into which she was entering. She leant with both hands against the window, drinking in the breeze; the three horses galloped, the stones grated in the mud, the diligence rocked, and Hivert, from afar, hailed the carts on the road, while the bourgeois who had spent the night at the Guillaume woods came quietly down the hill in their little family carriages.

Se detuvieron en la barrera; Emma se desabrochó los chanclos, se puso otros guantes, se arregló el chal y unos veinte pasos más abajo se apeó del Hirondelle.

El pueblo estaba entonces despertando. Los tenderos con gorras limpiaban las fachadas de las tiendas, y las mujeres con cestas pegadas a las caderas lanzaban a intervalos sonoros gritos en las esquinas de las calles. Caminaba con los ojos bajos, pegada a los muros, y sonriendo de placer bajo el velo negro bajado.

Por miedo a ser vista, no solía tomar el camino más directo. Se sumergió en callejones oscuros y, toda transpirada, llegó al pie de la Rue Nationale, cerca de la fuente que allí se encuentra. Es el barrio de los teatros, las tabernas y las prostitutas. A menudo, un carro pasaba cerca de ella, con un paisaje tembloroso. Camareros con delantal rociaban arena sobre las losas entre arbustos verdes. Todo olía a absenta, puros y ostras.

Dobló por una calle; ella lo reconoció por su cabello rizado que se escapaba por debajo de su sombrero.

Léon caminó por la acera. Ella lo siguió hasta el hotel. Subió, abrió la puerta, entró—¡Qué abrazo!

Luego, después de los besos, brotaron las palabras. Se contaron las penas de la semana, los presentimientos, la ansiedad por las cartas; pero ahora todo estaba olvidado; se miraban a la cara con risas voluptuosas y nombres tiernos.

La cama era grande, de caoba, en forma de barca. Las cortinas eran de color rojo levantino, que colgaban del techo y sobresalían demasiado hacia la cabecera en forma de campana; y nada en el mundo era tan hermoso como su cabeza morena y su piel blanca destacando sobre este color púrpura, cuando, con un movimiento de vergüenza, cruzó sus brazos desnudos, escondiendo su rostro entre sus manos.

La cálida habitación, con su alfombra discreta, sus adornos alegres y su luz serena, parecía hecha para las intimidades de la pasión. Las barras de las cortinas rematadas en flechas, sus clavijas de bronce y las grandes bolas de los perros de fuego brillaban de repente cuando salía el sol. En la chimenea entre los candelabros había dos de esas conchas rosadas en las que se oye el murmullo de el mar si se los acerca a la oreja.

¡Cómo amaban esa querida habitación, tan llena de alegría, a pesar de su esplendor algo marchito! Siempre encontraban los muebles en el mismo sitio, ya veces horquillas, que ella había olvidado el jueves anterior, bajo el pedestal del reloj. Almorzaron junto a la chimenea en una mesita redonda con incrustaciones de palisandro. Emma trinchó, puso trocitos en su plato con toda clase de coqueterías, y se rió con una risa sonora y libertina cuando la espuma del champán se deslizó de la copa a los anillos de sus dedos. Estaban tan completamente perdidos en la posesión del otro que se creían en su propia casa, y que vivirían allí hasta la muerte, como dos esposos eternamente jóvenes. Dijeron “nuestra habitación”, “nuestra alfombra”, ella incluso dijo “mis pantuflas”, un regalo de León, un capricho que había tenido. Eran de raso rosa, bordeados con plumón de cisne. Cuando ella se sentó sobre sus rodillas, su pierna, entonces demasiado corta, colgaba en el aire, y el delicado zapato, que no tenía espalda, estaba sujeto solo por los dedos de los pies descalzos.

Disfrutó por primera vez de la inexpresable delicadeza de los refinamientos femeninos. Nunca había conocido esta gracia del lenguaje, esta reserva de ropa, estas poses de la paloma cansada. Admiró la exaltación de su alma y el encaje de su enagua. Además, ¿no era ella “una dama” y una mujer casada, una verdadera amante, en definitiva?

Por la diversidad de su humor, a la vez místico o jovial, locuaz, taciturno, apasionado, descuidado, despertaba en él mil deseos, invocaba instintos o recuerdos. Era la amante de todas las novelas, la heroína de todos los dramas, la vaga “ella” de todos los volúmenes de versos. Volvió a encontrar en su hombro el color ámbar del “Baño de la Odalisca”; tenía la cintura alargada de las castellanitas feudales, y parecía la “Mujer Pálida de Barcelona”. ¡Pero sobre todo ella era el Ángel!

Mirándola muchas veces, le parecía que su alma, escapando hacia ella, se extendía como una ola sobre el contorno de su cabeza, y descendía arrastrada hasta la blancura de su pecho. Se arrodilló en el suelo ante ella, y con ambos codos en sus rodillas la miró con una sonrisa, con el rostro vuelto hacia arriba.

Ella se inclinó sobre él y murmuró, como si se ahogara por la embriaguez:

“¡Ay, no te muevas! ¡no hables! ¡Mírame! ¡Algo tan dulce sale de tus ojos que me ayuda tanto!”

Ella lo llamó "niño". “Niña, ¿me amas?”

Y ella no escuchó su respuesta en la prisa de sus labios que se unieron a su boca.

En el reloj había un cupido de bronce, que sonrió mientras doblaba su brazo debajo de una guirnalda dorada. Muchas veces se habían reído de él, pero cuando tuvieron que separarse todo les pareció serio.

Inmóviles uno frente al otro, repetían: “Hasta el jueves, hasta el jueves”.

De repente ella agarró su cabeza entre sus manos, lo besó apresuradamente en la frente, gritando: “¡Adieu!” y bajó corriendo las escaleras.

Fue a una peluquería de la Rue de la Comedie para que le arreglaran el pelo. Cayó la noche; el gas fue encendido en la tienda. Oyó la campana del teatro llamando a los titiriteros a la función, y vio pasar por la puerta del escenario a hombres con rostros blancos y mujeres con vestidos desteñidos.

Hacía calor en la habitación, pequeña y demasiado baja donde la estufa siseaba en medio de pelucas y pomadas. El olor de las tenazas, junto con las manos grasientas que acariciaban su cabeza, pronto la aturdió y se adormeció un poco en su bata. A menudo, mientras le peinaba, el hombre le ofrecía entradas para un baile de máscaras.

Entonces ella se fue. Subió por las calles; Llegó a la Croix-Rouge, se puso los chanclos que había escondido por la mañana debajo del asiento y se hundió en su lugar entre los pasajeros impacientes. Algunos se apearon al pie de la colina. Se quedó sola en el carruaje. A cada vuelta se veían más y más completas todas las luces del pueblo, formando un gran vapor luminoso en torno a las casas en penumbra. Emma se arrodilló sobre los cojines y sus ojos vagaron sobre la luz deslumbrante. Ella sollozó; Llamó a León, le envió palabras tiernas y besos perdidos en el viento.

Por la ladera andaba un pobre diablo con su bastón en medio de las diligencias. Una masa de andrajos le cubría los hombros, y un viejo castor clavado en duelas, vuelto como un cuenco, le ocultaba el rostro; pero cuando se lo quitó descubrió en el lugar de los párpados órbitas vacías y ensangrentadas. La carne colgaba en jirones rojos, y de ella fluían líquidos que se coagulaban en escamas verdes hasta la nariz, cuyas fosas nasales negras olían convulsivamente. Para hablar contigo echó la cabeza hacia atrás con una risa idiota; luego sus globos oculares azulados, girando constantemente, en las sienas golpearon contra el borde de la herida abierta. Cantó una pequeña canción mientras seguía a los carruajes:

And all the rest was about birds and sunshine and green leaves.

Sometimes he appeared suddenly behind Emma, bareheaded, and she drew back with a cry. Hivert made fun of him. He would advise him to get a booth at the Saint Romain fair, or else ask him, laughing, how his young woman was.

Often they had started when, with a sudden movement, his hat entered the diligence through the small window, while he clung with his other arm to the footboard, between the wheels splashing mud. His voice, feeble at first and quavering, grew sharp; it resounded in the night like the indistinct moan of a vague distress; and through the ringing of the bells, the murmur of the trees, and the rumbling of the empty vehicle, it had a far-off sound that disturbed Emma. It went to the bottom of her soul, like a whirlwind in an abyss, and carried her away into the distances of a boundless melancholy. But Hivert, noticing a weight behind, gave the blind man sharp cuts with his whip. The thong lashed his wounds, and he fell back into the mud with a yell. Then the passengers in the “Hirondelle” ended by falling asleep, some with open mouths, others with lowered chins, leaning against their neighbour’s shoulder, or with their arm passed through the strap, oscillating regularly with the jolting of the carriage; and the reflection of the lantern swinging without, on the crupper of the wheeler; penetrating into the interior through the chocolate calico curtains, threw sanguineous shadows over all these motionless people. Emma, drunk with grief, shivered in her clothes, feeling her feet grow colder and colder, and death in her soul.

Charles at home was waiting for her; the “Hirondelle” was always late on Thursdays. Madame arrived at last, and scarcely kissed the child. The dinner was not ready. No matter! She excused the servant. This girl now seemed allowed to do just as she liked.

Often her husband, noting her pallor, asked if she were unwell.

“No,” said Emma.

“But,” he replied, “you seem so strange this evening.”

“Oh, it’s nothing! nothing!”

There were even days when she had no sooner come in than she went up to her room; and Justin, happening to be there, moved about noiselessly, quicker at helping her than the best of maids. He put the matches ready, the candlestick, a book, arranged her nightgown, turned back the bedclothes.

“Come!” said she, “that will do. Now you can go.”

For he stood there, his hands hanging down and his eyes wide open, as if enmeshed in the innumerable threads of a sudden reverie.

The following day was frightful, and those that came after still more unbearable, because of her impatience to once again seize her happiness; an ardent lust, inflamed by the images of past experience, and that burst forth freely on the seventh day beneath Léon’s caresses. His ardours were hidden beneath outbursts of wonder and gratitude. Emma tasted this love in a discreet, absorbed fashion, maintained it by all the artifices of her tenderness, and trembled a little lest it should be lost later on.

She often said to him, with her sweet, melancholy voice—

“Ah! you too, you will leave me! You will marry! You will be like all the others.”

He asked, “What others?”

“Why, like all men,” she replied. Then added, repulsing him with a languid movement—

“You are all evil!”

One day, as they were talking philosophically of earthly disillusion, to experiment on his jealousy, or yielding, perhaps, to an over-strong need to pour out her heart, she told him that formerly, before him, she had loved someone.

“Not like you,” she went on quickly, protesting by the head of her child that “nothing had passed between them.”

The young man believed her, but none the less questioned her to find out what he was.

“He was a ship’s captain, my dear.”

Was this not preventing any inquiry, and, at the same time, assuming a higher ground through this pretended fascination exercised over a man who must have been of warlike nature and accustomed to receive homage?

The clerk then felt the lowliness of his position; he longed for epaulettes, crosses, titles. All that would please her—he gathered that from her spendthrift habits.

Sin embargo, Emma ocultó muchas de estas fantasías extravagantes, como su deseo de tener un tilbury azul para conducir a Rouen, tirado por un caballo inglés y conducido por un mozo de cuadra con botas de caña alta. Fue Justino quien le había inspirado este capricho, rogándole que lo tomara a su servicio como *ayuda de cámara*, ^[19] y si la privación de él no disminuía el placer de su llegada a cada cita, ciertamente aumentó la amargura del regreso.

[19] Sirviente.

A menudo, cuando hablaban juntos de París, ella terminaba murmurando: “¡Ah! ¡Qué felices deberíamos estar allí!”

“¿No somos felices?” respondió gentilmente el joven pasando sus manos por su cabello.

“Sí, eso es cierto”, dijo ella. “Estoy loco. ¡Bésame!”

Para su marido estaba más encantadora que nunca. Ella le preparó cremas de pistacho y le tocó valsés después de la cena. Así que se consideró el más afortunado de los hombres y

Emma no se sintió inquieta cuando, una tarde, de repente, dijo:

“Es mademoiselle Lempereur, ¿no es así, quien te da lecciones?”

"Sí."

—Bueno, la vi hace un momento —prosiguió Charles— en casa de madame Liegeard. Le hablé de ti y ella no te conoce.

Esto fue como un trueno. Sin embargo, ella respondió con bastante naturalidad—

“¡Ay! sin duda se olvidó de mi nombre.

—Pero tal vez —dijo el doctor— haya varias Demoiselles Lempereur en Rouen que sean maestras de música.

"¿Posiblemente!" Luego, rápidamente: “Pero tengo mis recibos aquí. ¡Ver!”

Y ella fue al escritorio, registró todos los cajones, revolvió los papeles, y al final perdió la cabeza tan completamente que Charles le rogó encarecidamente que no se preocupara tanto por esos miserables recibos.

"Oh, los encontraré", dijo.

Y, de hecho, el viernes siguiente, mientras Charles se calzaba una de sus botas en el armario oscuro donde guardaba su ropa, sintió un trozo de papel entre el cuero y el calcetín. Lo sacó y leyó:

“Recibí, por tres meses de lecciones y varias piezas de música, la suma de sesenta y tres francos.—Felicie Lempereur, profesora de música.”

"¿Cómo diablos se metió en mis botas?"

“Se debe haber caído”, respondió ella, “de la vieja caja de billetes que está en el borde del estante”.

Desde ese momento su existencia no fue más que un largo tejido de mentiras, en el que envolvió su amor como en velos para ocultarlo. Era una necesidad, una manía, un placer llevado a tal punto que si ella decía que el día anterior había caminado por el lado derecho de un camino, uno podría saber que había tomado el izquierdo.

Una mañana, cuando ella se había ido, como de costumbre, bastante ligera de ropa, de repente empezó a nevar, y mientras Charles miraba el tiempo desde la ventana, vio al señor Bournisien en el coche del señor Tuvache, que lo conducía a Ruan. Luego bajó para darle al cura un manto grueso que le entregaría a Emma en cuanto llegara a la “Croix-Rouge”. Cuando llegó a la posada, monsieur Bournisien preguntó por la mujer del médico de Yonville. La dueña respondió que muy pocas veces venía a su establecimiento. Así que aquella noche, cuando reconoció a la señora Bovary en la “Hirondelle”, el cura le contó su dilema, pero sin parecer darle mucha importancia, pues se puso a elogiar a un predicador que hacía maravillas en la Catedral,

Aun así, si él no pedía ninguna explicación, otros, más adelante, podrían resultar menos discretos. Así que pensó bien en bajar cada vez en la "Croix-Rouge", para que la buena gente de su pueblo que la viera en las escaleras no sospechara nada.

Un día, sin embargo, Monsieur Lheureux la encontró saliendo del Hotel de Boulogne del brazo de Léon; y ella se asustó, pensando que él chismearía. No era tan tonto. Pero tres días después de que él llegó a su habitación, cerró la puerta y dijo: "Necesito algo de dinero".

Ella declaró que no podía darle nada. Lheureux prorrumpió en lamentaciones y le recordó todas las bondades que le había mostrado.

De hecho, de las dos facturas firmadas por Charles, Emma hasta el momento sólo había pagado una. En cuanto al segundo, el tendero, a petición de ella, había consentido en reemplazarlo por otro, que nuevamente había sido renovado por una larga fecha. Luego sacó de su bolsillo una lista de bienes no pagados; a saber, las cortinas, la alfombra, la tela de los sillones, varios vestidos y diversas prendas de vestir, cuyas facturas ascendieron a unos dos mil francos.

Ella inclinó la cabeza. Continuó-

“Pero si no tienes dinero disponible, tienes una herencia”. Y él le recordó a un miserable cuchitril situado en Barneville, cerca de Aumale, que no traía casi nada. Anteriormente había sido parte de una pequeña granja vendida por Monsieur Bovary padre; pues Lheureux lo sabía todo, hasta el número de acres y los nombres de los vecinos.

“Si yo estuviera en tu lugar”, dijo, “debería librarme de mis deudas y me sobraría dinero”.

Señaló la dificultad de conseguir un comprador. Mantuvo la esperanza de encontrar uno; pero ella le preguntó cómo se las arreglaría para venderlo.

¿No tiene su poder notarial? respondió.

La frase le llegó como un soplo de aire fresco. “Déjame la cuenta”, dijo Emma.

"Oh, no vale la pena", respondió Lheureux.

Regresó a la semana siguiente y se jactó de haber descubierto por fin, después de mucho trabajo, a un tal Langlois que, desde hacía mucho tiempo, había estado pendiente de la propiedad, pero sin mencionar su precio.

“¡No importa el precio!” ella lloró.

Pero tendrían, por el contrario, que esperar, para sondear al tipo. La cosa valía un viaje, y como ella no podía emprenderlo, él se ofreció a ir al lugar para entrevistarse con Langlois. A su regreso anunció que el comprador proponía cuatro mil francos.

Emma estaba radiante con esta noticia.

“Francamente”, agregó, “ese es un buen precio”.

Sacó la mitad de la suma de una vez, y cuando estaba a punto de pagar su cuenta, el tendero dijo:

“It really grieves me, on my word! to see you depriving yourself all at once of such a big sum as that.”

Then she looked at the bank-notes, and dreaming of the unlimited number of rendezvous represented by those two thousand francs, she stammered—

“What! what!”

“Oh!” he went on, laughing good-naturedly, “one puts anything one likes on receipts. Don’t you think I know what household affairs are?” And he looked at her fixedly, while in his hand he held two long papers that he slid between his nails. At last, opening his pocket-book, he spread out on the table four bills to order, each for a thousand francs.

“Sign these,” he said, “and keep it all!”

She cried out, scandalised.

“But if I give you the surplus,” replied Monsieur Lheureux impudently, “is that not helping you?”

And taking a pen he wrote at the bottom of the account, “Received of Madame Bovary four thousand francs.”

“Now who can trouble you, since in six months you’ll draw the arrears for your cottage, and I don’t make the last bill due till after you’ve been paid?”

Emma grew rather confused in her calculations, and her ears tingled as if gold pieces, bursting from their bags, rang all round her on the floor. At last Lheureux explained that he had a very good friend, Vincart, a broker at Rouen, who would discount these four bills. Then he himself would hand over to madame the remainder after the actual debt was paid.

But instead of two thousand francs he brought only eighteen hundred, for the friend Vincart (which was only fair) had deducted two hundred francs for commission and discount. Then he carelessly asked for a receipt.

“You understand—in business—sometimes. And with the date, if you please, with the date.”

A horizon of realisable whims opened out before Emma. She was prudent enough to lay by a thousand crowns, with which the first three bills were paid when they fell due; but the fourth, by chance, came to the house on a Thursday, and Charles, quite upset, patiently awaited his wife’s return for an explanation.

If she had not told him about this bill, it was only to spare him such domestic worries; she sat on his knees, caressed him, cooed to him, gave him a long enumeration of all the indispensable things that had been got on credit.

“Really, you must confess, considering the quantity, it isn’t too dear.”

Charles, at his wit’s end, soon had recourse to the eternal Lheureux, who swore he would arrange matters if the doctor would sign him two bills, one of which was for seven hundred francs, payable in three months. In order to arrange for this he wrote his mother a pathetic letter. Instead of sending a reply she came herself; and when Emma wanted to know whether he had got anything out of her, “Yes,” he replied; “but she wants to see the account.” The next morning at daybreak Emma ran to Lheureux to beg him to make out another account for not more than a thousand francs, for to show the one for four thousand it would be necessary to say that she had paid two-thirds, and confess, consequently, the sale of the estate—a negotiation admirably carried out by the shopkeeper, and which, in fact, was only actually known later on.

Despite the low price of each article, Madame Bovary senior, of course, thought the expenditure extravagant.

“Couldn’t you do without a carpet? Why have recovered the arm-chairs? In my time there was a single arm-chair in a house, for elderly persons—at any rate it was so at my mother’s, who was a good woman, I can tell you. Everybody can’t be rich! No fortune can hold out against waste! I should be ashamed to coddle myself as you do! And yet I am old. I need looking after. And there! there! fitting up gowns! fallals! What! silk for lining at two francs, when you can get jaconet for ten sous, or even for eight, that would do well enough!”

Emma, lying on a lounge, replied as quietly as possible—“Ah! Madame, enough! enough!”

The other went on lecturing her, predicting they would end in the workhouse. But it was Bovary’s fault. Luckily he had promised to destroy that power of attorney.

“What?”

“Ah! he swore he would,” went on the good woman.

Emma opened the window, called Charles, and the poor fellow was obliged to confess the promise torn from him by his mother.

Emma disappeared, then came back quickly, and majestically handed her a thick piece of paper.

“Thank you,” said the old woman. And she threw the power of attorney into the fire.

Emma began to laugh, a strident, piercing, continuous laugh; she had an attack of hysterics.

“Oh, my God!” cried Charles. “Ah! you really are wrong! You come here and make scenes with her!”

His mother, shrugging her shoulders, declared it was “all put on.”

But Charles, rebelling for the first time, took his wife’s part, so that Madame Bovary, senior, said she would leave. She went the very next day, and on the threshold, as he was trying to detain her, she replied—

“No, no! You love her better than me, and you are right. It is natural. For the rest, so much the worse! You will see. Good day—for I am not likely to come soon again, as you say, to make scenes.”

Charles nevertheless was very crestfallen before Emma, who did not hide the resentment she still felt at his want of confidence, and it needed many prayers before she would consent to have another power of attorney. He even accompanied her to Monsieur Guillaumin to have a second one, just like the other, drawn up.

"I understand," said the notary; "a man of science can't be worried with the practical details of life."

And Charles felt relieved by this comfortable reflection, which gave his weakness the flattering appearance of higher pre-occupation.

And what an outburst the next Thursday at the hotel in their room with Léon! She laughed, cried, sang, sent for sherbets, wanted to smoke cigarettes, seemed to him wild and extravagant, but adorable, superb.

He did not know what recreation of her whole being drove her more and more to plunge into the pleasures of life. She was becoming irritable, greedy, voluptuous; and she walked about the streets with him carrying her head high, without fear, so she said, of compromising herself. At times, however, Emma shuddered at the sudden thought of meeting Rodolphe, for it seemed to her that, although they were separated forever, she was not completely free from her subjugation to him.

One night she did not return to Yonville at all. Charles lost his head with anxiety, and little Berthe would not go to bed without her mamma, and sobbed enough to break her heart. Justin had gone out searching the road at random. Monsieur Homais even had left his pharmacy.

At last, at eleven o'clock, able to bear it no longer, Charles harnessed his chaise, jumped in, whipped up his horse, and reached the "Croix-Rouge" about two o'clock in the morning. No one there! He thought that the clerk had perhaps seen her; but where did he live? Happily, Charles remembered his employer's address, and rushed off there.

Day was breaking, and he could distinguish the escutcheons over the door, and knocked. Someone, without opening the door, shouted out the required information, adding a few insults to those who disturb people in the middle of the night.

The house inhabited by the clerk had neither bell, knocker, nor porter. Charles knocked loudly at the shutters with his hands. A policeman happened to pass by. Then he was frightened, and went away.

"I am mad," he said; "no doubt they kept her to dinner at Monsieur Lormeaux'." But the Lormeaux no longer lived at Rouen.

"She probably stayed to look after Madame Dubreuil. Why, Madame Dubreuil has been dead these ten months! Where can she be?"

An idea occurred to him. At a cafe he asked for a Directory, and hurriedly looked for the name of Mademoiselle Lempereur, who lived at No. 74 Rue de la Renelle-des-Marouquiers.

As he was turning into the street, Emma herself appeared at the other end of it. He threw himself upon her rather than embraced her, crying—

"What kept you yesterday?"

"I was not well."

"What was it? Where? How?"

She passed her hand over her forehead and answered, "At Mademoiselle Lempereur's."

"I was sure of it! I was going there."

"Oh, it isn't worth while," said Emma. "She went out just now; but for the future don't worry. I do not feel free, you see, if I know that the least delay upsets you like this."

This was a sort of permission that she gave herself, so as to get perfect freedom in her escapades. And she profited by it freely, fully. When she was seized with the desire to see Léon, she set out upon any pretext; and as he was not expecting her on that day, she went to fetch him at his office.

It was a great delight at first, but soon he no longer concealed the truth, which was, that his master complained very much about these interruptions.

"Pshaw! come along," she said.

And he slipped out.

She wanted him to dress all in black, and grow a pointed beard, to look like the portraits of Louis XIII. She wanted to see his lodgings; thought them poor. He blushed at them, but she did not notice this, then advised him to buy some curtains like hers, and as he objected to the expense—

"Ah! ah! you care for your money," she said laughing.

Each time Léon had to tell her everything that he had done since their last meeting. She asked him for some verses—some verses "for herself," a "love poem" in honour of her. But he never succeeded in getting a rhyme for the second verse; and at last ended by copying a sonnet in a "Keepsake." This was less from vanity than from the one desire of pleasing her. He did not question her ideas; he accepted all her tastes; he was rather becoming her mistress than she his. She had tender words and kisses that thrilled his soul. Where could she have learnt this corruption almost incorporeal in the strength of its profanity and dissimulation?

Chapter Six

During the journeys he made to see her, Léon had often dined at the chemist's, and he felt obliged from politeness to invite him in turn.

"With pleasure!" Monsieur Homais replied; "besides, I must invigorate my mind, for I am getting rusty here. We'll go to the theatre, to the restaurant; we'll make a night of it."

"Oh, my dear!" tenderly murmured Madame Homais, alarmed at the vague perils he was preparing to brave.

"Well, what? Do you think I'm not sufficiently ruining my health living here amid the continual emanations of the pharmacy? But there! that is the way with women! They are jealous of science, and then are opposed to our taking the most legitimate distractions. No matter! Count upon me. One of these days I shall turn up at Rouen, and we'll go the pace together."

The druggist would formerly have taken good care not to use such an expression, but he was cultivating a gay Parisian style, which he thought in the best taste; and, like his neighbour, Madame Bovary, he questioned the clerk curiously about the customs of the capital; he even talked slang to dazzle the bourgeois, saying bender, crummy, dandy, macaroni, the cheese, cut my stick and "I'll hook it," for "I am going."

So one Thursday Emma was surprised to meet Monsieur Homais in the kitchen of the "Lion d'Or," wearing a traveller's costume, that is to say, wrapped in an old cloak which no one knew he had, while he carried a valise in one hand and the foot-warmer of his establishment in the other. He had confided his intentions to no one, for fear of causing the public anxiety by his absence.

The idea of seeing again the place where his youth had been spent no doubt excited him, for during the whole journey he never ceased talking, and as soon as he had arrived, he jumped quickly out of the diligence to go in search of Léon. In vain the clerk tried to get rid of him. Monsieur Homais dragged him off to the large Cafe de la Normandie, which he entered majestically, not raising his hat, thinking it very provincial to uncover in any public place.

Emma waited for Léon three quarters of an hour. At last she ran to his office; and, lost in all sorts of conjectures, accusing him of indifference, and reproaching herself for her weakness, she spent the afternoon, her face pressed against the window-panes.

At two o'clock they were still at a table opposite each other. The large room was emptying; the stove-pipe, in the shape of a palm-tree, spread its gilt leaves over the white ceiling, and near them, outside the window, in the bright sunshine, a little fountain gurgled in a white basin, where; in the midst of watercress and asparagus, three torpid lobsters stretched across to some quails that lay heaped up in a pile on their sides.

Homais was enjoying himself. Although he was even more intoxicated with the luxury than the rich fare, the Pommard wine all the same rather excited his faculties; and when the omelette *au rhum*^[20] appeared, he began propounding immoral theories about women. What seduced him above all else was chic. He admired an elegant toilette in a well-furnished apartment, and as to bodily qualities, he didn't dislike a young girl.

[20] In rum.

Léon watched the clock in despair. The druggist went on drinking, eating, and talking.

"You must be very lonely," he said suddenly, "here at Rouen. To be sure your lady-love doesn't live far away."

And the other blushed—

"Come now, be frank. Can you deny that at Yonville—"

The young man stammered something.

"At Madame Bovary's, you're not making love to—"

"To whom?"

"The servant!"

He was not joking; but vanity getting the better of all prudence, Léon, in spite of himself protested. Besides, he only liked dark women.

"I approve of that," said the chemist; "they have more passion."

And whispering into his friend's ear, he pointed out the symptoms by which one could find out if a woman had passion. He even launched into an ethnographic digression: the German was vapourish, the French woman licentious, the Italian passionate.

"And negresses?" asked the clerk.

"They are an artistic taste!" said Homais. "Waiter! two cups of coffee!"

"Are we going?" at last asked Léon impatiently.

"Ja!"

But before leaving he wanted to see the proprietor of the establishment and made him a few compliments. Then the young man, to be alone, alleged he had some business engagement.

"Ah! I will escort you," said Homais.

And all the while she was walking through the streets with him he talked of his wife, his children; of their future, and of his business; told him in what a decayed condition it had formerly been, and to what a degree of perfection he had raised it.

Arrived in front of the Hotel de Boulogne, Léon left him abruptly, ran up the stairs, and found his mistress in great excitement. At mention of the chemist she flew into a passion. He, however, piled up good reasons; it wasn't his fault; didn't she know Homais—did she believe that he would prefer his company? But she turned away; he drew her back, and, sinking on his knees, clasped her waist with his arms in a languorous pose, full of concupiscence and supplication.

She was standing up, her large flashing eyes looked at him seriously, almost terribly. Then tears obscured them, her red eyelids were lowered, she gave him her hands, and Léon was pressing them to his lips when a servant appeared to tell the gentleman that he was wanted.

"¿Volverás?" ella dijo.

"Sí."

"¿Pero cuando?"

"Inmediatamente."

"Es un truco", dijo el químico, cuando vio a Léon. "Quería interrumpir esta visita, me pareció que te molestaba. Vamos a tomar una copa de garus a Bridoux'.

Léon juró que debía volver a su oficina. Entonces el boticario bromeó con él sobre los conductores de plumas y la ley.

"Deja a Cujas y Barthole solos un poco. ¿Quién diablos te lo impide? ¡Sé un hombre! Vamos a Bridoux'. Verás a su perro. Es muy interesante."

Y como el empleado seguía insistiendo—

"Iré contigo. Leeré un periódico mientras te espero, o hojearé las hojas de un 'Código'".

Léon, desconcertado por la ira de Emma, la charla de Monsieur Homais y, tal vez, por la pesadez del almuerzo, estaba indeciso y, por así decirlo, fascinado por el boticario, que no dejaba de repetir:

"Vamos a Bridoux'. Está justo por aquí, en la Rue Malpalu.

Entonces, por cobardía, por estupidez, por ese sentimiento indefinible que nos arrastra a los actos más repugnantes, se dejó llevar hasta Bridoux', a quien encontraron en su pequeño patio, al mando de tres obreros, que jadeaban mientras giraban la rueda grande de una máquina para hacer agua mineral. Homais les dio buenos consejos. Abrazó a Bridoux; tomaron algunos garus. Veinte veces Léon trató de escapar, pero el otro lo agarró por el brazo diciendo:

"¡Ahora! ¡Ya voy! Iremos al 'Fanal de Rouen' a ver a los compañeros de allí. Te presentaré a Thornassin.

Por fin logró deshacerse de él y corrió directamente al hotel. Emma ya no estaba allí. Acababa de irse en un ataque de ira. Ahora lo detestaba. A ella le pareció un insulto el hecho de no asistir a la cita, y trató de buscar otras razones para separarse de él. Era incapaz de heroísmo, débil, banal, más desanimado que una mujer, avaro también y cobarde.

Luego, cada vez más tranquila, finalmente descubrió que, sin duda, lo había calumniado. Pero el menosprecio de aquellos a quienes amamos siempre nos aliena de ellos hasta cierto punto. No debemos tocar nuestros ídolos; el dorado se nos pega a los dedos.

Poco a poco empezaron a hablar con más frecuencia de cosas ajenas a su amor, y en las cartas que le escribía Emma hablaba de flores, versos, la luna y las estrellas, recursos ingenuos de una pasión menguante que pugnaba por mantenerse viva por todas las ayudas externas. Constantemente se prometía a sí misma una profunda felicidad en su próximo viaje. Luego se confesó a sí misma que no sentía nada extraordinario. Esta decepción pronto dio paso a una nueva esperanza, y Emma volvió a él más inflamada, más ansiosa que nunca. Se desvistió brutalmente, arrancándose los finos cordones de su corsé que anidaba alrededor de sus caderas como una serpiente que se desliza. Caminó de puntillas, descalza, para ver una vez más que la puerta estaba cerrada, luego, pálida, seria, y, sin hablar, con un solo movimiento,

Sin embargo, había en esa frente cubierta de gotas frías, en esos labios temblorosos, en esos ojos salvajes, en la tensión de esos brazos, algo vago y lúgubre que le pareció a Léon deslizarse entre ellos sutilmente como para separarlos.

No se atrevió a interrogarla; pero, viéndola tan hábil, debe haber pasado, pensó, por todas las experiencias de sufrimiento y de placer. Lo que una vez lo había encantado ahora lo asustaba un poco. Además, se rebelaba contra su absorción, cada día más marcada, por la personalidad de ella. Le envidiaba a Emma esta constante victoria. Incluso se esforzó por no amarla; luego, cuando oyó el crujido de sus botas, se volvió cobarde, como los borrachos a la vista de las bebidas fuertes.

Ella no dejaba, en verdad, de prodigarle toda clase de atenciones, desde las delicias de la comida hasta las coqueterías del vestido y las miradas lánguidas. Ella trajo rosas a su pecho de Yonville, que le arrojó a la cara; estaba preocupado por su salud, le dio consejos sobre su conducta; y, a fin de mantenerlo más seguro, esperando tal vez que el cielo se pusiera de su parte, le ató al cuello una medalla de la Virgen. Ella preguntó como una madre virtuosa acerca de sus compañeros. Ella le dijo—

"No los veas; no salgas; pensar sólo en nosotros mismos; ¡Quiéreme!"

Le hubiera gustado poder velar por su vida; y se le ocurrió la idea de hacerlo seguir por las calles. Cerca del hotel siempre había una especie de holgazán que abordaba a los viajeros y que no se negaba. Pero su orgullo se rebeló ante esto.

"¡Bah! tanto peor. ¡Que me engañe! ¿Qué me importa? ¡Como si me preocupara por él!"

Un día, cuando se habían separado temprano y ella regresaba sola por el bulevar, vio los muros de su convento; luego se sentó en una forma a la sombra de los olmos. ¡Qué tranquilo había sido ese tiempo! ¡Cómo añoraba los inefables sentimientos de amor que había tratado de descifrar en los libros! El primer mes de su matrimonio, sus paseos por el bosque, el vizconde que bailaba el vals, y Lagardy cantando, todo repasado ante sus ojos. Y Léon se le apareció de repente tan lejos como los demás.

“Sin embargo, lo amo”, se dijo a sí misma.

¡No importa! No era feliz, nunca lo había sido. ¿De dónde vino esta insuficiencia en la vida, este cambio instantáneo a la decadencia de todo en lo que se apoyaba? Pero si hubiera en alguna parte un ser fuerte y hermoso, una naturaleza valiente, llena a la vez de exaltación y refinamiento, un corazón de poeta en forma de ángel, una lira con cuerdas sonoras que resuenan epitalámicos elegíacos hacia el cielo, ¿por qué, acaso, no habría de hacerlo ella? ¿encontrarlo? ¡Ay! ¡Qué imposible! Además, nada valía la pena de buscarlo; todo era mentira. Cada sonrisa escondía un bostezo de aburrimiento, cada alegría una maldición, todo placer una saciedad, y los más dulces besos dejaban en tus labios sólo el deseo inalcanzable de un deleite mayor.

Un sonido metálico zumbó en el aire y se escucharon cuatro campanadas en el reloj del convento. ¡Cuatro en punto! Y le parecía que había estado allí de esa forma una eternidad. Pero una infinidad de pasiones pueden estar contenidas en un minuto, como una multitud en un pequeño espacio.

Emma vivía absorta en los suyos y no se preocupaba más por cuestiones de dinero que una archiduquesa.

Una vez, sin embargo, un hombre de aspecto desdichado, rubicundo y calvo, llegó a su casa diciendo que lo había enviado el señor Vincart de Rouen. Sacó los alfileres que sujetaban los bolsillos laterales de su largo abrigo verde, se los metió en la manga y cortésmente le entregó un papel.

Era una letra de setecientos francos, firmada por ella, y que Lheureux, a pesar de todas sus profesiones, había pagado a Vincart. Ella envió a su sirviente por él. No pudo venir. Entonces el forastero, que había permanecido de pie, lanzando miradas curiosas a derecha e izquierda, que sus cejas pobladas y claras ocultaban, preguntó con aire ingenuo:

¿Qué respuesta tengo para aceptar a monsieur Vincart?

“Oh,” dijo Emma, “dile que no lo tengo. Enviaré la próxima semana; debe esperar; sí, hasta la semana que viene.

Y el tipo se fue sin decir una palabra más.

But the next day at twelve o'clock she received a summons, and the sight of the stamped paper, on which appeared several times in large letters, “Maitre Hareng, bailiff at Buchy,” so frightened her that she rushed in hot haste to the linendraper's. She found him in his shop, doing up a parcel.

“Your obedient!” he said; “I am at your service.”

But Lheureux, all the same, went on with his work, helped by a young girl of about thirteen, somewhat hunch-backed, who was at once his clerk and his servant.

Then, his clogs clattering on the shop-boards, he went up in front of Madame Bovary to the first door, and introduced her into a narrow closet, where, in a large bureau in sapon-wood, lay some ledgers, protected by a horizontal padlocked iron bar. Against the wall, under some remnants of calico, one glimpsed a safe, but of such dimensions that it must contain something besides bills and money. Monsieur Lheureux, in fact, went in for pawnbroking, and it was there that he had put Madame Bovary's gold chain, together with the earrings of poor old Tellier, who, at last forced to sell out, had bought a meagre store of grocery at Quincampoix, where he was dying of catarrh amongst his candles, that were less yellow than his face.

Lheureux sat down in a large cane arm-chair, saying: “What news?”

“See!”

And she showed him the paper.

“Well how can I help it?”

Then she grew angry, reminding him of the promise he had given not to pay away her bills. He acknowledged it.

“But I was pressed myself; the knife was at my own throat.”

“And what will happen now?” she went on.

“Oh, it's very simple; a judgment and then a distraint—that's about it!”

Emma kept down a desire to strike him, and asked gently if there was no way of quieting Monsieur Vincart.

“I dare say! Quiet Vincart! You don't know him; he's more ferocious than an Arab!”

Still Monsieur Lheureux must interfere.

“Well, listen. It seems to me so far I've been very good to you.” And opening one of his ledgers, “See,” he said. Then running up the page with his finger, “Let's see! let's see! August 3d, two hundred francs; June 17th, a hundred and fifty; March 23d, forty-six. In April—”

He stopped, as if afraid of making some mistake.

“Not to speak of the bills signed by Monsieur Bovary, one for seven hundred francs, and another for three hundred. As to your little installments, with the interest, why, there's no end to 'em; one gets quite muddled over 'em. I'll have nothing more to do with it.”

She wept; she even called him “her good Monsieur Lheureux.” But he always fell back upon “that rascal Vincart.” Besides, he hadn't a brass farthing; no one was paying him now-a-

days; they were eating his coat off his back; a poor shopkeeper like him couldn't advance money.

Emma was silent, and Monsieur Lheureux, who was biting the feathers of a quill, no doubt became uneasy at her silence, for he went on—

“Unless one of these days I have something coming in, I might—”

“Besides,” said she, “as soon as the balance of Barneville—”

“What!”

And on hearing that Langlois had not yet paid he seemed much surprised. Then in a honied voice—

“And we agree, you say?”

“Oh! to anything you like.”

On this he closed his eyes to reflect, wrote down a few figures, and declaring it would be very difficult for him, that the affair was shady, and that he was being bled, he wrote out four bills for two hundred and fifty francs each, to fall due month by month.

“Provided that Vincart will listen to me! However, it's settled. I don't play the fool; I'm straight enough.”

Next he carelessly showed her several new goods, not one of which, however, was in his opinion worthy of madame.

“When I think that there's a dress at threepence-halfpenny a yard, and warranted fast colours! And yet they actually swallow it! Of course you understand one doesn't tell them what it really is!” He hoped by this confession of dishonesty to others to quite convince her of his probity to her.

Then he called her back to show her three yards of guipure that he had lately picked up “at a sale.”

“Isn't it lovely?” said Lheureux. “It is very much used now for the backs of arm-chairs. It's quite the rage.”

And, more ready than a juggler, he wrapped up the guipure in some blue paper and put it in Emma's hands.

“But at least let me know—”

“Yes, another time,” he replied, turning on his heel.

That same evening she urged Bovary to write to his mother, to ask her to send as quickly as possible the whole of the balance due from the father's estate. The mother-in-law replied that she had nothing more, the winding up was over, and there was due to them besides Barneville an income of six hundred francs, that she would pay them punctually.

Then Madame Bovary sent in accounts to two or three patients, and she made large use of this method, which was very successful. She was always careful to add a postscript: “Do not mention this to my husband; you know how proud he is. Excuse me. Yours obediently.” There were some complaints; she intercepted them.

To get money she began selling her old gloves, her old hats, the old odds and ends, and she bargained rapaciously, her peasant blood standing her in good stead. Then on her journey to town she picked up nick-nacks secondhand, that, in default of anyone else, Monsieur Lheureux would certainly take off her hands. She bought ostrich feathers, Chinese porcelain, and trunks; she borrowed from Félicité, from Madame Lefrancois, from the landlady at the Croix-Rouge, from everybody, no matter where.

With the money she at last received from Barneville she paid two bills; the other fifteen hundred francs fell due. She renewed the bills, and thus it was continually.

Sometimes, it is true, she tried to make a calculation, but she discovered things so exorbitant that she could not believe them possible. Then she recommenced, soon got confused, gave it all up, and thought no more about it.

The house was very dreary now. Tradesmen were seen leaving it with angry faces. Handkerchiefs were lying about on the stoves, and little Berthe, to the great scandal of Madame Homais, wore stockings with holes in them. If Charles timidly ventured a remark, she answered roughly that it wasn't her fault.

What was the meaning of all these fits of temper? He explained everything through her old nervous illness, and reproaching himself with having taken her infirmities for faults, accused himself of egotism, and longed to go and take her in his arms.

“Ah, no!” he said to himself; “I should worry her.”

And he did not stir.

After dinner he walked about alone in the garden; he took little Berthe on his knees, and unfolding his medical journal, tried to teach her to read. But the child, who never had any lessons, soon looked up with large, sad eyes and began to cry. Then he comforted her; went to fetch water in her can to make rivers on the sand path, or broke off branches from the privet hedges to plant trees in the beds. This did not spoil the garden much, all choked now with long weeds. They owed Lestiboudois for so many days. Then the child grew cold and asked for her mother.

“Call the servant,” said Charles. “You know, dearie, that mamma does not like to be disturbed.”

Autumn was setting in, and the leaves were already falling, as they did two years ago when she was ill. Where would it all end? And he walked up and down, his hands behind his back.

Madame was in her room, which no one entered. She stayed there all day long, torpid, half dressed, and from time to time burning Turkish pastilles which she had bought at Rouen in an Algerian's shop. In order not to have at night this sleeping man stretched at her side, by dint

of manoeuvring, she at last succeeded in banishing him to the second floor, while she read till morning extravagant books, full of pictures of orgies and thrilling situations. Often, seized with fear, she cried out, and Charles hurried to her.

“Oh, go away!” she would say.

Or at other times, consumed more ardently than ever by that inner flame to which adultery added fuel, panting, tremulous, all desire, she threw open her window, breathed in the cold air, shook loose in the wind her masses of hair, too heavy, and, gazing upon the stars, longed for some princely love. She thought of him, of Léon. She would then have given anything for a single one of those meetings that surfeited her.

These were her gala days. She wanted them to be sumptuous, and when he alone could not pay the expenses, she made up the deficit liberally, which happened pretty well every time. He tried to make her understand that they would be quite as comfortable somewhere else, in a smaller hotel, but she always found some objection.

One day she drew six small silver-gilt spoons from her bag (they were old Roualt’s wedding present), begging him to pawn them at once for her, and Léon obeyed, though the proceeding annoyed him. He was afraid of compromising himself.

Then, on reflection, he began to think his mistress’s ways were growing odd, and that they were perhaps not wrong in wishing to separate him from her.

In fact someone had sent his mother a long anonymous letter to warn her that he was “ruining himself with a married woman,” and the good lady at once conjuring up the eternal bugbear of families, the vague pernicious creature, the siren, the monster, who dwells fantastically in depths of love, wrote to Lawyer Dubocage, his employer, who behaved perfectly in the affair. He kept him for three quarters of an hour trying to open his eyes, to warn him of the abyss into which he was falling. Such an intrigue would damage him later on, when he set up for himself. He implored him to break with her, and, if he would not make this sacrifice in his own interest, to do it at least for his, Dubocage’s sake.

At last Léon swore he would not see Emma again, and he reproached himself with not having kept his word, considering all the worry and lectures this woman might still draw down upon him, without reckoning the jokes made by his companions as they sat round the stove in the morning. Besides, he was soon to be head clerk; it was time to settle down. So he gave up his flute, exalted sentiments, and poetry; for every bourgeois in the flush of his youth, were it but for a day, a moment, has believed himself capable of immense passions, of lofty enterprises. The most mediocre libertine has dreamed of sultanas; every notary bears within him the debris of a poet.

Estaba aburrido ahora cuando Emma de repente comenzó a sollozar en su pecho, y su corazón, como las personas que solo pueden soportar una cierta cantidad de música, se adormeció al son de un amor cuyas delicadezas ya no notaba.

Se conocían demasiado bien para cualquiera de esas sorpresas de posesión que multiplican por cien sus alegrías. Estaba tan harta de él como él estaba cansado de ella. Emma encontró de nuevo en el adulterio todos los tópicos del matrimonio.

Pero, ¿cómo deshacerse de él? Entonces, aunque pudiera sentirse humillada por la bajeza de tal disfrute, se aferraba a él por costumbre o por corrupción, y cada día los ansiaba más, agotando toda felicidad en desear demasiado de él. Acusó a Léon de sus frustradas esperanzas, como si la hubiera traicionado; e incluso añoraba alguna catástrofe que provocara su separación, ya que no tenía valor para decidirse por sí misma.

Ella, sin embargo, siguió escribiéndole cartas de amor, en virtud de la noción de que una mujer debe escribir a su amante.

Pero mientras lo escribía vio a otro hombre, un fantasma formado a partir de sus recuerdos más ardientes, de sus lecturas más finas, de sus lujurias más fuertes, y al fin se volvió tan real, tan tangible, que ella palpitaba preguntándose, sin embargo, el poder de imaginarlo claramente, tan perdido estaba, como un dios, bajo la abundancia de sus atributos. Habitaba en esa tierra azul donde de los balcones cuelgan escaleras de seda bajo el aliento de las flores, a la luz de la luna. Lo sintió cerca de ella; él venía, y la llevaría de inmediato en un beso.

Luego volvió a caer exhausta, porque estos transportes de vago amor la cansaban más que las grandes desenfrenos.

Ahora sentía un dolor constante por todas partes. A menudo incluso recibía citaciones, papel sellado que apenas miraba. Le hubiera gustado no estar viva, o estar siempre dormida.

A mediados de la Cuaresma no regresó a Yonville, sino que por la noche fue a un baile de máscaras. Llevaba pantalones de terciopelo, medias rojas, una peluca de club y un sombrero de tres picos ladeado de un lado. Bailó toda la noche al ritmo salvaje de los trombones; la gente se reunió a su alrededor, y por la mañana se encontró en la escalinata del teatro junto con cinco o seis máscaras, *débardeuses* ^[21] y marineros, camaradas de Léon, que hablaban de cenar.

[21] Personas vestidas de estibadores.

Los cafés vecinos estaban llenos. Divisaron uno en el puerto, un restaurante muy indiferente, cuyo propietario les acompañó a un cuartito en el cuarto piso.

Los hombres cuchicheaban en un rincón, sin duda hablando de gastos. Había un oficinista, dos estudiantes de medicina y un tendero, ¡qué compañía para ella! En cuanto a las mujeres, Emma pronto percibió por el tono de sus voces que debían pertenecer casi a la clase más baja. Entonces se asustó, empujó la silla hacia atrás y bajó la vista.

Los demás comenzaron a comer; ella no comió nada. Le ardía la cabeza, le escocían los ojos y tenía la piel helada. En su cabeza parecía sentir que el piso del salón de baile rebotaba

de nuevo bajo la pulsación rítmica de los miles de pies danzantes. Y ahora el olor del ponche, el humo de los puros, la mareaba. Se desmayó y la llevaron a la ventana.

Amanecía y una gran mancha de color púrpura se ensanchaba en el pálido horizonte sobre las colinas de Santa Catalina. El río lívido se estremecía con el viento; no había nadie en los puentes; las farolas de la calle se estaban apagando.

Revivió y empezó a pensar en Berthe dormida allá en la habitación del servicio. Entonces pasó una carreta llena de largas tiras de hierro, que hacían una vibración metálica ensordecedora contra las paredes de las casas.

Se escabulló de repente, se quitó el disfraz, le dijo a Léon que debía volver y por fin estaba sola en el Hotel de Boulogne. Todo, incluso ella misma, ahora le resultaba insoportable. Ella deseó que, alzando el vuelo como un pájaro, pudiera volar a algún lugar, lejos, a regiones de pureza, y allí volver a ser joven.

Salió, cruzó el bulevar, la plaza Cauchoise y el Faubourg, hasta una calle abierta que daba a unos jardines. Caminaba rápidamente; el aire fresco que la calma; y, poco a poco, los rostros de la multitud, las máscaras, las cuadrillas, las luces, la cena, aquellas mujeres, todo fue desapareciendo como nieblas que se desvanecen. Luego, al llegar a la “Croix-Rouge”, se tiró en la cama de su pequeña habitación en el segundo piso, donde había fotografías de la “Tour de Nesle”. A las cuatro Hivert la despertó.

Cuando llegó a casa, Félicité le mostró detrás del reloj un papel gris. Ella lee-

“En virtud del embargo en ejecución de sentencia.”

¿Qué juicio? De hecho, la noche anterior le habían traído otro periódico que aún no había visto, y estas palabras la sorprendieron:

“Por orden del rey, ley y justicia, a la señora Bovary”. Luego, saltándose varias líneas, leyó: “Dentro de veinticuatro horas, sin falta...” ¿Pero qué? “Pagar la suma de ocho mil francos”. E incluso en el fondo, “Ella estará obligada a ello por todas las formas de la ley, y en particular por una orden de embargo sobre sus muebles y efectos”.

Cual era la tarea asignada? En veinticuatro horas, mañana. Lheureux, pensó, quería asustarla de nuevo; porque ella vio a través de todos sus artificios, el objeto de sus bondades. Lo que la tranquilizó fue la magnitud misma de la suma.

Sin embargo, a fuerza de comprar y no pagar, de tomar prestado, de firmar letras y de renovar esas letras que crecían en cada nueva caída, había terminado por preparar un capital para el señor Lheureux que éste esperaba impaciente para sus especulaciones.

Ella se presentó en su lugar con un aire despreocupado.

“¿Sabes lo que me ha pasado? ¡Sin duda es una broma!

“¿Cómo es eso?”

Se volvió lentamente y, cruzándose de brazos, le dijo:

“Mi buena señora, ¿creía usted que yo debería seguir toda la eternidad siendo su proveedor y banquero, por el amor de Dios? Ahora sé justo. Debo recuperar lo que he dispuesto. Ahora sé justo.

Gritó contra la deuda.

“Ah! so much the worse. The court has admitted it. There’s a judgment. It’s been notified to you. Besides, it isn’t my fault. It’s Vincart’s.”

“Could you not—?”

“Oh, nothing whatever.”

“But still, now talk it over.”

And she began beating about the bush; she had known nothing about it; it was a surprise.

“Whose fault is that?” said Lheureux, bowing ironically. “While I’m slaving like a nigger, you go gallivanting about.”

“Ah! no lecturing.”

“It never does any harm,” he replied.

She turned coward; she implored him; she even pressed her pretty white and slender hand against the shopkeeper’s knee.

“There, that’ll do! Anyone’d think you wanted to seduce me!”

“You are a wretch!” she cried.

“Oh, oh! go it! go it!”

“I will show you up. I shall tell my husband.”

“All right! I too. I’ll show your husband something.”

And Lheureux drew from his strong box the receipt for eighteen hundred francs that she had given him when Vincart had discounted the bills.

“Do you think,” he added, “that he’ll not understand your little theft, the poor dear man?”

She collapsed, more overcome than if felled by the blow of a pole-axe. He was walking up and down from the window to the bureau, repeating all the while—

“Ah! I’ll show him! I’ll show him!” Then he approached her, and in a soft voice said—

“It isn’t pleasant, I know; but, after all, no bones are broken, and, since that is the only way that is left for you paying back my money—”

“But where am I to get any?” said Emma, wringing her hands.

“Bah! when one has friends like you!”

And he looked at her in so keen, so terrible a fashion, that she shuddered to her very heart.

“I promise you,” she said, “to sign—”

“I’ve enough of your signatures.”

“I will sell something.”

“Get along!” he said, shrugging his shoulders; “you’ve not got anything.”

And he called through the peep-hole that looked down into the shop—

“Annette, don’t forget the three coupons of No. 14.”

The servant appeared. Emma understood, and asked how much money would be wanted to put a stop to the proceedings.

“It is too late.”

“But if I brought you several thousand francs—a quarter of the sum—a third—perhaps the whole?”

“No; it’s no use!”

And he pushed her gently towards the staircase.

“I implore you, Monsieur Lheureux, just a few days more!” She was sobbing.

“There! tears now!”

“You are driving me to despair!”

“What do I care?” said he, shutting the door.

Chapter Seven

She was stoical the next day when Maitre Hareng, the bailiff, with two assistants, presented himself at her house to draw up the inventory for the distraint.

They began with Bovary's consulting-room, and did not write down the phrenological head, which was considered an "instrument of his profession"; but in the kitchen they counted the plates; the saucepans, the chairs, the candlesticks, and in the bedroom all the nick-nacks on the whatnot. They examined her dresses, the linen, the dressing-room; and her whole existence to its most intimate details, was, like a corpse on whom a post-mortem is made, outspread before the eyes of these three men.

Maitre Hareng, buttoned up in his thin black coat, wearing a white choker and very tight foot-straps, repeated from time to time—"Allow me, madame. You allow me?" Often he uttered exclamations. "Charming! very pretty." Then he began writing again, dipping his pen into the horn inkstand in his left hand.

When they had done with the rooms they went up to the attic. She kept a desk there in which Rodolphe's letters were locked. It had to be opened.

"¡Ay! una correspondencia", dijo Maitre Hareng, con una sonrisa discreta. Pero permítame, porque debo asegurarme de que la caja no contenga nada más. E inclinó ligeramente los papeles, como para sacudir napoleones. Luego se enojó al ver esta mano tosca, con dedos rojos y carnosos como babosas, tocando estas páginas contra las que había latido su corazón.

Se fueron por fin. Félicité volvió. Emma la había enviado a vigilar a Bovary para mantenerlo alejado, y apresuradamente instalaron al hombre en posesión bajo el techo, donde juró que permanecería.

Durante la velada, Charles le pareció preocupado. Emma lo miró con una mirada de angustia, imaginando que veía una acusación en cada línea de su rostro. Entonces, cuando sus ojos vagaron por la chimenea adornada con biombos chinos, por los grandes cortinajes, por los sillones, por todas esas cosas, en una palabra, que habían suavizado la amargura de su vida, la invadió un remordimiento, o más bien un pesar inmenso. , que, lejos de aplastar, irritó su pasión. Charles atizó plácidamente el fuego, con ambos pies sobre los morros.

Una vez el hombre, sin duda aburrido en su escondite, hizo un leve ruido.

"¿Alguien está subiendo las escaleras?" dijo Carlos.

"No", respondió ella; "Es una ventana que se ha dejado abierta y está traqueteando con el viento".

Al día siguiente, domingo, fue a Rouen a visitar a todos los corredores cuyos nombres conocía. Estaban en sus lugares de campo o de viaje. No se desanimó; y a los que logró ver, les pidió dinero, declarando que debía tener algo, y que se lo devolvería. Algunos se rieron en su cara; todos se negaron.

A las dos corrió hacia Léon y llamó a la puerta. Nadie respondió. Por fin apareció.

"¿Qué te trae por aquí?"

"¿Te molesto?"

"No; pero..." Y admitió que a su arrendador no le gustaba que tuviera "mujeres" allí.

—Tengo que hablar contigo —continuó—.

Luego tomó la llave, pero ella lo detuvo.

"¡No no! ¡Allá abajo, en nuestra casa!"

Y se fueron a su habitación en el Hotel de Boulogne.

Al llegar bebió un gran vaso de agua. Estaba muy pálida. Ella le dijo—

"Léon, ¿me harás un servicio?"

Y, estrechándolo con ambas manos que apretaba con fuerza, añadió:

"Escucha, quiero ocho mil francos".

"¡Pero estás loco!"

"Aún no."

Y entonces, contándole la historia del embargo, ella le explicó su angustia; porque Charles no sabía nada de eso; su suegra la detestaba; el viejo Rouault no pudo hacer nada; pero él, Léon, se pondría a buscar esta suma indispensable.

"¿Cómo diablos puedo?"

"¡Qué cobarde eres!" ella lloró.

Luego dijo estúpidamente: "Estás exagerando la dificultad. Tal vez, con mil coronas más o menos, el tipo podría ser detenido.

Razón de más para tratar de hacer algo; era imposible que no encontraran tres mil francos. Además, Léon, podría ser seguridad en lugar de ella.

"¡Ve, prueba, prueba! ¡Te amaré tanto!"

Salió y volvió al cabo de una hora, diciendo con rostro solemne:

"He estado con tres personas sin éxito".

Luego quedaron sentados cara a cara en los dos ángulos de la chimenea, inmóviles, en silencio. Emma se encogió de hombros mientras pateaba los pies. La escuchó murmurar—

"Si yo estuviera en tu lugar , pronto conseguiría algo".

"¿Pero donde?"

"En su oficina." Y ella lo miró.

Un atrevimiento infernal asomaba en sus ojos ardientes, y sus párpados se cerraban con una mirada lasciva y alentadora, de modo que el joven se sentía debilitarse bajo la voluntad muda de esta mujer que lo incitaba al crimen. Entonces tuvo miedo, y para evitar cualquier explicación se golpeó la frente, llorando:

Morel regresará esta noche; no me rechazará, espero" (era uno de sus amigos, hijo de un mercader muy rico); y te lo traeré mañana —añadió—.

Emma no pareció acoger esta esperanza con toda la alegría que esperaba. ¿Sospechaba ella de la mentira? Continuó, sonrojándose—

"Sin embargo, si no me ves a las tres, no me esperes, querida. Debo irme ahora; ¡Perdóname! ¡Adiós!"

Presionó su mano, pero se sentía bastante sin vida. A Emma no le quedaban fuerzas para ningún sentimiento.

Dieron las cuatro y ella se levantó para regresar a Yonville, obedeciendo mecánicamente a la fuerza de los viejos hábitos.

El clima estaba bien. Era uno de esos días de marzo, claros y nítidos, cuando el sol brilla en un cielo perfectamente blanco. La gente de Rouen, con ropa de domingo, paseaba con miradas felices. Llegó a la Place du Parvis. La gente salía después de vísperas; la multitud salía por las tres puertas como un torrente por los tres arcos de un puente, y en el medio, más inmóvil que una roca, estaba el bedel.

Then she remembered the day when, all anxious and full of hope, she had entered beneath this large nave, that had opened out before her, less profound than her love; and she walked on weeping beneath her veil, giddy, staggering, almost fainting.

"Take care!" cried a voice issuing from the gate of a courtyard that was thrown open.

She stopped to let pass a black horse, pawing the ground between the shafts of a tilbury, driven by a gentleman in sable furs. Who was it? She knew him. The carriage darted by and disappeared.

Why, it was he—the Viscount. She turned away; the street was empty. She was so overwhelmed, so sad, that she had to lean against a wall to keep herself from falling.

Then she thought she had been mistaken. Anyhow, she did not know. All within her and around her was abandoning her. She felt lost, sinking at random into indefinable abysses, and it was almost with joy that, on reaching the "Croix-Rouge," she saw the good Homais, who was watching a large box full of pharmaceutical stores being hoisted on to the "Hirondelle." In his hand he held tied in a silk handkerchief six cheminots for his wife.

Madame Homais was very fond of these small, heavy turban-shaped loaves, that are eaten in Lent with salt butter; a last vestige of Gothic food that goes back, perhaps, to the time of the Crusades, and with which the robust Normans gorged themselves of yore, fancying they saw on the table, in the light of the yellow torches, between tankards of hippocras and huge boars' heads, the heads of Saracens to be devoured. The druggist's wife crunched them up as they had done—heroically, despite her wretched teeth. And so whenever Homais journeyed to town, he never failed to bring her home some that he bought at the great baker's in the Rue Massacre.

"Charmed to see you," he said, offering Emma a hand to help her into the "Hirondelle." Then he hung up his cheminots to the cords of the netting, and remained bare-headed in an attitude pensive and Napoleonic.

But when the blind man appeared as usual at the foot of the hill he exclaimed—

"I can't understand why the authorities tolerate such culpable industries. Such unfortunates should be locked up and forced to work. Progress, my word! creeps at a snail's pace. We are floundering about in mere barbarism."

The blind man held out his hat, that flapped about at the door, as if it were a bag in the lining that had come unnailed.

"This," said the chemist, "is a scrofulous affection."

And though he knew the poor devil, he pretended to see him for the first time, murmured something about "cornea," "opaque cornea," "sclerotic," "facies," then asked him in a paternal tone—

"My friend, have you long had this terrible infirmity? Instead of getting drunk at the public, you'd do better to die yourself."

He advised him to take good wine, good beer, and good joints. The blind man went on with his song; he seemed, moreover, almost idiotic. At last Monsieur Homais opened his purse—

"Now there's a sou; give me back two lairds, and don't forget my advice: you'll be the better for it."

Hivert openly cast some doubt on the efficacy of it. But the druggist said that he would cure himself with an antiphlogistic pomade of his own composition, and he gave his address—"Monsieur Homais, near the market, pretty well known."

"Now," said Hivert, "for all this trouble you'll give us your performance."

The blind man sank down on his haunches, with his head thrown back, whilst he rolled his greenish eyes, lolled out his tongue, and rubbed his stomach with both hands as he uttered a kind of hollow yell like a famished dog. Emma, filled with disgust, threw him over her shoulder a five-franc piece. It was all her fortune. It seemed to her very fine thus to throw it away.

The coach had gone on again when suddenly Monsieur Homais leant out through the window, crying—

“No farinaceous or milk food, wear wool next the skin, and expose the diseased parts to the smoke of juniper berries.”

The sight of the well-known objects that defiled before her eyes gradually diverted Emma from her present trouble. An intolerable fatigue overwhelmed her, and she reached her home stupefied, discouraged, almost asleep.

“Come what may come!” she said to herself. “And then, who knows? Why, at any moment could not some extraordinary event occur? Lheureux even might die!”

At nine o'clock in the morning she was awakened by the sound of voices in the Place. There was a crowd round the market reading a large bill fixed to one of the posts, and she saw Justin, who was climbing on to a stone and tearing down the bill. But at this moment the rural guard seized him by the collar. Monsieur Homais came out of his shop, and Mere Lefrangois, in the midst of the crowd, seemed to be perorating.

“Madame! madame!” cried Félicité, running in, “it’s abominable!”

And the poor girl, deeply moved, handed her a yellow paper that she had just torn off the door. Emma read with a glance that all her furniture was for sale.

Then they looked at one another silently. The servant and mistress had no secret one from the other. At last Félicité sighed—

“If I were you, madame, I should go to Monsieur Guillaumin.”

“Do you think—”

And this question meant to say—

“You who know the house through the servant, has the master spoken sometimes of me?”

“Yes, you’d do well to go there.”

She dressed, put on her black gown, and her hood with jet beads, and that she might not be seen (there was still a crowd on the Place), she took the path by the river, outside the village.

She reached the notary’s gate quite breathless. The sky was sombre, and a little snow was falling. At the sound of the bell, Theodore in a red waistcoat appeared on the steps; he came to open the door almost familiarly, as to an acquaintance, and showed her into the dining-room.

A large porcelain stove crackled beneath a cactus that filled up the niche in the wall, and in black wood frames against the oak-stained paper hung Steuben’s “Esmeralda” and Schopin’s “Potiphar.” The ready-laid table, the two silver chafing-dishes, the crystal door-knobs, the parquet and the furniture, all shone with a scrupulous, English cleanliness; the windows were ornamented at each corner with stained glass.

“Now this,” thought Emma, “is the dining-room I ought to have.”

The notary came in pressing his palm-leaf dressing-gown to his breast with his left arm, while with the other hand he raised and quickly put on again his brown velvet cap, pretentiously cocked on the right side, whence looked out the ends of three fair curls drawn from the back of the head, following the line of his bald skull.

After he had offered her a seat he sat down to breakfast, apologising profusely for his rudeness.

“I have come,” she said, “to beg you, sir—”

“What, madame? I am listening.”

And she began explaining her position to him. Monsieur Guillaumin knew it, being secretly associated with the linendraper, from whom he always got capital for the loans on mortgages that he was asked to make.

So he knew (and better than she herself) the long story of the bills, small at first, bearing different names as endorsers, made out at long dates, and constantly renewed up to the day, when, gathering together all the protested bills, the shopkeeper had bidden his friend Vincart take in his own name all the necessary proceedings, not wishing to pass for a tiger with his fellow-citizens.

She mingled her story with recriminations against Lheureux, to which the notary replied from time to time with some insignificant word. Eating his cutlet and drinking his tea, he buried his chin in his sky-blue cravat, into which were thrust two diamond pins, held together by a small gold chain; and he smiled a singular smile, in a sugary, ambiguous fashion. But noticing that her feet were damp, he said—

“Do get closer to the stove; put your feet up against the porcelain.”

She was afraid of dirtying it. The notary replied in a gallant tone—

“Beautiful things spoil nothing.”

Then she tried to move him, and, growing moved herself, she began telling him about the poorness of her home, her worries, her wants. He could understand that; an elegant woman! and, without leaving off eating, he had turned completely round towards her, so that his knee brushed against her boot, whose sole curled round as it smoked against the stove.

But when she asked for a thousand sous, he closed his lips, and declared he was very sorry he had not had the management of her fortune before, for there were hundreds of ways very convenient, even for a lady, of turning her money to account. They might, either in the turf-peats of Grumesnil or building-ground at Havre, almost without risk, have ventured on some excellent speculations; and he let her consume herself with rage at the thought of the fabulous sums that she would certainly have made.

“How was it,” he went on, “that you didn’t come to me?”

“I hardly know,” she said.

“Why, hey? Did I frighten you so much? It is I, on the contrary, who ought to complain. We hardly know one another; yet I am very devoted to you. You do not doubt that, I hope?”

He held out his hand, took hers, covered it with a greedy kiss, then held it on his knee; and he played delicately with her fingers whilst he murmured a thousand blandishments. His insipid voice murmured like a running brook; a light shone in his eyes through the glimmering of his spectacles, and his hand was advancing up Emma’s sleeve to press her arm. She felt against her cheek his panting breath. This man oppressed her horribly.

She sprang up and said to him—

“Sir, I am waiting.”

“For what?” said the notary, who suddenly became very pale.

“This money.”

“But—” Then, yielding to the outburst of too powerful a desire, “Well, yes!”

He dragged himself towards her on his knees, regardless of his dressing-gown.

“For pity’s sake, stay. I love you!”

He seized her by her waist. Madame Bovary’s face flushed purple. She recoiled with a terrible look, crying—

“You are taking a shameless advantage of my distress, sir! I am to be pitied—not to be sold.”

And she went out.

The notary remained quite stupefied, his eyes fixed on his fine embroidered slippers. They were a love gift, and the sight of them at last consoled him. Besides, he reflected that such an adventure might have carried him too far.

“What a wretch! what a scoundrel! what an infamy!” she said to herself, as she fled with nervous steps beneath the aspens of the path. The disappointment of her failure increased the indignation of her outraged modesty; it seemed to her that Providence pursued her implacably, and, strengthening herself in her pride, she had never felt so much esteem for herself nor so much contempt for others. A spirit of warfare transformed her. She would have liked to strike all men, to spit in their faces, to crush them, and she walked rapidly straight on, pale, quivering, maddened, searching the empty horizon with tear-dimmed eyes, and as it were rejoicing in the hate that was choking her.

When she saw her house a numbness came over her. She could not go on; and yet she must. Besides, whither could she flee?

Félicité was waiting for her at the door. “Well?”

“No!” said Emma.

And for a quarter of an hour the two of them went over the various persons in Yonville who might perhaps be inclined to help her. But each time that Félicité named someone Emma replied—

“Impossible! they will not!”

“And the master’ll soon be in.”

“I know that well enough. Leave me alone.”

She had tried everything; there was nothing more to be done now; and when Charles came in she would have to say to him—

“Go away! This carpet on which you are walking is no longer ours. In your own house you do not possess a chair, a pin, a straw, and it is I, poor man, who have ruined you.”

Then there would be a great sob; next he would weep abundantly, and at last, the surprise past, he would forgive her.

“Yes,” she murmured, grinding her teeth, “he will forgive me, he who would give a million if I would forgive him for having known me! Never! never!”

This thought of Bovary’s superiority to her exasperated her. Then, whether she confessed or did not confess, presently, immediately, to-morrow, he would know the catastrophe all the same; so she must wait for this horrible scene, and bear the weight of his magnanimity. The desire to return to Lheureux’s seized her—what would be the use? To write to her father—it was too late; and perhaps, she began to repent now that she had not yielded to that other, when she heard the trot of a horse in the alley. It was he; he was opening the gate; he was whiter than the plaster wall. Rushing to the stairs, she ran out quickly to the square; and the wife of the mayor, who was talking to Lestiboudois in front of the church, saw her go in to the tax-collector’s.

She hurried off to tell Madame Caron, and the two ladies went up to the attic, and, hidden by some linen spread across props, stationed themselves comfortably for overlooking the whole of Binet’s room.

He was alone in his garret, busy imitating in wood one of those indescribable bits of ivory, composed of crescents, of spheres hollowed out one within the other, the whole as straight as an obelisk, and of no use whatever; and he was beginning on the last piece—he was nearing his goal. In the twilight of the workshop the white dust was flying from his tools like a shower of sparks under the hoofs of a galloping horse; the two wheels were turning, droning; Binet smiled, his chin lowered, his nostrils distended, and, in a word, seemed lost in one of those complete happinesses that, no doubt, belong only to commonplace occupations, which amuse the mind with facile difficulties, and satisfy by a realisation of that beyond which such minds have not a dream.

“Ah! there she is!” exclaimed Madame Tuvache.

But it was impossible because of the lathe to hear what she was saying.

At last these ladies thought they made out the word "francs," and Madame Tuvache whispered in a low voice—

"She is begging him to give her time for paying her taxes."

"Apparently!" replied the other.

They saw her walking up and down, examining the napkin-rings, the candlesticks, the banister rails against the walls, while Binet stroked his beard with satisfaction.

"Do you think she wants to order something of him?" said Madame Tuvache.

"Why, he doesn't sell anything," objected her neighbour.

The tax-collector seemed to be listening with wide-open eyes, as if he did not understand. She went on in a tender, suppliant manner. She came nearer to him, her breast heaving; they no longer spoke.

"Is she making him advances?" said Madame Tuvache. Binet was scarlet to his very ears. She took hold of his hands.

"Oh, it's too much!"

And no doubt she was suggesting something abominable to him; for the tax-collector—yet he was brave, had fought at Bautzen and at Lutzen, had been through the French campaign, and had even been recommended for the cross—suddenly, as at the sight of a serpent, recoiled as far as he could from her, crying—

"Madame! what do you mean?"

"Women like that ought to be whipped," said Madame Tuvache.

"But where is she?" continued Madame Caron, for she had disappeared whilst they spoke; then catching sight of her going up the Grande Rue, and turning to the right as if making for the cemetery, they were lost in conjectures.

"Nurse Rollet," she said on reaching the nurse's, "I am choking; unlace me!" She fell on the bed sobbing. Nurse Rollet covered her with a petticoat and remained standing by her side. Then, as she did not answer, the good woman withdrew, took her wheel and began spinning flax.

"Oh, leave off!" she murmured, fancying she heard Binet's lathe.

"What's bothering her?" said the nurse to herself. "Why has she come here?"

She had rushed thither; impelled by a kind of horror that drove her from her home.

Lying on her back, motionless, and with staring eyes, she saw things but vaguely, although she tried to with idiotic persistence. She looked at the scales on the walls, two brands smoking end to end, and a long spider crawling over her head in a rent in the beam. At last she began to collect her thoughts. She remembered—one day—Léon—Oh! how long ago that was—the sun was shining on the river, and the clematis were perfuming the air. Then, carried away as by a rushing torrent, she soon began to recall the day before.

"What time is it?" she asked.

Mere Rollet went out, raised the fingers of her right hand to that side of the sky that was brightest, and came back slowly, saying—

"Nearly three."

"Ah! thanks, thanks!"

For he would come; he would have found some money. But he would, perhaps, go down yonder, not guessing she was here, and she told the nurse to run to her house to fetch him.

"Be quick!"

"But, my dear lady, I'm going, I'm going!"

She wondered now that she had not thought of him from the first. Yesterday he had given his word; he would not break it. And she already saw herself at Lheureux's spreading out her three bank-notes on his bureau. Then she would have to invent some story to explain matters to Bovary. What should it be?

The nurse, however, was a long while gone. But, as there was no clock in the cot, Emma feared she was perhaps exaggerating the length of time. She began walking round the garden, step by step; she went into the path by the hedge, and returned quickly, hoping that the woman would have come back by another road. At last, weary of waiting, assailed by fears that she thrust from her, no longer conscious whether she had been here a century or a moment, she sat down in a corner, closed her eyes, and stopped her ears. The gate grated; she sprang up. Before she had spoken Mere Rollet said to her—

"There is no one at your house!"

"What?"

"Oh, no one! And the doctor is crying. He is calling for you; they're looking for you."

Emma answered nothing. She gasped as she turned her eyes about her, while the peasant woman, frightened at her face, drew back instinctively, thinking her mad. Suddenly she struck her brow and uttered a cry; for the thought of Rodolphe, like a flash of lightning in a dark night, had passed into her soul. He was so good, so delicate, so generous! And besides, should he hesitate to do her this service, she would know well enough how to constrain him to it by re-waking, in a single moment, their lost love. So she set out towards La Huchette, not seeing that she was hastening to offer herself to that which but a while ago had so angered her, not in the least conscious of her prostitution.

Chapter Eight

She asked herself as she walked along, "What am I going to say? How shall I begin?" And as she went on she recognised the thickets, the trees, the sea-rushes on the hill, the château yonder. All the sensations of her first tenderness came back to her, and her poor aching heart opened out amorously. A warm wind blew in her face; the melting snow fell drop by drop from the buds to the grass.

She entered, as she used to, through the small park-gate. She reached the avenue bordered by a double row of dense lime-trees. They were swaying their long whispering branches to and fro. The dogs in their kennels all barked, and the noise of their voices resounded, but brought out no one.

She went up the large straight staircase with wooden balusters that led to the corridor paved with dusty flags, into which several doors in a row opened, as in a monastery or an inn. His was at the top, right at the end, on the left. When she placed her fingers on the lock her strength suddenly deserted her. She was afraid, almost wished he would not be there, though this was her only hope, her last chance of salvation. She collected her thoughts for one moment, and, strengthening herself by the feeling of present necessity, went in.

He was in front of the fire, both his feet on the mantelpiece, smoking a pipe.

"What! it is you!" he said, getting up hurriedly.

"Yes, it is I, Rodolphe. I should like to ask your advice."

Y, a pesar de todos sus esfuerzos, le fue imposible abrir los labios.

"No has cambiado; eres tan encantador como siempre!"

"Oh", respondió ella con amargura, "son pobres amuletos ya que los desdeñaste".

Luego comenzó una larga explicación de su conducta, excusándose en términos vagos, a falta de poder inventar mejor.

Ella cedió a sus palabras, más aún a su voz ya la vista de él, de modo que fingió creer, o tal vez creer; en el pretexto que dio para su ruptura; éste era un secreto del que dependía el honor, la vida misma de un tercero.

"¡No importa!" dijo, mirándolo con tristeza. "He sufrido mucho".

Respondió filosóficamente:

"¡Así es la vida!"

—¿La vida —prosiguió Emma— ha sido buena contigo al menos desde nuestra separación?

"Oh, ni bueno ni malo".

"Quizás hubiera sido mejor no habernos separado nunca".

"Sí quizás."

"¿Tú crees?" dijo, acercándose, y suspiró. "¡Ay, Rodolfo! ¡si supieras! ¡Te amaba tanto!"

Fue entonces cuando ella le tomó la mano, y permanecieron un rato, con los dedos entrelazados, como aquel primer día en el Show. Con un gesto de orgullo luchó contra esta emoción. Pero ella, hundiéndose en su pecho, le dijo:

"¿Cómo pensaste que podría vivir sin ti? Uno no puede perder el hábito de la felicidad. yo estaba desolado Pensé que debería morir. Te contaré todo eso y verás. ¡Y tú, tú huiste de mí!

Durante los tres años, él la había evitado cuidadosamente como consecuencia de esa cobardía natural que caracteriza al sexo fuerte. Emma prosiguió, con pequeños y delicados movimientos de cabeza, más persuasivos que un gatito enamorado:

"¡Amas a los demás, confíésalo! ¡Oh, los entiendo, querida! los perdono Probablemente los sedujiste como me sedujiste a mí. Eres en verdad un hombre; tienes todo para hacer que uno te ame. Pero empezaremos de nuevo, ¿no? Nos amaremos unos a otros. ¡Ver! Me estoy riendo; ¡Yo estoy feliz! ¡Ay, habla!

Y ella era encantadora de ver, con sus ojos, en los que temblaba una lágrima, como la lluvia de una tormenta en una corola azul.

La había puesto de rodillas, y con el dorso de la mano acariciaba sus suaves cabellos, donde en el crepúsculo se reflejaba como una flecha dorada un último rayo de sol. Ella inclinó la frente; por fin la besó en los párpados muy suavemente con la punta de los labios.

"¡Vaya, has estado llorando! ¿Para qué?"

Ella se echó a llorar. Rodolphe pensó que esto era un estallido de su amor. Como ella no habló, él tomó este silencio como un último remanente de resistencia, y luego gritó—

"¡Ay, perdóname! Eres el único que me agrada. Yo era imbécil y cruel. Te amo. Te amaré siempre. Qué es. ¡Dígame!" Estaba arrodillado junto a ella.

"¡Bueno, estoy arruinado, Rodolphe! Tienes que prestarme tres mil francos.

-Pero... pero... -dijo él, levantándose lentamente, mientras su rostro asumía una expresión grave.

—Sabes —prosiguió rápidamente— que mi marido había puesto toda su fortuna en manos de un notario. El se escapo. Así que tomamos prestado; los pacientes no nos pagan. Además, la liquidación de la herencia aún no está hecha; Tendremos el dinero más tarde. Pero hoy, por falta de tres mil francos, vamos a ser vendidos. Debe ser de una vez, en este mismo momento, y, contando con tu amistad, he venido a ti.

"¡Ah!" pensó Rodolphe, poniéndose muy pálido, "para eso vino ella". Por fin dijo con aire tranquilo:

"Estimada señora, no los tengo".

Él no mintió. Si los hubiera tenido, sin duda los habría dado, aunque generalmente es desagradable hacer cosas tan bellas: la demanda de dinero es, de todos los vientos que soplan sobre el amor, el más frío y destructivo.

Primero lo miró por unos momentos.

"¡No los tienes!" ella repitió varias veces. "¡No los tienes! Debería haberme ahorrado esta última vergüenza. Tu nunca me amaste. No eres mejor que los demás.

Se estaba traicionando, arruinándose a sí misma.

Rodolphe la interrumpió, declarando que él mismo estaba "apurado".

"¡Ay! Te compadezco —dijo Emma. "Sí mucho."

Y fijando los ojos en un carabina repujado, que relucía contra su panoplia, "Pero cuando uno es tan pobre no tiene plata en la culata del fusil. Uno no compra un reloj con incrustaciones de caparazón de tortuga —continuó, señalando un reloj buhl—, ni silbato de plata dorada para los látigos —y los tocó—, ni amuletos para el reloj. ¡Oh, no quiere nada! ¡incluso a un puesto de licores en su habitación! Porque te amas a ti mismo; vives bien Tienes un castillo, granjas, bosques; vas de caza; viajas a París. Vaya, si fuera sólo eso —exclamó, tomando dos botones de la repisa de la chimenea—, pero por la menor de estas bagatelas, uno puede obtener dinero por ellas. ¡Oh, no los quiero, quédenselos!"

Y arrojó los dos eslabones lejos de ella, su cadena de oro se rompió al golpear contra la pared.

"¡Pero yo! te hubiera dado todo. Habría vendido todo, trabajado para ti con mis manos, habría mendigado en las carreteras una sonrisa, una mirada, oírte decir '¡Gracias!' ¡Y tú te sientas tranquilamente en tu sillón, como si ya no me hubieras hecho sufrir lo suficiente! De no haber sido por ti, y lo sabes, podría haber vivido feliz. Qué te hizo hacerlo? ¿Fue una apuesta? Sin embargo, me amabas, tú lo dijiste. Y tan sólo un momento desde... ¡Ah! Hubiera sido mejor haberme ahuyentado. ¡Mis manos están calientes con tus besos, y ahí está el lugar de la alfombra donde de rodillas me juraste una eternidad de amor! Me hiciste creer; ¡Durante dos años me sostuviste en el más magnífico, el más dulce sueño! ¡Eh! Nuestros planes para el viaje, ¿te acuerdas? ¡Ay, tu carta! ¡tu carta! me partió el corazón!

—No los tengo —respondió Rodolfo, con esa perfecta calma con que la rabia resignada se cubre como un escudo—.

Ella salió. Las paredes temblaban, el techo la aplastaba, y volvió por el largo callejón, tropezando con los montones de hojas muertas esparcidas por el viento. Por fin llegó al seto ja-ja frente a la puerta; se rompió las uñas contra la cerradura en su prisa por abrirla. Luego, cien pasos más adelante, sin aliento, casi cayendo, se detuvo. Y ahora, dándose la vuelta, vio una vez más el castillo impasible, con el parque, los jardines, los tres patios y todas las ventanas de la fachada.

She remained lost in stupor, and having no more consciousness of herself than through the beating of her arteries, that she seemed to hear bursting forth like a deafening music filling all the fields. The earth beneath her feet was more yielding than the sea, and the furrows seemed to her immense brown waves breaking into foam. Everything in her head, of memories, ideas, went off at once like a thousand pieces of fireworks. She saw her father, Lheureux's closet, their room at home, another landscape. Madness was coming upon her; she grew afraid, and managed to recover herself, in a confused way, it is true, for she did not in the least remember the cause of the terrible condition she was in, that is to say, the question of money. She suffered only in her love, and felt her soul passing from her in this memory; as wounded men, dying, feel their life ebb from their bleeding wounds.

Night was falling, crows were flying about.

Suddenly it seemed to her that fiery spheres were exploding in the air like fulminating balls when they strike, and were whirling, whirling, to melt at last upon the snow between the branches of the trees. In the midst of each of them appeared the face of Rodolphe. They multiplied and drew near her, penetrating, her. It all disappeared; she recognised the lights of the houses that shone through the fog.

Now her situation, like an abyss, rose up before her. She was panting as if her heart would burst. Then in an ecstasy of heroism, that made her almost joyous, she ran down the hill, crossed the cow-plank, the foot-path, the alley, the market, and reached the chemist's shop. She was about to enter, but at the sound of the bell someone might come, and slipping in by the gate, holding her breath, feeling her way along the walls, she went as far as the door of the kitchen, where a candle stuck on the stove was burning. Justin in his shirt-sleeves was carrying out a dish.

"Ah! they are dining; I will wait."

He returned; she tapped at the window. He went out.

"The key! the one for upstairs where he keeps the—"

"What?"

Y él la miró, asombrado de la palidez de su rostro, que resaltaba blanco sobre el fondo negro de la noche. Le parecía extraordinariamente hermosa y majestuosa como un fantasma. Sin entender lo que ella quería, tuvo el presentimiento de algo terrible.

Pero ella continuó rápidamente con una voz de amor; con una voz dulce y conmovedora: "Lo quiero; dámelo.

Como el tabique era delgado, se podía oír el repiqueteo de los tenedores sobre los platos en el comedor.

Fingió que quería matar a las ratas que no le dejaban dormir.

"Debo decirle al maestro".

"¡No quedarse!" Luego con aire indiferente, "Oh, no vale la pena; Le diré ahora mismo. Ven, enciéndeme arriba.

Entró en el pasillo al que se abría la puerta del laboratorio. Contra la pared había una llave con la etiqueta Cafarnaúm.

"¡Justino!" llamó el farmacéutico con impaciencia.

Subamos.

Y él la siguió. La llave giró en la cerradura, y ella fue derecha al tercer estante, tan bien la guió su memoria, agarró el frasco azul, arrancó el corcho, hundió en su mano, y sacándolo lleno de un polvo blanco, comenzó comiéndolo.

"¡Detener!" gritó, corriendo hacia ella.

"¡Cállate! alguien vendrá."

Estaba desesperado, estaba llamando.

"No digas nada, o toda la culpa recaerá sobre tu maestro".

Luego se fue a su casa, repentinamente calmada y con algo de la serenidad de quien ha cumplido con su deber.

Cuando Charles, distraído por la noticia del embargo, regresó a casa, Emma acababa de salir. Gritó en voz alta, lloró, se desmayó, pero ella no volvió. ¿Dónde podría estar? Envío a Félicité a Homais, a Monsieur Tuvache, a Lheureux, al "Lion d'Or", a todas partes, y en los intervalos de su agonía vio su reputación destruida, su fortuna perdida, el futuro de Berthe arruinado. ¿Por qué? ¡Ni una palabra! Esperó hasta las seis de la tarde. Al fin, incapaz de soportarlo más, e imaginando que ella se había ido a Rouen, tomó la carretera, caminó una milla, no encontró a nadie, esperó de nuevo y volvió a casa. Ella había regresado.

"¿Cuál fue el problema? ¿Por qué? Explícamelo."

Se sentó a su escritorio y escribió una carta, que selló lentamente, añadiendo la fecha y la hora. Luego dijo en un tono solemne:

Tienes que leerlo mañana; hasta entonces, te lo ruego, no me hagas una sola pregunta. ¡No, ni uno!"

"Pero-"

"¡Ay, déjame!"

Se acostó de cuerpo entero en su cama. Un sabor amargo que sintió en la boca la despertó. Vio a Charles y volvió a cerrar los ojos.

Se estaba estudiando a sí misma con curiosidad, para ver si no estaba sufriendo. ¡Pero no! nada todavía. Oyó el tictac del reloj, el crepitar del fuego y la respiración de Charles mientras se erguía junto a su cama.

"¡Ay! ¡Es sólo una pequeña cosa, la muerte! pensó. "Me dormiré y todo habrá terminado".

Bebió un sorbo de agua y se volvió hacia la pared. El espantoso sabor a tinta continuó.

"Estoy sediento; ¡Oh! tan sedienta", suspiró.

"¿Qué es?" dijo Charles, quien le estaba entregando un vaso.

"¡No es nada! Abrir la ventana; Me estoy ahogando.

La asaltó un mareo tan repentino que apenas tuvo tiempo de sacar el pañuelo de debajo de la almohada.

"Llévatelo", dijo rápidamente; "tirar a la basura."

Él le habló; Ella no respondió. Yacía inmóvil, temerosa de que el menor movimiento la hiciera vomitar. Pero sintió un frío helado arrastrándose desde sus pies hasta su corazón.

"¡Ay! está comenzando —murmuró.

"¿Qué dijiste?"

Volteaba la cabeza de un lado a otro con un movimiento suave lleno de agonía, mientras abría constantemente la boca como si algo muy pesado pesara sobre su lengua. A las ocho comenzaron de nuevo los vómitos.

Charles notó que en el fondo de la palangana había una especie de sedimento blanco adherido a los lados de la porcelana.

"Esto es extraordinario, muy singular", repitió.

Pero ella dijo con voz firme: "No, te equivocas".

Luego, suavemente, y casi como si la acariciara, le pasó la mano por el estómago. Ella lanzó un grito agudo. Cayó hacia atrás aterrorizado.

Luego empezó a gemir, débilmente al principio. Sus hombros fueron sacudidos por un fuerte estremecimiento, y estaba cada vez más pálida que las sábanas en las que se enterraban sus dedos apretados. Su pulso desigual ahora era casi imperceptible.

Gotas de sudor brotaban de su rostro azulado, que parecía como rígido en las exhalaciones de un vapor metálico. Le castañeteaban los dientes, sus ojos dilatados miraban vagamente a su alrededor y respondía a todas las preguntas con un movimiento de cabeza; incluso sonrió una o dos veces. Gradualmente, sus gemidos se hicieron más fuertes; un grito hueco estalló de ella; fingió que estaba mejor y que pronto se levantaría. Pero ella fue presa de convulsiones y gritó:

"¡Ay! ¡Dios mío! ¡Es horrible!"

Se tiró de rodillas junto a su cama.

"¡Dígame! ¿que has comido? ¡Responde, por el amor de Dios!"

Y él la miró con una ternura en sus ojos como ella nunca había visto.

“¡Bueno, allí, allí!” dijo ella con voz débil. Voló hacia el escritorio, abrió el sello y leyó en voz alta: “No acuses a nadie”. Se detuvo, se pasó las manos por los ojos y volvió a leerlo.

“¡Qué! ¡ayuda ayuda!”

Solo podía seguir repitiendo la palabra: “¡Envenenado! envenenado!” Félicité corrió hacia Homais, quien lo proclamó en la plaza del mercado; Madame Lefrancois lo escuchó en el “Lion d’Or”; algunos se levantaron para ir a avisar a sus vecinos, y toda la noche el pueblo estuvo alerta.

Angustiado, vacilante, tambaleándose, Charles vagaba por la habitación. Golpeó contra los muebles, se tiró de los cabellos, y el boticario nunca había creído que pudiera haber un espectáculo tan terrible.

Fue a su casa a escribir al señor Canivet y al doctor Larivière. Perdió la cabeza e hizo más de quince copias en bruto. Hippolyte fue a Neufchâtel, y Justin espoleó tanto el caballo de Bovary que lo dejó hundido y muerto en tres partes junto a la colina de Bois-Guillaume.

Charles trató de buscar su diccionario médico, pero no pudo leerlo; las filas bailaban.

“Tranquilízate”, dijo el boticario; “Solo tenemos que administrar un poderoso antídoto. ¿Cuál es el veneno?”

Charles le mostró la carta. era arsénico

“Muy bien”, dijo Homais, “debemos hacer un análisis”.

Porque sabía que en los casos de envenenamiento se debe hacer un análisis; y el otro, que no entendía, respondió:

“¡Oh, haz cualquier cosa! ¡sálvala!”

Luego, volviendo a ella, se hundió en la alfombra y se quedó allí con la cabeza apoyada en el borde de la cama, sollozando.

“No llores”, le dijo. “Pronto no te molestaré más”.

“¿Por qué fue? ¿Quién te llevó a eso?”

Ella respondió. “¡Tenía que ser, querida!”

“¿No eras feliz? ¿Es mi culpa? ¡Hice todo lo que pude!”

“Sí, eso es cierto, eres bueno, tú”.

And she passed her hand slowly over his hair. The sweetness of this sensation deepened his sadness; he felt his whole being dissolving in despair at the thought that he must lose her, just when she was confessing more love for him than ever. And he could think of nothing; he did not know, he did not dare; the urgent need for some immediate resolution gave the finishing stroke to the turmoil of his mind.

So she had done, she thought, with all the treachery; and meanness, and numberless desires that had tortured her. She hated no one now; a twilight dimness was settling upon her thoughts, and, of all earthly noises, Emma heard none but the intermittent lamentations of this poor heart, sweet and indistinct like the echo of a symphony dying away.

“Bring me the child,” she said, raising herself on her elbow.

“You are not worse, are you?” asked Charles.

“No, no!”

The child, serious, and still half-asleep, was carried in on the servant’s arm in her long white nightgown, from which her bare feet peeped out. She looked wonderingly at the disordered room, and half-closed her eyes, dazzled by the candles burning on the table. They reminded her, no doubt, of the morning of New Year’s day and Mid-Lent, when thus awakened early by candle-light she came to her mother’s bed to fetch her presents, for she began saying—

“But where is it, mamma?” And as everybody was silent, “But I can’t see my little stocking.”

Félicité held her over the bed while she still kept looking towards the mantelpiece.

“Has nurse taken it?” she asked.

And at this name, that carried her back to the memory of her adulteries and her calamities, Madame Bovary turned away her head, as at the loathing of another bitterer poison that rose to her mouth. But Berthe remained perched on the bed.

“Oh, how big your eyes are, mamma! How pale you are! how hot you are!”

Her mother looked at her. “I am frightened!” cried the child, recoiling.

Emma took her hand to kiss it; the child struggled.

“That will do. Take her away,” cried Charles, who was sobbing in the alcove.

Then the symptoms ceased for a moment; she seemed less agitated; and at every insignificant word, at every respiration a little more easy, he regained hope. At last, when Canivet came in, he threw himself into his arms.

“Ah! it is you. Thanks! You are good! But she is better. See! look at her.”

His colleague was by no means of this opinion, and, as he said of himself, “never beating about the bush,” he prescribed, an emetic in order to empty the stomach completely.

She soon began vomiting blood. Her lips became drawn. Her limbs were convulsed, her whole body covered with brown spots, and her pulse slipped beneath the fingers like a stretched thread, like a harp-string nearly breaking.

After this she began to scream horribly. She cursed the poison, railed at it, and implored it to be quick, and thrust away with her stiffened arms everything that Charles, in more agony than herself, tried to make her drink. He stood up, his handkerchief to his lips, with a rattling sound in his throat, weeping, and choked by sobs that shook his whole body. Félicité was

running hither and thither in the room. Homais, motionless, uttered great sighs; and Monsieur Canivet, always retaining his self-command, nevertheless began to feel uneasy.

“The devil! yet she has been purged, and from the moment that the cause ceases—”

“The effect must cease,” said Homais, “that is evident.”

“Oh, save her!” cried Bovary.

And, without listening to the chemist, who was still venturing the hypothesis, “It is perhaps a salutary paroxysm,” Canivet was about to administer some theriac, when they heard the cracking of a whip; all the windows rattled, and a post-chaise drawn by three horses abreast, up to their ears in mud, drove at a gallop round the corner of the market. It was Doctor Lariviere.

The apparition of a god would not have caused more commotion. Bovary raised his hands; Canivet stopped short; and Homais pulled off his skull-cap long before the doctor had come in.

He belonged to that great school of surgery begotten of Bichat, to that generation, now extinct, of philosophical practitioners, who, loving their art with a fanatical love, exercised it with enthusiasm and wisdom. Everyone in his hospital trembled when he was angry; and his students so revered him that they tried, as soon as they were themselves in practice, to imitate him as much as possible. So that in all the towns about they were found wearing his long wadded merino overcoat and black frock-coat, whose buttoned cuffs slightly covered his brawny hands—very beautiful hands, and that never knew gloves, as though to be more ready to plunge into suffering. Disdainful of honours, of titles, and of academies, like one of the old Knight-Hospitallers, generous, fatherly to the poor, and practising virtue without believing in it, he would almost have passed for a saint if the keenness of his intellect had not caused him to be feared as a demon. His glance, more penetrating than his bistouries, looked straight into your soul, and dissected every lie athwart all assertions and all reticences. And thus he went along, full of that debonair majesty that is given by the consciousness of great talent, of fortune, and of forty years of a labourious and irreproachable life.

He frowned as soon as he had passed the door when he saw the cadaverous face of Emma stretched out on her back with her mouth open. Then, while apparently listening to Canivet, he rubbed his fingers up and down beneath his nostrils, and repeated—

“Good! good!”

But he made a slow gesture with his shoulders. Bovary watched him; they looked at one another; and this man, accustomed as he was to the sight of pain, could not keep back a tear that fell on his shirt-frill.

He tried to take Canivet into the next room. Charles followed him.

“She is very ill, isn’t she? If we put on sinapisms? Anything! Oh, think of something, you who have saved so many!”

Charles caught him in both his arms, and gazed at him wildly, imploringly, half-fainting against his breast.

“Come, my poor fellow, courage! There is nothing more to be done.”

And Doctor Lariviere turned away.

“You are going?”

“I will come back.”

He went out only to give an order to the coachman, with Monsieur Canivet, who did not care either to have Emma die under his hands.

The chemist rejoined them on the Place. He could not by temperament keep away from celebrities, so he begged Monsieur Lariviere to do him the signal honour of accepting some breakfast.

He sent quickly to the “Lion d’Or” for some pigeons; to the butcher’s for all the cutlets that were to be had; to Tuvache for cream; and to Lestiboudois for eggs; and the druggist himself aided in the preparations, while Madame Homais was saying as she pulled together the strings of her jacket—

“You must excuse us, sir, for in this poor place, when one hasn’t been told the night before —”

“Wine glasses!” whispered Homais.

“If only we were in town, we could fall back upon stuffed trotters.”

“Be quiet! Sit down, doctor!”

He thought fit, after the first few mouthfuls, to give some details as to the catastrophe.

“We first had a feeling of siccidity in the pharynx, then intolerable pains at the epigastrium, super purgation, coma.”

“But how did she poison herself?”

“I don’t know, doctor, and I don’t even know where she can have procured the arsenious acid.”

Justin, who was just bringing in a pile of plates, began to tremble.

“What’s the matter?” said the chemist.

At this question the young man dropped the whole lot on the ground with a crash.

“Imbecile!” cried Homais, “awkward lout! block-head! confounded ass!”

But suddenly controlling himself—

“I wished, doctor, to make an analysis, and primo I delicately introduced a tube—”

“You would have done better,” said the physician, “to introduce your fingers into her throat.”

His colleague was silent, having just before privately received a severe lecture about his emetic, so that this good Canivet, so arrogant and so verbose at the time of the clubfoot, was to-day very modest. He smiled without ceasing in an approving manner.

Homais dilated in Amphytrionic pride, and the affecting thought of Bovary vaguely contributed to his pleasure by a kind of egotistic reflex upon himself. Then the presence of the doctor transported him. He displayed his erudition, cited pell-mell cantharides, upas, the manchineel, vipers.

"I have even read that various persons have found themselves under toxicological symptoms, and, as it were, thunderstricken by black-pudding that had been subjected to a too vehement fumigation. At least, this was stated in a very fine report drawn up by one of our pharmaceutical chiefs, one of our masters, the illustrious Cadet de Gassicourt!"

Madame Homais reappeared, carrying one of those shaky machines that are heated with spirits of wine; for Homais liked to make his coffee at table, having, moreover, torrefied it, pulverised it, and mixed it himself.

"Saccharum, doctor?" said he, offering the sugar.

Then he had all his children brought down, anxious to have the physician's opinion on their constitutions.

At last Monsieur Lariviere was about to leave, when Madame Homais asked for a consultation about her husband. He was making his blood too thick by going to sleep every evening after dinner.

"Oh, it isn't his blood that's too thick," said the physician.

And, smiling a little at his unnoticed joke, the doctor opened the door. But the chemist's shop was full of people; he had the greatest difficulty in getting rid of Monsieur Tuvache, who feared his spouse would get inflammation of the lungs, because she was in the habit of spitting on the ashes; then of Monsieur Binet, who sometimes experienced sudden attacks of great hunger; and of Madame Caron, who suffered from tinglings; of Lheureux, who had vertigo; of Lestiboudois, who had rheumatism; and of Madame Lefrancois, who had heartburn. At last the three horses started; and it was the general opinion that he had not shown himself at all obliging.

Public attention was distracted by the appearance of Monsieur Bournisien, who was going across the market with the holy oil.

Homais, as was due to his principles, compared priests to ravens attracted by the odour of death. The sight of an ecclesiastic was personally disagreeable to him, for the cassock made him think of the shroud, and he detested the one from some fear of the other.

Nevertheless, not shrinking from what he called his mission, he returned to Bovary's in company with Canivet whom Monsieur Lariviere, before leaving, had strongly urged to make this visit; and he would, but for his wife's objections, have taken his two sons with him, in order to accustom them to great occasions; that this might be a lesson, an example, a solemn picture, that should remain in their heads later on.

The room when they went in was full of mournful solemnity. On the work-table, covered over with a white cloth, there were five or six small balls of cotton in a silver dish, near a large crucifix between two lighted candles.

Emma, her chin sunken upon her breast, had her eyes inordinately wide open, and her poor hands wandered over the sheets with that hideous and soft movement of the dying, that seems as if they wanted already to cover themselves with the shroud. Pale as a statue and with eyes red as fire, Charles, not weeping, stood opposite her at the foot of the bed, while the priest, bending one knee, was muttering words in a low voice.

She turned her face slowly, and seemed filled with joy on seeing suddenly the violet stole, no doubt finding again, in the midst of a temporary lull in her pain, the lost voluptuousness of her first mystical transports, with the visions of eternal beatitude that were beginning.

The priest rose to take the crucifix; then she stretched forward her neck as one who is athirst, and glueing her lips to the body of the Man-God, she pressed upon it with all her expiring strength the fullest kiss of love that she had ever given. Then he recited the Misereatur and the Indulgentiam, dipped his right thumb in the oil, and began to give extreme unction. First upon the eyes, that had so coveted all worldly pomp; then upon the nostrils, that had been greedy of the warm breeze and amorous odours; then upon the mouth, that had uttered lies, that had curled with pride and cried out in lewdness; then upon the hands that had delighted in sensual touches; and finally upon the soles of the feet, so swift of yore, when she was running to satisfy her desires, and that would now walk no more.

The cure wiped his fingers, threw the bit of cotton dipped in oil into the fire, and came and sat down by the dying woman, to tell her that she must now blend her sufferings with those of Jesus Christ and abandon herself to the divine mercy.

Finishing his exhortations, he tried to place in her hand a blessed candle, symbol of the celestial glory with which she was soon to be surrounded. Emma, too weak, could not close her fingers, and the taper, but for Monsieur Bournisien would have fallen to the ground.

However, she was not quite so pale, and her face had an expression of serenity as if the sacrament had cured her.

The priest did not fail to point this out; he even explained to Bovary that the Lord sometimes prolonged the life of persons when he thought it meet for their salvation; and Charles remembered the day when, so near death, she had received the communion. Perhaps there was no need to despair, he thought.

In fact, she looked around her slowly, as one awakening from a dream; then in a distinct voice she asked for her looking-glass, and remained some time bending over it, until the big

tears fell from her eyes. Then she turned away her head with a sigh and fell back upon the pillows.

Her chest soon began panting rapidly; the whole of her tongue protruded from her mouth; her eyes, as they rolled, grew paler, like the two globes of a lamp that is going out, so that one might have thought her already dead but for the fearful labouring of her ribs, shaken by violent breathing, as if the soul were struggling to free itself. Félicité knelt down before the crucifix, and the druggist himself slightly bent his knees, while Monsieur Canivet looked out vaguely at the Place. Bourmisien had again begun to pray, his face bowed against the edge of the bed, his long black cassock trailing behind him in the room. Charles was on the other side, on his knees, his arms outstretched towards Emma. He had taken her hands and pressed them, shuddering at every beat of her heart, as at the shaking of a falling ruin. As the death-rattle became stronger the priest prayed faster; his prayers mingled with the stifled sobs of Bovary, and sometimes all seemed lost in the muffled murmur of the Latin syllables that tolled like a passing bell.

Suddenly on the pavement was heard a loud noise of clogs and the clattering of a stick; and a voice rose—a raucous voice—that sang—

“Maids in the warmth of a summer day
Dream of love and of love always”

Emma raised herself like a galvanised corpse, her hair undone, her eyes fixed, staring.

“Where the sickle blades have been,
Nannette, gathering ears of corn,
Passes bending down, my queen,
To the earth where they were born.”

“The blind man!” she cried. And Emma began to laugh, an atrocious, frantic, despairing laugh, thinking she saw the hideous face of the poor wretch that stood out against the eternal night like a menace.

“The wind is strong this summer day,
Her petticoat has flown away.”

She fell back upon the mattress in a convulsion. They all drew near. She was dead.

Chapter Nine

There is always after the death of anyone a kind of stupefaction; so difficult is it to grasp this advent of nothingness and to resign ourselves to believe in it. But still, when he saw that she did not move, Charles threw himself upon her, crying—

“Farewell! farewell!”

Homais and Canivet dragged him from the room.

“Restrain yourself!”

“Yes,” said he, struggling, “I’ll be quiet. I’ll not do anything. But leave me alone. I want to see her. She is my wife!”

And he wept.

“Cry,” said the chemist; “let nature take her course; that will solace you.”

Weaker than a child, Charles let himself be led downstairs into the sitting-room, and Monsieur Homais soon went home. On the Place he was accosted by the blind man, who, having dragged himself as far as Yonville, in the hope of getting the antiphlogistic pomade, was asking every passer-by where the druggist lived.

“There now! as if I hadn’t got other fish to fry. Well, so much the worse; you must come later on.”

And he entered the shop hurriedly.

He had to write two letters, to prepare a soothing potion for Bovary, to invent some lie that would conceal the poisoning, and work it up into an article for the “Fanal,” without counting the people who were waiting to get the news from him; and when the Yonvillers had all heard his story of the arsenic that she had mistaken for sugar in making a vanilla cream. Homais once more returned to Bovary’s.

He found him alone (Monsieur Canivet had left), sitting in an arm-chair near the window, staring with an idiotic look at the flags of the floor.

“Now,” said the chemist, “you ought yourself to fix the hour for the ceremony.”

“Why? What ceremony?” Then, in a stammering, frightened voice, “Oh, no! not that. No! I want to see her here.”

Homais, to keep himself in countenance, took up a water-bottle on the whatnot to water the geraniums.

“Ah! thanks,” said Charles; “you are good.”

But he did not finish, choking beneath the crowd of memories that this action of the druggist recalled to him.

Then to distract him, Homais thought fit to talk a little horticulture: plants wanted humidity. Charles bowed his head in sign of approbation.

“Besides, the fine days will soon be here again.”

“Ah!” said Bovary.

The druggist, at his wit’s end, began softly to draw aside the small window-curtain.

“Hallo! there’s Monsieur Tuvache passing.”

Charles repeated like a machine—

“Monsieur Tuvache passing!”

Homais did not dare to speak to him again about the funeral arrangements; it was the priest who succeeded in reconciling him to them.

He shut himself up in his consulting-room, took a pen, and after sobbing for some time, wrote—

“I wish her to be buried in her wedding-dress, with white shoes, and a wreath. Her hair is to be spread out over her shoulders. Three coffins, one of oak, one of mahogany, one of lead. Let no one say anything to me. I shall have strength. Over all there is to be placed a large piece of green velvet. This is my wish; see that it is done.”

The two men were much surprised at Bovary’s romantic ideas. The chemist at once went to him and said—

“This velvet seems to me a superfluous expense. Besides, the expense—”

“What’s that to you?” cried Charles. “Leave me! You did not love her. Go!”

The priest took him by the arm for a turn in the garden. He discoursed on the vanity of earthly things. God was very great, was very good: one must submit to his decrees without a murmur; nay, must even thank him.

Charles burst out into blasphemies: “I hate your God!”

“The spirit of rebellion is still upon you,” sighed the ecclesiastic.

Bovary was far away. He was walking with great strides along by the wall, near the espalier, and he ground his teeth; he raised to heaven looks of malediction, but not so much as a leaf stirred.

A fine rain was falling: Charles, whose chest was bare, at last began to shiver; he went in and sat down in the kitchen.

At six o’clock a noise like a clatter of old iron was heard on the Place; it was the “Hirondelle” coming in, and he remained with his forehead against the windowpane,

watching all the passengers get out, one after the other. Félicité put down a mattress for him in the drawing-room. He threw himself upon it and fell asleep.

Although a philosopher, Monsieur Homais respected the dead. So bearing no grudge to poor Charles, he came back again in the evening to sit up with the body; bringing with him three volumes and a pocket-book for taking notes.

Monsieur Bournisien was there, and two large candles were burning at the head of the bed, that had been taken out of the alcove. The druggist, on whom the silence weighed, was not long before he began formulating some regrets about this "unfortunate young woman." and the priest replied that there was nothing to do now but pray for her.

"Yet," Homais went on, "one of two things; either she died in a state of grace (as the Church has it), and then she has no need of our prayers; or else she departed impertinent (that is, I believe, the ecclesiastical expression), and then—"

Bournisien interrupted him, replying testily that it was none the less necessary to pray.

"But," objected the chemist, "since God knows all our needs, what can be the good of prayer?"

"What!" cried the ecclesiastic, "prayer! Why, aren't you a Christian?"

"Excuse me," said Homais; "I admire Christianity. To begin with, it enfranchised the slaves, introduced into the world a morality—"

"That isn't the question. All the texts—"

"Oh! oh! As to texts, look at history; it is known that all the texts have been falsified by the Jesuits."

Charles came in, and advancing towards the bed, slowly drew the curtains.

Emma's head was turned towards her right shoulder, the corner of her mouth, which was open, seemed like a black hole at the lower part of her face; her two thumbs were bent into the palms of her hands; a kind of white dust besprinkled her lashes, and her eyes were beginning to disappear in that viscous pallor that looks like a thin web, as if spiders had spun it over. The sheet sunk in from her breast to her knees, and then rose at the tips of her toes, and it seemed to Charles that infinite masses, an enormous load, were weighing upon her.

The church clock struck two. They could hear the loud murmur of the river flowing in the darkness at the foot of the terrace. Monsieur Bournisien from time to time blew his nose noisily, and Homais' pen was scratching over the paper.

"Come, my good friend," he said, "withdraw; this spectacle is tearing you to pieces."

Charles once gone, the chemist and the cure recommenced their discussions.

"Read Voltaire," said the one, "read D'Holbach, read the 'Encyclopaedia'!"

"Read the 'Letters of some Portuguese Jews,'" said the other; "read 'The Meaning of Christianity,' by Nicolas, formerly a magistrate."

They grew warm, they grew red, they both talked at once without listening to each other. Bournisien was scandalized at such audacity; Homais marvelled at such stupidity; and they were on the point of insulting one another when Charles suddenly reappeared. A fascination drew him. He was continually coming upstairs.

He stood opposite her, the better to see her, and he lost himself in a contemplation so deep that it was no longer painful.

He recalled stories of catalepsy, the marvels of magnetism, and he said to himself that by willing it with all his force he might perhaps succeed in reviving her. Once he even bent towards her, and cried in a low voice, "Emma! Emma!" His strong breathing made the flames of the candles tremble against the wall.

At daybreak Madame Bovary senior arrived. Charles as he embraced her burst into another flood of tears. She tried, as the chemist had done, to make some remarks to him on the expenses of the funeral. He became so angry that she was silent, and he even commissioned her to go to town at once and buy what was necessary.

Charles remained alone the whole afternoon; they had taken Berthe to Madame Homais'; Félicité was in the room upstairs with Madame Lefrancois.

In the evening he had some visitors. He rose, pressed their hands, unable to speak. Then they sat down near one another, and formed a large semicircle in front of the fire. With lowered faces, and swinging one leg crossed over the other knee, they uttered deep sighs at intervals; each one was inordinately bored, and yet none would be the first to go.

Homais, when he returned at nine o'clock (for the last two days only Homais seemed to have been on the Place), was laden with a stock of camphor, of benzine, and aromatic herbs. He also carried a large jar full of chlorine water, to keep off all miasmata. Just then the servant, Madame Lefrancois, and Madame Bovary senior were busy about Emma, finishing dressing her, and they were drawing down the long stiff veil that covered her to her satin shoes.

Félicité was sobbing—"Ah! my poor mistress! my poor mistress!"

"Look at her," said the landlady, sighing; "how pretty she still is! Now, couldn't you swear she was going to get up in a minute?"

Then they bent over her to put on her wreath. They had to raise the head a little, and a rush of black liquid issued, as if she were vomiting, from her mouth.

"Oh, goodness! The dress; take care!" cried Madame Lefrancois. "Now, just come and help," she said to the chemist. "Perhaps you're afraid?"

"I afraid?" replied he, shrugging his shoulders. "I dare say! I've seen all sorts of things at the hospital when I was studying pharmacy. We used to make punch in the dissecting room!

Nothingness does not terrify a philosopher; and, as I often say, I even intend to leave my body to the hospitals, in order, later on, to serve science."

The cure on his arrival inquired how Monsieur Bovary was, and, on the reply of the druggist, went on—"The blow, you see, is still too recent."

Then Homais congratulated him on not being exposed, like other people, to the loss of a beloved companion; whence there followed a discussion on the celibacy of priests.

"For," said the chemist, "it is unnatural that a man should do without women! There have been crimes—"

"But, good heaven!" cried the ecclesiastic, "how do you expect an individual who is married to keep the secrets of the confessional, for example?"

Homais fell foul of the confessional. Bournisien defended it; he enlarged on the acts of restitution that it brought about. He cited various anecdotes about thieves who had suddenly become honest. Military men on approaching the tribunal of penitence had felt the scales fall from their eyes. At Fribourg there was a minister—

His companion was asleep. Then he felt somewhat stifled by the over-heavy atmosphere of the room; he opened the window; this awoke the chemist.

"Come, take a pinch of snuff," he said to him. "Take it; it'll relieve you."

A continual barking was heard in the distance. "Do you hear that dog howling?" said the chemist.

"They smell the dead," replied the priest. "It's like bees; they leave their hives on the decease of any person."

Homais made no remark upon these prejudices, for he had again dropped asleep. Monsieur Bournisien, stronger than he, went on moving his lips gently for some time, then insensibly his chin sank down, he let fall his big black boot, and began to snore.

They sat opposite one another, with protruding stomachs, puffed-up faces, and frowning looks, after so much disagreement uniting at last in the same human weakness, and they moved no more than the corpse by their side, that seemed to be sleeping.

Charles coming in did not wake them. It was the last time; he came to bid her farewell.

The aromatic herbs were still smoking, and spirals of bluish vapour blended at the window-sash with the fog that was coming in. There were few stars, and the night was warm. The wax of the candles fell in great drops upon the sheets of the bed. Charles watched them burn, tiring his eyes against the glare of their yellow flame.

The watering on the satin gown shimmered white as moonlight. Emma was lost beneath it; and it seemed to him that, spreading beyond her own self, she blended confusedly with everything around her—the silence, the night, the passing wind, the damp odours rising from the ground.

Then suddenly he saw her in the garden at Tostes, on a bench against the thorn hedge, or else at Rouen in the streets, on the threshold of their house, in the yard at Bertaux. He again heard the laughter of the happy boys beneath the apple-trees: the room was filled with the perfume of her hair; and her dress rustled in his arms with a noise like electricity. The dress was still the same.

For a long while he thus recalled all his lost joys, her attitudes, her movements, the sound of her voice. Upon one fit of despair followed another, and even others, inexhaustible as the waves of an overflowing sea.

A terrible curiosity seized him. Slowly, with the tips of his fingers, palpitating, he lifted her veil. But he uttered a cry of horror that awoke the other two.

They dragged him down into the sitting-room. Then Félicité came up to say that he wanted some of her hair.

"Cut some off," replied the druggist.

And as she did not dare to, he himself stepped forward, scissors in hand. He trembled so that he pierced the skin of the temple in several places. At last, stiffening himself against emotion, Homais gave two or three great cuts at random that left white patches amongst that beautiful black hair.

The chemist and the cure plunged anew into their occupations, not without sleeping from time to time, of which they accused each other reciprocally at each fresh awakening. Then Monsieur Bournisien sprinkled the room with holy water and Homais threw a little chlorine water on the floor.

Félicité had taken care to put on the chest of drawers, for each of them, a bottle of brandy, some cheese, and a large roll. And the druggist, who could not hold out any longer, about four in the morning sighed—

"My word! I should like to take some sustenance."

The priest did not need any persuading; he went out to go and say mass, came back, and then they ate and hobnobbed, giggling a little without knowing why, stimulated by that vague gaiety that comes upon us after times of sadness, and at the last glass the priest said to the druggist, as he clapped him on the shoulder—

"We shall end by understanding one another."

In the passage downstairs they met the undertaker's men, who were coming in. Then Charles for two hours had to suffer the torture of hearing the hammer resound against the wood. Next day they lowered her into her oak coffin, that was fitted into the other two; but as the bier was too large, they had to fill up the gaps with the wool of a mattress. At last, when the three lids had been planed down, nailed, soldered, it was placed outside in front of the door; the house was thrown open, and the people of Yonville began to flock round.

Old Rouault arrived, and fainted on the Place when he saw the black cloth!

Chapter Ten

He had only received the chemist's letter thirty-six hours after the event; and, from consideration for his feelings, Homais had so worded it that it was impossible to make out what it was all about.

First, the old fellow had fallen as if struck by apoplexy. Next, he understood that she was not dead, but she might be. At last, he had put on his blouse, taken his hat, fastened his spurs to his boots, and set out at full speed; and the whole of the way old Rouault, panting, was torn by anguish. Once even he was obliged to dismount. He was dizzy; he heard voices round about him; he felt himself going mad.

Day broke. He saw three black hens asleep in a tree. He shuddered, horrified at this omen. Then he promised the Holy Virgin three chasubles for the church, and that he would go barefooted from the cemetery at Bertaux to the chapel of Vassonville.

He entered Maromme shouting for the people of the inn, burst open the door with a thrust of his shoulder, made for a sack of oats, emptied a bottle of sweet cider into the manger, and again mounted his nag, whose feet struck fire as it dashed along.

He said to himself that no doubt they would save her; the doctors would discover some remedy surely. He remembered all the miraculous cures he had been told about. Then she appeared to him dead. She was there; before his eyes, lying on her back in the middle of the road. He reined up, and the hallucination disappeared.

At Quincampoix, to give himself heart, he drank three cups of coffee one after the other. He fancied they had made a mistake in the name in writing. He looked for the letter in his pocket, felt it there, but did not dare to open it.

At last he began to think it was all a joke; someone's spite, the jest of some wag; and besides, if she were dead, one would have known it. But no! There was nothing extraordinary about the country; the sky was blue, the trees swayed; a flock of sheep passed. He saw the village; he was seen coming bending forward upon his horse, belabouring it with great blows, the girths dripping with blood.

When he had recovered consciousness, he fell, weeping, into Bovary's arms: "My girl! Emma! my child! tell me—"

The other replied, sobbing, "I don't know! I don't know! It's a curse!"

The druggist separated them. "These horrible details are useless. I will tell this gentleman all about it. Here are the people coming. Dignity! Come now! Philosophy!"

The poor fellow tried to show himself brave, and repeated several times. "Yes! courage!"

"Oh," cried the old man, "so I will have, by God! I'll go along o' her to the end!"

The bell began tolling. All was ready; they had to start. And seated in a stall of the choir, side by side, they saw pass and repass in front of them continually the three chanting choristers.

The serpent-player was blowing with all his might. Monsieur Bournisien, in full vestments, was singing in a shrill voice. He bowed before the tabernacle, raising his hands, stretched out his arms. Lestiboudois went about the church with his whalebone stick. The bier stood near the lectern, between four rows of candles. Charles felt inclined to get up and put them out.

Yet he tried to stir himself to a feeling of devotion, to throw himself into the hope of a future life in which he should see her again. He imagined to himself she had gone on a long journey, far away, for a long time. But when he thought of her lying there, and that all was over, that they would lay her in the earth, he was seized with a fierce, gloomy, despairful rage. At times he thought he felt nothing more, and he enjoyed this lull in his pain, whilst at the same time he reproached himself for being a wretch.

The sharp noise of an iron-ferruled stick was heard on the stones, striking them at irregular intervals. It came from the end of the church, and stopped short at the lower aisles. A man in a coarse brown jacket knelt down painfully. It was Hippolyte, the stable-boy at the "Lion d'Or." He had put on his new leg.

One of the choristers went round the nave making a collection, and the coppers chinked one after the other on the silver plate.

"Oh, make haste! I am in pain!" cried Bovary, angrily throwing him a five-franc piece. The churchman thanked him with a deep bow.

They sang, they knelt, they stood up; it was endless! He remembered that once, in the early times, they had been to mass together, and they had sat down on the other side, on the right, by the wall. The bell began again. There was a great moving of chairs; the bearers slipped their three staves under the coffin, and everyone left the church.

Then Justin appeared at the door of the shop. He suddenly went in again, pale, staggering.

People were at the windows to see the procession pass. Charles at the head walked erect. He affected a brave air, and saluted with a nod those who, coming out from the lanes or from their doors, stood amidst the crowd.

The six men, three on either side, walked slowly, panting a little. The priests, the choristers, and the two choirboys recited the *De profundis*,^[22] and their voices echoed over the fields, rising and falling with their undulations. Sometimes they disappeared in the windings of the path; but the great silver cross rose always before the trees.

The women followed in black cloaks with turned-down hoods; each of them carried in her hands a large lighted candle, and Charles felt himself growing weaker at this continual repetition of prayers and torches, beneath this oppressive odour of wax and of cassocks. A fresh breeze was blowing; the rye and colza were sprouting, little dewdrops trembled at the roadsides and on the hawthorn hedges. All sorts of joyous sounds filled the air; the jolting of a cart rolling afar off in the ruts, the crowing of a cock, repeated again and again, or the gambling of a foal running away under the apple-trees: The pure sky was fretted with rosy clouds; a bluish haze rested upon the cots covered with iris. Charles as he passed recognised each courtyard. He remembered mornings like this, when, after visiting some patient, he came out from one and returned to her.

The black cloth bestrewn with white beads blew up from time to time, laying bare the coffin. The tired bearers walked more slowly, and it advanced with constant jerks, like a boat that pitches with every wave.

They reached the cemetery. The men went right down to a place in the grass where a grave was dug. They ranged themselves all round; and while the priest spoke, the red soil thrown up at the sides kept noiselessly slipping down at the corners.

Then when the four ropes were arranged the coffin was placed upon them. He watched it descend; it seemed descending for ever. At last a thud was heard; the ropes creaked as they were drawn up. Then Bournisien took the spade handed to him by Lestiboudois; with his left hand all the time sprinkling water, with the right he vigorously threw in a large spadeful; and the wood of the coffin, struck by the pebbles, gave forth that dread sound that seems to us the reverberation of eternity.

The ecclesiastic passed the holy water sprinkler to his neighbour. This was Homais. He swung it gravely, then handed it to Charles, who sank to his knees in the earth and threw in handfuls of it, crying, "Adieu!" He sent her kisses; he dragged himself towards the grave, to engulf himself with her. They led him away, and he soon grew calmer, feeling perhaps, like the others, a vague satisfaction that it was all over.

Old Rouault on his way back began quietly smoking a pipe, which Homais in his innermost conscience thought not quite the thing. He also noticed that Monsieur Binet had not been present, and that Tuvache had "made off" after mass, and that Theodore, the notary's servant wore a blue coat, "as if one could not have got a black coat, since that is the custom, by Jove!" And to share his observations with others he went from group to group. They were deploring Emma's death, especially Lheureux, who had not failed to come to the funeral.

"Poor little woman! What a trouble for her husband!"

The druggist continued, "Do you know that but for me he would have committed some fatal attempt upon himself?"

"Such a good woman! To think that I saw her only last Saturday in my shop."

"I haven't had leisure," said Homais, "to prepare a few words that I would have cast upon her tomb."

Charles on getting home undressed, and old Rouault put on his blue blouse. It was a new one, and as he had often during the journey wiped his eyes on the sleeves, the dye had stained his face, and the traces of tears made lines in the layer of dust that covered it.

Madame Bovary senior was with them. All three were silent. At last the old fellow sighed

"Do you remember, my friend, that I went to Tostes once when you had just lost your first deceased? I consoled you at that time. I thought of something to say then, but now—" Then, with a loud groan that shook his whole chest, "Ah! this is the end for me, do you see! I saw my wife go, then my son, and now to-day it's my daughter."

He wanted to go back at once to Bertaux, saying that he could not sleep in this house. He even refused to see his granddaughter.

"No, no! It would grieve me too much. Only you'll kiss her many times for me. Good-bye! you're a good fellow! And then I shall never forget that," he said, slapping his thigh. "Never fear, you shall always have your turkey."

But when he reached the top of the hill he turned back, as he had turned once before on the road of Saint-Victor when he had parted from her. The windows of the village were all on fire beneath the slanting rays of the sun sinking behind the field. He put his hand over his eyes, and saw in the horizon an enclosure of walls, where trees here and there formed black clusters between white stones; then he went on his way at a gentle trot, for his nag had gone lame.

Despite their fatigue, Charles and his mother stayed very long that evening talking together. They spoke of the days of the past and of the future. She would come to live at Yonville; she would keep house for him; they would never part again. She was ingenious and caressing, rejoicing in her heart at gaining once more an affection that had wandered from her for so many years. Midnight struck. The village as usual was silent, and Charles, awake, thought always of her.

Rodolphe, who, to distract himself, had been rambling about the wood all day, was sleeping quietly in his château, and Léon, down yonder, always slept.

There was another who at that hour was not asleep.

On the grave between the pine-trees a child was on his knees weeping, and his heart, rent by sobs, was beating in the shadow beneath the load of an immense regret, sweeter than the moon and fathomless as the night. The gate suddenly grated. It was Lestiboudois; he came to fetch his spade, that he had forgotten. He recognised Justin climbing over the wall, and at last knew who was the culprit who stole his potatoes.

Chapter Eleven

The next day Charles had the child brought back. She asked for her mamma. They told her she was away; that she would bring her back some playthings. Berthe spoke of her again several times, then at last thought no more of her. The child's gaiety broke Bovary's heart, and he had to bear besides the intolerable consolations of the chemist.

Money troubles soon began again, Monsieur Lheureux urging on anew his friend Vincart, and Charles pledged himself for exorbitant sums; for he would never consent to let the smallest of the things that had belonged to HER be sold. His mother was exasperated with him; he grew even more angry than she did. He had altogether changed. She left the house.

Then everyone began "taking advantage" of him. Mademoiselle Lempereur presented a bill for six months' teaching, although Emma had never taken a lesson (despite the receipted bill she had shown Bovary); it was an arrangement between the two women. The man at the circulating library demanded three years' subscriptions; Mere Rollet claimed the postage due for some twenty letters, and when Charles asked for an explanation, she had the delicacy to reply—

"Oh, I don't know. It was for her business affairs."

With every debt he paid Charles thought he had come to the end of them. But others followed ceaselessly. He sent in accounts for professional attendance. He was shown the letters his wife had written. Then he had to apologise.

Félicité now wore Madame Bovary's gowns; not all, for he had kept some of them, and he went to look at them in her dressing-room, locking himself up there; she was about her height, and often Charles, seeing her from behind, was seized with an illusion, and cried out—

"Oh, stay, stay!"

But at Whitsuntide she ran away from Yonville, carried off by Theodore, stealing all that was left of the wardrobe.

It was about this time that the widow Dupuis had the honour to inform him of the "marriage of Monsieur Léon Dupuis her son, notary at Yvetot, to Mademoiselle Leocadie Leboeuf of Bondeville." Charles, among the other congratulations he sent him, wrote this sentence—

"How glad my poor wife would have been!"

One day when, wandering aimlessly about the house, he had gone up to the attic, he felt a pellet of fine paper under his slipper. He opened it and read: "Courage, Emma, courage. I would not bring misery into your life." It was Rodolphe's letter, fallen to the ground between the boxes, where it had remained, and that the wind from the dormer window had just blown towards the door. And Charles stood, motionless and staring, in the very same place where, long ago, Emma, in despair, and paler even than he, had thought of dying. At last he discovered a small R at the bottom of the second page. What did this mean? He remembered Rodolphe's attentions, his sudden, disappearance, his constrained air when they had met two or three times since. But the respectful tone of the letter deceived him.

"Perhaps they loved one another platonically," he said to himself.

Besides, Charles was not of those who go to the bottom of things; he shrank from the proofs, and his vague jealousy was lost in the immensity of his woe.

Everyone, he thought, must have adored her; all men assuredly must have coveted her. She seemed but the more beautiful to him for this; he was seized with a lasting, furious desire for her, that inflamed his despair, and that was boundless, because it was now unrealisable.

To please her, as if she were still living, he adopted her predilections, her ideas; he bought patent leather boots and took to wearing white cravats. He put cosmetics on his moustache, and, like her, signed notes of hand. She corrupted him from beyond the grave.

He was obliged to sell his silver piece by piece; next he sold the drawing-room furniture. All the rooms were stripped; but the bedroom, her own room, remained as before. After his dinner Charles went up there. He pushed the round table in front of the fire, and drew up her armchair. He sat down opposite it. A candle burnt in one of the gilt candlesticks. Berthe by his side was painting prints.

He suffered, poor man, at seeing her so badly dressed, with laceless boots, and the arm-holes of her pinafore torn down to the hips; for the charwoman took no care of her. But she was so sweet, so pretty, and her little head bent forward so gracefully, letting the dear fair hair fall over her rosy cheeks, that an infinite joy came upon him, a happiness mingled with bitterness, like those ill-made wines that taste of resin. He mended her toys, made her puppets from cardboard, or sewed up half-torn dolls. Then, if his eyes fell upon the workbox, a ribbon lying about, or even a pin left in a crack of the table, he began to dream, and looked so sad that she became as sad as he.

No one now came to see them, for Justin had run away to Rouen, where he was a grocer's assistant, and the druggist's children saw less and less of the child, Monsieur Homais not caring, seeing the difference of their social position, to continue the intimacy.

The blind man, whom he had not been able to cure with the pomade, had gone back to the hill of Bois-Guillaume, where he told the travellers of the vain attempt of the druggist, to such an extent, that Homais when he went to town hid himself behind the curtains of the "Hirondelle" to avoid meeting him. He detested him, and wishing, in the interests of his own

reputation, to get rid of him at all costs, he directed against him a secret battery, that betrayed the depth of his intellect and the baseness of his vanity. Thus, for six consecutive months, one could read in the “*Fanal de Rouen*” editorials such as these—

“All who bend their steps towards the fertile plains of Picardy have, no doubt, remarked, by the Bois-Guillaume hill, a wretch suffering from a horrible facial wound. He importunes, persecutes one, and levies a regular tax on all travellers. Are we still living in the monstrous times of the Middle Ages, when vagabonds were permitted to display in our public places leprosy and scrofulas they had brought back from the Crusades?”

Or—

“In spite of the laws against vagabondage, the approaches to our great towns continue to be infected by bands of beggars. Some are seen going about alone, and these are not, perhaps, the least dangerous. What are our ediles about?”

Then Homais invented anecdotes—

“Yesterday, by the Bois-Guillaume hill, a skittish horse—” And then followed the story of an accident caused by the presence of the blind man.

He managed so well that the fellow was locked up. But he was released. He began again, and Homais began again. It was a struggle. Homais won it, for his foe was condemned to life-long confinement in an asylum.

This success emboldened him, and henceforth there was no longer a dog run over, a barn burnt down, a woman beaten in the parish, of which he did not immediately inform the public, guided always by the love of progress and the hate of priests. He instituted comparisons between the elementary and clerical schools to the detriment of the latter; called to mind the massacre of St. Bartholomew a propos of a grant of one hundred francs to the church, and denounced abuses, aired new views. That was his phrase. Homais was digging and delving; he was becoming dangerous.

However, he was stifling in the narrow limits of journalism, and soon a book, a work was necessary to him. Then he composed “General Statistics of the Canton of Yonville, followed by Climatological Remarks.” The statistics drove him to philosophy. He busied himself with great questions: the social problem, moralisation of the poorer classes, pisciculture, caoutchouc, railways, etc. He even began to blush at being a bourgeois. He affected the artistic style, he smoked. He bought two chic Pompadour statuettes to adorn his drawing-room.

He by no means gave up his shop. On the contrary, he kept well abreast of new discoveries. He followed the great movement of chocolates; he was the first to introduce “cocoa” and “revalenta” into the Seine-Inferieure. He was enthusiastic about the hydro-electric Pulvermacher chains; he wore one himself, and when at night he took off his flannel vest, Madame Homais stood quite dazzled before the golden spiral beneath which he was hidden, and felt her ardour redouble for this man more bandaged than a Scythian, and splendid as one of the Magi.

He had fine ideas about Emma’s tomb. First he proposed a broken column with some drapery, next a pyramid, then a Temple of Vesta, a sort of rotunda, or else a “mass of ruins.” And in all his plans Homais always stuck to the weeping willow, which he looked upon as the indispensable symbol of sorrow.

Charles and he made a journey to Rouen together to look at some tombs at a funeral furnisher’s, accompanied by an artist, one Vaufrylard, a friend of Bridoux’s, who made puns all the time. At last, after having examined some hundred designs, having ordered an estimate and made another journey to Rouen, Charles decided in favour of a mausoleum, which on the two principal sides was to have a “spirit bearing an extinguished torch.”

As to the inscription, Homais could think of nothing so fine as *Sta viator*,^[23] and he got no further; he racked his brain, he constantly repeated *Sta viator*. At last he hit upon *Amabilen conjugem calcas*,^[24] which was adopted.

[23] Rest traveler.

[24] Tread upon a loving wife.

A strange thing was that Bovary, while continually thinking of Emma, was forgetting her. He grew desperate as he felt this image fading from his memory in spite of all efforts to retain it. Yet every night he dreamt of her; it was always the same dream. He drew near her, but when he was about to clasp her she fell into decay in his arms.

For a week he was seen going to church in the evening. Monsieur Bournisien even paid him two or three visits, then gave him up. Moreover, the old fellow was growing intolerant, fanatic, said Homais. He thundered against the spirit of the age, and never failed, every other week, in his sermon, to recount the death agony of Voltaire, who died devouring his excrements, as everyone knows.

In spite of the economy with which Bovary lived, he was far from being able to pay off his old debts. Lheureux refused to renew any more bills. A distraint became imminent. Then he appealed to his mother, who consented to let him take a mortgage on her property, but with a great many recriminations against Emma; and in return for her sacrifice she asked for a shawl that had escaped the depredations of Félicité. Charles refused to give it her; they quarrelled.

She made the first overtures of reconciliation by offering to have the little girl, who could help her in the house, to live with her. Charles consented to this, but when the time for parting came, all his courage failed him. Then there was a final, complete rupture.

As his affections vanished, he clung more closely to the love of his child. She made him anxious, however, for she coughed sometimes, and had red spots on her cheeks.

Opposite his house, flourishing and merry, was the family of the chemist, with whom everything was prospering. Napoleon helped him in the laboratory, Athalie embroidered him a skullcap, Irma cut out rounds of paper to cover the preserves, and Franklin recited Pythagoras' table in a breath. He was the happiest of fathers, the most fortunate of men.

Not so! A secret ambition devoured him. Homais hankered after the cross of the Legion of Honour. He had plenty of claims to it.

"First, having at the time of the cholera distinguished myself by a boundless devotion; second, by having published, at my expense, various works of public utility, such as" (and he recalled his pamphlet entitled, "Cider, its manufacture and effects," besides observation on the lanigerous plant-louse, sent to the Academy; his volume of statistics, and down to his pharmaceutical thesis); "without counting that I am a member of several learned societies" (he was member of a single one).

"In short!" he cried, making a pirouette, "if it were only for distinguishing myself at fires!"

Then Homais inclined towards the Government. He secretly did the prefect great service during the elections. He sold himself—in a word, prostituted himself. He even addressed a petition to the sovereign in which he implored him to "do him justice"; he called him "our good king," and compared him to Henri IV.

And every morning the druggist rushed for the paper to see if his nomination were in it. It was never there. At last, unable to bear it any longer, he had a grass plot in his garden designed to represent the Star of the Cross of Honour with two little strips of grass running from the top to imitate the ribband. He walked round it with folded arms, meditating on the folly of the Government and the ingratitude of men.

From respect, or from a sort of sensuality that made him carry on his investigations slowly, Charles had not yet opened the secret drawer of a rosewood desk which Emma had generally used. One day, however, he sat down before it, turned the key, and pressed the spring. All Léon's letters were there. There could be no doubt this time. He devoured them to the very last, ransacked every corner, all the furniture, all the drawers, behind the walls, sobbing, crying aloud, distraught, mad. He found a box and broke it open with a kick. Rodolphe's portrait flew full in his face in the midst of the overturned love-letters.

People wondered at his despondency. He never went out, saw no one, refused even to visit his patients. Then they said "he shut himself up to drink."

Sometimes, however, some curious person climbed on to the garden hedge, and saw with amazement this long-bearded, shabbily clothed, wild man, who wept aloud as he walked up and down.

In the evening in summer he took his little girl with him and led her to the cemetery. They came back at nightfall, when the only light left in the Place was that in Binet's window.

The voluptuousness of his grief was, however, incomplete, for he had no one near him to share it, and he paid visits to Madame Lefrancois to be able to speak of her.

But the landlady only listened with half an ear, having troubles like himself. For Lheureux had at last established the "Favorites du Commerce," and Hivert, who enjoyed a great reputation for doing errands, insisted on a rise of wages, and was threatening to go over "to the opposition shop."

One day when he had gone to the market at Argueil to sell his horse—his last resource—he met Rodolphe.

They both turned pale when they caught sight of one another. Rodolphe, who had only sent his card, first stammered some apologies, then grew bolder, and even pushed his assurance (it was in the month of August and very hot) to the length of inviting him to have a bottle of beer at the public-house.

Leaning on the table opposite him, he chewed his cigar as he talked, and Charles was lost in reverie at this face that she had loved. He seemed to see again something of her in it. It was a marvel to him. He would have liked to have been this man.

The other went on talking agriculture, cattle, pasturage, filling out with banal phrases all the gaps where an allusion might slip in. Charles was not listening to him; Rodolphe noticed it, and he followed the succession of memories that crossed his face. This gradually grew redder; the nostrils throbbed fast, the lips quivered. There was at last a moment when Charles, full of a sombre fury, fixed his eyes on Rodolphe, who, in something of fear, stopped talking. But soon the same look of weary lassitude came back to his face.

"I don't blame you," he said.

Rodolphe was dumb. And Charles, his head in his hands, went on in a broken voice, and with the resigned accent of infinite sorrow—

"No, I don't blame you now."

He even added a fine phrase, the only one he ever made—

"It is the fault of fatality!"

Rodolphe, who had managed the fatality, thought the remark very offhand from a man in his position, comic even, and a little mean.

The next day Charles went to sit down on the seat in the arbour. Rays of light were straying through the trellis, the vine leaves threw their shadows on the sand, the jasmines perfumed the air, the heavens were blue, Spanish flies buzzed round the lilies in bloom, and Charles was suffocating like a youth beneath the vague love influences that filled his aching heart.

At seven o'clock little Berthe, who had not seen him all the afternoon, went to fetch him to dinner.

His head was thrown back against the wall, his eyes closed, his mouth open, and in his hand was a long tress of black hair.

“Come along, papa,” she said.

And thinking he wanted to play; she pushed him gently. He fell to the ground. He was dead.

Thirty-six hours after, at the druggist’s request, Monsieur Canivet came thither. He made a post-mortem and found nothing.

When everything had been sold, twelve francs seventy-five centimes remained, that served to pay for Mademoiselle Bovary’s going to her grandmother. The good woman died the same year; old Rouault was paralysed, and it was an aunt who took charge of her. She is poor, and sends her to a cotton-factory to earn a living.

Since Bovary’s death three doctors have followed one another at Yonville without any success, so severely did Homais attack them. He has an enormous practice; the authorities treat him with consideration, and public opinion protects him.

He has just received the cross of the Legion of Honour.

*** END OF THE PROJECT GUTENBERG EBOOK MADAME BOVARY ***

Updated editions will replace the previous one—the old editions will be renamed.

Creating the works from print editions not protected by U.S. copyright law means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties. Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg™ electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG™ concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for an eBook, except by following the terms of the trademark license, including paying royalties for use of the Project Gutenberg trademark. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the trademark license is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. Project Gutenberg eBooks may be modified and printed and given away—you may do practically ANYTHING in the United States with eBooks not protected by U.S. copyright law. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

START: FULL LICENSE

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE

PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg™ mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase “Project Gutenberg”), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg™ License available with this file or online at www.gutenberg.org/license.

Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg™ electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg™ electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg™ electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg™ electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. “Project Gutenberg” is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg™ electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg™ electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg™ electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation (“the Foundation” or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg™ electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is unprotected by copyright law in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg™ mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg™ works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg™ name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg™ License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg™ work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country other than the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg™ License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg™ work (any work on which the phrase “Project Gutenberg” appears, or with which the phrase “Project Gutenberg” is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere in the United States and most other parts of the world at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.org. If you are not located in the United States, you will have to check the laws of the country where you are located before using this eBook.

1.E.2. If an individual Project Gutenberg™ electronic work is derived from texts not protected by U.S. copyright law (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase “Project Gutenberg” associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg™ trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg™ electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg™ License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg™ License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg™.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg™ License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg™ work in a format other than “Plain Vanilla ASCII” or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg™ website (www.gutenberg.org), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original “Plain Vanilla ASCII” or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg™ License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg™ works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg™ electronic works provided that:

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg™ works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg™ trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, “Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation.”
- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg™ License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg™ works.
- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the electronic work is discovered and reported to you within 90 days of receipt of the work.

- You comply with all other terms of this agreement for free distribution of Project Gutenberg™ works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg™ electronic work or group of works on different terms than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the manager of the Project Gutenberg™ trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread works not protected by U.S. copyright law in creating the Project Gutenberg™ collection. Despite these efforts, Project Gutenberg™ electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain “Defects,” such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the “Right of Replacement or Refund” described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg™ trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg™ electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH 1.F.3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you ‘AS-IS’, WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg™ electronic works in accordance with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg™ electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg™ work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg™ work, and (c) any Defect you cause.

Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg™

Project Gutenberg™ is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need are critical to reaching Project Gutenberg™’s goals and ensuring that the Project Gutenberg™ collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg™ and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation information page at www.gutenberg.org.

Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non-profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887. Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation's website and official page at www.gutenberg.org/contact

Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg™ depends upon and cannot survive without widespread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine-readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit www.gutenberg.org/donate.

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: www.gutenberg.org/donate

Section 5. General Information About Project Gutenberg™ electronic works

Professor Michael S. Hart was the originator of the Project Gutenberg™ concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For forty years, he produced and distributed Project Gutenberg™ eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg™ eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as not protected by copyright in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Most people start at our website which has the main PG search facility: www.gutenberg.org.

This website includes information about Project Gutenberg™, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.